james g.
frazer

MITOS SOBRE EL ORIGEN DEL FUEGO

Postulando el estudio de los mitos como instrumento idóneo para vislumbrar el pensamiento del hombre primitivo, *sir* James G. Frazer (1854-1941), dedicó la práctica totalidad de su extensa obra a la mitología y al análisis comparado de las religiones. Los *Mitos sobre el origen del fuego* responden a la preocupación de Frazer por reunir un *corpus* de materiales relativos al acceso del hombre a uno de los descubrimientos más relevantes de su historia. Espigando en el rico bagaje de la tradición oral, el autor recoge un inventario de mitos que contemplan el tema a través de las diferentes culturas y de las distintas zonas geográficas de la tierra.

Creative Commons

epublibre

James George Frazer

MITOS SOBRE EL ORIGEN DEL FUEGO

ePub r1.0

Titivillus 09.05.2022

Título original: *Myths of the Origin of Fire*
James George Frazer, 1930
Traducción: Alberto Cardín

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PROYECTO SCRIPTORIUM
titivillus in culpa est
EX · LIBRIS

Índice

Prefacio

I. Introducción

II. El origen del fuego en Tasmania

III. El origen del fuego en Australia

IV. El origen del fuego en las islas de los Estrechos de Torres y Nueva Guinea

V. El origen del fuego en Melanesia

VI. El origen del fuego en Polinesia y Micronesia

VII. El origen del fuego en Indonesia

VIII. El origen del fuego en Asia

IX. El origen del fuego en Madagascar

X. El origen del fuego en África

XI. El origen del fuego en Sudamérica

XII. El origen del fuego en Centroamérica y en México

XIII. El origen del fuego en Norteamérica

XIV. El origen del fuego en Europa

XV. El origen del fuego en la Grecia Antigua

XVI. El origen del fuego en la India Antigua

XVII. Resumen y conclusión

Notas

Prefacio

La mitología puede tal vez definirse como la filosofía del hombre primitivo. Es el primer intento de dar respuesta a las preguntas generales acerca del mundo que se han venido imponiendo al intelecto humano desde los primeros tiempos y seguirán haciéndolo hasta el fin. La tarea, pues, que tiene ante sí quien se interroga es idéntica a la que más tarde asumen los filósofos, y en un estadio más reciente los científicos. Rodeados de misterios por todas partes, nos vemos empujados por un invencible instinto a levantar el velo que parece esconderlos, con la esperanza de que, una vez desvelados, puedan revelar el gran secreto que generación tras generación los indagadores han pretendido descubrir. Se trata de una búsqueda sin fin, una interminable sucesión de sistemas míticos, filosóficos, científicos, confiadamente propuestos, esforzadamente defendidos como fortalezas construidas para la eternidad, dotados del instantáneo brillo del arcoiris por un tiempo, para después reventar y desvanecerse como telarañas bajo la luz del sol o burbujas en las aguas de un río. Así ha sido siempre, y así será; no incumbe al filósofo ni al naturalista tirar piedras contra el tejado de su predecesor, el fabricante de mitos. El propio Platón no dudó en emplear elementos míticos para rellenar los huecos de su propio sistema: elementos que, por ligeros y etéreos que puedan parecer, han acabado por sobrevivir a la misma estructura a la que supuestamente debían servir de apoyo. A este supremo

constructor de puentes mitológicos —a este *Pontifex Maximus* — debemos los vuelos de fantasía angélica que llenan el *Fedro* y el sublime símil de la caverna que encontramos en *La República*.

De este modo, para que la historia de la filosofía, y hasta la de la ciencia, queden verdaderamente completas, deberían empezar con un estudio de la mitología. La importancia de los mitos como documentos del pensamiento humano embrionario es actualmente reconocida por todos, y se los recopila y compara actualmente, no ya por pura curiosidad ociosa, sino por mor de la luz que arrojan sobre la evolución intelectual de nuestra especie. En esta tarea de recopilación y comparación es mucho aún lo que queda por hacer antes de que todos los mitos del mundo puedan quedar recogidos y clasificados en un *Corpus Mythorum*, en el que, como en un museo, estos fósiles del intelecto puedan ser exhibidos para ilustrar los estadios tempranos del progreso del pensamiento, desde sus bajos comienzos hasta cimas aún desconocidas. Junto con mis otros escritos, ofrezco este ensayo como una contribución a la paleontología del intelecto humano que aún está por escribirse.

J. G. Frazer

8 de diciembre de 1929

I
INTRODUCCION

De todas las invenciones humanas, el descubrimiento del método de prender fuego ha sido sin lugar a dudas el más importante y duradero. Su antigüedad debe ser extrema, puesto que no hay documentado caso alguno de tribu primitiva que desconozca el uso del fuego y su modo de producirlo.[1] Es cierto que hay muchas tribus salvajes y hasta algunos pueblos civilizados que cuentan historias sobre una época en que sus antepasados estaban desprovistos del fuego, y que refieren el modo como sus primeros padres llegaron a familiarizarse con el uso del fuego y con el modo de hacerlo surgir de las piedras o de la madera. Pero es muy improbable que tales relatos encarnen verdaderos recuerdos de los hechos que pretenden recoger; lo más probable es que se trate de meros atisbos inventados por los hombres situados en la infancia del pensamiento, para resolver un problema que de manera natural se impuso a su conciencia, tan pronto empezaron a reflexionar sobre los orígenes de la vida y la sociedad humanas. A pesar de lo cual, merecen ser estudiados como tales mitos; pues, aunque los mitos nunca explican los hechos que intentan dilucidar, sirven en cambio para arrojar la luz sobre la condición de los hombres que los inventaron o los creyeron; al fin y al cabo, la mente humana no es menos merecedora de estudio que los fenómenos naturales, de los que, en último término, no puede ser separada.

Pero, además de lo que pudiéramos llamar el valor psicológico de los mitos, toda una serie de historias sobre el origen del fuego aportan al menos explicaciones posibles sobre los modos como los primeros hombres pudieron aprender el uso de dicho elemento y el método de producirlo. Parece pues que merece la pena recoger y comparar las tradiciones de la humanidad a este respecto, en parte como ilustrativas del salvajismo primitivo en general, y en parte también, en cuanto que nos ayudan a resolver el problema concreto que estamos planteando. Ningún intento sistemático en este sentido se ha llevado a efecto, a lo que puedo saber, hasta la fecha;[2] lo que aquí ofrezco debe ser considerado tan sólo como un informe preliminar o, como Bacon hubiera dicho, la primera cosecha[3] de una amplia y fructuosa viña. Otros vendrán después de mí que serán sin duda capaces de rellenar muchos de los huecos que yo dejo patentes; o, por seguir con la metáfora baconiana, serán capaces de descubrir muchos racimos que a mí se me habían ocultado o habían quedado muy lejos de mi alcance.

Para poder mostrar la difusión de estos mitos, y determinar hasta donde se pueda sus mutuas relaciones, los dispondré en orden geográfico o, lo que en términos generales viene a ser lo mismo, según un orden étnico, empezando por los salvajes de más bajo desarrollo que conocemos, a saber, los tasmanios.

II
EL ORIGEN DEL FUEGO EN TASMANIA

Un nativo de la tribu de Oyster Bay, en Tasmania, proporcionó el siguiente relato de la introducción del fuego entre su gente:

«Mi padre y mi abuelo vivían hace mucho tiempo en este país: no tenían fuego. Dos tipos negros llegaron, y se echaron a dormir al pie de una colina, una colina de mi país. Sobre la cima de una colina fueron vistos por mi padre y la gente de mi pueblo, sobre la cima de una colina se les vio de pie: lanzaron fuego semejante a una estrella, y fue a caer entre los hombres negros de mi pueblo. Estos se asustaron, echaron a correr, todos; y después de un rato volvieron, se apresuraron a hacer fuego, a hacer fuego con madera; no se perdió ya más el fuego en nuestra tierra. Los dos tipos negros están en las nubes; en las noches claras se les ve como dos estrellas.[1] Ellos trajeron el fuego a mis padres.

»Los dos hombres negros permanecieron algún tiempo en la tierra de mis padres. Sus mujeres (*Lowanna*) se estaban bañando; era al lado de una orilla rocosa, donde había numerosos moluscos. Las mujeres estaban mohínas y tristes; sus maridos les habían sido infieles, y se habían ido con dos muchachas. Las mujeres estaban solas; estaban nadando y pescando cangrejos.

Una manta-raya se hallaba escondida en el hueco de una roca. ¡Era una manta-raya de gran tamaño! La manta-raya era grande, y tenía un gran arpón; desde su escondite observaba a las mujeres, y las veía pescar; las despedazó con su arpón, las mató y se las llevó. Al poco habían desaparecido del todo. La manta-raya volvió, vino a situarse de nuevo cerca de la orilla, y permanecía en el agua, cerca de la arenosa playa; con él estaban las mujeres, y estaban clavadas en su arpón. ¡Ambas estaban muertas! Los dos hombres negros lucharon con la manta-raya; y la mataron con sus lanzas; los dos hombres la mataron. ¡Las mujeres estaban muertas! Los dos hombres negros hicieron un fuego, un fuego de madera. A ambos lados del mismo situaron a las mujeres, el fuego estaba en medio: ¡las dos mujeres estaban muertas!

»Los dos hombres negros fueron a buscar hormigas azules (*puggany eptietta*); las colocaron sobre los pechos de las mujeres (*parugga poingta*). Dura e intensamente mordieron en ellos las hormigas. Las mujeres revivieron, vivieron una vez más. Al poco se extendió una niebla (*maynentayana*), una niebla oscura como la noche. Los dos hombres negros se fueron, las mujeres desaparecieron: ¡atravesaron por entre la niebla, la espesa y oscura niebla! Su lugar está en las nubes. Dos estrellas pueden verse en las noches claras; los dos hombres negros están allí, y las mujeres están con ellos: ¡son estrellas del cielo!»[2].

En este relato el origen del fuego aparece asociado con dos estrellas, Cástor y Pólux, que un día aparecieron bajo forma humana en la tierra y arrojaron el fuego «semejante a una estrella» entre los hombres. Pero no resulta muy claro si estos benefactores habían traído el fuego del cielo, o si lo habían llevado allí al quedar fijados en él como estrellas. En una palabra, no está muy claro si los tasmanios atribuyen al fuego un origen estelar o terrestre.

III
EL ORIGEN DEL FUEGO EN AUSTRALIA

Algunos de los aborígenes de Victoria «tienen una tradición según la cual el fuego, en su forma útil y no dañina, pertenecía en exclusiva a las cornejas que habitan las Montañas Grampianas; y, puesto que estas cornejas lo consideraban de gran valor, no permitían a ningún otro animal prender lumbre con él. Un día, sin embargo, un pequeño pájaro llamado *Yuuloin keear* —"reyezuelo cola-de-fuego"—, viendo que las cornejas se divertían lanzando al aire astillas encendidas, tomó una al vuelo y escapó con ella. Un halcón llamado Tarrakukk arrebató la astilla al reyezuelo, y prendió fuego a todo el país. De entonces acá siempre ha habido fuegos de los que obtener lumbre».[1]

La mención de las Montañas Grampianas, que se hallan situadas al sudoeste del estado de Victoria, parece mostrar que esta historia era corriente entre los indígenas de este territorio. Pero un relato similar aparece documentado entre los aborígenes de Gippsland, en el extremo sudoriental de Victoria. Según ellos, hubo un tiempo en que los indígenas no disponían de fuego. La gente se hallaba sumida en un triste estado de postración. No tenían modo de cocinar su comida, y no había fuego de campamento en el que calentarse cuando hacía frío. El Fuego (*tow-er-a*) estaba en posesión de dos mujeres que no sentían

gran aprecio por los negros. Guardaban el fuego con gran celo. Un hombre que sentía afecto por los negros determinó conseguir fuego de las mujeres, y para conseguirlo simuló tener gran aprecio por ellas, acompañándolas en sus desplazamientos. Un día, aprovechando una ocasión favorable, robó un tizón, se lo escondió a la espalda, y desapareció con él. Retornó entre los negros y les entregó el fuego que había robado. Desde entonces lo consideran un benefactor. Actualmente es un pequeño pájaro con una marca roja sobre la cola, que es la marca del fuego.[2]

En este relato de Gippsland, el pajarillo con la marca roja en la cola es sin duda el mismo «reyezuelo cola-de-fuego» del cuento anterior. Pero la leyenda ha sido racionalizada mediante la representación del ladrón del fuego como un hombre que luego se transformó en pájaro. Una versión más abreviada de la misma historia cuenta que «el fuego, según las tradiciones de las gentes de Gippsland, lo obtuvieron hace tiempo sus antepasados del *bimba-mrit* (pinzón cola-de-fuego) de un modo muy curioso».[3]

Lejos de Gippsland, en el norte de Queensland, los nativos de manera similar asocian el fuego con el mismo pájaro. En otro tiempo, según los nativos de Cape Grafton, en la costa oriental de Queensland, no había fuego en la tierra; así que Bin-jir Bin-jir, un reyezuelo de lomo rojo (de la especie *Malurus*), subió hasta los cielos para conseguirlo. Tuvo éxito, pero para que sus amigos en la tierra no se aprovechasen también de ello, lo escondió bajo su cola. Preguntado a su vuelta cómo le había ido el viaje, el reyezuelo le dijo a su amigo que su búsqueda había sido infructuosa, al tiempo que le sugería que intentara extraer fuego de diversos tipos de madera. Su amigo se puso a trabajar con maderas de diverso tipo, intentando extraer la llama mediante un movimiento de fricción rotatoria de un trozo sobre otro. Pero trabajó en vano y terminó dándose por vencido. Mas cuando desanimado se daba la vuelta estalló en

risas. Preguntándole Bin-jir Bin-jir por qué reía, dijo: «porque tienes fuego pegado a la punta de tu rabo», refiriéndose a la mancha roja del lomo del pájaro. Bin-jir Bin-jir se vio entonces obligado a admitir que había conseguido el fuego, y terminó enseñándole a su amigo de qué madera concreta había que extraerlo.[4]

Resulta así que en dos versiones de esta historia el pájaro portador del fuego es un reyezuelo, y en otra es descrito como un pinzón. Puesto que no parece haber reyezuelos en Australia, conjeturo que el pájaro en cuestión es el pájaro de matorral *Atrichornis*, ave del tamaño de un tordo, que vive en las zonas de más espeso matorral o bosque bajo de Australia. Se conocen dos especies de esta ave, el *A. clamosa* y el *A. rufescens*. El primero, de mayor tamaño, es marrón por arriba, estando cada pluma moteada por una sombra de color más oscuro; la garganta y la panza son de color blanco-rojizo, y muestra una gran mancha negra en el pecho; los flancos, por su parte, son marrones, y las plumas caudales de un color pajizo. El *A. Rufescens* muestra el blanco y el negro de las partes frontales cambiados en marrón, teniendo moteado con idéntica sombra el plumaje del lomo.[5] Lo rojizo de las plumas caudales de este pájaro vendría a explicar la historia de que había escondido el fuego bajo su cola: aparentemente el relato es tan sólo un mito destinado a explicar el color del plumaje del pájaro.

En otras leyendas australianas no es un pájaro tipo reyezuelo, sino un halcón, el que figura como primer portador del fuego. Dicha leyenda dice lo que sigue: hace tiempo, un pequeño bandicoot[6] era el único poseedor de un tizón que cuidaba con el mayor celo, llevándolo consigo a todas partes y sin dejárselo ver a nadie. Por lo cual, los otros animales celebraron un consejo en el que resolvieron quitarle el fuego al bandicoot por las buenas o por las malas. El halcón y la paloma fueron delegados para llevar a efecto la resolución. Todos sus esfuerzos por con-

vencer al bandicoot de que compartiera el fuego con sus vecinos resultaron fallidos, y la paloma creyendo en un momento que el bandicoot estaba descuidado hizo un intento de cazar el tizón al vuelo. Enojado, el bandicoot lo tiró al agua, con ánimo de apagarlo para siempre. Pero el avizor halcón, que husmeaba no lejos de allí, se arrojó en picado sobre el tizón antes de que éste tocara el agua, y con un certero golpe de su ala alejó el tizón del río y lo lanzó sobre el reseco herbazal de la orilla opuesta. La hierba se encendió, y las llamas se extendieron por todo el país. Los negros vieron entonces por primera vez el fuego, y vieron que era bueno.[7]

También, entre las tribus de Nueva Gales del Sur, hay, o solía haber más bien, una extendida tradición según la cual la tierra estaba en otro tiempo poblada por una raza mucho más poderosa, especialmente en lo que hace a las artes mágicas, de la que ahora la habita. Esta raza recibe nombres distintos en las distintas tribus. Wathi-wathi, los llaman los bookoomuri, y dicen de ellos que terminaron convertidos en animales. La historia del origen del fuego reza así: éranse una vez dos bookoomuri que eran los únicos poseedores del fuego; uno de ellos era Koorambin, es decir, una rata de agua; y el otro era Pandawinda, es decir un arenque. Los dos guardaban celosamente el secreto del fuego en un espacio abierto entre los juncales del río Murray. Muchos esfuerzos hicieron los restantes bookoomuri y la actual raza de los hombres para obtener una chispa de fuego, pero todo fue inútil, hasta que un día Karigari, esto es, el halcón, que por supuesto originariamente era un bookoomuri, descubrió a la rata de agua y al arenque cocinándose unos moluscos que habían pescado en el río. Volaba a tal altura que aquéllos no podían verle, y provocó entonces un torbellino que soplara entre los juncos secos, dispersando el fuego en todas direcciones, de modo que pronto todo el juncal se vio envuelto en llamas. El incendio se extendió hasta el bosque cercano y de-

jó amplios espacios de bosque quemado, donde nunca más han vuelto a crecer árboles. Esta es la razón de que hoy se vea al río Murray discurrir en medio de anchas llanuras peladas, que en otro tiempo estuvieron cubiertas de bosque.[8]

Los ta-ta-thi, otra tribu de la misma región, cuentan un cuento similar. Dicen que la rata de agua, a la que llaman Ngwoorangbin, vivía en el río Murray y tenía una gran cabaña, donde guardaba el fuego para cocinar los moluscos que pescaba en el agua. Guardaba este fuego con todo celo. Pero un día, mientras se hallaba en el río recogiendo moluscos, una chispa saltó de su fuego, siendo capturada por un halcón enano (*Kiridka*), quien, teniendo dispuestos ya algunos materiales inflamables, prendió un fuego, por medio del cual incendió, no sólo la choza de la rata de agua, sino una gran porción de bosque. De ahí que las llanuras de los alrededores estén hoy tan peladas. Pero lo cierto es que desde entonces los negros saben cómo procurarse el fuego por frotamiento.[9]

Según los kabi, tribu del sureste de Queensland, el áspid sordo (*Mundulum*) era el único en otro tiempo que poseía el fuego, guardándolo celosamente en su interior. Todos los pájaros trataban en vano de hacerse con él, hasta que el halcón enano poniéndose delante de él empezó a hacer unos gestos tan ridículos que el áspid no pudo menos de echarse a reír. El fuego entonces se le escapó y pasó a ser propiedad común de todos.[10]

En el territorio de la tribu Warramuga de Australia Central, al sur de los Montes Murchinson, pueden verse crecer dos esbeltas acacias en las riberas de un lecho seco. Los nativos dicen que dichos árboles marcan el lugar donde dos antepasados halcones hicieron fuego por primera vez frotando dos trozos de madera. Los nombres de esos halcones ancestrales son Kirkalanji y Warra-pulla-pulla. Aunque eran pájaros fueron los primeros en hacer fuego en esta parte del país. Siempre llevaban consigo tizones encendidos, y un día Kirkalanji hizo un fuego

mayor de lo que pretendía, a resultas del cual él mismo resultó abrasado, y murió. Muy entristecido por este accidente, Warrapulla-pulla partió en dirección de lo que actualmente es el estado de Queensland, y nunca más se volvió a saber de él. Apareció por entonces la luna, que era en aquellos días un hombre que vagaba por la tierra. Se topó con una mujer bandicoot cerca del lugar donde Kirkalanji había encendido su fuego, y se fue a dar una vuelta con ella. Durante su paseo, fueron a sentarse sobre un montón de tierra de espaldas al fuego, y tanto tiempo pasaron charlando que no se dieron cuenta hasta que las llamas estaban ya lamiéndolos. La mujer bandicoot quedó gravemente quemada y se desvaneció en el aire, o murió al poco; no obstante el hombre-luna, que no era un simple mortal, consiguió volverla a la vida o a la conciencia, y ambos se fueron juntos al cielo. «Es un rasgo curioso», comenta Sir Baldwin Spencer, «que en todas estas tribus la luna sea siempre representada como un hombre, mientras el sol se representa como femenino».[11]

Los mara, tribu que habita en la costa sudoccidental del golfo de Carpentaria, tienen una tradición según la cual, en los antiguos tiempos, había un gran pino que con su copa llegaba a tocar el cielo. Todos los días hombres, mujeres y niños subían y bajaban del cielo por medio de este árbol. Un día, mientras se hallaban arriba encaramados, un viejo halcón llamado Kakan descubrió el modo de hacer fuego frotando giratoriamente un palo sobre otro. Pero, en una pelea que tuvo con un halcón blanco, todo el país resultó incendiado, y el pino desgraciadamente también se quemó, de modo que la gente que en ese momento estaba en el cielo no pudo volver más a la tierra, y desde entonces viven en el cielo. Estas gentes tenían cristales incrustados en sus cabezas, codos, rodillas y demás articulaciones, y el destello de esos cristales en medio de la noche es el que produce las luces que llamamos estrellas.[12]

En estas leyendas australianas no resulta fácil distinguir entre la concepción del primer hacedor de fuego como pájaro y su concepción como hombre que meramente llevaba un nombre de pájaro o se asimilaba a un pájaro en otros sentidos. La dificultad se debe a la confusión entre animales y hombres que el totemismo fomenta, si no crea, en el pensamiento del salvaje. Al identificar a los hombres con sus animales totémicos, los nativos australianos parecen perder el poder de discernir entre ellos; y si se les preguntara, por ejemplo, en un relato sobre las aventuras de un canguro, si se trataba del canguro animal o de un hombre que tenía al canguro por tótem, podrían no ser capaces de responder, ni posiblemente de comprender siquiera la pregunta.

En el acervo legendario de los booandik, tribu que en otro tiempo habitaba el extremo sudoriental de Australia meridional, el primer portador de fuego resulta ser una cacatúa. Así, en una versión de esta historia el fuego se dice que tuvo su origen en la roja cresta de una cacatúa, pájaro al que los booandik llamaban *mar*. Una cierta cacatúa (*Mar*), se nos dice, escondió el fuego de su tribu para usarlo en exclusiva, lo que hizo que sus cotribeños se enojaran con ella por su egoísmo. Las más prudentes cacatúas convocaron un consejo para concertar un plan con el que sustraerle el secreto a Mar. Se acordó matar a un canguro e invitar a Mar a compartir con ellos el animal. De modo que cuando Mar intentara apartarse para cocinar su porción de canguro, las demás cacatúas pudieran verlo y averiguar cómo se hacía el fuego. El plan se llevó a efecto. Mar vino y le tocaron en suerte del canguro la cabeza, los hombros y la piel. Mar se llevó a casa su porción y empezó a preparar la carne para asarla. Las restantes cacatúas la observaban, y vieron cómo amontonaba corteza y hierba secas, depositándolas en el suelo para prender el fuego, luego la vieron rascarse la cabeza con sus uñas, y cómo el fuego salía de su cresta. Así fue como cono-

cieron el modo de producir el fuego, aunque aún tenían que conseguirlo. Una pequeña cacatúa se ofreció a robarle el fuego a Mar. Avanzó cautelosamente entre las hierbas hasta llegar cerca del codiciado fuego. Acercó entonces una ramita de brezo (*grass till*) al fuego, sin que Mar se diese cuenta, lo encendió y salió volando hacia sus compañeras. Las cacatúas exultaban de alegría al haber descubierto al fin el arte de obtener fuego; pero Mar se puso furiosa y prendió fuego a la hierba, haciendo arder todo el país desde el monte Schank hasta Guichen Bay. El pato almizclero (*croom*), furioso a su vez por el incendio de la pradera, batió y entrechocó sus alas, con lo que hizo aparecer el agua que llena los lagos y pantanos de la zona.[13]

En esta versión, el primer hacedor de fuego claramente es concebido como una cacatúa pura y simple, y la historia es un mito orientado a explicar las plumas rojas de su cresta. Pero, en otra versión de la leyenda booandik, el hacedor de fuego es presentado como un hombre que luego se volvió cacatúa. Hace mucho tiempo, se nos dice, los negros vivían sin fuego con que cocinar su comida, y todo lo que de dicho elemento sabían era que un hombre llamado Mar (cacatúa), que vivía muy lejos hacia el este, lo tenía y lo guardaba sólo para sí, escondido bajo el penacho de plumas que llevaba sobre su cabeza. Era un hombre demasiado poderoso como para ser atacado abiertamente y desposeído del fuego a la fuerza, así que los negros decidieron hacer uso de la maña. Proclamaron una gran asamblea tribal o *corroboree* y enviaron a todas partes mensajeros a anunciar la fecha del acontecimiento. Entre los invitados vino Mar, y cuando hubieron matado un canguro para el festín, se le ofreció un apetitoso trozo, pero Mar lo rechazó diciendo que prefería la piel. Se la entregaron y se marchó con ella a su campamento, que tenía asentado a cierta distancia. Todos lo siguieron con curiosidad para ver qué pensaba hacer con la piel, «ya que» decían, «no le resultará un buen bocado a menos que la cocine

con su fuego». Un decidido joven, llamado Prite, siguió a Mar, escondiéndose entre la hierba sin ser visto. Vio entonces como Mar, tras bostezar, se llevó la mano a la cabeza como si fuese a rascarse y extrajo el fuego de su escondite. Habiéndose enterado del secreto, Prite volvió y se lo contó a la asamblea. Otro individuo, llamado Tatkanna se ofreció a ir a averiguar más cosas sobre el fuego. Se esforzó por acercarse al máximo al fuego y sintió su calor. Y volvió a su vez a informar y a mostrar cómo el fuego le había chamuscado el pecho dejándoselo rojo. Otro más se acercó a continuación al fuego, llevando consigo una rama de brezo. Vio a Mar socarrando el pelo de la piel del canguro y se las arregló para, sin ser visto, meter su rama en el fuego. Pero, al retirarla, inadvertidamente prendió fuego a la hierba. El fuego se difundió rápidamente entre los altos herbazales y el bosque bajo. Tomado de una gran rabia, Mar echó mano de sus mazas (*waddies*) y salió corriendo hacia el lugar donde los otros se hallaban acampados, porque sospechaba con buen fundamento que habían sido ellos los ladrones de su fuego. Su sospecha se vio confirmada al divisar a Tatkanna, cuyo rojo pecho era prueba evidente de haber metido mano, o mejor dicho pecho, en el asunto. Tatkanna, que era de pequeña estatura, empezó a gimotear; pero, en esto, se alzó Quartang para hacer frente al prepotente Mar y enfrentarse a él en singular combate, diciendo que daba mejor su talla que Tatkanna. Los restantes negros no permanecieron como simples espectadores. Un combate generalizado siguió a este reto, y en medio de la lucha Quartang recibió un golpe con una maza en forma de sacabotas que lo ultimó. Saltó del suelo a un árbol y se convirtió en un pájaro llamado martín pescador, que aún muestra en su ala la marca del sacabotas de Mar. El pequeño Tatkanna se convirtió en un petirrojo. El galante Prite también se vio transformado en un pájaro que ahora habita en los matorrales costeros. Un tipo gordo llamado Kounterbull recibió en la nuca una profunda

herida con una lanza. Haciendo grandes aspavientos de dolor, se precipitó en el mar, donde luego se le vio a menudo lanzando agua por su herida de la nuca. Su nombre en nuestro idioma es ballena. Mar, por su parte, incólume en la lucha, voló hasta un árbol, en donde sin dejar de refunfuñar e insultar, pasó a convertirse en cacatúa. La calva situada debajo de la cresta de las cacatúas es el lugar donde solían guardar el fuego. Desde tan ajetreado día, cuando los nativos se arriesgan a dejar que el fuego se apague, pueden conseguir fácilmente más lumbre con palo de brezo, tomando dos trozos, de los cuales uno lo colocan horizontalmente y el otro vertical sobre un agujero practicado en el primero, haciendo girar el palo vertical rápidamente entre las manos. En poco tiempo los trozos de madera se encienden, mostrando así que la madera de brezo aún puede incendiar la pradera como hizo en tiempos de Mar.[14]

Esta versión de la historia pretende explicar de qué modo los nativos llegaron a conseguir el fuego mediante el frotamiento de palos de brezo. Pero, al mismo tiempo, explica los rasgos característicos, no de uno solo, sino de varios pájaros, y además de la ballena. La forma original del relato parece haber abarcado un número aún mayor de bestias y pájaros; la señora Smith, la misionera a quien debemos una valiosa descripción de la tribu Booandik, con la que vivió y trabajó durante más de treinta y cinco años, nos informa de que llegó a olvidar los nombres de todo lo que los indígenas mencionaban en la lucha en torno al fuego. Y añade: «es esto algo que hay que deplorar, ya que sus nombres son necesarios para la cabal comprensión del relato».[15] En lo que a los animales respecta, la historia es un mito claramente zoológico que intenta dar cuenta de determinados rasgos característicos de la fauna australiana. El petirrojo, que tan importante papel juega en ella, difícilmente puede ser el petirrojo de las Islas Británicas, puesto que no parece hallarse en Australia. Algún pájaro adornado con plumas rojas en el pecho

debió de ser identificado por los primeros colonos europeos con el familiar plumífero de su tierra natal.

Esta historia sobre el origen del fuego fue recogida por la señora Smith como ampliamente difundida entre los nativos de la esquina sudoriental de Australia meridional, entre el monte Gambier y MacDonnell Bay. Era desconocida, en cambio, de los negros que vivían al norte de Rivoli Bay y Guichen Bay, aunque todavía más al norte, los nativos de Encounter Bay, en la desembocadura del río Murray, conocían una historia similar.[16] La versión de esta leyenda habitual entre los nativos de Encounter Bay fue recogida por otro observador, y reza como sigue: en otro tiempo, los antepasados se reunieron en Mootabarringar para celebrar un *corroboree* o festival de danza. Puesto que aún no tenían fuego, no podían celebrar las danzas por la noche y se veían obligados a bailar sólo de día. Y, como el tiempo era muy caluroso, el sudor les corría por el cuerpo y formó las grandes charcas que aún pueden verse en aquella región hoy en día; el batir de sus pies al bailar produjo también las irregularidades del terreno que hoy forman colmas y valles. Pero sabían que un hombre muy poderoso llamado Kondole, que vivía hacia el este, estaba en posesión del fuego, y le enviaron dos mensajeros, Kuratje y Kanmari, para invitarlo a la fiesta. Acudió, pero escondió su fuego. Al ver esto, los hombres se sintieron molestos y decidieron arrebatarle el fuego a la fuerza. Al principio nadie se atrevía a acercarse a él; pero al fin un tal Rilballe se armó de coraje para herirlo con su lanza y arrebatarle el fuego. Así que le arrojó su lanza y lo alcanzó en la nuca. Esto provocó grandes risas y gritos, y todos los hombres se vieron transformados en animales de todo tipo. Kondole mismo echó a correr hacia el mar y se convirtió en una ballena, y desde entonces arroja agua por la herida de su nuca. Los dos mensajeros, Kuratje y Kanmari, se transformaron en pequeños peces. Ocurrió que, en el momento de metamorfosearse, Kanmari lle-

vaba encima una piel de canguro, mientras que Kuratje no llevaba más que una esterilla de algas; ésa es la razón de que el pescado llamado *kanmari* tenga gran cantidad de grasa bajo su piel, mientras que el pez llamado *kuratje* es seco y enjuto. Otros se convirtieron en opposums y se fueron a vivir en los árboles. Los jóvenes elegantes que iban adornados con penachos se convirtieron en cacatúas, conservando sus penachos como crestas. En lo que hace a Rilballe, se apropió del fuego de Kondole y lo colocó en un matorral de brezo (*grass-tree*), donde aún permanece y del que puede ser extraído por frotamiento. El modo en que los nativos de Encounter Bay extraían fuego de la madera de brezo era como sigue: tomaban una rama florecida de brezo cortada en dos longitudinalmente y la colocaban sobre el suelo, con la parte plana hacia arriba. Tomaban luego una rama más delgada de la misma planta y presionaban con su parte inferior sobre el otro trozo, sosteniéndola vertical entre las palmas de la mano y haciéndola girar, con un movimiento alterno de las manos hacia delante y hacia atrás, hasta que la madera se encendía.[17]

Esta versión de la historia probablemente complementa la versión booandik recogida por la señora Smith, en la medida en que proporciona más detalles sobre la transformación de los hombres en animales tras el descubrimiento del fuego. Pero difiere de la versión booandik, cosa curiosa, en que presenta a la ballena, en vez de la cacatúa, como la poseedora originaria del fuego.

Otras historias australianas asocian el descubrimiento del fuego con la corneja. Así, los aborígenes que habitaban el valle del río Yarra, que corre hacia Port Phillip, donde actualmente se alza Melbourne, decían que en otro tiempo cierta mujer llamada Karakarook era la única persona que sabía cómo hacer fuego. Lo guardaba en la punta de su palo de ñame, esto es, el instrumento con ayuda del cual, al igual que otras mujeres indí-

genas australianas, se dedicaba a escarbar en busca de raí ces comestibles, insectos y lagartijas con las que dar de comer a su gente;[18] pero se negaba a dar a conocer el uso del fuego a nadie más. Waung, cuyo nombre significa «corneja», ideó un plan para arrebatarle el fuego. La mujer era muy golosa de los huevos de hormiga; así que Waung tuvo la ocurrencia de reunir gran número de serpientes y esconderlas debajo de un hormiguero. A continuación, invitó a Karakarook a buscar los huevos de dicho hormiguero. Cuando ésta hubo escarbado un poco reparó en las serpientes. Waung le dijo que las matara con el palo de ñame. Karakarook empezó a golpearlas, y al hacerlo, empezaron a saltar chispas de la punta de su bastón. Waung capturó una de estas chispas y echó a correr con ella. Por lo que a la mujer respecta, fue llevada al cielo por Pund-jel, el Hacedor de Hombres, y aún sigue allí luciendo como las Pléyades o las Siete Estrellas. Pero, en lo que a Waung se refiere, demostró ser tan egoísta con el fuego recién conseguido como lo había sido Karakarook, pues no se lo daba a nadie. Por lo que Pund-jel, el Hacedor de Hombres, enfadado con él, reunió a todos los negros e hizo que le amenazaran con dureza, hasta asustarlo. Para salvarse y deshacerse de ellos, Waung les arrojó en medio el fuego, y cada uno tomó un poco y se marchó. Tchert-tchert y Trrar tomaron una porción del fuego y prendieron la hierba seca que rodeaba a Waung, quemándole. Pund-jel dijo a Waung: «serás una corneja para volar sin descanso, y ya no serás más hombre». Tchert-tchert y Trrar se perdieron o resultaron abrasados por el fuego. Son ahora ambos dos grandes piedras situadas al pie del monte Dandenong.[19]

La tribu Bunurong, que habitaba en otro tiempo al sudeste de Melbourne, contaba una historia semejante para explicar el origen del fuego; aunque en ella la corneja (*waung*) aparece como un pájaro real y no como un hombre que más tarde se transformó en corneja. La historia, que implica ciertas repeti-

ciones, reza como sigue: dos mujeres se hallaban cortando un árbol con intención de conseguir huevos de hormiga, cuando se vieron atacadas por varias serpientes. Las mujeres lucharon ferozmente contra ellas, pero no pudieron matarlas. Finalmente, una de las mujeres rompió su palo de combate (*kan-nan*), y de inmediato salió fuego de él. La corneja lo cazó al vuelo y escapó con él. Dos jóvenes muy buenos, llamados Toordt y Trrar, echaron a correr tras la corneja para darle caza. Asustada, la corneja dejó caer el fuego, lo que provocó un gran incendio. Los negros se sintieron dolidos y atemorizados al verlo, y los buenos de Toordt y Trrar desaparecieron. Pund-jel mismo bajó del cielo y dijo a los negros: «Ahora ya tenéis fuego, no lo perdáis». Les dejó ver a Toordt y Trrar por un momento, y luego se los llevó con él, y los colocó en el cielo, donde brillan ahora como estrellas. Pasó un tiempo, y los negros perdieron el fuego. Llegó el invierno y con él el frío, y no tenían ya donde cocinar su comida. Tenían que comer sus alimentos crudos y fríos como los perros. Las serpientes además se multiplicaban. Finalmente, Pal-yang que había sacado a las mujeres del agua, envió del cielo a Karakarook para cuidar de ellas. Era hermana de Pal-yang, y sigue siendo respetada por las mujeres negras hasta nuestros días. Esta buena de Karakarook era una mujer hermosa y de gran tamaño, y tenía un palo muy muy largo, con el que se paseaba por el país matando a multitud de serpientes, aunque dejando algunas pocas en algunos sitios. Al ir a matar una serpiente su bastón se le rompió, y salió fuego de él. La corneja nuevamente lo capturó al vuelo y escapó con el fuego, y durante un tiempo los negros se vieron sumidos en una gran postración. No obstante, una noche, Toordt y Trrar bajaron del cielo y se entremezclaron con los negros. Les dijeron que la corneja había escondido el fuego en una montaña llamada Nunnerwun, y se volvieron al cielo. Pero al poco volvió a descender Trrar con el fuego resguardado en un envoltorio de corteza,

que había arrancado de los árboles, como los indígenas hacen cuando tienen que emprender una marcha y llevar el fuego con ellos, conservándolo a resguardo. Toordt volvió a su casa en el cielo, y nunca más volvió a vérsele. Los nativos dicen que se abrasó en una montaña llamada Mun-ni O, donde había encendido un fuego para avivar las pocas brasas que se había procurado. Pero algunos hechiceros niegan que se quemara en esa montaña; sostienen que por sus buenas obras Pund-jel los transformó en esa rojiza estrella que los blancos llaman planeta Marte. Por su parte, la buena de Karakarook les había dicho a las mujeres que examinasen bien el palo que ella había roto, y del que había salido humo y fuego; las mujeres nunca debían perder tan preciado don. Pero esto no fue todo. El amable Trrar condujo a los hombres a una montaña donde crece un tipo de madera llamada *djel-wuk*, de la que se hacen los palos de fuego; y allí les enseñó a modelar y usar tal implemento, de modo que siempre tuvieran la posibilidad de prender fuegos. Luego se marchó al cielo y nunca más se le volvió a ver.[20]

Una historia similar sobre el origen del fuego solía contarse entre los wurunjerri, tribu que por las fechas en que se fundó Melbourne ocupaba la zona situada al norte y al nordeste de la ciudad, incluyendo en su territorio las llanuras del Yarra y el valle de dicho río hasta sus fuentes, junto con laderas norte de las montañas Denderong.[21] Las Karat-goruk, que claramente son las mismas karakarook de las dos precedentes leyendas, eran un grupo de mujeres que escarbaban la tierra buscando huevos de hormiga con sus palos de ñame, en cuyo extremo llevaban rescoldos de fuego. Pero la corneja (*waang*) les robó el fuego mediante una estratagema; y cuando la corneja almizclera (*bellin-bellin*) extrajo un torbellino de su buche por mandato de Bunjil, las mujeres fueron arrastradas al cielo, donde aún permanecen bajo la forma de las estrellas que hoy llamamos

Pléyades, y aún llevan fuego en el extremo de sus palos de ñame.[22]

La misma historia fue recogida con ligeras variaciones, de labios de los aborígenes más viejos por el reverendo Robert Hamilton, de Melbourne. Y, aunque no lo dice, probablemente podemos suponer que los nativos que le proporcionaron la leyenda habitaban en el campo que rodea a la ciudad. Su relación de la leyenda reza así: «La *primera obtención del fuego*». Una muchacha, cuyo nombre era Mun-mun-dik, había, de un modo u otro, logrado convertirse en la única poseedora del fuego, que transportaba en el extremo de su palo de ñame. (El palo de ñame, para que se entienda mejor, es una vara gruesa de aproximadamente cinco pies de larga, cuya punta se ha endurecido al fuego para utilizarla como escarbador de raíces). La muchacha usaba el fuego para su propia conveniencia y comodidad, y nada podía convencerla de que compartiera tan provechoso invento con los demás hombres, habiéndose demostrado inútiles todos los esfuerzos hechos por arrancárselo de grado o por fuerza. Bûnd-jil, no obstante, envió a su hijo para ayudar a la raza humana. Pero no habiendo logrado tampoco éste persuadir a la muchacha del fuego de que lo entregara voluntariamente, no tuvo más remedio que recurrir a una estratagema. Tras haber enterrado a una gran serpiente venenosa en un gran hormiguero, le pidió a la muchacha que escarbara en él en busca de huevos que son considerados un bocado exquisito. Ella, por supuesto, al ponerse a escarbar, desenterró la serpiente. Tarrang le grita, «¡mátala! ¡mátala!». Y, mientras abate al reptil con su palo de ñame, éste deja escapar el fuego. Tarrang se lo apropia, y se lo entrega a los hombres. Y, para evitar que la muchacha pudiera hacerse de nuevo con el monopolio, la traslada a un lugar en el cielo, donde se convierte en las "Siete Estrellas". Allí es donde se la ve ahora».[23]

En esta versión no se menciona en absoluto a la corneja, pero podemos sospechar que se esconde bajo la personalidad del habilidoso Tarrang, el hijo de Bundjil, quien sustrae el fuego a la mujer con la misma artimaña con que la corneja lo hace en la primera de las versiones. La explicación que el señor Hamilton da del palo de ñame sugiere la razón por la que se supuso que el fuego de la mujer estaba encerrado en tal apero. Puesto que la punta del palo había sido introducida en el fuego para endurecerla ¿qué cosa más obvia que pensar que algo de la sustancia del fuego había quedado absorbida en él, y que en consecuencia cualquier violento impacto bastaría para hacer salir del palo el elemento ígneo de que suponía cargado o saturado? Sobre la base de la filosofía natural primitiva, el razonamiento resulta impecable.

En esta leyenda, que podemos llamar la leyenda de Melbourne, puesto que era corriente entre las tribus vecinas de dicha ciudad, es interesante observar que el origen del fuego se halla asociado con las Pléyades, a las que se supone portadoras aún en el cielo del mismo fuego que en la tierra llevaban en el interior de sus palos de ñame. Puede tratarse de una pura coincidencia, pero a no mucha distancia y cruzando un brazo de mar, en el extremo sur de Australia, los rudos aborígenes de Tasmania asociaban también de modo similar los fuegos celestes y los fuegos terrestres, asumiendo por igual ambos pueblos salvajes que las luces del cielo habían sido prendidas antes en la tierra.

Otra versión de esta misma leyenda en la región de Victoria es la recogida en Western Port, una bahía situada a cierta distancia al sur de Melbourne. La historia reza así: en el momento de la creación, una serie de jóvenes, todos ellos en estado de inacabamiento, se hallaban sentados en tierra en medio de las tinieblas, cuando Pundjil, un anciano, a requerimiento de su hija Karakarok, levantó su mano hacia el sol (*gerer*), que, ante esto, calentó la tierra y la abrió a la luz como una puerta. Vino

entonces la luz. Y Pundjil, viendo que la tierra estaba llena de serpientes, dio a su amable hija Karakarok una larga vara con la que se dedicó a ir por todas partes, matando serpientes. Desgraciadamente, al parecer, el bastón se le rompió antes de que pudiera terminar con todas; pero, al romperse en dos la vara, salió fuego de ella, y de este modo de un aparente mal se derivó un gran bien. La gente gozosamente pudo cocinar su comida; pero Wang, un misterioso ser con forma de corneja, se escapó con el fuego, dejando a todos en un penoso estado de postración. Karakarok, sin embargo, logró reponer el fuego, que nunca más volvió a perderse. En cuanto a Pundjil, o Bonjil, se dice que vivió en las cataratas de Lallal, en el río Marrabool, pero ahora vive en el cielo. El planeta Júpiter es su fuego y se llama también Pundjil.[24]

En la versión Western Port del mito vuelve a aparecer la corneja, en cambio desaparecen las Pléyades. A pesar de lo cual, puede decirse que se hallan implícitamente presentes en el personaje de Karakarok, nombre nativo de esa constelación. Según el relato que acabamos de ver, parece como si los salvajes de Western Port consideraran a Júpiter como el padre de las Pléyades.

Lejos de estos nativos, la tribu Boorong, que habitaba la árida «maleza de mallee»[25] que rodea el lago Tyrrell al noroeste de Victoria tenía una tradición según la cual el fuego había sido traído a los nativos por vez primera por la corneja, a la que identificaban con la estrella Canopus.[26]

A veces, aunque al parecer no con mucha frecuencia, los aborígenes australianos remitían el origen del fuego en la tierra a una fuente que a nosotros nos resulta más verosímil que las estrellas, esto es, al sol. Así, los nativos de los alrededores del lago Condah, en Victoria Sudoccidental, referían que en otro tiempo un hombre arrojó su lanza contra las nubes, y atada a la lanza iba una cuerda. El hombre a continuación trepó por la

cuerda y trajo fuego del sol a la tierra.[27] Una de las tribus próximas a Maryborough, en Queensland, cuenta que los hombres obtuvieron en los orígenes el fuego, trayéndolo del sol de otra manera. Al comienzo, cuando Birral había puesto a los primeros negros sobre la tierra primitiva, que era como un gran bancal de arena, éstos le preguntaron dónde podían calentarse de día y conseguir fuego para la noche. El les dijo que si iban en cierta dirección encontrarían el sol, y que arrancándole un trozo podrían conseguir fuego. Caminando hasta muy lejos en la dirección indicada, descubrieron que el sol salía de un agujero por la mañana e iba a dar a otro agujero por la noche. Apurándose, pues, a seguirlo, le arrancaron una porción de su disco, y con ello obtuvieron fuego.[28]

Una fuente aún más verosímil del origen del fuego es la que proporcionan ciertos nativos del distrito de Kulkadone (Kalkadoon), en el noroeste de Queensland. Dicen que hace tiempo una tribu de negros se reunió en una llanura del país. Habían tenido un buen día de caza, y los cadáveres de varios canguros cobrados yacían diseminados alrededor. En ese momento estalló una tormenta eléctrica, y un rayo que cayó en unos matorrales incendió la hierba reseca de la llanura, que empezó a arder furiosamente, desollando y asando en parte a varios de los canguros muertos. Cuando los indígenas fueron a catar la carne semiasada, la encontraron mucho más apetitosa que cruda, tal como hasta entonces la habían comido. Despacharon pues a una anciana a conseguir el fuego que aún se veía arder en la llanura, y a traer una muestra. Al poco la vieja volvió blandiendo un tizón encendido. Se la nombró, pues, a partir de este momento guardiana del fuego y los ancianos le recomendaron solemnemente que no lo perdiera ni lo dejara apagar. Durante muchos años, la anciana cumplió fielmente la tarea encomendada, hasta que una noche de la estación húmeda, estando todo el suelo del campamento encharcado, descuidó su vigilancia y

el fuego se extinguió. Como castigo por su negligencia se la condenó a vagar sola por la estepa hasta que pudiera reencontrar el fuego. Largo tiempo vagó en solitario por la llanura sembrada de matorrales, buscando en vano, hasta que un día, al pasar por una zona de espesa maleza, no pudiendo contener ya más su ira, se desahogó cortando dos ramas de un matorral y empezando a frotarlas violentamente. Para su asombro, la fricción de los palos produjo fuego, y pudo volver triunfalmente entre su gente con su precioso descubrimiento, que nunca más se les ha vuelto a perder.[29]

Los arunta de Australia Central tienen una tradición propia sobre el origen del fuego. Dicen que en los lejanos días a los que dan el nombre de Alcheringa, un hombre del tótem Arunga o euro partió hacia el este persiguiendo a un euro gigante, que llevaba el fuego en su cuerpo. El hombre llevaba consigo dos grandes *churingas*, esto es, bastones o piedras sagradas, con las que intentó hacer fuego, sin conseguirlo. Siguió al euro mientras avanzaba hacia el oeste, intentando todo el tiempo matarlo. El hombre y el euro acampaban cada noche a corta distancia uno del otro. Una noche el hombre se despertó y vio arder fuego en las proximidades del euro; de inmediato fue hasta la hoguera y tomó un poco, con lo que asó un poco de carne de euro que llevaba consigo, tras lo cual se la comió. El euro echó a correr de nuevo, volviendo sobre sus pasos en dirección este. Intentando volver a hacer fuego, pero en vano, el hombre siguió al animal hasta que ambos volvieron al lugar de donde habían partido. Allí, al fin, el hombre consiguió matar al euro con una *churinga*. Examinó entonces el cuerpo, para descubrir cómo hacía el fuego el animal, o de dónde lo sacaba; y extrayéndole el órgano de generación masculino, que era de gran tamaño, lo abrió por la mitad y vio que contenía un fuego muy rojo, que tomó para cocinar el mismo euro. Durante largo tiempo comió de la carne del euro, y cuando el fuego que había extraído de

sus genitales se acabó, intentó producirlo él, y esta vez lo consiguió, sin dejar de entonar el siguiente canto:

Urpmalara kaiti
Alkna munga
Ilpau wita wita.[30]

Las tribus wonkonguru de Australia Central, entre las que se cuentan los dieri, asocian el descubrimiento del fuego con una colina arenosa situada al este del lago Perigundi. Dicen que hace mucho tiempo, antes de que el hombre blanco llegara al país, uno de sus antepasados míticos, a los que llaman *mooras*, o *moora-mooras*, llegó procedente del sur y plantó su campamento tras una gran colina arenosa. Encontró a Paralana comiendo pescado crudo y le preguntó por qué lo comía así. Paralana contestó: «El pez sabe perfectamente. ¿Cómo lo comes tú?». El otro replicó: «Prefiero cocinar el pescado; sabe mejor asado». Y le rogó a Paralana que fuera con él a su campamento, para enseñarle cómo hacerlo. Una vez allí, prendió fuego, puso algo de pescado sobre las brasas, y cuando estuvo cocinado se lo dio a Paralana, quien lo comió y le preguntó cómo se llamaba aquello que había empleado para aderezar el pescado. El otro le dijo que se llamaba fuego y le enseñó cómo hacerlo. Cuando Paralana hubo aprendido el secreto, mató a su instructor y se llevó el fuego a la colina arenosa donde estaba instalado. Allí sentó sus reales, y armado con tan nuevo instrumento, empezó a cobrar tributo de todos los demás negros, que le llevaban comida y mujeres jóvenes. Pero, pasado algún tiempo, se hizo con muchachas que no querían quedarse a su lado. Esperaron pues a que se hubiera dormido, y se escaparon a toda prisa, llevándose un tizón encendido, con el que enseñaron a su gente cómo mantener encendido el fuego.[31]

Los wonkonguru cuentan otra historia acerca de una mujer *moora* que había robado el fuego a una anciana llamada Nar-

doochilpanie. Tras haber matado a la vieja, se transformó en cisne y echó a volar, llevando un tizón encendido en su pico. De ahí que todos los cisnes negros tengan un reborde rojo en la parte interior de sus picos; lo que muestra que la mujer *moora* se quemó la boca mientras transportaba el tizón.[32] A la luz de las precedentes leyendas, podemos suponer que en una anterior versión del mito wonkonguru fuera el cisne mismo el portador del fuego a los hombres, lo que le habría provocado la quemadura del interior de su pico.

Los kakadu del norte de Australia tienen una tradición que habla de dos hombres, medio hermanos, llamados por igual Nimbiamaiianogo, que salieron a cazar con dos mujeres, sus madres. Los hombres cazaron patos y chorlitos con alas de espuela, mientras que las mujeres recolectaban gran cantidad de raíces de liliáceas y semillas por las charcas. Pero, por aquel entonces, los hombres no tenían fuego ni sabían cómo hacerlo, mientras las mujeres sí. Así que, mientras los hombres se hallaban cazando, las mujeres cocinaron su cosecha y se la comieron ellas solas, Cuando estaban a punto de terminar su yantar vieron a los hombres volver a lo lejos. Y, como no querían que éstos supieran del fuego, que aún estaba encendido, rápidamente recogieron los rescoldos y se los guardaron en la vulva, para que los hombres no pudieran verlo. Al llegar a ellas los hombres, les preguntaron «¿Dónde está el fuego?», pero las mujeres replicaron: «No hay fuego», y todos comenzaron a discutir y a formar escándalo. Finalmente, las mujeres les dieron a los hombres parte de las raíces de liliácea que habían recogido y cocinado. Y, cuando quedaron saciados de comer raíces y carne en gran cantidad, se fueron a dormir durante largo rato. Al despertarse, salieron de nuevo a cazar, y las mujeres aprovecharon de nuevo para cocinarse su comida. El tiempo era muy caluroso, y los pájaros que los hombres habían cazado se pudrían. Los hombres volvieron, pues, con carne fresca, y nuevamente, ya

desde lejos pudieron observar el fuego ardiendo con gran resplandor en el campamento de las mujeres. Un chorlito de alas de espuela se acercó volando a las mujeres para advertirles que los hombres volvían. Una vez más, las mujeres escondieron los rescoldos como habían hecho antes, y nuevamente los hombres preguntaron dónde estaba el fuego, pero las mujeres firmemente sostuvieron que nada sabían del fuego. Los hombres dijeron: «Nosotros lo vimos», pero las mujeres respondieron: «No, estáis burlándoos de nosotras, no tenemos fuego». Pero los hombres insistieron: «Vimos de lejos un gran fuego; si no tenéis fuego ¿cómo cocináis vuestra comida? ¿La ha cocinado acaso el sol? Si el sol cuece las liliáceas ¿por qué no cuece también nuestros patos y les impide que se pudran?». A esto no tuvieron réplica las mujeres. Todos se fueron a dormir, y al despertarse los hombres se alejaron de las mujeres y desenterraron una raíz de palo de hierro, de la que extrajeron resina. Tomaron entonces dos trozos de madera, y frotándolos, vieron que podían extraer fuego de ellos. Pero, para castigar a las mujeres por sus mentiras sobre el fuego, resolvieron convertirse en cocodrilos y pagarles de esta forma a las mujeres su engaño. Para esto, moldearon la resina del árbol de hierro hasta formar dos cabezas en forma de cocodrilo, que se colocaron sobre sus propias cabezas, introduciéndose de esta guisa en la charca; y cuando las mujeres se introdujeron en ella para hacer su recolecta de plantas y semillas, las arrastraron bajo el agua y las mataron. Cuando hubieron rematado esta faena, los hombres-cocodrilo sacaron a las mujeres hasta la orilla, y les dijeron: «Levantaros, vamos. ¿Por qué nos contásteis tantas mentiras sobre el fuego?». Pero las mujeres muertas no replicaron. Durante algún tiempo, los hombres conservaron sus cabezas de cocodrilo, mientras sus brazos y piernas seguían siendo humanos. Pero poco después todos ellos se volvieron cocodrilos de verdad, y

ellos fueron los primeros de esa especie, ya que hasta entonces no había habido tales criaturas.[33]

IV
EL ORIGEN DEL FUEGO EN LAS ISLAS DE LOS ESTRECHOS DE TORRES Y NUEVA GUINEA

En las islas orientales de los Estrechos de Torres, entre Australia y Nueva Guinea, pudo recogerse la siguiente historia sobre el origen del fuego:

Una vieja llamada Serkar, que vivía en Nagir, tenía seis dedos en cada mano. Tenía un dedo entre el pulgar y el índice, como todo el mundo hace mucho tiempo. Cuando quería hacer fuego, colocaba una pieza de madera sobre otra y ponía el dedo que tenía el fuego bajo la leña, que inmediatamente se encendía. Todos los animales de Moa solían ver el humo que Serkar hacía, y sabían que tenía fuego, por lo que querían conseguir un poco, ya que no tenían. Así que un día se reunieron en consejo. Estaban la serpiente, y la rana, y lagartos de varias clases, a saber: el lagarto de cola larga (*zirar*), el lagarto enano (*monan*), el lagarto casero (*waipem*), y dos grandes lagartos, uno de ellos llamado *si* y el otro *karom*. Todos se mostraron de acuerdo en que debían cruzar a nado hasta Nagir para conseguir el fuego. La serpiente fue la primera en intentarlo; pero el mar se encrespó y tuvo que volver. La siguió la rana, pero esta también fracasó en su lucha contra las olas. Tras ellas, el lagarto enano, el lagarto de larga cola, el lagarto casero y uno de los dos grandes la-

gartos (*si*) se lanzaron al agua, pero todos fueron repelidos de idéntica manera. Finalmente, el otro gran lagarto (*karom*) intentó llevar a término la tarea, y con la ayuda de su largo cuello, que le facilitaba poder sacar la cabeza por encima de las olas, consiguió cruzar el mar y tocar las arenosas playas de Nagir. Una vez allí fue derecho a casa de Serkar. Se hallaba ésta sentada, ocupada en tejer una cesta, y se puso muy contenta de verlo. Lo invitó a que se sentara, y se dirigió a su huerta para buscar comida para su huésped. El lagarto de largo cuello se permitió en su ausencia rebuscar por la casa para ver si daba con el fuego, pero no pudo encontrarlo. Y se dijo a sí mismo: «Qué tontos hemos sido en Moa; la vieja no tiene fuego». Al poco volvió la mujer, trayendo cantidad de comida de su huerta y mucha leña. Colocó entonces un leño sobre otro, mientras el lagarto de cuello largo la observaba de cerca. La vio acercar su dedo a la madera, que prendió de inmediato con una llamarada. Tras lo cual, la vieja se puso a cocinar la comida, y cuando hubo terminado de cocinar, quitó toda la madera quemada del fuego y la ocultó bajo la arena; ya que, siendo como era muy ahorrativa, no quería desperdiciarla. El fuego estaba totalmente consumido, y no quedaban ya ni las ascuas; pero la mujer lo conservaba perennemente en su dedo. El lagarto de cuello largo, sin embargo, quería conseguirlo para poder llevárselo de vuelta a Moa. Así que, una vez terminada la comida, dijo: «muy bien, me voy; me queda un largo camino hasta Moa». La vieja fue con él hasta la playa para verlo partir. Ya en el borde del agua, el lagarto de largo cuello le tendió su mano a la mujer. Esta le ofreció su mano izquierda para estrecharla, pero el lagarto se negó a tomársela, diciendo: «me das la mano incorrecta», e insistió hasta que la vieja le tendió la mano derecha, en la que estaba el fuego. El lagarto le tomó con la boca el dedo que tenía el fuego, se lo mordió hasta arrancárselo, y echó a nadar con él hasta Moa. Allí la gente, o más bien, los animales, lo esperaban

en la orilla. Todos se pusieron muy contentos de ver que les traía el fuego. Llevaron entonces el fuego a Mer (una de las islas Murray). Todos penetraron en el bosque y cada uno cogió una rama del árbol que más le gustaba; y pidieron a cada árbol que se acercara a coger un tizón. Uno se lo pidió al bambú (*marep*), otro al *hibiscus tiliaceus* (*sem*), otro a la *Eugenia* (*sobe*), y así por el estilo. De este modo todos los árboles consiguieron fuego, y desde entonces lo guardan dentro de sí; y los hombres obtienen sus palos de fuego de los árboles. Los palos de fuego (*goi-goi*) son dos, uno horizontal y uno vertical. El palo vertical se hace girar perpendicularmente sobre el horizontal hasta que se produce fuego: la operación se denomina «la madre da fuego», ya que el palo horizontal se llama «madre», y el vertical recibe el nombre de «hijo». En lo que a la anciana Serkar hace, perdió su sexto dedo: aún puede verse el hueco entre el pulgar y el índice, donde antes solía estar el sexto dedo. Según otro relato, el lagarto de cuello largo no le arrancó de una mordedura el dedo, sino que se lo serró con una concha de río (*cyrena*), muy común en Nueva Guinea.[1]

Una versión ligeramente diferente de la misma historia ha sido recogida en las islas Murray por otro observador, y dice así:

En una de las islas cercanas a la costa de Nueva Guinea (Daudai) vivía una mujer llamada Sarkar, que tenía fuego entre su índice y su pulgar derechos. Un día, unos hombres que pescaban vieron ascender humo de la isla donde Sarkar vivía, y decidieron ir a explorar, y, a ser posible, descubrir el secreto de su misterioso poder. Tras una considerable polémica entre ellos sobre el mejor modo de adquirir la deseada información, decidieron convertirse en animales. Adoptaron, así pues, forma de rata, lagarto enano (*mona*), serpiente, iguana, lagarto de cuello largo (*karom*), y varios otros animales. El encrespado mar pronto hizo que la rata, el lagarto enano (*mona*), la serpiente, la igua-

na y los restantes animales cejaran en el intento; sólo el gran lagarto de cuello largo se mantuvo a flote, y pudo llegar hasta la costa, cerca del lugar donde habitaba Sarkar. Acercándose a la mujer bajo forma humana, le preguntó: «Tienes acaso fuego?». Y ella le respondió: «¡No!», ya que estaba deseosa de guardar sólo para sí su poder en secreto. Pero dio de comer a su visitante, y cuando éste hubo comido, se acostó a dormir. El lagarto, sin embargo, dormía con un ojo abierto, y vio cómo la mujer sacaba fuego de su mano y prendió con él unas hojas y madera seca. A la mañana siguiente, se dispuso a partir y le dijo a Sarkar: «Me voy; ¡dame la mano!». Ella le ofreció su mano izquierda, pero él no la quiso tomar, y le pidió que le diera la otra. Se la dio, pues, ella, y cuando lo hacía, él sacó un cuchillo de bambú, le cortó la mano, y se arrojó con ella al mar. Al llegar de nuevo a su casa, intentó hacer fuego, y lo consiguió. Ciertos árboles le vieron hacer fuego, y se acercaron a mirar. Algunos de ellos, a saber, el bambú (*marep*), el *kizo*, el *seni*, el *zeb* y el *argergi*, se llevaron consigo algo de fuego, y desde entonces dichos árboles poseen el poder de producir fuego. De estos árboles solían cortar los nativos los palos con los que producían el fuego por frotamiento.[2]

En esta versión de la historia los protagonistas son individuos que se convierten en animales con el fin de robar el fuego a la anciana, mientras que en la primera y seguramente más antigua versión eran animales puros y simples.

Una versión abreviada de esta historia está documentada en Mowat (Mawatta), distrito de Daudai, al sur del río Fly, en la Nueva Guinea Británica. «Eguon, al que se describe como murciélago, aparece fabulado como el introductor del fuego en Mowat. Reza una leyenda que había en otro tiempo una tribu que habitaba en Double Island [Nalgi] (cerca de Nagir), uno de cuyos miembros vio que le salía fuego de la mano izquierda entre el pulgar y el índice, lo que produjo fuertes disputas y todos

los miembros de la tribu se vieron transformados en animales, pájaros, reptiles y peces (incluyendo el dugong y la tortuga). Eguon se abrió paso hasta Mowat, mientras los otros lo hacían a diversas partes de los Estrechos y Nueva Guinea».[3] En esta versión, un gran murciélago ha tomado el lugar del lagarto de cuello largo como portador del fuego; por lo demás, la historia muestra un sustancial acuerdo con la leyenda precedente, en la medida en que refiere de qué modo el fuego era extraído de entre el pulgar y el índice de un ser humano, y cómo la gente que ayudó y perpetró el robo del fuego se vieron transformados en animales.

Las gentes de Mawatta dicen que el fuego les llegó de la isla de Mabuiag en los Estrechos de Torres, de la siguiente manera. En aquellos días, los nativos de los Estrechos de Torres, al igual que los de Nueva Guinea, no tenían fuego. Un día, algunos vieron a un cocodrilo que llevaba fuego en la boca con el que cocinaba su comida. Le dijeron: «Oh, cocodrilo, danos fuego», pero él se negó. Fueron pues a su jefe, que yacía enfermo en su cabaña. Al recuperarse tomó algo de comida y nadó hasta Dauan. Mientras estaba allí, vio ascender fuego en la costa de Nueva Guinea. Nadó hasta allí, y vio a una mujer prendiendo fuego a la hierba, y le robó el fuego, que se llevó de vuelta a Mabuiag. De Mabuiag el fuego pasó a Tutu, y las gentes de Tutu se lo pasaron a los de Mawatta.[4]

En la isla de Kiwai, situada frente a la costa de Nueva Guinea Británica, en las bocas del río Fly, son varias las historias que se cuentan sobre el origen del fuego. El primero en referir una de ellas fue el pionero predicador reverendo James Chalmers, que sacrificó su vida en su celo por la mejora de los nativos de Nueva Guinea. Su versión reza como sigue:

«El fuego lo produjeron por vez primera dos hombres en el territorio cercano a Dibiri, sin que haya podido saber sus nombres. Todos los animales intentaron robarles el fuego cruzando

el brazo de mar que separa Kiwai de Nueva Guinea, pero todos fracasaron. Luego, todos los pájaros lo intentaron a su vez, y también fracasaron. Levantó entonces el vuelo una cacatúa negra, y dijo que ella lo haría. Se lanzó en picado y pudo conseguir un tizón, con el que echó a volar, cayéndosele varias veces en diversas islas del estuario, pero pudiendo siempre recogerlo de nuevo. Cuando llegó a lasa, su boca estaba terriblemente quemada, de ahí la mancha roja que presenta a ambos lados de su pico. En lasa dejó caer el tizón, del que se apropió la gente, teniendo desde entonces ya fuego».[5] La cacatúa a la que hace referencia esta historia pertenece sin lugar a dudas al género *Microglossa*, «cuyo plumaje totalmente negro contrasta con sus desnudas mejillas de brillante color rojo».[6]

La misma historia, en una versión más completa, ha sido recogida en Kiwai por un investigador más reciente. «Hubo, por supuesto, un tiempo en el que la gente no tenía fuego y se veían obligados a comer todas las cosas sin cocinar. El fuego, no obstante, era conocido en Dibiri (la desembocadura del Bamu), y, conocedores de esto, los animales se apresuraron a robarlo. El cocodrilo lo intentó y fracasó, el casuario también fracasó, y ni siquiera el perro pudo conseguirlo. Entonces los pájaros llevaron a cabo su intento, y la cacatúa negra consiguió coger algo de fuego y escapar hacia el oeste con ello en el pico. Al llegar a lasa, sin embargo, el fuego le quemó la boca y tuvo que soltar el ascua. Así fue como los kiwai obtuvieron el fuego, mientras que la cacatúa negra sigue llevando aún en nuestros días la roja marca de su quemazón en torno al pico. En algunas otras partes de la Nueva Guinea Británica, la mayor parte de las historias del fuego cuentan que fue el perro el primero que trajo el fuego a los hombres, y en un caso aparece robándoselo a la rata. En la práctica, el fuego entre los kiwai se consigue sujetando con un pie la habitual pieza de madera seca y frotando rápidamente por debajo de ella hacia arriba y hacia abajo un trozo de

caña partida. Otro método alternativo de hacer fuego es lo que el autor llama el método del "enchufe de fuego"».[7] Con lo que quiere dar a entender el método también llamado del "palo y la ranura", que consiste en frotar un palo de punta roma, pasándolo a través de la ranura que se ha abierto sobre un trozo de madera posado en el suelo.[8]

En los últimos años, toda una serie de historias sobre el origen del fuego han sido recogidas en Kiwai por el antropólogo finés doctor Gunnar Landtman. Entre dichos cuentos está el que refiere de qué modo el fuego fue llevado a Kiwai por la cacatúa negra. Dicho cuento reza así:

Un jovencito que vivía en Manavete (en la gran isla de Nueva Guinea) fue una vez secuestrado por un cocodrilo, y su padre, cuyo nombre era Dave, salió en su canoa para ver si lo podía encontrar, a él o a su espíritu, en alguna parte. Remando río abajo llegó hasta Doropa en la isla de Kiwai, que por aquella época era un simple bancal de arena desprovisto de árboles. Pasó allí la noche, y al día siguiente llegó a Sanoba, en la misma isla, donde vivía un hombre llamado Meuri. Este Meuri no tenía ni huerto ni fuego, y pasaba el tiempo pescando peces que secaba al sol. Le dijo a Dave que no tenía fuego, y Dave le prometió tráerselo. Dave tenía en su poder un extraordinario pájaro, que sabía muchas cosas y podía hablar como un hombre. Este maravilloso pájaro era una cacatúa negra (*kapia*). Así que Dave envió a su cacatúa a traer fuego de Manavete. El pájaro echó a volar, y volvió al poco con un brillante tizón en su pico. Esta era la forma como la cacatúa negra solía transportar el fuego, de ahí la franja roja que bordea su pico; dicha franja es consecuencia del fuego. Meuri conservó en adelante el tizón que la cacatúa le había traído.[9]

Otra historia recogida por el doctor Landtman en Kiwai relata de qué modo los isleños de los Estrechos de Torres obtuvieron por primera vez el fuego. La historia es claramente una

variante de la leyenda que cuentan los mismos indígenas,[10] y que dice así:

En un extremo de la isla de Badu, en los Estrechos de Torres, vivía un hombre llamado Hawia con su madre, y no tenían fuego. Pero en el extremo opuesto de la isla vivía un cocodrilo, y sí tenía fuego. Un día Hawia y el cocodrilo se hallaban arponeando un pez al mismo tiempo, y al volver a su casa el cocodrilo encendió un fuego para cocinar su pesca. Hawia se acercó a él y le pidió fuego para poder cocinar él también su pesca, pero el cocodrilo se negó en redondo. El hombre, pues, volvió a su casa, y él y su madre cortaron el pescado para secarlo al sol, pero tuvieron que comérselo crudo. Muchas otras veces le pidió fuego Hawia al cocodrilo, sin ningún resultado.

Un día, Hawia se preparó para ir a buscar fuego a otro lado. Se adornó para ello con un tocado de plumas blancas, se pintó la cara de negro, y se puso varios otros paramentos. Así adornado se arrojó al agua y nadó hasta Budji, cantando mientras nadaba: «Allí se ve fuego, y el bosque prenden. Nado por el agua, para traer fuego». Al fin alcanzó las playas de Budji. Una mujer vivía allí, y quemaba el bosque para hacerse un huerto. Entre el pulgar y el índice de su mano derecha llevaba un fuego que ardía sin cesar. Al notar la presencia de Hawia, apagó las llamas de la maleza, no fuera que el extraño se diera cuenta de que tenía fuego. Le preguntó entonces de dónde venía y qué quería. El se lo dijo, y la mujer respondió: «Muy bien, vete a dormir y mañana te daré algo de fuego». Al día siguiente empezó a quemar la maleza de nuevo. Hawia le dijo: «Venga, dame la mano. Quiero marcharme». Ella le ofreció su mano izquierda, pero él le pidió la derecha, y con un movimiento rápido le arrancó el fuego de la mano. Una vez lo tuvo, se echó al agua y empezó a nadar hacia Boigu, cantando la misma canción que antes. Al llegar a Boigu encendió un fuego, y mientras el humo se elevaba por el aire, su madre en Badu dijo: «¡Oh, hay fuego

allí!». «Mi hijo vuelve, y trae fuego». Luego Hawia se trasladó a la isla de Mabuiag y encendió una señal semejante, y su madre dijo: «¡Oh, está en Mabuiag! El fuego se acerca». Finalmente llegó a Badu, y le dijo a su madre: «Tengo el fuego. Pescaremos peces y los asaremos con el fuego». El cocodrilo vio entonces que Hawia y su madre estaban en posesión del fuego, y oficiosamente se acercó a ofrecerles algo del suyo, pretendiendo mostrarse amable. Pero Hawia le dijo: «No, ya no quiero tu fuego. Lo he conseguido en otro lado». Y añadió: «No te quedes en la orilla, quédate en el agua, pues eres un cocodrilo. No eres un hombre como yo para quedarte en la orilla». Y el cocodrilo, corrido, se fue al agua, diciendo: «Mi nombre es aligator. Iré por todas partes cazando hombres».[11]

En esta versión, el tocado de plumas blancas que el hombre se coloca como adorno, y el negro embadurnamiento de su cara cuando se dispone a cruzar a nado hasta Budji para traer el fuego, pueden muy bien ser fruto de una racionalización primitiva, que ha sustituido por una figura humana así disfrazada al personaje de la cacatúa negra que aparece en las otras versiones del mito del fuego.[12]

Este mismo y curioso modo de obtener el fuego, arrancándoselo a la fuerza a la persona que lo lleva entre su pulgar y su índice, nos conduce a otra historia recogida por el doctor Landtman:

En Muri, una de las islas de los Estrechos de Torres, vivía un hombre llamado Iku, que tenía fuego entre el pulgar y el índice de su mano derecha. Era éste el único fuego que había en las islas. Y todo el fuego que actualmente existe en las islas procede del fuego que Iku tenía entre el pulgar y el índice. En nuestros días todos mostramos un hueco entre el pulgar y el índice porque Iku solía llevar el fuego ahí.

Ahora bien, en Nagir, otra isla de los Estrechos de Torres, vivía un hombre llamado Naga, que vivía de la pesca, y arponeaba los peces para luego secarlos al sol. Y en Mabuiag, otra isla de los Estrechos, vivía otro hombre llamado Waiati con su mujer y una hija. Estos hombres no tenían fuego; y tenían que comer siempre fría su comida. Pero un día Waiati fue a Mabuiag a ver a Naga, y le dijo: «Vayamos a buscar fuego. Hay un hombre llamado Iku en la isla de Muri, que tiene fuego en su mano, mientras tú y yo secamos nuestra comida al sol». Un halcón tomó entonces a los dos hombres y los transportó por los aires a Muri, dejándolos sobre un gran árbol. Los dos hombres se deslizaron hasta el suelo e hicieron que el halcón los esperara en el árbol. Iku, se hallaba ahuecando un trozo de árbol para hacer una canoa. Los dos hombres lo observaban desde la espesura y vieron brillar el fuego en su mano. Dejando a un lado su hacha de piedra, Iku prendió unos trozos de madera. Los dos hombres seguían observándolo, y comentaron: «Está prendiendo fuego a la madera, está encendiendo fuego con sus manos, sí, oh, sí». Salieron entonces de la maleza, e Iku se giró en redondo. «¿De dónde salís vosotros?», les preguntó. «No había nadie aquí hasta hace poco. ¿De dónde venís?». Ellos dijeron: «Hemos venido a buscar fuego. No tenemos fuego. Siempre secamos nuestro pescado al sol». A lo que Iku hizo desaparecer el fuego de su mano, para que no pudiera ser visto. Y dijo: «No tengo fuego. ¿Quién os dijo que yo tenía fuego?». Pero ellos insistieron en que sabían que lo tenía. Y Naga, que anteriormente había sido transportado por el halcón a Muri y había visto el fuego, dijo a Iku: «Y o te vi ya una vez, antes de hablar con mi amigo». Iku, entonces, burlonamente les respondió: «Vosotros no sois hombres, sois demonios. Carecéis de fuego, catáis vuestra comida cruda. Y o soy un hombre, tengo fuego, y os lo mostraré». Y, abriendo la mano, dijo: «¡Mirad, ahora sale el fuego de nuevo!». Pero Naga se acercó a él por sorpresa y le arrancó el

fuego de la mano. Inútilmente trató Iku de detenerlo, diciendo: «¡No te lleves el fuego! ¡Es mío!». Corría detrás de Naga, gritando: «¡Devuélveme mi fuego!». Pero Naga y Waiati a toda prisa lograron montarse en el halcón y éste salió volando con ellos. Iku tuvo que darse por vencido. Y volvió a su casa, lamentando acremente la pérdida, y para poder conservar el fuego que acababa de prender, una vez desaparecida su fuente, reunió gran cantidad de madera. La parte de su mano de donde antes salía el fuego estaba ahora restañada.

Naga y Waiati volvieron a Nagir, la isla de Naga, donde encendieron un gran fuego. A continuación, Waiati se trasladó a su propia isla de Mabuiag, llevándose consigo parte del fuego de Iku. Su gente se hallaba secando pescado al sol. Pero Waiati encendió un fuego, y su mujer exclamó: «¿Qué es eso?». El respondió: «Es fuego para cocinar la comida. Ven y cocínala en él». Una gran llama salió del fuego, y todos se sintieron asustados, diciendo: «¿Qué es eso?». Pero Waiati los tranquilizó, diciendo: «Esperad y ved cómo cocino el pescado». Y cuando el pescado estuvo asado, les dio un poco, y todos comieron, diciendo: «¡Oh, padre, éste sí que es un buen sistema! Hasta ahora hemos secado el pescado, y eso toma mucho tiempo».

En otra ocasión, Naga y Waiati fueron a la isla de Yam, transportados por el halcón. Waiati pronto regresó a Mabuiag, pero Naga se estableció en Yam, y también mudó allí a su familia. Fue el primer hombre que vivió en aquella isla. Iku, por su lado, fue a Davane y llevó el fuego a Kogea, y también a Mereva, en Saibai, una isla situada frente a Daudai, en la costa de Nueva Guinea. Fue desde Saibai desde donde el conocimiento del fuego se extendió a Nueva Guinea. Aunque Iku regresó a su propia isla de Muri.[13]

Otra historia nos cuenta cómo el primer hacedor de fuego fue un niño llamado Kuiamo, que tenía un fuego perenne en la punta del índice de la mano derecha. Era este niño un nativo de

la isla de Mabuiag, en los Estrechos de Torres, pero un día fue a visitar a algunas personas en la isla de Badu. Estas personas no conocían el uso del fuego, y tostaban su comida al sol. Cuando le dieron a comer a Kuiamo carne cruda, éste les enseñó a cocinarla. Acercó su dedo a un trozo de madera, y la madera comenzó a arder. Al principio los de Badu se mostraron muy asustados. Poco acostumbrados como estaban a la comida asada, se desmayaron al probarla por primera vez, pero pronto empezaron a apreciarla. Lo mismo ocurrió en la isla de Moa y en otros lugares a donde Kuiamo fue a enseñar a la gente cómo usar el fuego.[14]

La gente de Masingara, al sur del río Fly, en Nueva Guinea Británica, tienen una historia sobre el origen del fuego que se parece mucho a la historia que cuentan los isleños de los Estrechos de Torres.[15] Dicen que en tiempos pasados no tenían fuego, y que su única comida consistía en plátanos maduros y pescado secado al sol. Cansados de esta dieta, enviaron a algunos animales a conseguir fuego. El primer animal al que escogieron para esta tarea fue la rata. Le dieron a beber kava (*gamoda*) y le dijeron que fuera a buscar fuego. La rata se bebió la kava y echó a correr hacia la maleza, pero se quedó allí sin preocuparse por buscar el fuego. Lo mismo ocurrió con la iguana y la serpiente. Una tras otra se echaron la kava al coleto, enfilaron hacia el bosque, y allí se quedaron. Finalmente los de Masingara echaron mano de la *ingua*, que es otra especie de iguana, a la que en Mawata llaman *iku*. La *ingua* tomó un trago de kava, se lanzó al mar, y nadó hasta la isla de Tudo. Allí encontró fuego y lo tomó en su boca, nadando de vuelta todo el camino con la cabeza fuera del agua, sorteando todas las olas que encontraba, para que el fuego no se apagara. Desde entonces la gente del bosque tiene fuego. Lo consiguen frotando o perforando un trozo de bambú o madera de *warakara* con otro trozo de madera de *wa-*

rakara, que primero han embadurnado con un poco de cera de abeja.[16]

Otra historia refiere cómo un hombre llamado Turuma, que vivía en Gaibu, isla de Kiwai, solía pescar peces y secarlos al sol, porque no tenía fuego. Un día, cierto ser mítico llamado Gibunogere, que vivía bajo tierra, vio a Turuma secando su pescado al sol y sintió lástima de él. De modo que mientras Turuma se hallaba arponeando sus peces, Gibunogere excavó un agujero en el suelo y se tumbó en él, tapándose con tierra, de modo que Turuma no pudiera verlo. Al volver Turuma de pescar, vio las huellas de Gibunogere y se preguntó: «¿Quién ha estado por aquí?». Y pensó para sí: «Soy el único hombre que vive en este lugar». De repente, Gibunogere salió de su escondite y dijo: «¿Quién eres tú? ¿De qué estás hablando?». Muy alarmado, Turuma exclamó: «¡Oh, padre! ¿De dónde has salido?». Era con ánimo de ganarse a Gibunogere por lo que lo llamaba padre. Gibunogere le contestó: «Vivo bajo tierra. Ese es el lugar donde habito, y es muy buen lugar para vivir. Tú no tienes fuego. Mejor es que vengas conmigo a donde vivo». Turuma se mostraba aún asustado, pero Gibunogere le prometió darle fuego si bajaba con él, y le urgió a ello. Ambos pues bajaron a la morada de Gibunogere, y cuando Turuma una vez allí se sentó junto al fuego, se desmayó. Pero Gibunogere lo sangró, le hizo beber agua, y lavó su cuerpo. Por fin, Turuma volvió en sí, se casó con la hija de Gibunogere, y le dio a su suegro muchas hachas de piedra y collares de dientes de perro en pago por la muchacha. Desgraciadamente la novia no sobrevivió a la noche de bodas, y antes del amanecer murió, quedando Turuma viudo.[17]

Una historia más prosaica, y sin final trágico, cuenta cómo en los antiguos tiempos, cuando la isla de Kiwai era tan sólo un bancal de arena, sin más arbolado que pequeñas plantas de tipo palustre, dos hombres vivían no lejos uno de otro en lasa. El nombre de uno era Nabeamuro y el del otro Keaburo. Keaburo

no tenía fuego y comía su pescado crudo, secándolo tan sólo al sol. Pero Nabeamuro sabía cómo hacer fuego perforando un trozo de madera con un palo de madera, si bien no quería compartir este conocimiento con Keaburo. Un día, sin embargo, Keaburo llegó a visitarlo cuando se hallaba haciendo fuego, le robó el fuego y echó a correr con él. Nabeamuro, que era un anciano, no pudo atrapar al ladrón.[18]

Una historia más instructiva, recogida por el doctor Landtman en Kiwai narra el descubrimiento del fuego como sigue:

Al principio los hombres solían comer su comida cruda. Pero un hombre Gururu o Glulu soñó en cierta ocasión que un espíritu venía a él y le decía: «Tu arco tiene fuego dentro». Cuando el hombre se despertó, pensó para sí: «¿Fuego? ¿y qué es eso?». A continuación de lo cual, cayó dormido de nuevo, y el espíritu volvió y dijo: «Mañana toma tu arco, y frótalo contra un trozo de madera como si fueras a cortarlo». A la mañana siguiente, el hombre cogió un trozo de madera, y empezó a serrarlo con su arco, usando la cuerda del arco como si fuera la cuchilla. Se dio cuenta de que la fricción recalentaba la madera, y tras un duro esfuerzo logró sacar primero humo y luego fuego. Empleó un poco de fibra de cocotero como yesca, y pronto obtuvo un radiante fuego. El hombre se puso muy contento con el descubrimiento, ya que le permitía calentarse y cocinar su comida. Comenzó asando en el fuego raíz de taro, que partió en dos y olisqueó con cautela. Vaciló ante ella. «¿Moriré tal vez —se dijo — si me como esto?». Pero, tras probarlo, dijo: «¡Está dulce!». Volvió entonces junto a la gente que estaba en la casa y les mostró el fuego. Todo el mundo se sintió asustado, y quisieron salir huyendo, pero él les explicó el uso del fuego, y les mostró cómo asar la comida. Al principio sentían miedo de gustar la comida cocinada, pero después de un tiempo todos adoptaron el nuevo modo de preparar sus vituallas.[19]

En el mismo sentido, otra historia recogida por el doctor Landtman nos cuenta de un niño llamado Javagi, hijo de un canguro macho, que estaba serrando en dos un trozo de madera con su cuerda de bambú, cuando la madera se prendió. El niño se sintió de momento muy asustado, pero por la noche su madre, o más bien su madre de leche, la canguro hembra, vino a él y le dijo: «Ese fuego que tienes es cosa buena. No le tengas miedo, cocina con él tu comida». Algunos hombres del bosque, añade la leyenda, siguen fabricando el fuego aún de esa manera, a saber, cortando con una cuerda de bambú un trozo de madera.[20]

Algunos nativos de Nueva Guinea Británica, en la zona del golfo de Papua, al parecer concretamente en Perau, informaron al señor James Chalmers de que el fuego les había llegado de las entrañas de la tierra, pero que varias generaciones después se había perdido. En los días, pues, en que el fuego se había extinguido de la tierra, sucedió que una mujer, que acababa de dar a luz a un niño, sintió mucho frío y quiso calentarse. Muy oportunamente, un poco de fuego bajó de los cielos, y el padre de la mujer lo alimentó con hojas secas. No tardó en producir una llamarada, y la mujer se acercó a él para calentarse. La gente se acercó con regalos para el niño, y recibieron a cambio un tizón ardiendo. Desde entonces el fuego nunca más se volvió a extinguir.[21]

En Motumotu, en Nueva Guinea Británica, dicen que el fuego lo produjeron primeramente las montañas. Antes de esto, todos los alimentos se comían crudos, hasta que un día Iriara, un montañés, mientras se hallaba sentado junto a su mujer, inadvertidamente frotó un palo contra otro, y salió fuego.[22]

Los motu, tribu de Nueva Guinea Británica, cuentan la siguiente historia sobre el origen del fuego entre ellos. Dicen que sus antepasados solían gustar su comida cruda o cocida al sol. Un día vieron humo en Taulu, que según se dice significa «es-

pacio oceánico». El perro, la serpiente, el bandicoot, un pájaro y un canguro vieron el humo y exclamaron a un tiempo: «¡Fuego en Taulu! ¡Fuego en Taulu! Los taulitas tienen fuego. ¿Quien irá a traer un poco?». La serpiente salió a buscarlo, pero el mar estaba embravecido y tuvo que volverse. El bandicoot lo intentó, pero también tuvo que volverse. El pájaro lo intentó a su vez volando, pero tuvo que volverse debido al fuerte viento. Luego le siguió el canguro, que igualmente fracasó. Entonces dijo el perro; «Y o iré y traeré el fuego». Nadó hasta una isla, donde vio fuego y a unas mujeres cocinando. Ellas dijeron: «He aquí a un perro extraño, matémosle». Pero el perro cogió un tizón encendido de la hoguera, y saltó con él de nuevo al agua. Nadó de vuelta hacia los motu, y éstos lo veían acercarse desde la orilla, llevando el humeante tizón en la boca. Cuando llegó a la orilla, las mujeres se regocijaron de tener fuego, y más mujeres vinieron de otros poblados para comprarles fuego. Pero los demás animales se sintieron celosos del perro, y empezaron a insultarlo. Corrió éste tras la serpiente, que fue a esconderse en un agujero. Y otro tanto hizo el bandicoot. En cuanto al canguro, huyó a las montañas y desde entonces ha existido siempre enemistad entre el perro y los demás animales.[23]

La leyenda motu nos es referida con ligeras variantes también por Chalmers. En su versión, los animales que habían intentado en vano traer el fuego son el faisán salvaje, la serpiente, la iguana, la codorniz, el wallaby y el cerdo. Como en la anterior versión, también en ésta es el perro el único que consigue traer el fuego.[24]

Los orokaiva, que viven cerca del río Mambare en la Papuasia nordoriental (Nueva Guinea Británica), consideran también al perro como el animal que trajo por primera vez el fuego a sus antepasados. Dicen que había en otro tiempo gentes que vivían en un poblado a la orilla del mar. Sentían frío y estaban cansados de comer sus alimentos crudos y fríos. Miraron hacia

el mar y vieron ascender humo en el horizonte, y se preguntaron qué sería aquello, deseando apropiarse de la cosa que producía aquel humo. De manera espontánea, uno de sus perros dijo: «Y o os lo conseguiré». Y echó a nadar hasta el poblado de donde salía el humo, y allí, sin mayor problema, se hizo con un tizón encendido y volvió nadando a su poblado, con el tizón en la boca. Pero, aunque era un perro grande y fuerte, no pudo sostenerse en medio del oleaje. El agua acabó apagándole el tizón, y cuando arribó a la playa el fuego se le había extinguido. Tras él, otros perros lo intentaron, uno tras otro, sin poder superar el primero. Por fin, un perro descastado y sarnoso tomó la palabra. Estaba cubierto de pústulas, y casi no le quedaba ya pelo en el lomo. «Y o os conseguiré el fuego», dijo, y todos se echaron a reír. Pero él se lanzó al agua y empezó a nadar hasta el poblado del humo, y allí se hizo con un tizón encendido; y en vez de intentar llevarlo en la boca como los otros perros habían hecho, se lo ató al rabo y empezó a nadar hacia su poblado. Y mientras nadaba meneaba el rabo, lo que hacía salir del tizón atado al rabo chispas, que brillaban como el manojo de hojas de cocotero encendidas que las mujeres llevan consigo cuando van a pescar por la noche en los arrecifes. Y al ver que la luz avanzaba hacia ellos, chispeando en medio de la noche, la gente que estaba en la orilla empezó a danzar y a golpearse el pecho, gritando: «¡Vamos, muchacho!». Fue así como el perro trajo el fuego al poblado.

Pero, antes de entregárselo a la gente, el perro depositó el tizón en tierra. Y fue entonces cuando un bandicoot intentó robarlo y llevárselo a su madriguera. Pero el perro era más listo. Le arrebató el fuego al bandicoot y se lo dio a sus propios «padre y madre», esto es, al hombre y la mujer que cuidaban de él. Y éstos se mostraron muy agradecidos y lo repartieron con otros. Y aún hoy siguen diciendo que el fuego pertenece al perro. De ahí que les guste tanto a los perros echarse junto al ho-

gar, y hasta sobre sus cenizas cuando el fuego ya está apagado; de ahí también que gruñan y refunfuñen cuando se les aparta de él.[25]

Otros pueblos en Papuasia, además de los orokaiva, sostienen que el fuego les fue traído por el perro. Así, por ejemplo, en la historia que cuentan en Mukawa, cerca de Baniara, se dice que el perro cruzó directamente a la isla de Goodenough y trajo el fuego de allí. Pero, puesto que la distancia es grande, unas veinte millas, prudentemente no lo intentó hacer a nado, por miedo a ahogarse, sino que remó hasta allí en una canoa, y en canoa trajo de vuelta un ascua de hoguera. Y, nada más varada su canoa, subió a una colina cercana a Mukawa, donde prendió fuego a la hierba, o tal vez la hierba se incendió accidentalmente con el ascua que llevaba; en cualquier caso, todas las gentes de la vecindad pudieron ver el fuego, y se acercaron a coger fuego para sí mismos. Y aún es el día que llaman a esa colina Colina del Perro, porque fue allí donde el perro subió nada más arribar. Y los hombres blancos han colocado sobre ella un faro para los barcos que cruzan de noche, de modo que cada noche puede verse titilar una luz en la colina. Pero, cualquiera que sea la historia que los blancos cuenten, los nativos saben que fue el perro el primero que puso una luz allí.[26]

El escritor que recogió estas dos leyendas sobre el perro y el fuego nos cuenta además que «hace mucho tiempo, las gentes de Papuasia no tenían fuego, y solían temblar ante el frío que traía el viento del sureste; y tenían que comer su taros y sus ñames crudos y duros. Pero ahora tienen ya fuego. En todos los poblados el fuego arde irradiando luz por las noches, y las mujeres cocinan su comida en perolas o en bambúes, o sobre piedras al rojo en el suelo. ¿Dónde consiguieron el fuego? ¿Quién se lo dio? Unos dicen que lo trajeron del cielo; otros que una vieja lo tenía escondido bajo su *rami* de hierba; otros que la ca-

catúa lo trajo en su pico; y algunos, finalmente, que un pequeño lagarto lo tenía escondido en su sobaco».[27]

Los nativos del delta de Purari, en Papuasia (Nueva Guinea Británica) cuentan la siguiente historia sobre el origen del fuego. Dicen que Aua Maku, el Hacedor de Fuego, vino del oeste. Algunos sostienen que vino de muy lejos, pero otros dicen que era un hombre del río Pie, nacido en las cercanías de Kaimari, el lugar donde otorgó por primera vez el fuego a la humanidad. Sea como sea, se dice que fue el primero que vivió bajo las aguas del río Pie. Pero su madre Kea le ordenó que se pasara a vivir en tierra enjuta, por miedo a que lo devorara un cocodrilo; y así hizo él. Y, tras realizar varias hazañas, se fue con su hermano Biai a vivir en el cielo, y así fue como hicieron: cogieron un elevado árbol *ane* y lo emplazaron en la aldea, donde quedó instalado como un gran poste. Recogieron entonces sus pertenencias y algunos materiales de construcción, y tomándolos consigo subieron por el árbol hasta el cielo, donde construyeron una casa con los materiales que llevaban. En adelante, todos los hombres de Kaimari permanecieron en la tierra, y Aua Maku y Biai, habiéndoles recomendado que no olvidaran sus nombres, se quedaron a vivir en el cielo. Pero por aquel tiempo las gentes de Kaimari no tenían fuego; el único modo que tenían de cocinar su comida era ponerla a secar al sol, y con frecuencia la comían cruda.

Ahora bien, Aua Maku tenía una hija llamada Kauu, que vivía con él en el cielo, y estaba muy triste de pensar que tenía que permanecer doncella por el resto de sus días, ya que en el cielo no había ni un alma con quien contraer matrimonio. Pero, un día, mientras observaba con interés la tierra, reparó en un hermoso joven llamado Maiku, que se hallaba tranquilamente sentado al sol frente a la casa de los varones, y se propuso casarse con él. Bajó, pues, montada sobre un trueno, y le dijo que quería ser su mujer. Y, para abreviar la historia, se casaron, y el

padre de ella, Aua Maku, bajó del cielo para asistir a la boda, volviendo luego a su celestial morada, adonde se llevó la dote que había recibido por su hija.

Al día siguiente, la recién casada salió con otras mujeres en canoa a pescar y coger cangrejos, y volvió con un saco lleno de ellos junto a su esposo, diciendo: «Y ahora, ¿dónde conseguiremos fuego para cocinar estos cangrejos?». Pero su esposo Maiku le respondió que en la aldea no conocían tal cosa, y que tenía que dejar los cangrejos al sol, para luego comerlos tal cual. Ella los dejó al sol, pero cuando estuvieron listos no pudo soportar el aspecto que tenían, y cuando intentó probarlos, vomitó. Y a consecuencia de esto ocurrió que, por el asco y la falta de comida, Kauu se puso enferma, y mientras toda la gente del poblado se hallaba pescando en el río, ella permanecía en su casa, enferma de fiebre.

Su padre, Aua Maku, entonces, mirando hacia la tierra desde el cielo, vio a su hija que yacía tumbada en una plataforma a la puerta de su casa. Bajó hacia ella, y cuando supo la causa de su enfermedad, y cómo prefería morir de hambre antes que comer la comida cruda, le prometió traerle fuego. Y, según cuentan algunos la historia, trajo del cielo un trozo de madera ardiendo, del árbol llamado *napera*, con lo que Kauu encendió un gran fuego. Y cuando la gente de la aldea volvió de la pesca y vio ascender humo, temieron acercarse, pues aquello era algo que nunca antes habían visto. No obstante, cuando Kauu los llamó, cobraron arrestos y se acercaron a ver el fuego, y cada hombre se hizo con un tizón encendido. Y Kauu les enseñó a prender el fuego, de modo que en adelante no tuvieran que comer los cangrejos crudos.

Pero otros cuentan que Aua Maku envió el fuego a la tierra de modo que incendió un árbol llamado *Kara*, y que Kauu, al ver el humo del árbol que ardía, se apresuró a acercarse a él y tomó un tizón encendido. De cualquier forma, no hay duda de

que fue a través de Kauu y su padre, Aua Maku, como las gentes del Purari aprendieron el secreto del fuego, y casi todos concuerdan en que el lugar donde esto ocurrió por primera vez fue en Kaimari.[28]

Entre las gentes del delta del Purari «el fuego se prende cuando hace falta mediante el método del palo y la ranura. La madera que usan es la llamada *napera*. Un trozo de esta madera es sostenido longitudinalmente de un extremo (con la rodilla o con el pie) por el operador, sujetándolo del otro extremo un ayudante. Se practica una pequeña ranura a lo largo con un cuchillo o una concha, y el operador, tomando un palo corto y aguzado, también de *napera*, procede a frotarlo de un lado a otro de la ranura. Sostiene el palo con ambas manos, con los pulgares dirigidos hacia sí, e inclinando el cuerpo fuertemente hacia adelante. Al poco tiempo empieza a producirse humo, el operador frota cada vez con mayor rapidez, y para de golpe, presionando la punta contra la ranura. Es este el momento en que aparece una llamarada, que gradualmente prende en todo el serrín; se puede espolvorear entonces un poco de carbón sobre el serrín prendido, si se tiene a mano.

»Este método de producir fuego es conocido por todos, aunque nunca lo practican las mujeres por tratarse de una tarea dura; puede resultar duro incluso para los hombres, ya que no siempre al esfuerzo invertido corresponde la combustión deseada. En la práctica, el fuego se obtiene de alguna casa vecina, cuando se necesita; unos cuantos tizones prendidos se llevan siempre en la canoa, y un gran fuego lento se mantiene vivo cuando una partida pasa la noche en la espesura. En otros tiempos solía llevarse en las canoas un gran trozo de madera *napera*, cuidadosamente protegido de la humedad; hoy en día la ocasión de usarlo se presenta pocas veces».[29]

Vemos así que, tal como podía haberse esperado, el mismo tipo de madera mencionada en el mito es la que se usa o emplea

en la práctica para encender el fuego.

En Wagawaga, Milne Bay, cerca del extremo suroriental de Nueva Guinea Británica, la gente dice que mucho tiempo antes de que los hombres tuvieran fuego, vivía en Maivara, al fondo de la bahía de Milne, una vieja a la que todos los jóvenes y niños llamaban Goga.[30] En aquellos tiempos la gente solía cortar en rebanadas su ñame y su taro, para secarlas al sol. Así pues, la vieja preparaba de este modo la comida para diez de los jóvenes, pero cuando éstos se hallaban fuera cazando en la espesura, se cocinaba para sí su propia comida. Hacía esto con fuego que sacaba de su propio cuerpo, pero hacía desaparecer las cenizas y los restos antes de que los muchachos volvieran de la caza, de modo que no pudieran saber cómo cocinaba su taro y sus ñames.

Un día, un trozo de taro hervido casualmente apareció mezclado con la comida de los muchachos, y cuando todos los jóvenes se hallaban comiendo su ración de la noche, el menor de ellos dio con ese trozo, lo probó y lo encontró muy bueno. Se lo dio a probar a sus camaradas, y a todos les gustó, ya que era muy suave, en vez de duro y seco como el taro que solían comer, y no podían explicarse cómo es que sabía tan bueno. Para averiguarlo, al día siguiente, mientras todos los demás salían de caza, el muchacho más joven se quedó escondido en la casa. Vio a la vieja cortar y poner a secar al sol la comida de los jóvenes, pero antes de ponerse a preparar la suya, se sacó fuego de entre las piernas. Aquella noche, cuando los jóvenes volvieron de cazar, y mientras ingerían su ración nocturna, el más joven les contó lo que había visto. Y los muchachos vieron lo útil que era el fuego, y determinaron robárselo a la vieja.

Así pues, por la mañana, afilaron sus azuelas y derribaron un árbol tan grande como una casa; todos intentaron saltar por encima de él, pero sólo el más joven lo consiguió, así que él fue el elegido para robar el fuego a la vieja. A la mañana siguiente,

todos los muchachos se fueron a cazar a la espesura, como solían, pero tan pronto se hubieron alejado un poco, dieron la vuelta y nueve de ellos se escondieron, mientras el más joven se acercaba cautelosamente a casa de la vieja, y cuando vio que ésta se ponía a cocinar su taro, se deslizó tras ella y le arrebató un tizón encendido. Echó a correr tan rápido como pudo hasta el árbol caído, y saltó por encima de él, en lo que no pudo seguirlo la vieja. Pero, al dar el salto, el tizón le quemó la mano y tuvo que soltarlo. La brasa del tizón prendió la maleza, y un árbol de pándano (*imo*) resultó también alcanzado por el fuego.

Una serpiente llamada Garubuiye vivía en un hueco de este árbol, y su cola se le prendió también, empezando a arder como una tea. La vieja hizo que empezara a llover a torrentes, para que el fuego se extinguiera, pero la serpiente permaneció oculta en su hueco del árbol de pándano, y el fuego de su cola no se apagó.

Cuando la lluvia cesó, los muchachos salieron a ver si podían hallar aún algo de fuego, pero no hallaron nada, hasta que uno de ellos rebuscando en el interior del árbol, sacó la serpiente, y le arrancó la cola, que aún ardía. A continuación, hicieron una gran pila de madera y le prendieron fuego con ramas que encendieron con la cola de la serpiente, y gentes de todos los poblados vinieron a coger fuego de la hoguera para llevárselo a sus casas, y cada uno llevaba palos de madera diferente, convirtiéndose los árboles, de los que habían cogido palos a este efecto, en sus respectivos tótems. Así es como la serpiente Garubuiye se ha convertido en tótem del clan Garuboi de Wagawaga.[31]

La gente de Dobu, isla que pertenece al archipiélago de Entrecastaux, situado frente a la punta este de Nueva Guinea, cuentan una historia similar sobre el origen del fuego. Sus antepasados, dicen, solían cazar cerdos para comer su carne. Un día, mientras todos los hombres se hallaban cazando, una vieja se quedó sola en la aldea. Puso aparte en un plato los ña-

mes para los cazadores, y sacándose fuego de entre las piernas se coció sus ñames en una perola sobre el fuego. Tras lo cual, hizo desaparecer el fuego, arrojando lejos las cenizas, y cuando volvieron los cazadores, les dio para comer comida cruda. Pero, por error, un trozo cocinado se le había deslizado entre la comida de los cazadores, y cuando éstos lo probaron les gustó tanto que determinaron vigilar a la vieja. Al siguiente día, así pues, uno de ellos volvió inadvertidamente al poblado y vio el fuego, con lo que inmediatamente hizo una antorcha de hojas, y la prendió. Tras lo cual prendió fuego a la hierba, a pesar de que la vieja gritaba: «¡Mi fuego! ¡Mi fuego! ¡Devuélvemelo!». Y mientras esto decía, cayó muerta. El fuego quemó mucha hierba y mucho bosque, hasta que una fuerte lluvia vino a apagarlo. La gente comenzó a buscar algo de fuego una vez hubo pasado la lluvia, y no pudieron encontrar nada, hasta que descubrieron una serpiente enroscada que guardaba el fuego debajo de sí; de ahí que la panza de dicha serpiente parezca aún hoy como si estuviera socarrada. Con ese fuego se cocinaron su comida, y enterraron a la vieja, diciendo: «¡Ea! ¡Ea! ¡Ahora sí somos felices!». Y conservaron el fuego tanto como pudieron, hasta hallar luego cómo producirlo frotando la punta de un trozo duro de madera contra un trozo de madera más suave.[32]

Los marind-anim, que habitan en la costa sur de Nueva Guinea Holandesa, hablan de un tiempo en el que no se conocía el fuego. Pero un día, un hombre iniciado, llamado Uaba u Obe, estrechó con tal fuerza a su mujer Ualiuamb que, a pesar de sus esfuerzos, no pudo desengancharse de ella. Por fin, un espíritu o ser sobrenatural (*dema*) vino y empezó a remover a la pareja, y a ponerlos de una forma y de otra, con vistas a poder separarlos. Y, al hacer esto, resultó que empezó a salir fuego y llamas como consecuencia de la fricción de ambos cuerpos, siendo éste el origen del fuego y del taladro de fuego, que hace salir la llama como consecuencia del frotamiento de dos trozos de ma-

dera. Al mismo tiempo, Ualiuamb dio a luz un casuario y una cigüeña gigante (*Xenorhynchus asiaticus*); las plumas negras de estos dos tipos de pájaros fueron causadas por el humo y el hollín del fuego que rodeó el nacimiento de sus antepasados. Por otro lado, la cigüeña resultó con los pies quemados, mientras al casuario se le quemaba el buche; de ahí que las patas de una y el buche del otro sean rojos hoy día. En la aldea nadie podía explicarse lo que había pasado. Se oyó de pronto gritar: «¡Fuego! ¡Fuego!». Todo el mundo echó a correr hacia el lugar, pero nadie sabía de dónde venía el fuego hasta que se vieron salir llamas de la cabaña de Uaba. El fuego se extendió rápidamente, pues era la estación seca y todo estaba reseco. Algunas llamas alcanzaron a algunos en la cabeza, quemándoles el pelo, de ahí que se vean tantos cráneos calvos entre sus descendientes hoy en día. El monzón del este extendió las llamas por toda la costa; y esta es la razón de que aún hoy pueda verse una ancha franja de terreno sin arbolado a lo largo de la costa. Las criaturas que vivían en la franja costera resultaron quemadas y enrojecidas por las llamas, y esa es la razón de que los cangrejos se vuelvan rojos cuando se los cuece aún hoy.[33]

El mito que los marind-anim cuentan para explicar el origen del fuego está claramente basado en la analogía que este pueblo, al igual que muchos otros pueblos salvajes, establece entre el proceso de producir fuego por medio del taladro de madera, por un lado, y el intercurso sexual, por otro. De acuerdo con esta supuesta analogía, muchos salvajes consideran al palo vertical como macho, y al palo yacente, que es perforado por el otro, como hembra.[34] De ahí, como podía esperarse, que los marind-anim empleen el taladro de fuego (*rapa*) para prender fuego, aun cuando conocen también y emplean con frecuencia el servicio del fuego, consistente en un trozo de bambú partido en dos que se frota contra el extremo aguzado de una punta de flecha también de bambú, oblicuamente plantada en tierra.[35]

En realidad, parece que hasta fechas bastante recientes una sociedad secreta de los marind-anim llevaba a efecto las consecuencias lógicas de semejante concepción mítica sobre el origen del fuego, acompañando con orgías sexuales, consideradas esenciales para la preservación del elemento, la solemne producción inaugural del fuego, que tenía lugar anualmente.[36]

En la isla de Nverfoor o Noorfoor, frente a la costa norte de Nueva Guinea Holandesa, se dice que los nativos fueron los primeros en conocer de un hechicero el modo de hacer fuego, y que el nombre mismo de dicha isla, que significa «nosotros (tenemos) fuego» proviene de tal evento.[37]

V
EL ORIGEN DEL FUEGO EN MELANESIA

En las islas del Almirantazgo, al norte de Nueva Guinea, los nativos dicen que al principio no había fuego en la tierra. Una mujer envió al águila marina y al estornino a que trajeran fuego del cielo. Les dijo: «¡Id al cielo! ¡Id ambos a traerme fuego del cielo!». Y los dos pájaros echaron a volar hacia el cielo. El águila pescadora cogió el fuego, y ambas aves retornaron a la tierra. Pero a mitad de camino decidieron partirse el fuego; el estornino lo tomó y se lo puso sobre la cerviz. El viento inflamó la llama, chamuscando al estornino. Esta es la razón de que el estornino sea ahora tan pequeño, mientras el águila es tan grande. Nunca el fuego hubiera llegado a chamuscar al estornino, de haber sido éste de mayor tamaño que el águila. Ambos nos trajeron el fuego a la tierra. Y por ellos comemos la comida cocinada al fuego. De no haber sido por estos dos pájaros, no podríamos cocinar nuestra comida, y tendríamos que conformarnos con secarla al sol.[1]

Los nativos de las islas Trobriand, al este de Nueva Guinea, dicen que la aldea de Moligilagi es el sitio donde por primera vez se descubrió el fuego. Una mujer de los lukwasisiga dio a luz primeramente al sol, luego a la luna, y finalmente a la nuez de coco. Dijo la luna: «Arrójame al cielo, de modo que pueda

estar allí antes que nadie y alumbrar este lugar». Pero la madre no quería. Dijo entonces el sol, persuasivamente: «Iré yo entonces primero al cielo, y proporcionaré calor a tus huertos; cuando cortes los matorrales para abrirte un huerto, yo los secaré con mi calor, para que puedas quemarlos y plantar ñame». El sol subió el primero a las nubes. Y poco después fue lanzada al cielo la luna; estaba enojada y se dedicaba a interferir la magia empleada para hacer crecer los huertos.

Fue esta mujer, la madre del sol y la luna, la que dio nacimiento también al fuego: había dado nacimiento al fuego mucho antes, pero el fuego había permanecido a la espera. Tenía esta mujer una hermana, y ambas vivían juntas. Se alimentaban de una especie de ñame silvestre. Pero la hermana menor vagaba por la espesura, buscando su alimento, el ñame silvestre. Cuando cogía algo lo llevaba a casa y su hermana mayor lo cocinaba, aunque la menor solía comer el ñame crudo. Por las noches, la hermana pequeña solía toser; la hermana mayor, en cambio, dormía perfectamente, porque había asado sus ñames y los había comido cocinados.

Un día, mientras la hermana pequeña se hallaba vagando por la espesura, volvió inadvertidamente, y se escondió de su hermana mayor. Vio cómo ésta sacaba el fuego de su cuerpo, de la zona de entre las piernas, y cómo asaba sus ñames silvestres al fuego. Cuando la hermana mayor se vio descubierta, le dijo a la pequeña: «Cálmate y no divulgues el secreto. Que la gente no sepa de él, porque si llegaran a saberlo, no nos pagarían por nuestro fuego. No lo grites. Aprovechémonos de nuestra valiosa posesión comiendo comida cocinada». Pero la hermana peque ña dijo: «No creo que deba guardar silencio. En verdad, lo que haré es tomar el fuego y dárselo a otros, para que pueda alumbrar, y todo el mundo tenga su porción de fuego». Fue hasta el fuego y tomó un trozo de madera encendida; y con ella prendió fuego al árbol *damekui*; y prendió fuego a muchos

otros árboles; y todos ardieron hasta consumirse. A continuación de lo cual, dijo a su hermana mayor: «Ahora ¿crees acaso que vas a seguir cocinando tu comida y comiéndotela tu sola, mientras todos los demás comemos la comida cruda?».[2]

Al sur de las islas Trobriand está el archipiélago de Entrecastaux. Los nativos cuentan cómo el fuego fue llevado por vez primera a Wagifa, una pequeña isla situada frente a Goodenough, que es una de las mayores islas del grupo. Dicen que un grupo de perros se hallaban pescando en la parte este de Wagifa. Habían cogido unos cuantos pescados y querían asarlos, pero no sabían cómo hacer fuego con palos. Uno de ellos, llamado Galualua, subió hasta la cima de una roca para tomar el sol y vio que en la isla de enfrente, en Kukuya, ascendía una columna de humo; fue hasta sus amigos y les dijo que siguieran pescando, mientras él iba a traer fuego. En Kukuya encontró una perola que hervía al fuego y a una mujer que barría la puerta de su cabaña. Se volvió la mujer y vio al perro meneando la cabeza. El le dijo: «Amiga, dame algo de fuego. Mis compañeros están pescando allá enfrente, y quieren que les lleve fuego». La mujer le ató un tizón encendido al rabo, pero mientras nadaba de vuelta hacia Wagifa, la cola se le hundió en el agua y el fuego se apagó. Volvió de nuevo donde la mujer, y le pidió más fuego. La mujer le ató otro tizón, en el lomo esta vez. Pero el lomo se le mojó también, y no tuvo más remedio que volver una vez más. Esta vez la mujer le preguntó: «¿Y dónde puedo atarte el tizón ahora?». Y él respondió: «En la cabeza». Fue así como pudo llevar a salvo el fuego hasta Wagifa. Sus compañeros le preguntaron por qué había tardado tanto, y Galualua les respondió: «Dos veces se me apagó el fuego, y otras tantas tuve que volver». Cocinaron entonces y comieron el pescado, pero al poco el fuego se transformó en piedra, y todos los perros penetraron en una gruta. Allí permanecen desde entonces, aunque a veces,

por las noches, salen y aúllan. Desde entonces nunca ha dejado ya de haber fuego en Wagifa.[3]

Los nativos de Buin, una de las islas Salomón, dicen que en otro tiempo no había fuego en las islas. Así que en aquellos tiempos, la gente no podía cocinar ni alumbrarse de noche, y comían su comida cruda. Pero las gentes de la isla de Alu sí que estaban familiarizadas con el fuego. Así que los de Buin dijeron a los de Alu: «Dadnos fuego». Pero la gente de Alu no respondió a su petición. Y los de Buin se reunieron en consejo para ver cómo podían hacerse con el fuego, y quien podría encargarse de traerlo. Un pequeño pájaro (*tegeromtegerika*) les dijo entonces: «Si queréis, yo puedo traeros el fuego». Pero la gente de Buin no le creyó, y dijeron: «Si vas, morirás en el agua salada. No eres capaz de volar tan lejos». El pájaro les respondió: «Lo intentaré». Todos le observaron mientras se alejaba volando, hasta perderse de vista. El pájaro llegó a Alu, se escondió en el bosque, y dejó pasar el tiempo. Al poco, pudo ver que la gente hacía fuego frotando entre sí dos trozos de madera, que es como en Buin se hace actualmente. Así que voló de nuevo hasta Buin y le dijo a la gente de allí como hacían los de Alu para conseguir fuego.[4]

Los nativos de San Cristóbal, una de las islas meridionales de las Salomón, dicen que el creador, cuyo nombre es Agunua, y que se había encarnado en una serpiente, tenía un hermano gemelo que era un hombre. Agunua enseñó al hombre a cultivar ñames y otras plantas. De modo que, con el tiempo, pudo tener un huerto lleno de ñames de todas clases, grandes y pequeños, rojos y blancos, suaves y picantes, silvestres y domésticos; y junto con ellos, también bananas, y cocos, y almendras, y frutos de todo tipo. Pero el hombre dijo: «Todas estas cosas son demasiado duras para comer. ¿Cómo puedo ablandarlas?». El creador, o la serpiente (*figona*), le dio su propia vara y dijo: «Frota

esto a ver qué pasa». Tal fue el origen del fuego y del arte de cocinar.[5]

En Malekula, una de las Nuevas Hébridas, la historia que se cuenta para explicar el origen del fuego es la siguiente: una mujer y su hijo pequeño entraron en la espesura. El niño empezó a llorar y se negó a comer la comida cruda. Para entretenerlo, su madre empezó a frotar su palo contra un trozo de madera seca. Al hacerlo, vio asombrada que el palo empezaba a echar humo y finalmente a arder. Puso entonces la comida al fuego, y vio que sabía mucho mejor. A partir de entonces todo el mundo empezó a usar el fuego.[6]

Los nativos de Nueva Bretaña, una gran isla situada al noreste de Nueva Guinea, cuentan una historia que implica que el modo de prender el fuego era en otro tiempo un secreto que los hombres iniciados ocultaban celosamente a las mujeres, hasta que un perro se lo reveló a éstas. La historia dice así:

Los miembros de la Sociedad Secreta (*iniet*) celebraron una asamblea. El perro estaba hambriento, y se alejó de ellos para ir a las huertas. Se acercó a las mujeres y a los no iniciados. Llevaba pintados en su piel los colores de la Sociedad Secreta. Se acercó a ellos, y se tumbó en el suelo. Los no iniciados y las mujeres le dijeron: «No te acerques». El preguntó: «¿Por qué?». Y ellos dijeron: «Porque eres un iniciado». El perro dijo: «Estoy hambriento. No he comido nada. Me gustaría comer algo de taro». Las mujeres dijeron: «Si te diéramos taro ¿de dónde sacarías el fuego? No tenemos fuego aquí». El perro dijo: «Esperad un momento, y haré algo que he visto hacer en el pabellón de la Sociedad Secreta». Las mujeres dijeron: «Hazlo, con tal que no nos hagas daño». El perro dijo: «No os haré daño. Lo único que tengo es hambre». Ellas dijeron: «No, no lo hagas». Y él: «Sí, sí lo haré». Las mujeres dijeron: «No te acerques a nosotras». «¿Por qué?». «Porque eres un iniciado», repuso una mujer. Pero el perro dijo: «Rompe en dos tu palo de madera de *kua*, y trae

las dos partes aquí». La mujer rompió el palo de *kua* y se lo dio. Y le preguntó; «¿Para qué es eso?». El perro dijo: «Ahora verás». Ella se lo entregó al perro. Este separó un trozo de madera con sus dientes y dijo a la mujer: «Siéntate sobre la madera de *kua*». La mujer dijo: «No, porque tú eres un iniciado». «Siéntate sobre ella», dijo el perro. Ella se sentó. El perro hizo fuego frotando la madera: la frotó con mucha fuerza. La madera empezó a echar humo. La mujer empezó a sentir que sus ojos lloraban. Se secó las lágrimas y dijo que el perro tenía que casarse con ella. El perro se puso muy contento. Los no iniciados produjeron fuego frotando trozos de madera delante de los iniciados. Y los iniciados les preguntaron: «¿Quién os enseñó eso?». «El perro», dijeron las mujeres. «Ajá. ¡Así que fue ese charlatán!», dijeron los iniciados. El hombre al que pertenecía el pabellón de la Sociedad Secreta montó en cólera. Dijo: «¡Ya veis para qué habéis traído vuestros perros, para que revelen nuestros secretos! ¡Han traicionado el secreto, nuestro secreto!». Y lanzaron un sortilegio sobre el perro, de modo que no pudiera hablar más, y desde entonces no habla.[7]

Ontong Java es un gran atolón de coral situado al nordeste de las Salomón. También es conocido con el nombre de Lord Howe, e, incorrectamente, como Leuaniua. La gente que vive en las islas del atolón presentan muchos puntos de semejanza con los polinesios, pero tienen marcadas diferencias culturales, aunque su lengua es un dialecto polinesio. No se encuentran, por ejemplo, entre ellos diferencias de clase, y en sus leyendas no aparece el menor rastro del héroe cultural polinesio Maui, quien, como veremos, juega un importante papel en el mito polinesio sobre el origen del fuego. El mito sobre el origen del fuego que cuentan en Ontong Java es totalmente distinto del polinesio, aunque, por otro lado, es prácticamente idéntico al mito micronesio que cuentan en las Gilbert.[8] Lo que nos lleva a pensar, por tanto, que pueda existir una relación étnica de

Ontong Java con Micronesia, más que con Melanesia. Tanto el conocimiento de este mito, como las observaciones que acabo de hacer sobre Ontong Java, se los debo a la amabilidad del señor H. Ian Hogbin, que pasó unos once meses en el atolón, estudiando a los nativos y aprendiendo su lengua. El mito reza como sigue:

Pa'eva es el dios del Mar. Hace mucho tiempo tenía un hijo, Ke Ahi, que era fuego. Ambos vivían en el fondo del Océano. Un día Pa'eva se enfadó sin razón con su hijo, y Ke Ahi decidió escaparse de casa. Salió a la superficie del Océano, y se encaminó hacia Luaniua, la aldea principal de Ontong Java. Allí fue muy mal recibido, porque todo lo que tocaba lo convertía en llamas. Tantas fueron las molestias que causó que la gente acabó expulsándolo, y tuvo que escapar a una pequeña isla perteneciente a una mujer llamada Kapa'ea. También allí causó grandes daños, y para poder salvar su propiedad, Kapa'ea con un palo le mató.

Pasó el tiempo, y Pa'eva se arrepintió de su enfado y empezó a buscar a su hijo. Por las cenizas rastreó sus pasos hasta la casa de la mujer. Gritó en voz alta su nombre varias veces, pero al fin, no habiendo recibido respuesta, dio por supuesto que su hijo había muerto. Para vengar su muerte, empezó a golpear la isla desde el fondo del mar. Antes de que hubiera llegado muy lejos en esta tarea, Kapa'ea, la mujer que había matado a su hijo, salió a ver lo que estaba pasando, y para poder salvar lo que quedaba de su propiedad, le ofreció su mano a Pa'eva en matrimonio. Y, puesto que era una hermosa mujer, el dios cerró con ella el trato, y dio por olvidada la muerte de su hijo.

Una vez casados, Pa'eva pidió a su mujer Kapa'ea que le contara detalles de la muerte de su hijo. Y ella le contó cómo lo había golpeado con un palo hasta matarlo. El padre quería ciertamente a su hijo, y en su tristeza abrazó el palo que había sido el instrumento de la muerte. Como consecuencia de lo cual Ke

Ahi volvió a la vida. Su padre, Pa'eva, se mostró encantado, y lo tomó en sus brazos para llevarlo de nuevo a las profundidades del Océano. Esto no le sentó nada bien a Ke Ahi, y tan pronto como se hundieron bajo el agua, murió de nuevo. Su padre volvió con el cadáver a la orilla, y tan pronto había tocado la costa Ke Ahi volvió a la vida. Le explicó entonces que nunca más quería volver al mar, y que todos los intentos por persuadirle serían vanos. De ahí que hasta la fecha resulte imposible que el fuego arda en el agua.

VI
EL ORIGEN DEL FUEGO EN POLINESIA Y MICRONESIA

Los maorís de Nueva Zelanda dicen que hace mucho tiempo, el héroe primordial Maui pensó en destruir los fuegos de su antepasada Mahu-Ika. Así pues, levantándose de noche, apagó los rescoldos de todos los fuegos familiares del poblado; luego, bien de mañana, llamó en voz alta a sus criados, y dijo: «Estoy hambriento, tengo hambre; rápido, preparadme algo de comer». Uno de los sirvientes se apresuró a cocinarle algo en el fuego, pero el fuego se había apagado; y yendo de casa en casa, en busca de fuego, vio que todos los fuegos del poblado estaban apagados; no pudo encontrar nada con que prender fuego.

Cuando la madre de Maui oyó esto, llamó a los criados, y dijo: «Uno de vosotros tiene que ir hasta mi antepasada Mahu-Ika, y decirle que el fuego se ha perdido en la tierra, y que tenga a bien otorgarlo de nuevo al mundo». Pero los esclavos, asustados, se negaron a obedecer sus mandatos. Finalmente, Maui dijo a su madre: «Bien; yo mismo traeré fuego para el mundo ¿qué camino debo tomar?». Y sus padres le dijeron: «Sigue ese ancho sendero que tienes ante ti, y por él alcanzarás la morada de tu antepasada; si ella te pregunta quién eres, lo mejor que puedes hacer es llamarla por su nombre, y ella sabrá que tú eres su descendiente; pero sé cauto, y no intentes ningún

engaño con ella, porque hemos oído que tus hazañas son mayores que las de los restantes hombres, y te gusta engañar e injuriar a la gente, y tal vez en esta ocasión se te ocurra intentar engañar a tu antepasada; por favor, sé cauto, y no lo hagas». Y Maui respondió: «Yo lo único que quiero es volver a traer el fuego a los hombres, y volveré tan pronto lo haya obtenido».

Se fue, pues, y llegó hasta la morada de la diosa del fuego; y tan maravillado quedó de lo que vio, que durante un largo rato fue incapaz de pronunciar palabra. Finalmente, dijo: «¡Oh, Señora! ¿Querríais levantaros? ¿Dónde guardáis vuestro fuego? He venido a pediros un poco». La anciana dama se levantó, y dijo: «¡Au-é! ¿Quién es este mortal?». Y él respondió: «Soy yo». «De dónde vienes», dijo la diosa. Y él contestó: «Pertenezco a este país». «Tú no eres de este país», dijo ella; «tu apariencia no es como la de los hombres de este país. ¿Vienes acaso del nordeste?». El replicó: «No». «¿Vienes del sudeste?». Y él replicó: «No». «¿Vienes acaso del sur?». El replicó: «No». «¿Vienes, pues, del oeste?». El replicó: «No». «¿Vienes, pues, de la dirección de donde el viento sopla directamente sobre mí?». Y él dijo: «De allí vengo». «¡Ah, vaya!», exclamó ella, «entonces tú eres mi nieto; ¿Qué has venido a hacer aquí?». El respondió: «He venido a rogar que me des fuego». Ella contestó: «Muy bien, muy bien; ahí tienes el fuego».

La anciana, entonces, se sacó la uña de un dedo, y de allí salió fuego, que ella le entregó. Y cuando Maui vio que la diosa se sacaba la uña para darle fuego, pensó que era algo maravilloso. Se alejó, pues, a cierta distancia, y apagando el fuego, volvió junto a la diosa, y dijo: «la lumbre que me has dado se me ha apagado, dame más». Ella se quitó otra uña, y sacó de nuevo fuego para él; y él, nuevamente, se alejó un poco, y apagó de nuevo el fuego que había conseguido; y nuevamente volvió junto a la diosa, diciendo: «Oh, señora, por favor te lo ruego, dame más lumbre, porque la última que me has dado se ha apagado». Y así prosi-

guió haciendo, hasta que la diosa se hubo sacado fuego de todos los dedos de una de sus manos; y siguió aún hasta que hubo sacado también fuego de todos los dedos de la otra mano; y, a continuación, empezó a extraer fuego de los dedos de los pies, con excepción de la uña de uno de los dedos gordos. Fue entonces cuando la diosa se dijo: «Sin duda alguna este muchacho se está burlando de mí».

Se sacó entonces la uña del dedo gordo que quedaba, y también de allí salió fuego, y al arrojarlo con fuerza sobre el suelo todo el lugar estalló en llamas. Y la diosa le gritó a Maui: «¡Ahí lo tienes todo, ahora!». Y Maui echó a correr, intentando escapar a toda prisa, pero el fuego lo perseguía implacablemente; tuvo, pues, que transformarse en águila de veloces alas, y volar con raudo vuelo, a pesar de lo cual el fuego lo seguía de cerca, y a punto estaba de alcanzarlo. El águila, entonces, se arrojó de cabeza a una charca de agua, pero el agua estaba a punto de ebullición. También a los bosques alcanzó el fuego, de modo que el ave tampoco pudo guarecerse allí; y también la tierra y el mar fueron alcanzados por las llamas, de modo que Maui estuvo a punto de perecer por el fuego.

Llamó, pues, a sus antepasados, Tawhiri-ma-tea y Whatitiri-matakataka, pidiéndoles que arrojaran sobre la tierra abundante provisión de agua, y dijo a voz en grito: «Mandadme por favor agua, que pueda aplacar este fuego que me persigue». Y hete aquí que se desencadenó una tempestad con gran aparato de viento, y Tawhiri-ma-tea envió una fuerte lluvia, y el fuego quedó apagado; y antes de que Mahu-Ika pudiera alcanzar un sitio donde guarecerse, a punto estuvo de perecer a causa de la lluvia, y sus llantos y quejidos fueron tan fuertes como los que Maui había proferido, cuando a punto estuvo de ser abrasado por el fuego: fue así como Maui culminó esta aventura. De esta manera se consumió el fuego de Mahu-Ika, la diosa del fuego; pero, antes de que se perdiera del todo, logró la diosa salvar

unas cuantas chispas, que arrojó, para protegerlas, al *kaikomako*, y a otros pocos árboles, donde se dice que aún se alojan; de ahí que los hombres usen trozos de madera de estos árboles para encender el fuego, cuando lo necesitan.[1]

El mito claramente está orientado a explicar de qué modo puede extraerse fuego de determinados tipos de madera: para preservar al fuego de su total extinción bajo la fuerte lluvia, la diosa del fuego lo escondió en ciertos árboles, de los cuales puede aún extraerse por frotamiento. Este es el meollo de toda la historia, que aparece más ampliamente desarrollado en otras versiones del mismo mito. Vemos así que, cuando Maui era perseguido por el gran incendio, pedía que le fuera enviada una gran lluvia, «que cayó a torrentes, y pronto extinguió las llamas, e inundó la tierra. Cuando las aguas alcanzaron el *tiki tiki*, o moño de Mauika, las semillas del fuego que allí se habían refugiado huyeron al *rata*, al *hinau*, al *kaikatea*, al *rimú*, al *matai* y al *miro*, pero estos árboles no las admitieron; fueron entonces al *patete*, al *kaikomako*, al *mahohe*, al *totara* y al*puketea*, que las aceptaron. Estos son los árboles de los que se obtiene el fuego por frotamiento».[2] Y en otro lugar se nos dice: «Sólo una pequeña parte del fuego logró escapar de la lluvia. A esta Mahu-ika la colocó en el árbol *totara*, pero no ardió; lo intentó luego con el *matai*; y tampoco ardió; luego con el *mahoe*; y ardió un poco; y finalmente, en el *kaikomako*, donde ardió bien, y el fuego se salvó».[3]

Así pues, el mito se cuenta para explicar las mayores o menores cualidades combustibles de los distintos tipos de madera.

El mismo mito se contaba entre los morioris, habitantes de las islas Chatham, situadas al este de Nueva Zelanda. Los morioris son, o más bien eran, un pueblo de raíz maorí, que inmigraron desde Nueva Zelanda a las islas Chathamy conservaron la tradición de dicha migración. Su versión del mito es como sigue:

«Luego, este tal Maui fue a traer fuego de Mauhika;[4] le pidió a Mauhika que le diera fuego, a lo que Mauhika, tirando de uno de sus dedos, le dio fuego a Maui, quien, visto lo cual, fue y lo apagó, volvió de nuevo junto a Mauhika, y esta tiró de otro de sus dedos. Y así continuó pidiendo fuego y apagándolo, hasta que a Mauhika sólo le quedó un dedo pequeño; entonces Mauhika se dio cuenta de que Maui la estaba engañando, y se desató su ira. Tiró entonces del dedo pequeño restante y arrojó fuego contra los árboles, contra el *inihina* (en maorí, *hinahina* o matee), el *karamu*, el *karaka*, el *ake*, el *rautini* y el *kokopere* (en maorí, *kawakawa*). Todos ardieron, menos el *mataira* (en maorí, *matipou*), que no ardió.[5] Por esta razón, todos los árboles que ardieron son usados como *kahunaki* (el trozo de madera que es frotada como si se la fuera a ahuecar, conservando el serrín arrancado, que finalmente prende merced al frotador *ure*). También arrojó fuego contra una piedra, a saber, el pedernal, de modo que también sale fuego del pedernal. Luego, Maui fue perseguido por el fuego de Maui; mares y montañas resultaron quemados, y Maui fue alcanzado por el fuego. El lamento de Maui llegó hasta el rugiente trueno, hasta Hangaia-te-marama, hasta la gran lluvia, hasta la prolongada lluvia, hasta la lluvia que azota. Fue enviada entonces la lluvia, y Maui se salvó».[6]

Los nativos de Tonga, o islas de la Amistad, situadas en medio del Océano Pacífico muy al norte de Nueva Zelanda, cuentan una historia similar para explicar por qué puede sacarse fuego de determinados árboles. Como brevemente pudo recoger la primera expedición americana de exploración, durante la primera mitad del s. XIX, la historia reza así: «Maui tema dos hijos, el mayor llamado Maui Atalonga, y el menor, Kijikiji, como es bien sabido. Kijikiji obtuvo fuego de la tierra, y les enseñó a cocinarse su comida, lo que les gustó, y desde ese día la comida se cocina, mientras que antes se la comían cruda. Para poder conservar el fuego, Kijikiji le ordenó que pasara a residir en de-

terminados árboles, de donde actualmente se ob tiene por fricción».[7]

Este mito tonga ha sido posteriormente recogido con mayor amplitud por otros investigadores. Puede ser de interés comparar sus versiones, que mantienen un acuerdo fundamental. Tal como fue recogida por un misionero inglés a mediados del s. XIX, la historia reza así:[8]

«Después de poblarse la tierra, pasó aún mucho tiempo antes de que el fuego fuera conocido. Por supuesto no había forma de cocinar la comida. Semejante carencia fue finalmente solventada de la manera siguiente: Maui Atalonga y su hijo Maui Kijikiji vivían en Koloa de Hafaa. Cada mañana Maui Atalonga dejaba su casa para ir a visitar a Bulotu;[9] y cada noche volvía trayendo consigo comida cocinada. Nunca llevaba a Kijikiji consigo, ni le permitía a su hijo saber el modo como hacía su viaje; ya que Kijikiji era joven, lleno de alegría y amigo de las bromas. La curiosidad de Kijikiji, sin embargo, acabó por despertarse, y determinó averiguar el camino que seguía su padre y seguirlo hasta Bulotu. Lo siguió hasta la boca de una cueva, oculta por una gran mata de cañizo, para que los que pasaban a su lado no pudieran descubrirla. Pero el joven Maui llevó a cabo una minuciosa búsqueda, dio con la entrada y descendió a la gruta. Llegado a Bulotu, vio a su padre manos a la obra, dándole la espalda; se hallaba ocupado trabajando un huerto que había preparado allí. El joven Maui arrancó un fruto del árbol *nonu* (cuyo fruto es un poco más grande que una manzana), mordió un trozo, y con su traviesa forma de ser habitual, le arrojó el resto a su padre. El padre lo recogió, vio las marcas de los dientes de su hijo, se volvió y dijo: "¿Qué te ha traído aquí? Mira bien lo que haces, porque Bulotu es un lugar temible". Y empezó a aleccionar a su hijo sobre los peligros que acechaban su conducta. Maui puso a Kijikiji a ayudarlo a desbrozar un trozo de huerto, y sobre todo le advirtió que no mirara nunca atrás. En vez de

seguir los consejos de su padre, Kijikiji hizo su trabajo de mala manera… Arrancaba unas cuantas malas hierbas y a continuación miraba atrás. Pasó toda la mañana arrancando unas pocas malas hierbas y mirando hacia atrás, de modo que poco fue lo que llegó a hacer. Las malas hierbas crecían sin cesar, mucho más deprisa de lo que padre e hijo podían arrancarlas. Llegó la noche, y Maui Atalonga quiso ponerse a cocinar su comida. "Ve", dijo a su hijo, "y consígueme un poco de fuego". Kijikiji no esperaba otra cosa. "¿Adonde tengo que ir?", dijo. "Al Modua".[10] Allí fue, y encontró al viejo Maui (su abuelo) tumbado en una estera, a la vera del fuego. Su hoguera estaba formada por un gran árbol de palo de hierro, uno de cuyos extremos ardía. El joven Maui hizo su aparición, y el viejo se vio muy sorprendido de semejante intrusión, porque no reconoció a su nieto. "¿Qué quieres tú?", dijo. "Quiero un poco de fuego". "Cógelo". El joven Maui colocó un poco en una cáscara de coco y lo llevó así durante un trecho. Pero su carácter travieso lo llevó a hacer de pronto una de las suyas, y decidió apagar las brasas y volver junto al viejo, con la cáscara vacía. Las mismas preguntas y respuestas ocurrieron de nuevo esta vez. Nuevamente obtuvo el joven Maui el preciado don, y nuevamente por el camino lo apagó. Por tercera vez compareció frente a su abuelo. El viejo se sintió irritado. "Tómalo todo", dijo. Y el joven Maui, ni corto ni perezoso, tomó sobre sí el inmenso árbol de palo de hierro y echó a andar con él. Fue entonces cuando el viejo se dio cuenta de que era algo más que un mortal, y empezó a gritarle. *"Helo, he, he, Ke-ta-fai"*, que es un reto a luchar. Perfectamente predispuesto a ello, el joven se dio la vuelta. Se aproximaron uno a otro, y se enzarzaron en la lucha. El viejo Maui cogió a su oponente por el taparrabos, lo levantó en redondo, haciéndole perder pie, y lo estrelló contra el suelo. Kijikiji, como un gato, cayó de pie. Era su turno; y cogiendo a su abuelo de la misma forma, lo levantó en redondo, lo estrelló contra el suelo y le rompió

todos los huesos del cuerpo. El viejo Maui se halla totalmente maltrecho desde entonces. Yace, debilitado y somnoliento, bajo tierra. Cuando amenaza con producirse un terremoto, los tonga lanzan el grito de guerra para despertar al viejo Maui, que se supone está removiéndose. Temen que pueda levantarse, y al hacerlo, dé la vuelta al mundo.

»Al volver Kijikiji junto a su padre, éste le preguntó por qué había tardado tanto. El joven guardó silencio; y puesto que nada respondía a cuanto le preguntaba sobre el viejo, Maui Atalonga sospechó que había hecho algo malo. Fue a ver, y encontró al viejo Maui lleno de magulladuras e impedido, por lo que se apresuró a volver a Bulotu para castigar a su hijo. El hijo echó a correr, y el padre lo persiguió enconadamente, pero sin resultados. Llegó la noche, y ambos se dispusieron a volver a la tierra. Maui precavió a su hijo de que no llevara fuego consigo; pero, nuevamente, el prudente temperamento del padre se estrelló contra el ánimo jocoso del joven. Este envolvió un poco de fuego en los pliegues del largo indumento que llevaba, y lo llevó arrastrando consigo. El padre marchaba delante. Y según iban acercándose a la cima, empezó a sentir el olor. "Huele a fuego", dijo. El joven Maui iba pisándole los talones. Apresuradamente, se quitó de encima la vestimenta y esparció su contenido por todo alrededor. Los árboles vecinos se prendieron de inmediato, y por un momento la tierra entera pareció estar en peligro. No obstante, el mal pronto pudo ser controlado, y el bien permaneció. Un resto beneficioso quedó a favor de los isleños, que desde entonces han podido prender fuegos para alumbrarse y para cocinar. Hay algo en esta leyenda de los rudos tonga que nos recuerda al Prometeo de la Grecia clásica».

Una versión más amplia de este mismo mito ha sido posteriormente recogida por un misionero católico de la forma que sigue:

Un cierto Mauimotua y su hijo Mauiatalaga vivían en Lolofonua, que era el mundo inferior. Ambos eran los señores de Lolofonua. Y Mauiatalaga tenía un hijo pequeño llamado Mauikisikisi, que significa Maui el Menor. Todos vivían en el mundo inferior. Pero Mauiatalaga dijo a sus parientes, los restantes Maui: «No permaneceré aquí en Lolofonua; iré a la tierra con mi hijo Mauikisikisi; aún es pequeño y no ha llegado a la madurez. Pero, aunque ambos vivamos sobre la tierra, siempre volveré aquí a veros, y a hacer mi trabajo, y atender a mis huertos aquí en Lolofonua». Así pues, ambos, Mauiatalaga y su hijo pequeño Mauikisikisi, subieron a la tierra. Se fueron a vivir en la isla de Kaloa, que es una de las del grupo Vavau, a su vez integrado en el archipiélago de las Tonga o islas de la Amistad. La parte de la isla donde fueron a vivir se llamaba Atalaga; de ahí que Mauiatalaga llevara por segunda parte de su nombre el término Atalaga. Y allí se casó con una nativa del lugar, llamada también Atalaga.

Pero la isla de Koloa era pequeña y no había sitio para todas las plantaciones de Mauiatalaga; así que solía bajar al mundo inferior, a Lolofonua, a cultivar sus huertos de allí. Entre tanto, su hijo Mauikisikisi empezó a hacerse mayor, y su insolencia y desobediencia para con su padre eran tremendas. Esa era la razón de que su padre lo dejara siempre en casa cuando bajaba a sus plantaciones del mundo inferior; porque conocía el insolente carácter de su hijo, y temía que pudiera hacer algún desafuero en el mundo inferior, si consentía en llevarlo consigo allá. Así que le dijo a su esposa: «Mujer, cuando yo bajo a atender mis huertos en Lolofonua, ten cuidado de no despertar al joven Mauikisikisi, para que no se entere de mi partida y vaya a hacer travesuras allá abajo. Mejor que se quede aquí en la tierra y haga aquí sus travesuras». Así, cuando el gallo cantaba y rompía el alba, Mauiatalaga solía despertarse y emprender su camino suavemente entre dos luces, para que Mauikisikisi no pu-

diera oírlo y empezara a seguirlo sollozando; se iba siempre solo, y partía en medio de la noche; hacía eso cada día; salía muy de mañana, cuando aún estaba oscuro, para que Mauikisikisi no lo viera partir.

Y Mauikisikisi se quedaba solo, y daba vueltas al asunto en su corazón, y decía: «¿Adónde va mi padre a cuidar sus huertos? Cada día lo veo partir. ¿Adónde va a atender sus plantíos y a trabajar?». Y se dijo a sí mismo: «Tal vez mi padre va a trabajar a sus huertos en Lolofonua. Lo vigilaré, cuando salga por la mañana, en medio de la oscuridad, me despertaré, me levantaré y lo seguiré». Así pues, Mauikisikisi vigiló a su padre, y una noche lo vio salir furtivamente. Lo vio tomar su cinto y su azada y echar a andar. Y, cuando ya se había alejado un poco, su hijo Mauikisikisi se levantó y lo siguió. Lo seguía de lejos para que no pudiera darse cuenta de que lo seguía. Cuando su padre llegó al pie de un árbol *kaho* («caña»), se detuvo y miró en derredor para ver si alguien lo seguía; pero Mauikisikisi se había ocultado para que su padre no pudiera verlo. Entonces Mauiatalaga echó mano de la mata por sus cañas, la arrancó de raíz y la echó a un lado, bloqueando así el camino de Lolofonua. Su hijo Mauikisikisi se dijo entonces: «Ah, ese debe ser el camino por donde el viejo va a sus huertos de Lolofonua». Y se acercó entonces al *kaho*, lo arrancó y lo arrojó lejos. Así le quedó expedito el camino hacia Lolofonua, que no estaba bloqueado. Bajó, pues, Mauikisikisi en seguimiento de su padre. Y llegaron al lugar donde Mauiatalaga tenía sus huertos, donde éste empezó a escardar sus cultivos. Y, mientras escardaba, su hijo se subió a un árbol, un árbol *nonu*, arrancó uno de sus frutos, lo mordió, y le tiró el resto a su padre. Y, cuando su padre recogió el fruto mordido, dijo: «Sin duda esta es la marca de los dientes de ese inútil chiquillo». Miró en torno suyo, pero no pudo verlo, porque se hallaba camuflado entre las ramas del árbol. Así que prosiguió con su escarda. Pero su hijo cogió otro fruto e hizo lo

mismo de antes, y nuevamente su padre dijo: «Sin duda estas son las marcas de los dientes de ese inútil chiquillo».

Entonces Mauikisikisi gritó desde el árbol: «¡Padre, aquí estoy!». Y su padre dijo: «Hijo ¿por qué camino has venido?». Y su hijo le respondió: «Seguí el camino por donde tú viniste». Y su padre Mauatalaga dijo: «Ven aquí conmigo y ponte a escardar». Y Mauikisikisi se acercó y se puso a escardar. Su padre le dijo: «No mires atrás mientras escardas». Pero Mauikisikisi no paraba de mirar atrás mientras arrancaba las malas hierbas, y éstas no paraban de crecer. Así que su padre Mauiatalaga se enfadó. «¿Qué?», dijo, «¿no le dije acaso a este insolente chiquillo que no mirara atrás mientras escardaba? Porque está prohibido hacerlo, para evitar que las malas hierbas crezcan de nuevo y los matojos se reproduzcan». Así que tuvo que ir a escardar de nuevo lo que ya había escardado, porque las malas hierbas crecían sin parar de nuevo. Y siguieron con la escarda. Pero nuevamente Mauikisikisi se puso a mirar atrás, y nuevamente rebrotaron las malas hierbas y los matojos en los sitios donde ya habían escardado. Su padre, enojado, dijo: «¿Quién le diría a este insolente y desobediente chicuelo que viniera aquí? Insolente chiquillo, deja la escarda y vete a buscar fuego».

Y el muchacho preguntó a su padre; «¿Qué es esa cosa llamada fuego?». Y su padre le dijo: «Vete pasada la casa, y allí hay un viejo calentándose al fuego. Traéme algo de ese fuego para cocinar nuestra comida». Y así fue como Mauikisikisi partió a buscar fuego, y llegó hasta el lugar donde el viejo se estaba calentando. Y hete aquí que el viejo no era otro que Mauimotua, el padre de Mauiatalaga y abuelo de Mauikisikisi. Pero Mauikisikisi no conocía a su abuelo, ni su abuelo a él, ya que nunca antes se habían visto. Y Mauikisikisi se dirigió a su abuelo, el viejo que estaba calentándose, y le dijo: «Viejo, dame algo de fuego». Y el viejo tomó un poco de fuego y se lo dio. Y el muchacho tomó el fuego y se fue con él; y habiéndose alejado un poco, lo

apagó mojándolo; y el fuego quedó apagado. El niño volvió junto al viejo y le dijo: «Dame algo de fuego». Y el viejo le preguntó: «¿Dónde está pues el fuego que te llevaste contigo?». Y Mauikisikisi dijo: «Se apagó». El viejo entonces le dio fuego de nuevo. Y nuevamente el muchacho se marchó con el fuego y lo apagó por el camino, mojándolo con agua. Nuevamente, pues, volvió a por fuego junto al viejo; era la tercera vez que se lo pedía. Y cuando el viejo Mauimotua vio al muchacho acercarse de nuevo, se irritó y dijo: «¿Cómo es que vuelve otra vez este niño? ¿Dónde está el fuego que te llevaste la última vez?». Y Mauikisikisi respondió: «Me llevé el fuego conmigo, y se me apagó por el camino. Por eso vuelvo a que me des un poco».

Sólo quedaba ya en la hoguera un gran tronco. Y el anciano le dijo enojado: «Tal vez puedas levantar y llevarte ese tronco que arde», ya que pensaba para sí que seguramente el muchacho no podría levantarlo; sólo Mauiatalaga podría haber levantado un tronco tan enorme como aquel, pero Mauikisikisi se acercó y levantó el tronco con una sola mano. Y Mauimotua dijo: «Deja el tronco con el que me caliento». Mauikisikisi volvió a depositarlo. Mauimotua se hallaba lleno de ira, y dijo: «Ven, vamos a pelear». Muy bien, replicó Mauikisikisi. Y, al decir esto, se adelantó y levantó a Mauimotua por los aires, meneándolo a un lado y a otro, para terminar estrellándolo violentamente contra el suelo. Hizo esto por dos veces, y el viejo quedó maltrecho y desmayado.

Tras esto, Mauikisikisi fue a llevar el fuego a su padre Mauiatalaga. Y su padre le dijo: «Has ido e insultado al anciano». Y Mauikisikisi le respondió: «el viejo se sintió molesto conmigo porque fui varias veces a pedirle fuego, y me dijo: 'Muchacho, vamos a pelear'. Y yo peleé y el viejo se cayó». Y Mauiatalaga le dijo: «¿Y cómo está ahora, muchacho?». A lo que Mauikisikisi respondió: «Lo golpeé fuerte, y está muerto». Y Mauiatalaga se sintió muy conmovido por el sino de su padre,

Mauimotua, a quien su propio hijo había sacrificado. Y, cogiendo su azada, golpeó con ella en la cabeza a su hijo, quedando muerto Mauikisikisi allí mismo: allí mismo quedó tendido, muerto. Y Mauiatalaga fue a buscar hierbas —el nombre de la hierba es *mohukuvai* para recubrir el cuerpo de Mauikisikisi.

Luego, fue junto a Mauimotua, para ver si realmente había resultado muerto en la lucha con el muchacho. Pero lo halló repuesto, pues ya se le había pasado el desmayo. Y dijo a su padre: «Padre, el insolente muchacho vino a matarte, pero no te conoció». Y su padre, Mauimotua, le respondió: «Es verdad. Yo tampoco le conocí a él». Y Mauiatalaga dijo: «Mi hijo Mauikisikisi se volvió muy insolente allá en la tierra ¡Quién iba a pensar que vendría a matarte! Esta es la razón de que no quisiera traerlo aquí, por miedo a que se mostrara insolente. Y se mostró en verdad tan insolente, que no he tenido otro remedio que matarlo, por eso está ahora muerto». Y su padre Mauimotua dijo: «¡Cómo! ¡Que has matado a Mauikisikisi por eso! ¿Por qué no le dejaste vivir? Actuó ciertamente como un loco, pero nunca antes me había visto. Vete a buscar hojas de *nonu*; ya que con las hojas de ese árbol recubren a los muertos, y reviven, y el nombre del árbol es *nonufiafia*». Así que Mauiatalaga fue a recoger hojas de *nonufiafia* y con ellas cubrió el cadáver de su hijo Mauikisikisi, y su hijo volvió a la vida.

Y cuando ambos hubieron comido, Mauiatalaga se dispuso a subir a tierra. Y dijo a su hijo: «Vete delante de mí, no sea que hagas una de las tuyas aquí en Lolofonua, pues estoy ya harto de tus travesuras». Pero Mauikisikisi replicó a su padre: «No, vete tú delante, y yo te seguiré». Y así hizo su padre, aunque temía que su hijo pudiera llevarse algo de Lolofonua a la tierra. Marchó pues Mauiatalaga en cabeza, y Mauikisikisi siguiéndole, llevando consigo un poco de fuego. Y, apenas habían comenzado su ascensión, cuando Mauiatalaga se detuvo y preguntó a su hijo: «Hijo ¿de dónde viene ese olor a fuego?». Pero Mauiki-

sikisi respondió: «¡No! Sin duda es el olor del lugar donde cocinamos nuestras vituallas lo que hueles». Y Maiuatalaga volvió a decir: «¿No será que has tomado contigo algo de fuego?». Pero Mauikisikisi respondió: «¡No!». Así pues, continuaron ascendiendo y ascendiendo. Nuevamente llegó a Mauiatalaga el olor del fuego, y se paró y dijo: «¿De dónde me viene ese olor de fuego?». Y Mauikisikisi dijo: «No lo sé». Pero Mauiatalaga echó la vista atrás, y reparó en que el fuego que su hijo llevaba echaba humo, ya que Mauikisikisi lo llevaba oculto y a hurtadillas. Y su padre corrió hacia él airado y dijo: «¡Que tenga que vivir para ver a este hijo malicioso y desobediente! ¿Adonde piensas llevar el fuego?». Y con las mismas, lo apagó.

Siguieron ascendiendo, tras esto. Pero Mauiatalaga no se había dado cuenta de que Mauikisikisi había prendido fuego a su taparrabos, de modo que el taparrabos que Mauikisikisi llevaba estaba ardiendo. Su padre pensó que el olor de fuego que le llegaba era el del fuego que acababa de extinguir. Así fue como, ascendiendo y ascendiendo, llegaron a la tierra. Y Mauiatalaga decidió esconderse para poder observar a Mauikisikisi mientras subía, no fuera a ser que se llevara algo de Lolofonua. Y cuando vio acercarse a Mauikisikisi, dijo: «¡Ya está ese chiquillo haciendo de las suyas! ¡Está trayendo el fuego a la tierra!». Y exclamó en voz alta: «¡Que caiga una torrencial lluvia!». Y empezó a llover a cántaros. Pero Mauikisikisi le dijo al fuego: «¡Corre a refugiarte en el cocotero! ¡Corre a refugiarte en el árbol del pan! ¡Corre a refugiarte en el *faul* ¡Corre a refugiarte en el *toul* ¡Corre a refugiarte en todos los árboles de la tierra!».

Ese es el origen del fuego, y así es como la tierra llegó a familiarizarse con él. Mauikisikisi lo trajo de Lolofonua para cocinar nuestra comida, darnos luz y calentar nuestros cuerpos cuando están fríos y enfermos. Porque no había antes fuego en la tierra, y la gente comía los productos de la tierra crudos. Pero, desde la época de Mauikisikisi, desde que él trajo el fuego

de Lolofonua, nosotros, sus descendientes podemos disponer de él aquí en la tierra. Esta es la razón de que el fuego se consiga frotando dos palos. Ya que Mauikisikisi le dijo al fuego que corriera a esconderse en los árboles y permaneciera allí.[11]

En fechas aún más recientes, otra versión del mito tonga ha sido recogida por un misionero wesleyano, el reverendo E. E. Collcott. Reza así:[12]

«Cómo fue traído el fuego a este mundo». Los Maui eran cuatro y vivían en el Submundo. Sus nombres eran Maui Motua (Maui el Viejo), Maui Loa (Maui el Largo), Maui Buku (Maui el Bajo), y Maui Atalanga (tal vez, Maui el que sujeta el viento o el que hace el viento), y había también un hijo de este último llamado Maui Kijikiji (Maui el Travieso). Durante mucho tiempo todos ellos vivieron en el Submundo, pero un día Atalanga sintió ganas de subir y vivir en la superficie de la tierra. Con la aprobación de sus hermanos, partió, prometiendo que volvería con frecuencia para cuidar su huerto, y para ayudar en cualquier otro trabajo que fuera necesario. Atalanga, acompañado de su hijo Kijikiji, tras salir a la superficie terrestre, se asentó en Koloa, la parte más antigua de Vavau.[13] A este distrito le corresponde propiamente el nombre de Haafuluhao, que sin embargo se aplica indistintamente a todo el país. El país en su conjunto recibe propiamente el nombre de Vavau; Koloa es la parte originaria de dicha tierra, y su nombre correcto es Haafuluhao. Los dos Maui se quedaron a vivir en Koloa, y Atalanga se casó con una mujer del lugar. Su lugar de residencia se llamó Atalanga. Maui no construyó ningún huerto en Koloa, que parece haber sido muy pequeña para este efecto, por lo que seguía cultivando su huerto del Submundo. En sus frecuentes excursiones a las regiones inferiores, nunca llevaba consigo a su hijo, sino que lo dejaba en casa en compañía de su mujer. El muchacho era tan molesto y travieso que su padre no deseaba su compañía. Los días en que bajaba al Submundo a cuidar su huerto,

Atalanga solía salir furtivamente de la casa antes del amanecer, habiendo ordenado rigurosamente a su esposa que nunca despertara al chiquillo, no fuera que lo siguiera y descubriera el camino. Naturalmente, la curiosidad de Kijikiji se sintió acicateada, y durante mucho tiempo buscó en vano el huerto de su padre, hasta que finalmente llegó a la conclusión de que debía hallarse en el Submundo, y determinó vigilar estrechamente sus idas y venidas.

«Durante algún tiempo nada pudo descubrir, pero una noche, sucedió que se despertó, y vio a su padre tomar su azada (palo cavador) y salir de la casa, por lo que inmediatamente le siguió, tratando de no ser descubierto. La entrada al Submundo estaba oculta por una mata de cañas, y al llegar allí Atalanga miró a uno y otro lado con cuidado, pero Kijikiji se hallaba discretamente escondido a cierta distancia, observando atentamente cada movimiento de su padre, sin que éste pudiera verlo a él. Atalanga tomó las cañas, las arrancó de raíz, penetró por el hueco que había abierto, y sacó luego su mano para tapar de nuevo el agujero. Tras un prudente intervalo, para permitir que su padre se hubiera alejado lo suficiente, Kijikiji se acercó al cañizal, arrancó unas cañas, las arrojó lejos, y penetró por el hueco para seguir a Atalanga. El lugar por donde los Maui penetraban al Submundo se llamaba Tuahalakao (al parecer, tras la senda de las cañas). Kijikiji siguió a su padre al Submundo, teniendo cuidado de no ser visto, y llegó al fin al huerto.

»Cuando el joven llegó al lugar, su padre se hallaba trabajando, pero él se subió a un árbol *nonu*, arrancó uno de sus frutos, le dio un mordisco y le arrojó el resto a su padre. Atalanga recogió el *nonu*, y al verlo reconoció en él las marcas de los dientes de su travieso hijo; pero, al girarse en redondo y no ver a nadie, reemprendió su trabajo, para ser molestado al poco por otro fruto de *nonu* con marcas de dientes. Al divisar este segundo proyectil, todas sus dudas se desvanecieron. "Esta", dijo, "es

sin duda la marca de los dientes de ese trasto de crío". Kijikiji, en este momento, ya no intentó mantener por más tiempo su ocultamiento, y gritó: "Aquí estoy, padre". A la pregunta de su padre de cómo había llegado allí, respondió que lo había seguido, y a la ulterior pregunta sobre si había cerrado bien la entrada, respondió, menos verazmente, que sí. Atalanga entonces dijo a Kijikiji que se acercara a escardar malas hierbas con él, advirtiéndole que no debía mirar en derredor mientras trabajaba. No hace falta decir que el muchacho miraba en torno suyo sin parar, y debido a ello las malas hierbas, tan pronto las arrancaban, crecían de nuevo a sus espaldas. Su padre tuvo que repetir el trabajo una y otra vez, y regañó a su hijo, a pesar de lo cual, violando el tabú, éste continuaba mirando en tomo suyo, hasta que finalmente su padre, hastiado de él, le dijo que dejara aquello y fuera a buscar fuego.

»Kijikiji nunca había visto el fuego, y le preguntó a su padre qué era. Atalanga le dijo que fuera hasta una casa situada más allá, donde vería a un viejo sentado junto al fuego. Debía coger un poco y traerlo, para preparar la comida. Cuando Kijikiji entró en la citada casa, vio a un anciano al que no conocía, pero que era Maui Motua, el padre de Atalanga. Le pidió fuego y el viejo se lo dio, pero tan pronto hubo salido lo apagó, y volvió a por más. Nuevamente volvió el viejo a darle fuego, y nuevamente lo extinguió el muchacho nada más salir; al entrar en la casa por tercera vez, el viejo se enfadó; por otro lado, sólo quedaba un leño en la hoguera, un gran trozo de madera de casuarina. Maui Motua, sin embargo, le dijo en broma al muchacho que si podía con él se lo llevara, sin imaginar siguiera que pudiera ser capaz de levantarlo. Kijikiji, no obstante, lo agarró y lo levantó con una sola mano. Maui Motua de inmediato le ordenó que volviera a dejar el leño en el fuego, y cuando el muchacho le obedeció, lo retó a pelear. El reto mostraba más ánimo que ingenio por parte del anciano, ya que Kijikiji lo arrojó una

y otra vez contra el suelo, y habiéndolo dejado por muerto, tomó el leño de casuarina y cargó con él.

»Cuando llegó junto a su padre, Atalanga le preguntó qué travesuras había estado haciendo en casa de Maui Motua, que tanto había tardado, pero Kijikiji simplemente replicó que el fuego se le había apagado varias veces y había tenido que volver otras tantas a recuperarlo. Ulteriores preguntas sacaron a la luz el asunto de la lucha y su fatal desenlace. Al oír esto, Atalanga derribó por tierra a su hijo con su azada y cubrió su cuerpo con la hierba llamada *mohuku vai* (hierba de agua, literalmente). Se dice que, por haber cubierto el cuerpo de Kijikiji, dicha hierba no muere cuando se corta. Atalanga, luego, fue hasta donde estaba su padre y lo encontró recobrado. El viejo supo entonces que había sido su nieto con quien había peleado, y le dijo a Atalanga que arrancara hojas de *nonu* (*Morinda citrifolia*), y las colocara sobre el cuerpo para traerlo de nuevo a la vida. Hizo esto, y el muchacho revivió. Esta especie de *nonu* no crece en este mundo, sino sólo en el cielo y en el Submundo.

»Los dos comieron luego su comida, y se prepararon para salir a cielo abierto. Atalanga, temiendo las traviesas inclinaciones de su hijo, quiso que fuera delante de él, pero Kijikiji finalmente se salió con la suya, y fue su padre quien encabezó la marcha. Cuando ya salían, Kijikiji tomó un tizón de la hoguera para llevárselo al mundo exterior y lo escondió a su espalda. Su padre, al poco, detuvo la marcha y dijo: "¿De dónde viene ese olor a fuego? ¿Has traído acaso algo de fuego contigo?". "No", respondió el muchacho, "probablemente procede del lugar donde cocinamos nuestra comida". El padre pareció escasamente convencido, pero decidió proseguir la marcha. Al poco, se volvió de nuevo: "Muchacho ¿de dónde viene ese olor a fuego?". "No lo sé", respondió el joven. "Muchacho ¿no habrás traído acaso fuego contigo?", preguntó de nuevo Atalanga. Fue en este preciso momento cuando el padre distinguió el humo que

salía del fuego que su hijo llevaba escondido, y echándose sobre él le arrebató el tizón y lo apagó, recriminando agriamente a Kijikiji por su desobediencia y mal comportamiento. Finalmente, estaban ya a punto de salir a la superficie del mundo, sin que el padre se hubiera dado cuenta de que la punta del taparrabos de Kijikiji estaba prendida, y la traía arrastrando tras de sí inadvertidamente. Al alcanzar la superficie de la tierra, Atalanga se adelantó para esconderse y poder así observar si su hijo se había traído algo del Submundo. Y, cuando Kijikiji apareció, vio el humo que desprendía su taparrabos ardiendo. Invocó entonces Atalanga a la lluvia, pero, aunque cayó un tremendo chaparrón, el muchacho no se dio por vencido, ya que le dijo al fuego que huyera a esconderse en el cocotero, y en el árbol del pan, y en el hibisco, y en el *tou* (*cordia*), y en todos los árboles. De este modo se introdujo el fuego entre los hombres, quienes hasta entonces habían tenido que comer su comida sin cocinar, y gracias a que el fuego reside en los árboles, se obtiene frotando un palo contra otro».

Este mito tonga resulta sustancialmente idéntico al mito maorí. En ambos, el fuego es traído a la tierra gracias a la astucia de un héroe travieso y audaz, que logra engañar al poseedor del fuego en el otro mundo; en ambos, el fuego robado casi resulta apagado por una fuerte lluvia, y sólo se salva escondiéndose en árboles, donde permanece hasta que se le extrae por frotamiento. Las principales diferencias entre ambos mitos parecen ser que, mientras en el mito maorí el fuego es traído del Mundo Superior, en el mito tonga proviene del Submundo; que, mientras en el mito maorí, el poseedor originario del fuego es la abuela del héroe, en el mito tonga es el abuelo del mismo; y que, mientras en el mito maorí el poseedor originario del fuego lo extrae de su propio cuerpo, sacándoselo de las uñas de los pies y las manos, en el mito tonga no hay la menor referencia a este tipo de maravillas, dándose por supuesto que el poseedor

originario manipulaba el fuego de la forma habitualmente conocida.

Los nativos de Niué, o Savage Island, situada al este del archipiélago Tonga, o Islas de la Amistad, cuentan una historia sobre el origen del fuego que, aunque sólo la conocemos de forma abreviada, parece concordar sustancialmente con la versión tonga. Según ellos, un padre y un hijo, ambos por igual llamados Maui, descendieron al mundo inferior a través de un matorral de cañas. El Maui joven, «como otro Prometeo», robó el fuego en el Mundo Inferior, escapó por el paso entre las cañas con él, y antes de que su padre pudiera cogerlo, había prendido fuego a la espesura en todas direcciones. El padre trató de extinguirlo, pero fue en vano; y la gente de Niué dice que desde que el joven Maui realizó esta hazaña, han tenido fuego y podido cocinar su comida.[14] El mito niué fue recogido bajo una forma ligeramente distinta por Basil Thompson. Según esta versión, en los antiguos días, poco después de que la tierra emergiera del mar, «Maui vivía bajo la superficie de la tierra. Preparaba su comida en secreto, y su hijo que durante mucho tiempo había sido tentado por el delicioso olor de la comida de su padre, se ocultó para observar el proceso, y vio el fuego por primera vez. Cuando Maui salió, su hijo robó un tizón llameante y escapó con él a una de las grutas de Niué, donde prendió fuego a un árbol *ovava*. De ahí que los niué saquen ahora el fuego de la madera de *ovava*, frotándola con un rascador de dura madera de *kavika*».[15]

Aquí, como a menudo ocurre, el mito se cuenta para explicar el proceso de procurarse el fuego por frotamiento con ciertos tipos de madera.

La historia samoana sobre el origen del fuego se parece a la versión tonga, aunque los nombres de los personajes difieren un tanto. Los samoanos dicen que hubo un tiempo en que sus antepasados lo comían todo crudo, y que deben el lujo de la co-

mida cocinada a Ti'iti'i, el hijo de una persona llamada Talanga. Este Talanga era tenido en gran favor por el dios del terremoto, Mafuie, que vivía en una región subterránea donde el fuego ardía continuamente. Cada vez que Talanga se acercaba a una roca perpendicular y le decía: «¡Roca divídete! ¡Soy Talanga! ¡He venido a trabajar!», la roca se abría y le dejaba pasar, y por ella descendía hacia sus huertos en la tierra del dios Mafuie. Un día, Ti'iti'i, el hijo de Talanga, siguió a su padre, y observó por dónde entraba. El joven, pasado un rato, se acercó también a la roca, y fingiendo la voz de su padre, dijo: «¡Roca, divídete! ¡Soy Talanga! ¡He venido a trabajar!», y la roca le abrió paso. Su padre, que se hallaba trabajando en su huerto, se mostró sorprendido, cuando vio aparecer a su hijo por allí, y le rogó que no hablara en voz alta, porque el dios Mafuie podría oírlo y enfadarse. Viendo una columna de humo a lo lejos, el hijo inquirió a su padre qué era. Su padre le dijo que era el fuego de Mafuie. «Iré a coger un poco», dijo el hijo; «No», dijo el padre, «porque se enfadará. ¿No sabes que devora a la gente?». «¡Y a mí qué me importa!», dijo el audaz muchacho, y se dirigió hacia allí, tarareando una canción, hacia el lugar de donde salía el humo.

«¿Quién eres tú?», dijo Mafuie al joven. «Soy Ti'iti'i, hijo de Talanga», replicó; «he venido a por fuego». «Tómalo», dijo Mafuie. Y volvió junto a su padre con algunos rescoldos, y ambos se pusieron a asar taro. Encendieron el fuego, y se disponían a colocar el taro sobre las piedras al rojo, cuando súbitamente el dios Mafuie apagó el horno de un gran soplido, dispersando las piedras y extinguiendo el fuego. «No te dije que el dios Mafuie se enojaría?», dijo Talanga. Lleno de rabia, el hijo de Talanga fue hasta donde estaba Mafuie y le preguntó: «¿Porqué has roto nuestro horno y apagado nuestro fuego?». Indignado por tan osado desafío, Mafuie cayó sobre él, y ambos se enzarzaron en una pelea. Ti'iti'i cogió el brazo derecho de Mafuie con ambas manos y le dio tal tirón que se lo rompió. Echó mano entonces

del otro brazo, y estaba a punto de tirar de él de la misma manera, cuando Mafuie se confesó vencido e imploró a su adversario que tuviera piedad de él, y le dejara sano el brazo que le quedaba. «Necesito el brazo», dijo, «para mantener a Samoa a flote. Déjamelo y yo te daré cientos de esposas». «No, no quiero eso», replicó Ti'iti'i. «Bueno, pues», respondió Mafuie, «¿quieres llevarte fuego? Si me dejas sano mi brazo izquierdo, tendrás fuego, y podrás comer siempre la comida cocinada». «De acuerdo», dijo Ti'iti'i; «quédate con tu brazo, y yo tendré el fuego». «Ve», dijo Mafuie, «y encontrarás fuego en cualquier trozo de madera que cortes». Así, desde los tiempos de Ti'iti'i, los samoanos han podido cocinar su comida, consiguiendo el fuego mediante la fricción de dos trozos de madera seca. Y la gente supersticiosa, se nos dice, aún tienen la idea de que el dios de los terremotos, Mafuie, vive en algún sitio debajo de Samoa, y que la tierra tiene un gran mango, como una especie de bastón, que Mafuie mueve de vez en cuando. Era habitual entre ellos decir, cuando sentían venir un terremoto: «Menos mal que gracias a Ti'iti'i, Mafuie tiene sólo un brazo. ¡Si tuviera dos, el meneo que nos daría!».[16]

En esta historia samoana, los nombres del padre y el hijo pueden ser tan sólo otras variantes dialectales de los nombres de la versión tonga, siendo el nombre del padre Talanga en la historia samoana, y Atalanga o Atalaga (Maui-atalaga) en la tonga, mientras que el hijo de la versión samoana, Ti'iti'i, se correspondería con el Kijikiji o Kisikisi (Maui-kisikisi) de la versión tonga. Un rasgo digno de mención en el mito tonga es la deducción del fuego terreno a partir de los fenómenos volcánicos, ya que no puede caber duda alguna de que el fuego perpetuo, que el dios de los terremotos mantiene vivo constantemente bajo tierra, no es otro que el fuego volcánico. Y la explicación sobre el modo como el dios del terremoto apagó el

horno y dispersó las piedras puede ser muy bien la descripción mítica de una erupción volcánica.

Los nativos de Fakaofo, o Bowditch Island, al norte de Samoa, hacían remontar el origen del *fuego* a Mafuike, «pero, al revés de los Mafuike de la mitología de otras islas, este era una *vieja* ciega. Talanga bajó a las regiones inferiores donde ella reinaba y le pidió que le diera algo de fuego. Ella, obstinadamente, se negó, hasta que él amenazó con matarla, y entonces ella cedió. Junto con el fuego Talanga la hizo confesar qué pescado era el mejor para cocinar, y cuál debía seguir consumiéndose crudo; y fue entonces cuando dio comienzo el tiempo de la comida cocinada».[17] De manera similar, en las islas Unión, al sureste de Bowditch Island, «un audaz personaje llamado Talanga, habiendo descendido a las regiones inferiores, halló a una vieja llamada Mafuike muy ocupada cocinando. Habiéndola obligado con amenazas de muerte a compartir con él su tesoro, encerró el fuego en un cierto tipo de madera, que fue consecuentemente usado por sus descendientes para extraer fuego por frotamiento».[18] Estas historias concuerdan en lo fundamental con la versión samoana del mito, incluso en cuanto a los nombres de los personajes, Talanga y Mafuike, que coinciden exactamente o casi con los nombres samoanos de Talanga y Mafuie, aunque en la versión samoana Mafuie sea un dios y en las otras versiones Mafuike es una vieja.

En Mangaia, una de las islas Hervey, el origen del fuego en la tierra se atribuye al gran héroe polinesio Maui, y la historia del modo como le procuró fuego a la humanidad se parece en muchos puntos a las versiones maorí y tonga del mito. Reza así:

Originariamente, el fuego era desconocido para los habitantes de este mundo, que no tenían más remedio que comer sus alimentos crudos. En el Mundo Inferior (Avaiki) vivían cuatro seres poderosos: Mauike, dios del fuego; el dios-sol Ra; Ru, el

sustentador de los cielos; y, finalmente, la mujer de Ru, Buataranga, guardiana del camino que lleva al mundo invisible.

A Ru y a Buataranga les nació un hijo famoso, Maui. Ya en edad temprana, Maui fue nombrado como uno de los guardianes de este mundo superior donde viven los mortales. Como el resto de los habitantes del mundo, comía su comida cruda. Su madre, Buataranga, de vez en cuando visitaba a su hijo; pero siempre comía su comida aparte, sacándola de una cesta que traía del Mundo Inferior. Un día, mientras dormía, Maui fisgó en su cesta y descubrió comida cocinada. Al probarla, le gustó mucho más que la comida cruda. Ahora bien, dicha comida procedía del Submundo, lo que dejaba bien claro que el secreto del fuego estaba allí. Así que Maui decidió bajar a casa de sus padres, en el Mundo Inferior, para intentar gozar del lujo de la comida cocinada.

Al día siguiente, cuando su madre Buataranga se disponía a bajar al Mundo Inferior, Maui la siguió por entre la espesura, sin que ella se diera cuenta. Esto no le resultó difícil, ya que siempre iba y venía por el mismo camino. Atisbando por entre las largas cañas, vio a su madre pararse ante una roca negra, a la que se dirigió del siguiente modo:

Que Buataranga, aunque en cuerpo, descienda por este agujero.
Lo que al arcoiris semeja debe ser obedecido.
Como dos oscuras nubes al alba se separan,
¡Abridme, abridme paso al Mundo Inferior, oh, vosotros los temibles!

Al ensalmo de estas palabras, la roca se abrió en dos, y Buataranga descendió. Maui con todo cuidado memorizó estas palabras; y sin más dilación partió a ver al dios Tañe, que poseía hermosas palomas. Maui insistentemente le rogó a Tañe que le prestara una de sus palomas. El dios le ofreció dos, una tras otra, pero el caprichoso Maui rechazó ambas por igual. Nada le contentaba si no era una paloma roja llamada Akaotu, esto es,

Intrépida, a la que su amo apreciaba especialmente. Tañe se resistía a desprenderse de su mascota, pero se la dio a cambio de la promesa de que la paloma sería devuelta sin daño. Maui se marchó de allí lleno de alegría, llevándose la paloma roja hasta el lugar por donde había visto descender a su madre. Cuando hubo pronunciado las palabras que le había oído, la roca se abrió de par en par, y Maui, introduciéndose en el cuerpo de la paloma, penetró por ella. Unos dicen que se transformó en una pequeña libélula, y que montado de esta forma en el lomo de la paloma, bajó al Submundo. Los dos feroces demonios que guardaban la entrada, rabiosos por la intrusión de un extraño, se apoderaron de la paloma, para devorarla; pero sólo consiguieron arrancarle algunas plumas caudales, y el ave pudo proseguir su vuelo hacia las sombrías profundidades. Maui se entristeció por el daño que había sufrido la mascota de su amigo.

Llegado que fue al Submundo, Maui empezó a buscar la casa de su madre. Fue ésta la primera que vio, y se vio guiado hasta ella por el ruido de su mayal de telas. La roja paloma se posó sobre un horno situado frente al cobertizo donde Buataranga se hallaba machacando corteza para tela. La diosa detuvo su tarea y se quedó mirando a la roja paloma, suponiendo que era un visitante del Mundo Superior, ya que ninguna de las palomas del Submundo tenía color rojo. Buataranga dijo al ave: «¿Vienes acaso de la luz del día?». La paloma asintió. «¿Eres acaso mi hijo Maui?», inquirió la mujer. Nuevamente asintió la paloma. Y al oír esto, Buataranga penetró en su morada, mientras el pájaro volaba hasta un árbol de pan. Maui, en este momento, reasumió su figura humana, y fue a abrazar a su madre, quien le preguntó cómo había descendido hasta el Submundo y cuál era el objeto de su visita. Maui confesó que había ido a conocer el secreto del fuego. Buataranga dijo: «Ese secreto lo guarda consigo el dios del fuego, Mauike. Cuando quiero encender un horno, le ruego al padre Ru que le pida una astilla

encendida a Mauike». Maui inquirió dónde vivía el dios del fuego. Su madre le señaló la dirección, y dijo que el sitio donde vivía se llamaba Areaoa; «Casa de los palos de banyan». Aconsejó a Maui que tuviera cuidado, «ya que», le dijo, «el dios del fuego es un tipo terrible, de muy irritable temperamento».

Maui se dirigió con todo atrevimiento a la mansión del dios del fuego, guiado por la rizada columna de humo que de allí salía. Halló al dios ocupado en prepararse la comida en un horno, y habiéndole preguntado la deidad qué buscaba, Maui le replicó: «Un tizón encendido». Le dio uno, pero Maui lo llevó hasta la orilla de una corriente situada más allá de un árbol del pan, y allí lo apagó. Volvió luego de nuevo junto a Mauike, y este le dio un segundo tizón, que igualmente extinguió en el agua. Por tercera vez fue a pedirle al dios fuego. El dios se mostró irritado, pero no obstante, rascó unas pocas brasas de su horno y se las dio junto con un palo seco al osado Maui. Pero también estas brasas arrojó Maui a la corriente. Porque pensaba que unos cuantos tizones, por encendidos que estuvieran, le eran de poca utilidad mientras no aprendiera el secreto del fuego. Así que decidió provocar una pelea con el dios del fuego y obligarle a revelar su secreto, que por entonces de nadie era conocido fuera de él. Con esto en la cabeza, fue a pedir fuego por tercera vez al furioso dios del fuego. Mauike le dijo que desapareciera de su vista, a menos que quisiera ser vapuleado a conciencia; ya que Mauie era de corta estatura. Pero el audaz joven se declaró dispuesto a medir sus fuerzas con el dios. Mauike penetró en su morada para ponerse su atavío de guerra; pero al volver vio con asombro que Maui se había hinchado hasta alcanzar un enorme tamaño. Sin amilanarse por esto, Mauike lo arrojó por encima del más alto cocotero. Pero Maui se las arregló para caer al suelo sin hacerse daño. Por segunda vez, el dios del fuego lo arrojó por el aire, esta vez más allá de la altura que pueda tener ningún cocotero; pero, nuevamente, Maui cayó al suelo

sin hacerse daño, mientras el dios del fuego estaba ya casi sin resuello.

Era ahora el turno de Maui. Por dos veces arrojó al dios hasta una increíble altura, y volvió a recogerlo como una pelota en sus manos. A continuación de lo cual, jadeante y rendido, Mauike propuso a Maui dejar de pelear y perdonarle la vida, prometiendo darle cualquier cosa que le pidiera. Maui le replicó: «Sólo con una condición te perdonaré: que me digas el secreto del fuego. ¿Dónde se esconde? ¿Cómo se produce?». Mauike, muy contento, le prometió revelarle cuanto sabía, y lo condujo al interior de su maravillosa morada. En una esquina de la misma había una gran cantidad de fibra de cocotero; en otra haces de palos para prender fuego: de hibisco limonero (*au*), *Urtica argentea* (*oronga*), *tauinu*, y particularmente banyan (*aoa*, *Ficus Indicus*). Dichos palos estaban todos secos y preparados para ser usados. En medio de la sala había dos palos pequeños en solitario. Uno de estos le dio el dios del fuego a Maui, diciéndole que lo sujetara con fuerza, mientras él sostenía el otro con vigor. Y mientras trabajaba iba cantando:

¡Concédeme, concédeme, oh banyan,
el fuego escondido!
Produce un sortilegio;
¡Pronuncia una oración para (el espíritu de)
el árbol banyan!
¡Prende fuego para Mauike,
del polvo del árbol banyan!

Cuando casi había terminado de cantar la canción, Maui percibió una pequeña columna de humo que surgía del fino polvo producido por el frotamiento de ambos palos. Perseveraron en su trabajo, y el humo fue espesándose; y alentado por los soplidos del dios, una llamita hizo su aparición entre el humo, a la que se alimentó con fibras de coco, a modo de yesca. Mauike, a continuación, colocó encima varios de los haces de palos que

tema preparados, y al poco había un hermoso fuego llameando, para asombro de Maui.

Así fue como se reveló el gran secreto del fuego. Pero el victorioso Maui resolvió tomar venganza por las molestias que había experimentado y por sus dos fallidos vapuleos; lo que le llevó a prender fuego a la casa de su rendido adversario. Pronto, todo el Submundo se vio envuelto en llamas, que consumieron al dios del fuego y todo lo que poseía, resquebrajándose y partiéndose hasta las piedras por causa del fuego.

Pero, antes de dejar la tierra de los espíritus, Maui cogió los dos palos de hacer fuego, que habían sido propiedad de Mauike, y se dirigió a toda prisa al árbol del pan, donde la paloma roja, Intrépida, le aguardaba. Su primer cuidado fue restaurar las perdidas plumas caudales del ave, para evitar la ira de Tane. Pero no había tiempo que perder, porque las llamas se expandían peligrosamente. Volvió a entrar en la paloma, y colocando los palos de hacer fuego en las uñas del ave, se dirigió hacia la entrada inferior de la gruta. Una vez más pronunció Maui las palabras que había escuchado de labios de su madre, Buataranga; y una vez más la roca se abrió en dos, y pudo retornar sano y salvo al mundo de los vivos. La roja paloma voló hasta un hermoso y remoto valle, donde se posó; dicho lugar se llama desde entonces Rupe-tau, «lugar de reposo de la paloma». Allí, Maui reasumió su forma humana y se apresuró a devolver a Tañe su mascota.

Al ir a atravesar el valle de Keia, pudo darse cuenta de que las llamas se le habían adelantado y se habían abierto paso hasta Teaoa, que desde entonces permanece cerrado. Los reyes Rangi y Mokoiro temieron por su tierra; ya que parecía que todo fuera a ser destruido por las devoradoras llamas. Para salvar a la isla de Mangaia de la destrucción, se esforzaron al máximo, y lograron finalmente extinguir el fuego.

Los habitantes de Mangaia se aprovecharon del incendio para conseguir fuego y poder cocinar su comida. Pero, pasado un tiempo, el fuego se les acabó, y puesto que no estaban en posesión del secreto, no sabían como encenderlo de nuevo. Maui, sin embargo, seguía teniendo fuego en su casa, sin que nadie se explicara cómo. Con el tiempo, llegó a apiadarse de los habitantes de su mundo y les reveló el maravilloso secreto, de que el fuego está escondido en el hibisco, en la *Urtica argentea*, el *tauinu* y el banyan. Les enseñó cómo el fuego escondido podía ser extraído mediante el uso de palos de hacer fuego. Y, finalmente, les indujo a que cantaran el canto del dios del fuego, para dar mayor eficacia a los palos de hacer fuego. Desde aquel día, todos los habitantes de este mundo superior usan los palos de hacer fuego con habilidad, y han venido gozando del lujo de la luz y de la comida cocinada.

Hasta nuestros días, se nos cuenta, ha seguido vigente el mismo sistema primitivo de hacer fuego en Mangaia, con la única excepción de que ahora el algodón ha venido a sustituir a la fibra de coco como yesca. Era creencia antes que sólo los cuatro tipos de madera hallados en la morada del dios del fuego podían servir para producir fuego. El banyan estaba consagrado a Mauike. El lugar donde las llamas consiguieron salir a la superficie del Mundo Superior recibió el nombre de Te-aoa, que quiere decir «el árbol banyan», y fue considerado tierra sagrada hasta que el cristianismo indujo a su propietario a convertirlo en un campo de taro. En la isla de Rarotonga, otra de las Hervey, el nombre de Buataranga se convierte en Ataranga; en Samoa pasa a ser Atalanga. Y en el dialecto samoano, Mauike se convierte en Mafuie.[19]

Otra versión del mito, recogida también en las islas Hervey, reza como sigue: en la isla de Rarotonga, que es una de las Hervey, vivía en otro tiempo un hombre llamado Manuahifare con su mujer, Tongoifare, que era hija del dios Tangaroa. Tenían

tres hijos, todos ellos llamados Maui, y una hija llamada Inaika; y el más joven de los tres hijos, Maui Tercero, era el menor de toda la familia, y un inteligentísimo, precoz y agraciado muchacho. Este prometedor joven se había dado cuenta de que su padre, Manuahifare, desaparecía misteriosamente cada día al alba, y volvía con igual misterio a casa cada noche. Le pareció esto extraño porque, siendo él su hijo favorito, dormía a su lado, y sin embargo nunca había podido saber las razones de tan misteriosas idas y venidas. Así que decidió descubrir el secreto. Y una noche, cuando su padre se despojaba de su taparrabos para echarse a dormir, Maui tomó uno de los extremos de la tela y se la colocó debajo de sí, sin que su padre se diera cuenta. Fue así como a la mañana siguiente pudo darse cuenta del momento de la marcha de su padre, al sentir que tiraban del extremo del taparrabos que tenía debajo de sí. El no esperaba otra cosa; y se quedó quieto par ver qué pasaba. Su inadvertido padre se dirigió, como solía, al pilar central de la casa, y le dijo:

¡Oh pilar, ábrete, ábrete,
Para que Manuahifare pueda entrar y bajar al Mundo Inferior (Avaiki)!

El pilar se abrió de inmediato, y por él descendió Manuahifare al Mundo Inferior.

Ese mismo día, cuando los cuatro muchachos se disponían a jugar al escondite, como solían, Maui el menor dijo a sus hermanos y hermana que salieran de la casa, mientras él buscaba un lugar donde esconderse. Tan pronto como aquéllos se perdieron de vista, se dirigió al poste por donde su padre había desaparecido y pronunció las palabras mágicas que le había escuchado. Para su contento, el poste se abrió de par en par, y Maui osadamente descendió al Mundo Inferior. Su padre, Manuahifare, se mostró muy sorprendido de verlo por allá abajo, pero prosiguió tranquilamente con su trabajo. Dejado, pues, a su aire, Maui empezó a explorar las regiones subterráneas. En-

tre otras cosas, se encontró a una mujer ciega que cocinaba su comida sobre fuego. En su mano llevaba unas tenazas hechas de nervadura verde de coco, con las que sacaba brasas del fuego y las ponía a un lado, creyendo que eran comida, mientras la comida de verdad se consumía sobre el fuego hasta hacerse ceniza. Maui inquirió su nombre, y descubrió para su sorpresa que no era otra que Inaporari, esto es, Ina la Ciega, su propia abuela. Su inteligente nieto se apiadó de la pobre vieja, aunque sin revelarle su nombre. Cerca de donde Ina la Ciega se hallaba cocinando crecían cuatro árboles *nono* (*Morinda citrifolia*). Cogiendo un palo, Maui suavemente golpeó al más próximo de los cuatro árboles. Al sentir lo cual, Ina la Ciega, enfadadamente dijo: «¿Quién es el entrometido que así trata al *nono* de Maui el Mayor?». El audaz muchacho, entonces, se dirigió al siguiente árbol y lo golpeó también con suavidad. Nuevamente se encendió la ira de la vieja, quien gritó: «¿Quién es el entrometido que así trata al *nono* de Maui Segundo?». Cuando Maui golpeó de la misma manera que a los otros al tercer *nono*, se enteró de que dicho árbol pertenecía a su hermana Inaika. Fue entonces a golpear el cuarto árbol, y oyó esta vez a su abuela preguntar: «¿Quién es el entrometido que así trata al *nono* de Maui Tercero?». «Y o soy Maui Tercero», replicó. «Entonces», dijo ella, «tú eres mi nieto, y ese es tu árbol».

Pero, cuando Maui había visto por primera vez su propio *nono*, estaba enteramente desnudo de hojas y de frutos; mientras que, tan pronto como Ina la Ciega le hubo hablado, volvió a mirarlo y ¡oh maravilla! se hallaba cubierto de brillantes hojas y hermosas, aunque aún verdes, manzanas; Maui subió entonces al árbol y arrancó uno de sus frutos; le dio un mordisco, y acercándose a su abuela, le arrojó el resto contra uno de sus ojos ciegos. El dolor fue tremendo, pero su vista quedó completamente restaurada. Maui arrancó entonces otra manzana, mordió un trozo y arrojó el resto contra el otro ojo de su abue-

la, y ¡oh maravilla! el otro ojo también recobró la vista. Ina la Ciega quedó encantada de poder ver de nuevo, y en agradecimiento le dijo a su nieto: «Todo lo que hay arriba y todo lo que hay abajo te queda sujeto, a ti y sólo a ti».

Animado por estas palabras, Maui le preguntó: «¿Quién es el señor del fuego?». Ella le respondió: «Tu abuelo, Tangaroa-tuimata, esto es, "Tangaroa el de la Cara Tatuada"». Pero no vayas junto a él. Es un tipo terriblemente irritable; y seguramente perecerás». En absoluto intimidado por tales palabras, Maui se dirigió derechamente a ver al dios del fuego, su abuelo, Tangaroa el de la Cara Tatuada. Al verlo avanzar hacia él, la terrible deidad alzó su brazo derecho con intención de matarlo; pero Maui también levantó su brazo derecho. Tras lo cual Tangaroa levantó su pierna derecha, intentando pegarle una patada al infeliz intruso; pero Maui hizo otro tanto con su pierna derecha. Asombrado ante tamaña audacia, Tangaroa le preguntó su nombre. El visitante respondió: «Soy Maui el Joven». El dios se enteró de este modo de que era su nieto y le preguntó para qué había ido a verle. «Para conseguir fuego», respondió Maui. Le dio, pues, Tangaroa un palo prendido y lo despidió. Maui se alejó un poco, y llegándose al agua apagó en ella el palo. Tres veces hizo esto mismo. A la cuarta, cuando Maui volvió a pedir fuego a su abuelo, todas las brasas se habían acabado, y Tangaroa tuvo que echar mano de dos palos secos y frotarlos para producir fuego. Maui sostuvo el palo inferior, mientras su abuelo el dios del fuego lo frotaba con el otro; pero justo en el momento en que el serrín fino acumulado en la ranura estaba a punto de encenderse, Maui de un soplido lo apagó. Justamente enojado, Tangaroa echó de su lado a su nieto y lo envió a buscar un pájaro, la golondrina de mar, para que le sujetara el palo inferior, mientras él accionaba el superior del modo habitual. Finalmente, para gran contento de Maui, surgieron las primeras llamaradas de los palos frotados. El misterio quedó resuelto.

Maui arrancó el palo superior llameante de manos de su abuelo; pero el pájaro de blanco plumaje, la golondrina de mar, aún aferraba el palo inferior con sus garras, hasta que Maui le acercó el llameante palo superior a los ojos, dejándoselos chamuscados. De ahí proceden las manchas negras que hasta hoy rodean los ojos de la golondrina de mar. Transida de dolor, e indignada ante semejante pago a sus servicios, la golondrina de mar se alejó volando para siempre jamás.

Maui propuso entonces a su abuelo que volaran hasta la luz del día por el agujero por donde el ave había escapado. El dios le preguntó cómo podía hacerse tal cosa. «Nada más fácil», respondió Maui, y para demostrarlo él mismo se convirtió en pájaro. Tangaroa quedó encantado ante lo que veía, y a sugerencia de su nieto, se puso su espléndido taparrabos, que los mortales llaman arcoiris, y echó a volar por encima de los cocoteros más altos. Pero el habilidoso Maui tuvo buen cuidado de volar por debajo de su abuelo, y cogiendo un extremo del radiante taparrabos de Tangaroa, le dio tan grande tirón que dio con la pobre deidad contra el suelo. La caída mató a Tangaroa.

Satisfecho por haber aprendido el secreto del fuego y asesinado a su abuelo, el bueno de Maui volvió a casa de sus padres, que habían descendido por su lado al Mundo Inferior. Les dijo a ambos que conocía el secreto del fuego, pero no les contó ni palabra del asesinato de su abuelo. Sus padres expresaron su alegría ante semejante éxito, y mostraron su deseo de ir a ofrecer sus respetos a Tangaroa. Pero Maui les animó a que no fueran de inmediato. «Id», les dijo, «dentro de tres días. Yo mismo iré mañana». Sus padres consintieron en seguir su consejo, así que al día siguiente Maui partió de nuevo hacia la morada de Tangaroa y halló el cadáver de su abuelo en avanzado estado de putrefacción. Pero recogió los huesos y los colocó dentro de una cáscara de coco, cerró la abertura y los molturó durante un buen rato. Al abrir de nuevo el coco, vio a su abuelo vivo de

nuevo. Liberando entonces a la deidad de su humillante prisión de cáscara de coco, lo lavó, lo ungió con aceite aromado y dejó que el dios recuperara sus exhaustas energías en su propia casa.

Maui retornó entonces al lado de sus padres, Manuahifare y Tongioifare, y los halló muy ansiosos de ir a visitar a su padre. Pero Maui nuevamente los persuadió de postergar su viaje hasta el día siguiente. La verdad es que temía el enojo de sus padres cuando descubrieran el crimen de que había sido culpable, y había resuelto secretamente volver al Mundo Superior mientras sus padres visitaban a Tangaroa. Al ir a visitar al dios resucitado al día siguiente, Manuahifare y Tongoirafe, se quedaron muy sorprendidos de ver su deprimente y postrado estado. Cuando Manuahifare le preguntó a su padre qué le había pasado, el dios le dijo: «Oh, vuestro terrible hijo me ha maltratado. Me mató primero, y luego recogió mis huesos, y los batió en una cáscara de coco vacía; luego, me devolvió a la vida, debilitado y magullado tal como me veis. ¡Vaya que tenéis un hijo fiero!». Ante tan penosa historia, los padres de Maui prorrumpieron en lágrimas, y se apresuraron a volver a su antigua morada del Submundo, para ver si allí daban con el joven bribón, para darle una buena reprimenda. Pero aquel no se hallaba en casa, pues había huido al Mundo Superior, donde encontró a sus hermanos y hermana sumidos en un mar de llanto, pues creían que nunca más volverían a verlo. El les contó su gran descubrimiento y cómo había aprendido a hacer fuego.[20]

Tal como se cuenta en las islas Marquesas, el mito dice así:

Mahuike, o Mauike, la diosa del fuego, de los terremotos y de los volcanes, vivía en Havaiki, que es el Mundo Inferior. Su único vástago era una hija casada que vivía en la tierra y que era abuela de Maui. Maui vivía con su padre y su madre en el promontorio de una isla. No paraba de pensar en la falta de fuego, porque estaba ya harto de comer la comida cruda. Las frecuentes ausencias de sus padres durante la noche lo llevaron

a preguntarse sobre el hecho, y llegó a convencerse de que iban a hacerse con fuego; ya que siempre tenían comida cocinada. En una ocasión, su madre le dijo: «Hijo, quédate aquí, que pronto volveré». «Quiero ir contigo», le dijo el muchacho. «No puedes, cariño», le respondió ella. «Voy a buscar fuego. Tu antepasada te matará si me sigues».

No obstante, al emprender su madre el camino, su hijo la siguió de lejos. Cerca de la entrada que conducía a Havaiki, el Mundo Inferior, la madre se detuvo ante la presencia de un pájaro posado sobre un árbol *kaku*.[21] Creyendo que el pájaro era un *patiotio* (pájaro que es tabú en las Marquesas), llamó a su marido, y ambos le arrojaron piedras para espantarlo. Pero, como no pudieron alcanzarlo, la mujer llegó a pensar que tal vez su abuela se hallaba escondida en el pájaro. Pero su marido la disuadió de tal cosa, y ambos continuaron lanzándole piedras hasta alcanzar al ave; fue entonces cuando una voz surgida del pájaro les hizo saber que era su hijo Maui el que estaba dentro del pájaro. Los padres, entonces, prosiguieron su camino hacia Havaiki por una larga y ventosa senda. También Maui penetró por la abertura que daba acceso a dicha senda hacia el Mundo Inferior; pero casi nada más entrar, se dio cuenta de que su abuela guardaba la entrada. Le rogó a esta que lo dejara pasar, y como se negara con obstinación, la mató. En este mismo momento, unas cuantas gotas de sangre fueron a caer en el pecho de la madre de Maui, y ésta dijo: «Alguien ha matado a mi madre». Por su parte, Maui, no encontrando ya nuevos obstáculos, descendió a las entrañas de la tierra. Pronto se topó con su madre, que venía de vuelta. Cuando lo vio, le dijo: «¿Qué has hecho? Has matado a mi madre». Maui, con toda franqueza, se declaró culpable: «Sí», dijo, «porque no me dejaba pasar; quiero conseguir fuego y estoy determinado a obtenerlo». Su padre dijo: «No mates ni hagas daño a la vieja diosa», y Maui prometió que nada de esto haría.

Llegó, pues, hasta la morada de Mauike, la diosa del fuego. Y le dijo: «Dame algo de fuego». «¿Por qué lo quieres?», le preguntó. «Quiero cocinar un poco de fruta del pan», respondió él. La diosa le pidió que le consiguiera un poco de cáscara de coco. Así lo hizo él, y la diosa le dio un poco de fuego sacado de los dedos de sus pies. Ahora bien, hay diversas clases de fuego; hay un tipo de fuego que sale de las rodillas, y otro que sale del ombligo, y así por el estilo; pero el peor tipo de fuego es el extraído de los pies o de las piernas, mientras que el fuego sagrado es el sacado de la cabeza. Así, cuando Maui recibió el fuego que la diosa se había sacado de los dedos de los pies, lo tomó y lo hundió en el agua, yendo luego a pedirle más. «Muchacho haragán y taimado ¿qué has hecho con el fuego que te di?», le preguntó la diosa. «Me caí al agua con él, y yo mismo me hice daño», le contestó Maui. Recibió entonces fuego, que la diosa se sacó de la espalda; pero también este apagó Maui como el anterior. Esta vez, la diosa le dio la cáscara de coco prendida con fuego sacado del ombligo. Pero nuevamente el muchacho apagó este fuego como los dos anteriores. La diosa, ante esto, estalló en ira incontenible y adoptó un terrible aspecto. Pero Maui no se amilanó: «Conozco todos los secretos de la brujería», dijo, «y no temo a los poderes mágicos». Y tomando una piedra afilada, le cortó a la diosa la cabeza. Volvió entonces Maui junto a sus padres y les dijo lo que había hecho. Ellos se pusieron muy enfadados y lamentaron la muerte de su abuela. Maui entonces se adueñó del fuego que había obtenido. Al principio no comprendió sus propiedades, e intentó prender piedras, agua, etc. Finalmente, lo intentó con árboles, y prendió un *fau* (hibisco), un *vevai* (álamo), un *keikai*, un *aukea*, y todos los árboles uno tras otro, excepto el *kaku*, que era sobre el que se había posado cuando asumiera la forma de pájaro.[22]

Una anterior, pero más breve versión del mito marquesano nos la proporciona, con ciertas variaciones de detalle, el francés

Max Radiguet, que vivió algún tiempo en las Marquesas, al tomar Francia posesión de las islas en 1842, y a quien debemos una valiosa descripción de los nativos tal como eran en la época en que la cultura europea apenas había afectado a la cultura indígena. Hablando de las tradiciones indígenas, dice: «El origen del fuego es curioso. Mahoike (terremoto), habiendo sido nombrado guardián del fuego en el Mundo Inferior, con gran sentido del deber se dedicó a dicha tarea. Maui, que había oído hablar de la pregonada utilidad del fuego, descendió al Mundo Inferior para robar un poco. Incapaz de eludir la vigilancia del guardián del fuego, apeló a su generosidad, pero Mahoike hizo oídos sordos a sus ruegos. Maui, entonces, lo retó; tuvo lugar una pelea, y Maui, demostrando mayor habilidad que su adversario, le arrancó uno de sus brazos y una de sus piernas. De tal modo mutilado, el desdichado Mahoike, para salvar sus restantes miembros, pareció consentir en darle algo de su fuego y expresó su deseo de frotar la pierna de su adversario con él, pero afortunadamente Maui descubrió el engaño; ya que, de haber sido llevado aquel fuego a la superficie de la tierra, nunca hubiera podido consagrarse. Así que llamó al orden a Mahoike, sin que éste dejara por ello de intentar frotarle la cabeza a Maui con fuego, diciendo: 'Vuelve al lugar de donde viniste y toca con tu frente todos los árboles, con excepción del *Keika*: todos los árboles te entregarán su fuego'. Ya he explicado de qué modo los nativos se procuran fuego frotando entre sí dos trozos de madera».[23]

En Hawai, o las islas Sandwich, el mito sobre el origen del fuego se narra como sigue: una cierta mujer, llamada Hinaakeahi, quedó embarazada por mediación de los dioses Kane y Kanaloa; ya que, por indicación suya, al parecer, se bañó llevando puesto el taparrabos del jefe de Hilo, cuyo nombre era Kalana-mahiki. Como consecuencia de ello puso un huevo, y de este huevo surgió su hijo Maui, o, por darle su nombre completo,

Maui-kiikii-Akalama. Cuando se hizo mayor, su madre lo envió, con el taparrabos como señal, al jefe su padre, y su padre lo reconoció como hijo suyo y lo educó junto a él con sus restantes hijos, habidos con distintas mujeres del país, y todos los cuales llevaban el nombre de Maui, distinguiéndose entre sí como Maui-Mua (Maui Primero), Maui (el Ultimo), y Maui-Waina (Maui el Mediano). En una ocasión, habiendo salido a pescar con sus hermanos, Maui-kiikii percibió para su asombro un fuego que ardía en la costa. Hasta entonces sólo había conocido el fuego en casa de su madre; ya que su piel ardía y cualquier cosa que ella tocaba se quemaba. Yendo en busca del fuego que había visto arder a lo lejos en las montañas, Maui encontró una colonia de pájaros *alae*, uno de los cuales llevaba el fuego de un lado a otro, comunicándoles a sus compañeros que podían asar con él taro o bananas. Tras intentar en vano capturar a los pájaros, Maui decidió ir junto a su madre para pedirle consejo, y supo por ella que el pájaro *alae* era su primogénito, y que viviendo en los bosques había aprendido a usar el fuego. Le aconsejó que construyera un muñeco, con un remo en la mano, y lo situara en el interior de la canoa la próxima vez que saliera a pescar con sus hermanos, para que los pájaros pensaran que iba en la canoa con ellos. Así lo hizo, y cuando la canoa se había adentrado ya en el mar, él que había permanecido en la orilla, pudo tomar por sorpresa a los pájaros *alae*. Estos huyeron en desbandada, pero uno de ellos, que había comido en demasía, no pudo escapar lo bastante rápido y cayó rodando por la ladera. Allí fue capturado por Maui, quien le preguntó sobre el modo de producir fuego. El pájaro confesó que el fuego se producía frotando entre sí dos palos, y le señaló varios árboles de los que podían procurarse palos para hacer fuego. Pero, una vez probada la madera de todos aquellos árboles se demostró inservible para tal fin. Rabioso y frustrado, Maui a punto estuvo de arrancarle el pico, y así lo hubiera hecho, si en el último mo-

mento el árbol *hau* no hubiera producido al fin el fuego. No obstante, para castigar al pájaro por el tiempo que había perdido, Maui le aplicó un tizón encendido a la cabeza, como puede verse por la roja cresta que corona su testera.[24]

Este mito sobre el origen del fuego entre los humanos apare ce brevemente aludido en una historia hawaiana, donde nos enteramos que cierto héroe «buscaba fuego y lo halló en el *alae*», del que se nos explica que es un pájaro que tiene la parte superior del pico recubierta con una piel roja.[25]

Así pues, el mito hawaiano sobre el origen del fuego, como tantos otros mitos australianos del mismo estilo, sirve para explicar al mismo tiempo la peculiar coloración de un tipo concreto de pájaro.

Una muy diferente historia sobre el origen del fuego se cuenta entre los nativos de Nakufetau o isla de Peyster, una de las Ellice. Dicen que los hombres descubrieron el fuego viendo cómo surgía humo de la fricción de dos ramas cruzadas de un árbol, movidas por el viento.[26]

En la isla de Peru, una de las Gilbert, dicen que «el fuego lo consiguió de Tagaloa una vieja, que lo trajo del cielo y lo puso en el interior de un árbol. Le dijo entonces a la gente que lo extrajera por frotamiento, y desde entonces han podido disponer siempre de comida cocinada».[27]

Pero una historia mucho más maravillosa cuentan aún estos isleños sobre el origen del fuego. Dicen que «en el origen había dos señores, Tabakea era señor de Tarawa, la tierra; y vivía en tierra. Bakoa, por su parte, era señor de Marawa, el mar; y vivía en el mar.

»Bakoa tuvo entonces un niño, cuyo nombre era Te-Ika. Cuando Te-Ika creció se pasaba el día tumbado sobre la superficie marina, contemplando la salida del sol. Cuando los primeros rayos del astro solar surgían sobre el horizonte, era su dia-

rio empeño coger un rayo con su boca y empezar a masticarlo. Así lo intentó durante varios días, hasta que al fin lo consiguió; se metió el rayo de sol en la boca, y empezó a nadar con su padre en dirección de Bakoa. Al llegar a casa de su padre, fue a sentarse en el interior de la misma con el rayo en su interior; pero, hete aquí que, cuando Bakoa fue a entrar se quedó asombrado del calor que había en el lugar, y dijo a su hijo: "Vete de aquí, porque estás que ardes y la casa echa humo por dondequiera que tú pasas". Así fue como Te-Ika dejó la casa de su padre, y se fue con su rayo solar hacia otra parte; pero siempre acababa pasándole lo mismo; la casa empezaba a echar humo, y todas las cosas que estaban en sus proximidades se socarraban a consecuencia de su calor.

»Finalmente, temiendo Bakoa que su hijo pudiera resecarlo y destruirlo todo, echó a Te-Ika de allí, diciendo: "Vete de aquí, porque nos vas a llevar a la muerte a todos". Te-Ika, así pues, se marchó de al lado de su padre y se trasladó en dirección este hasta Tarawa, donde vivía Tabakea. Al llegar a la tierra de Tabakea recaló primeramente en la playa con su rayo solar, pero hete aquí que, por dondequiera que iba, los árboles y las casas se socarraban debido a su presencia, ya que el sol quemaba mucho y su calor penetraba también en el cuerpo de Te-Ika.

»Cuando Tabakea se alzó contra Te-Ika para echarlo de allí, se vio impotente para llevar a cabo tal tarea. Así que adoptó como arma cualquier árbol y rama que cayera en sus manos; con ellos midió la totalidad del cuerpo de Te-Ika. Lo golpeó con madera de *uri* (*Guettarda speciosa*), lo golpeó con madera de *ren* (*Tournefortii argentea*), lo golpeó con corteza de *kanawa* (*Cordia subcordata*), y también con las cortezas secas que se desprenden de los cocoteros. Tan poderosamente fustigó el cuerpo de Te-Ika que acabó por desmenuzarlo tanto a él como a su rayo solar, convirtiéndolos en fragmentos que desparramó por toda la tierra.

»Pero, cuando hubo pasado un tiempo desde que Te-Ika abandonara a Bakoa, marchándose lejos, su padre empezó a echarlo en falta, ya que lo amaba profundamente. Se levantó entonces y empezó a buscar a su hijo por todos los mares, sin lograr hallarlo. Empezó, pues, a buscarlo por tierra; y acabó dando con él en la tierra de Tabakea. Al llegar allí le dijo a Tabakea: "¿Has visto a mi hijo?". "Tiene un cuerpo que quema y lleva consigo un rayo de sol". Tabakea le dijo: "Lo he visto. Vino aquí, y lo hubiera expulsado de buena gana, porque le temía, pero no lo conseguí. Lo fustigué, entonces, de tal modo a él y a su rayo de sol que los hice trizas, y los desparramé sobre mi tierra". Cuando Bakoa oyó aquello se entristeció grandemente, porque amaba a su hijo, por lo que Tabakea dijo: "Quédate, porque traeré de nuevo a la vida a tu hijo". Tomó pues un palo de madera de *uri*, con el que había medido las costillas de Te-Ika, y lo frotó con un palo de madera de *ren*. Y, oh maravilla, se produjo el gran prodigio, ya que empezó a echar humo, y Bakoa dijo: "Humea como humeaban los árboles cuando mi hijo estaba cerca". Tabakea, entonces hizo un montón con corteza seca de los árboles con los que había golpeado a Te-Ika y, soplando sobre los palos que tenía en sus manos por la parte por donde los había frotado, produjo una llama y prendió un fuego. Bakoa se sintió abrumado ante tan grande magia. Y dijo: "He aquí que has resucitado a mi hijo". A continuación de lo cual tomó el fuego y se lo llevó en dirección oeste, ya que decía que en verdad se trataba de su hijo; pero, hete aquí que, cuando penetraba en el mar para llevarlo a casa, el agua lo apagó, y nunca más pudo llevarse a su hijo consigo. Así es hasta nuestros días; el cuerpo y el rayo solar de Te-Ika que fueron despedazados por Tabakea, permanecen para siempre jamás en el corazón de la madera y los palos con que fueron golpeados por Tabakea en Tarawa, y ya nunca podrán volver al mar».[28]

Los nativos de Yap, o Uap, una de las islas Carolinas, dicen que en otros tiempos tenían taro y ñame, pero no tenían aún fuego con el que cocinarlos. Así pues, la gente recocía sus ñames y su taro dejándolos al sol que caía sobre la arena. Pero sufrían por ello de terribles dolores de estómago; por lo que rogaron al gran dios Yalafath, que habita en los cielos, que los ayudara. Inmediatamente cayó un gran rayo rojo desde el cielo, que fulminó un pándano. Al contacto con tan fiero elemento, el pándano estalló en una erupción de espinas situadas en el medio y los rebordes de las hojas. Dessra, el dios del trueno, se encontró de este modo encerrado en el tronco del árbol, y pidió auxilio con quejumbrosa voz, para que vinieran a liberarlo de su férrea prisión. Una mujer llamada Guaretin, que recocía taro al sol en las proximidades, oyó la voz de súplica del infortunado dios. El le preguntó en qué tareas se hallaba ocupada, y cuando ella se lo dijo, él le recomendó que recogiera gran cantidad de arcilla húmeda. El la modeló en forma de perola, lo que causó gran contento a la mujer. Luego la mandó a buscar palos de madera de *arr* (llamado *tupuk* por los nativos de Ponape); se puso estos palos debajo de los sobacos y les infundió latentes chispas de fuego. Así es como los primitivos habitantes de Yap aprendieron a extraer fuego por fricción y a modelar la arcilla.[29]

Otra versión de la misma historia, con algunas variantes, ha sido posteriormente recogida por otro investigador, y refiere lo siguiente:

En los primeros tiempos, no había en Yap ni fuego ni alfarería. Una mujer, llamada Deneman de la actualmente desaparecida aldea esclava de Dinai, cercana a Gitam, tenía dos hijos. Un día ella y sus hijos cogieron taro de su huerta, lo rasparon, lo cortaron, y pusieron los trozos a secar al sol. En eso llegó el Trueno, en forma de un gran perro, y cayó sobre un árbol de pándano. Dijo entonces a la mujer: «Ven y cógeme». La mujer

respondió: «No, que tengo miedo». «Por favor, ven», dijo el Trueno. Fue entonces ella y lo tomó. Vio él el taro y preguntó: «¿Qué es eso?». «Mi comida», dijo ella. Le pidió él dos trozos, que colocó a un tiempo bajo sus sobacos; se los dio luego a la mujer, y ¡oh maravilla! estaban cocinados y eran buenos para comer.

El Trueno dijo: «Coge una rama de ár». Ella se la tendió. El le quitó la corteza, colocó el palo debajo del sobaco y se lo sacó lentamente. La madera había quedado así bien seca. Tras lo cual, cortó el palo por el medio, aguzó una de las mitades e hizo una ranura en la otra. Quedó así listo un perforador de fuego. Prendió entonces fuego horadando con el palo aguzado la ranura del otro, y pudo así cocinar el taro. Tras esto, la mujer y sus hijos se fueron a casa, y se echaron a dormir. A la mañana siguiente volvieron de nuevo a su huerta a trabajar, y el Trueno los acompañó. El dios dijo a la mujer: «Coge arcilla, pero que no tenga piedras». Tomó él la arcilla y le enseñó a la mujer cómo fabricar con ella una perola. A la mañana siguiente le enseñó a la mujer un encantamiento (*matsamato*) con el que hacer la perola fuerte y duradera, si el comprador pagaba un buen precio por ella, y otro encantamiento con el que hacerla romperse, si el comprador se mostraba tacaño. Tomó luego mucho *lák* y mucho *mal* y los cocinó, demostrándose buenos para comer. A continuación de lo cual la mujer y sus hijos se marcharon a casa, y se pusieron a dormir. A la mañana siguiente el Trueno había desaparecido, pero la mujer se puso a cocinar por las noches, de modo que nade pudiera darse cuenta de lo que estaba haciendo.

No obstante, pasó por allí un hombre que vio que su comida no era como la del resto de la gente, y le preguntó la causa. Muchas otras personas vinieron igualmente a preguntar, pero la mujer guardó bien su secreto. Entonces la gente nombró espías que la vigilaran día y noche. Una noche, al ver relumbrar el fue-

go, irrumpieron a través de la pared de la casa y penetraron en ella. Un hombre se hizo con el fuego, pero se quemó, porque no conocía los efectos del fuego. La gente, entonces, trajo madera de leña y cada cual se llevó un poco de fuego a su casa; pidieron entonces a la mujer que les hiciera perolas prometiéndole una gran recompensa. Pero no le habían pagado nada por el fuego. [30]

Según otra versión de esta historia, el rayo que por primera vez llevó el fuego a Yap, fulminó un gran hibisco situado en Ugatam, una aldea esclava del norte de la isla. Una mujer le pidió al dios del rayo, cuyo nombre es Derra en esta versión, que le diera un poco de fuego; lo hizo, y le enseñó también a la mujer cómo hacer ollas de arcilla cocida. Cuando el fuego se extinguió, la enseñó a obtener más por medio del taladro de fuego, esto es, frotando la punta de un palo aguzado contra el agujero abierto en otro. Le dijo, por otro lado, que el fuego en cada nueva casa debe tener comienzo siempre de esta manera, y que debe usarse para ello sólo madera de hibisco; por lo demás, esta madera debe cortarse siempre con cuchillos de concha o hachas de concha, y no debe ser nunca tocada por el hierro o el acero.[31]

Un misionero español de principios del s. XIX refirió el mismo mito de manera más breve y probablemente imprecisa. Según él, los nativos de las Carolinas «incluyen entre los malos espíritus a un cierto Morogrog, quien, tras haber sido expulsado de los cielos por sus groseras e inciviles maneras, trajo el fuego a la tierra, donde hasta entonces no se conocía».[32]

VII
EL ORIGEN DEL FUEGO EN INDONESIA

Los toradja del centro de Célebes dicen que el Creador hizo al primer hombre y a la primera mujer esculpiendo en piedra unas figuras de aspecto humano y haciendo que el viento soplara sobre ellas, para que así adquirieran la respiración y la vida. También les dio fuego, pero no les enseñó cómo fabricarlo. Así que en los primeros tiempos las gentes tenían mucho cuidado de que el fuego no se extinguiera sobre la tierra. Un día, sin embargo, por descuido, el fuego se apagó, y la gente no sabía ya cómo hervir su arroz. El cielo se hallaba por entonces cerrado a la tierra, y los hombres decidieron enviar un mensajero a pedir a los dioses un poco de fuego. El mensajero elegido a este efecto fue cierto insecto llamado *tambooya*. Cuando llegó al cielo y pidió el fuego a los dioses, éstos le dijeron: «Te daremos fuego; pero debes cubrirte los ojos con tus manos, para que no veas cómo lo hacemos». El insecto hizo tal como le habían pedido, pero los dioses no sabían que tenía un ojo debajo de cada hombro. Así, mientras se tapaba con las manos los ojos de la cabeza, podía ver con los ojos de los sobacos cómo los dioses fabricaban el fuego golpeando un trozo de pedernal con un machete, lo que hacía saltar una chispa que se empleaba para prender un montón de madera seca. Este fuego le fue entrega-

do por los dioses al insecto, quien se llevó consigo a la tierra el secreto de cómo hacer fuego. El modo de encender el fuego mediante hierro y pedernal sigue siendo el método habitualmente usado por los toradja. Las piedras de pedernal suelen encontrarse en los lechos de los ríos y en las montañas.[1]

La misma historia, con desdeñables variaciones, se cuenta entre los toradja de Pana, Mamasa, y Baroopoo, en la parte central de Célebes. En esta versión, el insecto que revela a la humanidad el secreto del fuego recibe el nombre de *dali*, y parece ser una especie de tábano. Dicen que esta criatura fue enviada a Pooang matooa para pedirle fuego. El Señor de los Cielos le ordenó al tábano que se cubriera los ojos con sus patas para que no pudiera ver cómo fabricaba el fuego. El insecto obedeció, pero con los otros ojos que, según los toradja, tiene en los sobacos, vio cómo el Señor de los Cielos hacía fuego frotando dos trozos de bambú. El tábano volvió a la tierra sin fuego, pero reveló a la humanidad el secreto para prender fuego. Los toradja de Mengkendek dicen que el primer hombre, cuyo nombre era Pong Moola, envió un pájaro al cielo para pedir fuego. El nombre nativo del pájaro es *dena*; los holandeses lo llaman «pequeño ladrón del arroz» (*rijstdiefje*), nombre cuya propiedad se verá en lo que sigue. Como recompensa por su arriesgado servicio, el primer hombre prometió al pájaro que le permitiría comer cuanto arroz quisiera de sus campos. El pájaro consiguió traer exitosamente el fuego del cielo; y por ello sus descendientes vienen cada año a recibir su recompensa comiendo el arroz tierno de los arrozales humanos. No obstante, en Pangala, los toradja dicen que fue un guardabúfalos llamado Maradonde quien primero consiguió sacar fuego del bambú por frotamiento; esto lo hizo en una legendaria isla del mar. Por otro lado, en todas las tierras toradja se cuenta una historia sobre la guerra que el fuego sostuvo contra el agua. Dicen que en esa lucha el fuego salió derrotado y tuvo que emprender la huida. Se escon-

dió entonces en el bambú y en cierta piedra. Cuando el primer hombre, Pong Moola, empezó a buscar fuego, el bambú y la piedra le dijeron: «Sácame de aquí». El hombre preguntó: «¿Cómo puedo hacerlo?». El bambú le dijo que él (el bambú) debía ser frotado, y la piedra le dijo que ella (la piedra) debía ser golpeada con un trozo de hierro para poder producir fuego.[2]

Los dayak del mar de Borneo dicen que tras la Gran Inundación, en la que pereció toda la humanidad, con excepción de una mujer, este único superviviente encontró a un perro tumbado junto a una liana, y viendo que la raíz de la liana estaba caliente, pensó que tal vez podía extraer fuego de ella. Tomó, pues, dos trozos de su madera y las frotó entre sí hasta conseguir fuego. Tal fue el origen del taladro de fuego, y tal fue la primera vez que se produjo fuego después de la Gran Inundación.[3]

Los murut, que habitan en la zona montañosa del interior de Borneo del Norte, tienen una leyenda según la cual, tras la Gran Inundación, los únicos supervivientes fueron un muchacho y una muchacha, hermanos entre sí, que se casaron y tuvieron por vástago a un perro. Un día, el muchacho llevó al perro a cazar, y dieron con una raíz *kilian*. El perro se llevó un trozo de raíz a casa, la puso al sol para secarla. Entonces, le dijo al muchacho que hiciera un agujero en medio de la raíz e insertara un palo en dicho agujero y frotara vigorosamente con ambas manos. Mientras esto hacía, empezaron a saltar chispas, y ese fue el origen del fuego. Más tarde les nacieron a la pareja un niño y una niña. Ellos les dieron una raíz *kilian* y los enviaron a otro país. Y así fue ocurriendo hasta que el mundo entero quedó repoblado y todos conocieron el uso del fuego.

Pasado un tiempo, empezaron a hartarse de este modo de hacer fuego. El muchacho llevó al perro a cazar de nuevo. Acamparon junto a un árbol *polur* (parecido al álamo). El perro empezó a ladrarle al árbol. Lo echaron abajo, y el perro le dijo

al muchacho que cogiera la sustancia del árbol, parecida al algodón (*lulup*) y que estaba en el interior de una vaina. El perro, luego, empezó a ladrarle al bambú, y cogieron un trozo de bambú. Ladró luego a una piedra, y también recogieron un trozo de la piedra. Tras esto, secaron el *lulup* y lo frotaron contra el bambú con el trozo de piedra, y fue así como los murut inventaron su actual modo de encender el fuego.[4]

Los kiau dusun, del norte de Borneo, dicen que dos cañas de bambú que se rozaban movidas por el viento, acabaron produciendo fuego. Un perro que pasaba por allí cerca, cogió una de las cañas ardiendo y se la llevó a casa de su amo, que pronto se incendió. El fuego achicharró unas cuantas mazorcas de maíz que había en la casa, e hirvió unas cuantas patatas que habían dejado a remojo. Así fue como los dusun aprendieron, no sólo a encender el fuego, sino también a cocinar.[5]

Los habitantes de Nias, isla situada al oeste de Sumatra, dicen que en los antiguos tiempos ciertos espíritus maléficos llamados belas, que al parecer habían sido hombres en otro tiempo, solían mantener amistosas relaciones con los humanos. Hoy día sólo los sacerdotes pueden ver a los belas, pero en otro tiempo eran visibles para todo el mundo. Belas y humanos se visitaban entre sí y se prestaban fuego de manera habitual, del mismo modo que hoy lo hace la gente de Nias entre sí; pero sólo los belas sabían el secreto de la producción del fuego, y guardaban este arte como un secreto para los humanos. Un día, un humano fue a pedir fuego a la mujer de un Bela, pero sucedió que el fuego se había apagado. De ahí que, para evitar que él pudiera ver cómo hacía fuego, la bela le propuso cubrirse la cabeza con un vestido. Pero el humano dijo: «Puedo ver a través de la tela, ponme una cesta encima»; ya que sabía que podía ver a través de los intersticios de la cesta. La bela aceptó esta propuesta y se puso a encender el fuego. El hombre, una vez hubo alcanzado su propósito, ya que había visto cómo prendían el

fuego los bela, se rió de la mujer bela por su simpleza. De ahí que los bela dijeran a los humanos: «en adelante no nos veréis más, ni vendremos nunca más a vosotros».[6]

Los tsuwo, una tribu de cazadores de cabezas del montañoso interior de Formosa, cuentan cómo sus antepasados consiguieron el fuego después de la Gran Inundación. Los supervivientes se habían refugiado en la cima de las montañas, pero cuando las aguas se retiraron carecían de fuego, ya que en su apresurada huida en busca de refugio no habían tenido tiempo de llevarlo consigo. Durante algún tiempo resintieron fuertemente los efectos del frío, pero uno de ellos divisó una chispa parecida al titilar de una estrella en la cima de una montaña vecina. Todos se dijeron entre sí entonces: «¿Quién irá hasta allí a traer fuego?». Un chivo se adelantó entonces y dijo: «Y o iré y traeré el fuego». Y, diciendo esto, se arrojó al agua y nadó hasta la vecina montaña, guiado por el chisporroteo que se veía en su cima. Pasado un rato, reapareció de entre las tinieblas, nadando con una cuerda encendida atada a uno de sus cuernos. Pero, cuanto más se acercaba a la orilla, menos ardía el fuego de la cuerda, y más débilmente nadaba el chivo, hasta que finalmente se vio desaparecer su cabeza, las aguas se cerraron sobre él, y el fuego se esfumó. Las gentes, entonces, despacharon a un *taoron* con idéntica misión, y este logró traer el fuego sano y salvo a tierra. Tan contentos quedaron todos ante semejante éxito, que se juntaron en torno suyo y se pusieron a acariciarlo. Esta es la razón de que el animal tenga hoy una piel tan brillante y un cuerpo tan pequeño.[7]

Los andamaneses hablan también de la dificultad que sus antepasados experimentaron para recuperar el uso del fuego tras la Gran Inundación, que había extinguido todos los fuegos de la tierra, o al menos los de las Andamán. La única montaña que durante la Inundación logró sobresalir de las aguas fue Saddle Peak, donde el Creador, llamado Puluga, residía perso-

nalmente. Las gentes no sabían cómo reparar la pérdida del fuego, hasta que el espíritu de uno que había perecido bajo las aguas se apiadó de su desamparo y, asumiendo el aspecto de un martín pescador, voló hasta el cielo, donde descubrió al Creador sentado junto al fuego. El pájaro cogió un tizón ardiendo con su pico, pero el calor, el peso, o ambas cosas a la vez, le resultaron excesivas, y el tizón se le fue a caer sobre el Creador. Airado ante tal falta de respeto y aullando de dolor, el Creador arrojó la brasa contra el pájaro, pero el proyectil falló en su blanco y fue a caer oportunamente en el mismo lugar donde los supervivientes de la Inundación se hallaban lamentando su triste situación. Así fue como la humanidad recobró el uso del fuego, tras la Gran Inundación.[8]

Este mito andamanés fue recogido por Mr. E. H. Man, quien residió en las islas entre 1869 y 1880, consiguiendo una gran familiaridad con los indígenas. El mismo mito ha sido recogido posteriormente, con pequeñas variantes, por el profesor A. R. Brown, que residió en las Andamán entre 1906 y 1908. Su versión, obtenida de la tribu A-Pucikwar, dice así:

Cuando los antepasados vivían en Wota-emi, Bilik (el equivalente de Puluga en la versión del señor Man) vivía en Tol-l'okotima, al otro lado del estrecho. En aquellos días los antepasados carecían de fuego. Bilik tomó madera de un árbol llamado *perat*, la cortó, y se hizo fuego con ella. El Martín Pescador (*luratut*) vino a Tol-l'oko-tima mientras Bilik se hallaba durmiendo y le robó el fuego. Bilik se despertó en aquel momento y vio al Martín Pescador. Cogió entonces un tizón encendido y lo arrojó contra el pájaro. Le acertó en la parte trasera del cuello y se la quemó. El Martín Pescador, no obstante, le entregó el fuego a la gente de Wota-emi. Bilik se enfureció a causa de esto y se fue a vivir al cielo. «El martin pescador de esta historia (*¿Alcedo beavani?*) tiene una mancha roja en la parte

trasera del cuello. Es ese el lugar donde Bilik le acertó con el tizón prendido».[9]

En algunas versiones del mito andamanés, la paloma aparece asociada con el martín pescador, o lo suplanta, como pájaro que trajo el fuego a los hombres. Así, por ejemplo, traduciendo libremente: «Fue el señor Camarón el primero que produjo el fuego. Algunas hojas de ñame, mustias y resecas a causa del calor, acabaron por prenderse y ardieron. El camarón hizo una hoguera y se fue a dormir. El martín pescador le robó el fuego y escapó con él. Hizo por su cuenta un fuego y se cocinó un poco de pescado. Cuando se había llenado ya la tripa, se echó a dormir. La tórtola le robó el fuego al martín pescador y escapó con él. Lo que implica que fue la paloma la que entregó el fuego a los antepasados de los andamaneses».[10]

Otra versión del mito andamanés, en el que ambos, tórtola y martín pescador, juegan un papel, reza como sigue:

Los antepasados no tenían fuego. Bilika (el equivalente de Puluga) tenía fuego. El martín pescador (*lirtit*) fue una noche y le robó el fuego a Bilika mientras dormía.[11] Bilika se despertó y lo vio salir volando con su fuego. La diosa le lanzó entonces una concha perlífera, que le cortó las alas y la cola. El martín pescador cayó al agua y nadó hasta Bet-'ra-kudu con el fuego, y allí se le entregó a Tepe. Tepe le entregó el fuego a la tórtola de alas de bronce (*mite*), quien se la entregó a los demás.[12]

En otra versión del mito el portador del fuego es la tórtola sola, sin que el martín pescador aparezca en absoluto. Según la historia:

Biliku tenía una piedra roja y una concha perlífera. Las golpeó entre sí y obtuvo fuego de su entrechoque. Reunió madera e hizo con ella una hoguera. Y se fue a dormir. La tórtola de alas de bronce (*mite*) vino y le robó el fuego. E hizo un fuego para sí. Le dio entonces fuego a todas las gentes del poblado. Y

luego el fuego se repartió por todos los poblados. Cada poblado tuvo así su fuego propio.[13]

Otra versión en la que la tórtola sola es la ladrona del fuego quedó brevemente recogida por el señor M. V. Portman, como sigue:

«La señora Paloma robó un tizón encendido a Kúro-t'ón-míka, mientras el dios se hallaba durmiendo. Le dio el tizón al difunto Léch, quien hizo entonces hogueras en Karát-tátak-émi».[14]

En otra versión del mito andamanés, el martín pescador (*tiritmo*) se dice que encendió el primer fuego utilizando madera podrida del árbol *pin* y golpeándola contra una roca. Habiéndose procurado fuego de esta manera, el martín pescador dio algo de fuego a la garza; la garza se lo dio a otra especie de pescador llamado *totemo*, y este tipo de martín pescador se lo dio a todos los demás.[15]

Aún hay otra versión de la leyenda andamanesa sobre el origen del fuego, que se cuenta para explicar el brillante colorido de cierta especie de pez. Se dice que la gente de los tiempos antiguos no tenía fuego. Dim-dori (un pez) fue y trajo fuego del lugar donde moran los espíritus. Volvió y arrojó el fuego entre las gentes, con lo que los quemó a todos y los dejó marcados. Las gentes corrieron hacia el mar y se transformaron en peces. Dim-dori se dispuso a cazarlos con su arco y sus flechas, pero también él se convirtió en el pez que lleva su nombre.[16]

VIII
EL ORIGEN DEL FUEGO EN ASIA

Los primitivos menri, una tribu de pigmeos semang que habitan en las densas junglas de la península Malaya, dicen que consiguieron el fuego gracias al pájaro carpintero. La historia es la siguiente:

Cuando los menri entraron en contacto con los malayos, hallaron entre ellos una flor roja (*gantogn*: en malayo *gantang):* se reunieron en círculo en torno a ella y extendieron sobre ella sus brazos para calentarse. Luego, los malayos encendieron fuego y pusieron a arder hierba *lalang*. Los menri huyeron ante tal incendio a la jungla, porque no conocían el fuego. Un venado se acercó al fuego y se llevó un tizón encendido a su casa. Temiendo que el fuego le pudiera ser robado, colocó el tizón sobre el techo de su choza, mientras iba a trabajar a su huerto. El pájaro carpintero vio el fuego, lo robó y se lo llevó a los menri, diciéndoles que era fuego, pero que tuvieran cuidado porque el venado lo andaba siguiendo; caso de acercarse el venado a buscar lo que era suyo, el pájaro carpintero avisaría a los menri para que, tomando dos lanzas de *tĕras* lo atravesaran con ellas. Así, cuando el venado hizo su aparición, dos hombres echaron mano de sus lanzas, y le atravesaron la cabeza. Hasta aquel entonces el venado no tenía cuernos; pero, herido ahora en la cabeza, echó a correr hacia la espesura, y desde entonces

tiene cuernos, pero no fuego. El pájaro carpintero hizo jurar a los menri que nunca lo matarían, ya que les había traído el fuego para calentarse y para cocinar. Desde entonces el pájaro carpintero no puede ser cazado.[1]

En otras versiones del mito, los semang atribuyen el robo o el descubrimiento del fuego, no al pájaro carpintero, sino al mono del cocotero (*běrok*). Según una versión, el mono del cocotero robó un tizón encendido a Karei, el Ser Supremo que vive en el cielo y provoca el trueno. Con este fuego robado, los monos incendiaron la sabana herbácea. Se originó un gran incendio, y las gentes tuvieron que huir ante él. Algunos corrieron hasta el río, se montaron en balsas, y bogaron corriente abajo; esas gentes son los antepasados de los actuales malayos. Otros, en cambio, huyeron a la jungla y a los montes, pero, tardos en su desplazamiento, fueron alcanzados por el fuego que les chamuscó los cabellos; estas gentes son los antepasados de las actuales tribus pigmeas de la península Malaya, que son conocidos colectivamente como orang-utan, y cuyo pelo es rizado porque el fuego se lo chamuscó en su huida.[2]

En otra versión de este mito semang, el mono del cocotero (*běrok*) obtiene el fuego de una manera menos deshonrosa que el robo. Se dice que, cuando su mujer se hallaba en los dolores del parto, el mono del cocotero quiso regalarle un coco; así pues, lo cogió, lo abrió, y al hacerlo, del coco salió fuego. Con este fuego, el mono del cocotero provocó un gran incendio, al que los semang deben su pelo rizado.[3]

Según otra historia semang, el fuego fue descubierto por un cierto héroe llamado Chepampes, mientras se hallaba cortando un bejuco para usarlo como sierra.[4]

Los thai, o tai, de Siam conservan la tradición de una gran inundación que destruyó toda la humanidad con la excepción de un muchacho y una muchacha, que se salvaron gracias a una

calabaza. De los vástagos de esta pareja, según reza la historia, procede toda la actual humanidad. Pero, en aquellos días, cuando la inundación había ya remitido, los siete hijos de la primera pareja carecían de fuego. De ahí que decidieran enviar a uno de ellos al cielo para conseguir algo. Los Espíritus del Cielo dieron a su enviado un poco de fuego, pero al llegar a los umbrales del palacio celeste la antorcha en que lo llevaba se apagó. Volvió al interior del palacio y tornó a encender la antorcha, pero nuevamente se le apagó. Por tercera vez encendió la antorcha, y llevaba recorrido con ella medio camino en dirección a la Tierra, cuando por tercera vez se le apagó. Volvió, pues, el enviado a la tierra y refirió a sus hermanos el fracaso de su misión. Tuvieron estos un consejo y resolvieron enviar a la serpiente y al búho a presentar su solicitud a los dioses. Pero, en el camino, el búho se detuvo en la primera aldea que encontró para cazar ratones, y la serpiente se perdió entre los marjales intentando cazar ranas; y ninguno de los dos se acordó más de su misión. Los siete hermanos celebraron pues una segunda consulta, y le ofrecieron esta vez la misión al tábano. Este aceptó de buena gana la misión, pero antes de entregarse a ella, planteó sus condiciones. «Por el trabajo que me tomo», dijo, «saciaré mi sed en las patas de los búfalos y en los muslos de las gentes, tanto nobles como humildes». Los hermanos no tuvieron más remedio que aceptar. Cuando el tábano llegó al cielo, el cielo le preguntó: «¿Dónde están tus ojos y tus orejas?». Porque los tai creen que los ojos del tábano no están en la cabeza, sino en la raíz de las alas, y tal particularidad anatómica era aparentemente desconocida por el Cielo. «Mis ojos», dijo el mordaz insecto, «están donde los tiene el resto de la gente, y mis orejas también donde las del resto de la gente». «Entonces», prosiguió el Cielo, «¿Cómo te taparás para que no puedas ver nada?». El astuto tábano replicó: «Veo a través de las paredes de una olla como si no existieran; pero, si me pones encima una cesta con intersti-

cios no veré nada». El confiado Cielo le colocó al tábano sobre la cabeza una cesta llena de intersticios, y se dispuso a preparar el fuego de la manera habitual. Atrincherado en la cesta, el tábano observó cuidadosamente todo el proceso, y aunque la antorcha que recibió del Cielo se le apagó por el camino, al tábano no le importó, porque llevaba consigo el secreto divino de cómo hacer fuego.

A su vuelta fue saludado por los hermanos con la acuciosa pregunta: «¿Dónde está el fuego? ¿Dónde está el fuego?». «Escuchad», dijo el tábano. «Coged un trozo de madera tan esbelto como la pata de una cabritilla y tan delgado como una barba de gamba; haced una muesca en dicho trozo y situad una cuerda en ella, amontonando estopa alrededor, como para un nido de cerdito. Haced luego pasar por la muesca la cuerda, hacia delante y hacia atrás, con ambas manos, hasta que el humo empiece a subiros a la cara». Los hermanos siguieron exactamente el consejo del tábano; y pronto de un penacho de humo saltó la llama, y pudieron cocinar sus vituallas. Los hombres aún hacen el fuego de ese modo; y el tábano aún sacia su sed de la manera pactada en las patas de los búfalos y los muslos de los hombres. [5]

En esta historia, el truco que emplea el tábano de mirar a través de los intersticios de una cesta se parece al empleado por un hombre en la correlativa historia recogida en la isla de Nias. [6]

Los kachin de Birmania dicen que al comienzo los hombres carecían de fuego; comían su comida cruda, tenían frío y estaban enflaquecidos. Pero, al otro lado del Irrawaddy habitaba un espíritu (*nat*) llamado Wun Lawa Makam, que estaba en posesión del fuego, y en él quemaba todo tipo de leña, tanto seca como verde. «Eso es lo que necesitamos», se dijeron los hombres. Y decidieron enviar a Kumthan Kumthoi Makan junto a Wun Lawa Makam para pedirle fuego. El enviado cruzó el río en una

balsa, se llegó hasta Wun Lawa Makam, y le dijo: «Gran Padre, tenemos frío, comemos nuestra comida cruda y estamos muy enflaquecidos. Danos de tu fuego». El espíritu respondió: «Vosotros los hombres no podéis tener el Espíritu del Fuego; os traería muchas desgracias». Pero el mensajero insistió: «¡Ten piedad de nosotros, oh padre! Es mucho lo que sufrimos». El Espíritu dijo entonces: «No puedo daros el Espíritu del Fuego, pero os diré cómo obtener fuego. Haced que un hombre llamado Tu y una mujer llamada Thu froten dos trozos de bambú, y pronto tendréis fuego». El enviado retornó con gran contento a los hombres que lo habían comisionado. Y al oír su mensaje, mandaron a buscar inmediatamente al hombre llamado Tu y a la mujer llamada Thu. Ambos se pusieron manos a la obra con los trozos de bambú, y pronto de ellos surgió fuego, con lo que desde entonces los hombres pueden calentarse y cocinar su comida.[7]

Hay una historia china, según la cual: «Un gran sabio fue a pasear más allá de los límites de la luna y el sol; vio un árbol, y sobre este árbol un pájaro, que lo picoteaba y hacía que saliera fuego de él. El sabio, asombrado ante tal portento, cogió una rama del árbol y produjo fuego con ella, de ahí que en adelante este gran personaje recibiera el nombre de Suy-jin». Ahora bien, se nos dice que el instrumento que emplean los chinos para obtener fuego recibe el nombre de *suy*; que *muh-say* significa instrumento con el que obtener *fuego* de la madera por fricción rotatoria; y que *Suy-jin-she* es el nombre de la primera persona que procuró el fuego para uso humano.[8] De ahí que, al parecer, el descubrimiento del modo de encender fuego mediante frotamiento de maderas sea popularmente atribuido por los chinos a un sabio que observó cómo un pájaro producía fuego al picotear un árbol.

Una tribu tártara del sur de Siberia tiene una historia sobre el descubrimiento del fuego. Dicen que, cuando Kudai, el Crea-

dor, había modelado al hombre, observó: «El hombre estará desnudo. ¿Cómo va a poder vivir con el frío? Hay que descubrir el fuego». Había un cierto hombre llamado Ulgon que tenía tres hijas. Ninguno de los cuatro sabía hacer fuego ni descubrir cómo hacerlo. Vino entonces Kudai. Su barba era larga, tropezó en ella y se cayó. Las tres hijas de Ulgon se burlaron de él, y Kudai se marchó hecho una furia. Pero las tres hijas de Ulgon esperaron en el camino para ver qué decía el Dios. Y este dijo: «Las tres hijas de Ulgon se han burlado de mí y se han reído, pero no pueden dar con la piedra afilada y la dureza del hierro». Al oír esto, las hijas de Ulgon tomaron una piedra afilada y un trozo de hierro, y con ambas cosas consiguieron sacar fuego.[9]

Los yakut del norte de Siberia dicen que «el descubrimiento del fuego ocurrió así: en un caluroso día de verano un viejo que vagaba por las montañas se sentó a descansar, sin tener nada que hacer, y golpeó una piedra con otra. Salieron chispas de este entrechoque, y juntó un montón de hojas secas y ramitas. El fuego se extendió a todo el montón, y la gente empezó a venir de todas partes para contemplar el portento. Pero el fuego se fue expandiendo cada vez más, y la gente empezó a tener miedo y terror; afortunadamente, un fuerte chaparrón lo apagó. Desde entonces los yakut han aprendido a prender el fuego y a apagarlo».[10]

Una muy diferente historia sobre el origen del fuego es la que cuentan los buriatos de la Siberia meridional. Dicen que anteriormente los hombres no conocían el fuego. No podían cocinarse sus vituallas, y vagaban hambrientos y muertos de frío. Una golondrina tuvo piedad de ellos y robó para ellos fuego a Tengri, que es el Cielo. Pero Tengri se puso furioso con el pájaro y le disparó con su arco. La flecha erró el cuerpo del pájaro, pero le acertó en la cola; esa es la razón de que aún hoy la golondrina tenga la cola partida. Fue la golondrina la que trajo

el fuego a los hombres, que desde entonces han vivido felices y no han querido molestar a las golondrinas. Por esa misma razón la gente se siente feliz cuando las golondrinas construyen sus nidos sobre sus cabañas.[11]

Los sema, una tribu naga de Assam, tienen una tradición sobre la época en que el fuego aún no era conocido. Y creen que en aquel tiempo los hombres estaban cubiertos de pelo como los monos, para defenderse del frío. Pero el señor J. H. Hutton, que nos ha transmitido un muy completo y valioso informe sobre la tribu, nunca encontró a un sema que pudiera explicarle cómo se había descubierto el fuego. En cambio, sus vecinos los chang sí que tienen explicaciones al respecto. Dicen que el descubrimiento lo efectuaron dos mujeres que observaban a un tigre que hacía fuego sacándose una espina de la pata, ya que hasta entonces los humanos habían tenido que depender de la buena voluntad de los tigres para poder conseguir fuego.[12] Con todo, los sema hacen el fuego de manera muy similar a como aprendieron a hacerlo de los tigres, frotando con viveza, de delante a atrás, una astilla de bambú contra una horquilla, hasta que la yesca colocada debajo empieza a arder, momento en que se sopla para que salga la llama.[13] No obstante, de acuerdo con otra tribu naga, no fue de un tigre sino de un mono de quien una mujer observó el modo de producir fuego.[14]

Esta última versión del mito es aceptada por los ao, una tribu naga limítrofe de los sema por el norte. Dicen que hace mucho mucho tiempo el fuego y el agua lucharon entre sí. El fuego no pudo aguantar los embates del agua y tuvo que huir a esconderse en los bambús y las piedras, donde permanece oculto hasta nuestros días. Pero algún día volverán a luchar de nuevo, y el fuego exhibirá toda su fuerza, y el Gran Fuego (*Molomi*), del que los ancianos hablaban antes de que los misioneros llegaran al país, asaltará las orillas del Brahmaputra y quemará cuanto hay en la tierra. Con todo, al final, el agua resultará victoriosa y una

lluvia torrencial seguirá al Gran Fuego, inundando el mundo para siempre. Pero, así las cosas, cuando el fuego escapó del agua, nadie salvo el saltamontes pudo ver dónde iba a esconderse. Con sus grandes ojos fijos pudo verlo todo, y se dio cuenta de que el fuego iba a esconderse en el bambú y en las piedras. Por aquellos días hombres y monos eran igualmente peludos. El saltamontes les dijo a los monos dónde se escondía el fuego, y los monos hicieron salir fuego de una astilla de bambú. Pero los hombres estaban al tanto y les robaron su secreto a los monos. De este modo, los monos carecen de fuego hoy día, y deben preservarse del frío como pueden con su piel peluda. El hombre, en cambio, ha perdido el pelo de su piel debido a que ya no lo necesita, teniendo como tiene fuego. Es debido a que el fuego se escondió en el bambú y en las piedras por lo que los ao hacen fuego hoy día tanto con la astilla de bambú, como con piedras y hierro. La astilla de bambú es el método habitual de los naga. El extremo de una caña seca se parte en dos y se inserta en medio una piedra para formar una horquilla. La yesca, formada por finas raspaduras o por algodón, se coloca sobre el suelo, y la horquilla se sostiene firmemente con el pie sobre la yesca. El operador desliza una astilla de bambú bajo la horquilla, y sujetando un extremo de la astilla con una de las manos, la hace pasar hacia adelante y hacia atrás. En menos de medio minuto la yesca empieza a arder.[15]

En el precedente relato ao sobre la lucha entre el fuego y el agua vemos que existen paralelos con mitos que, como ya hemos visto, se cuentan entre los nativos de Ongtong Java y las islas Gilbert, así como entre los toradja de Célebes,[16] y veremos que también encuentran paralelos entre los sakalava y los tsimihety de Madagascar.[17]

Los lori de Baluchistán, que son herreros hereditarios, consideran reverentemente al fuego como un don especial de Dios a David, habiéndolo la divinidad extraído del purgatorio cuando

David le pidió que le diera un fundente para el acero. Suelen producir el fuego mediante pedernal y acero.[18]

En Ceilán, «la historia que se cuenta sobre el cazamoscas negro-azulado de cola de golondrina (*Kawudu Panikka*), y su mortal enemigo, el cuervo, refiere que el primero, como el Prometeo griego, trajo el fuego del cielo para beneficio de los hombres. El cuervo, celoso de semejante honor, remojó sus alas en agua y asperjó la llama, hasta apagarla. Desde entonces ha existido una mortal enemistad entre ambos pájaros».[19][*]

IX
EL ORIGEN DEL FUEGO EN MADAGASCAR

Los sakalava y los tsimihety, que habitan la Analalava, provincia del noroeste de Madagascar, refieren la siguiente y lúcida historia sobre las circunstancias que condujeron a que el fuego quedara almacenado en la madera y en las piedras, de las que debe ser sacado por fricción en un caso, y por percusión en otro.

Dicen que en otro tiempo las llamas podían encontrarse de manera habitual por doquier, ya que el Sol las había enviado para proteger la tierra, y eran, por así decir, los soldados del Sol. Nada aquí abajo podía presentarles resistencia, porque estaban muy orgullosas de su poder y eran muy crueles.

Por encima de la tierra el Trueno reinaba como señor supremo. Durante el verano, todas las tardes retumbaba con tremendo ruido. Las llamas se quedaban muy sorprendidas ante el prodigioso ruido que oían venir del cielo. «¿Qué es eso?», se decían. «Quien tal estrépito forma debe ser muy poderoso y fuerte. No obstante, le enviaremos embajadores para declararle la guerra».

Un embajador le fue enviado al Trueno, y éste, que era muy orgulloso, se llenó de rabia y respondió: «Hasta ahora nunca he provocado a nadie y a nadie he hecho daño. He hecho restallar

mis rayos y resonar mis truenos por pura diversión. Pero, puesto que venís a retarme en el aire, que es mi dominio, acepto el reto. Nos haremos la guerra, y será una guerra terrible».

Quedó fijada la fecha para el combate, así como el lugar. Se trataba de una yerma meseta, situada en la cima de una monta ña. El día fijado, las llamas se reunieron en el lugar citado y se lanzaron con tremenda violencia, arrojando torrentes de negro humo y silbando y gritando por añadidura. El Trueno, por su parte, no dejó de emplearse a fondo. Aunque era pleno día, sus destellos eran relumbrantes y de todos los tonos de los colores del arcoiris —azules, verdes y violetas—; el ruido que hacía el Trueno era ensordecedor. Tres veces cayó el Trueno sobre las llamas y las dispersó, sin extinguir no obstante su fuego. Por el contrario, tal parecía que ganaran nuevos ímpetus con el contacto, y volvían a la batalla con fuerzas renovadas. Finalmente, ambos adversarios, exhaustos por tanto ejercicio, establecieron una tregua y se retiraron a restañar sus heridas y reparar sus pérdidas.

Unos pocos días más tarde la batalla recomenzó tan ferozmente como en el anterior asalto. Las llamas quedaron diezmadas, y el Trueno se vio reducido a un deplorable estado, aunque no hubo aún vencedor ni vencido.

El Trueno se hallaba esta vez enojado de verdad. ¿Cómo podía derrotar definitivamente a sus enemigos? Pensó en sus amigas las nubes. Se reunió con ellas y les dirigió una larga arenga, implorando ayuda. Las nubes le prometieron ayudarle. El Trueno, a su vez, declaró la guerra a las llamas y fijó como campo de batalla la meseta yerma donde los dos anteriores combates habían tenido lugar.

El día fijado, grandes nubes negras empezaron a verse avanzar desde las cuatro esquinas del cielo. El Trueno se escondió tras ellas y de tanto en tanto hacía resonar un sordo estruendo.

Las llamas, al principio, se sintieron perplejas ante la extraña visión de las amenazantes nubes. Pero eran valerosas, y armándose de coraje salieron intrépidamente al encuentro. Formaban una densa y cerrada masa en formación, en que las más bravas se subían sobre los hombros de sus compañeras para poder trabar combate con su aéreo enemigo. Pero el Trueno, considerando que la prudencia es la mejor parte del valor, se contentaba con disparar sus proyectiles desde detrás de las nubes, sin mostrarse a cara descubierta al fuego enemigo. Por otro lado, no bien habían llegado las nubes al lugar del cielo directamente situado sobre las llamas, abrieron sus compuertas y dejaron caer sobre las cabezas de sus enemigas todo el volumen de agua que llevaban como carga.

Era el momento del sálvese quien pueda para las llamas. Su rey fue el primero en emprender la huida, y las tropas, naturalmente siguieron el ejemplo de su líder. Los oficiales al mando buscaron refugio en las entrañas de los montes, y allí siguen aún hoy, aunque a veces salen a la luz a través de las rendijas que se han abierto en la cima de algunas montañas. Ese es el origen de los volcanes. En cuanto a los soldados de a pie, fueron a esconderse en cosas tales como son la madera, el hierro y el pedernal. De ahí que se pueda extraer fuego frotando entre sí dos palos secos; y esta es también la razón de que salten chispas cuando se entrechocan un trozo de pedernal y un trozo de hierro. Tal es el origen del fuego que el hombre emplea para su uso, según los sakalava y los tsimihety.[1]

X
EL ORIGEN DEL FUEGO EN ÁFRICA

Los bergdama o bergdamara, como comúnmente se llaman, del África sudoccidental, dicen que en los días en que los hombres no conocían aún el fuego vino una gran ola de frío sobre la tierra. Un hombre dijo entonces a su mujer: «Esta noche cruzaré el río, y del otro lado me haré con un tizón encendido del poblado del león». Su mujer le advirtió que no fuera, pero él lo hizo, vadeó la corriente del río y penetró en la cabaña del león. El león se hallaba sentado con su leona y sus hijos, formando círculo en torno al chisporroteante fuego, y los cachorros mordisqueaban huesos humanos.

Al extraño se le asignó el lugar de honor, frente a la puerta, y al otro lado del fuego. Mejor le hubiera sido sentarse junto a la puerta, para poder escapar con el tizón prendido. De modo que, mientras charlaban, fue desplazándose poco a poco hasta quedar cerca de la puerta, y cuando estuvo allí puso sus ojos en un hermoso tizón. En un determinado momento, por sorpresa, se puso en pie, arrojó con una mano a los cachorros del león al fuego, y con la otra se apoderó del tizón encendido, saliendo a toda prisa de la choza.

El león y la leona se dispusieron a perseguirlo. Pero se detuvieron a rescatar a sus hijos de la hoguera, antes de emprender

la persecución en toda regla; de modo que el ladrón consiguió una buena ventaja, y cuando sus perseguidores apenas habían llegado a la orilla del río, él ya se hallaba del otro lado. El león y la leona no se atrevieron a cruzar la corriente, y tuvieron que dar por terminada la persecución. El ladrón, en cambio, nada más llegar a su choza empezó a juntar maderas de todo tipo, y mientras prendía su hoguera, decía: «De ahora en adelante, oh fuego, estarás en todas las maderas». Desde aquella noche, los hombres han tenido siempre fuego. En la actualidad, los bergdama prefieren encender fuego con cerillas, pero en caso de necesidad aún emplean el método de fricción, usando al efecto un taladro de fuego, formado por dos piezas, la vertical, de madera dura, a la que llaman macho, y la horizontal y lisa, de madera blanda, a la que llaman hembra.[1]

Los thonga, tribu del África sudoriental, cuyo territorio se extiende por los alrededores de Delagoa Bay, dan el nombre de Lilalahumba al primer antepasado varón de la humanidad, nombre que significa «el que trae una reluciente brasa en una concha».[2] El significado del nombre lo explica una historia que cuenta el clan Hlengwe. Dicen que Tshauke, su primer rey, tomó por esposa a la hija de otro jefe perteneciente a la tribu Sono. Los sono sabían cocinar su comida, pero los hlengwe no, porque aún no conocían el fuego y comían por tanto sus papillas crudas.

No obstante, el hijo del rey Tshauke robó a los sono su relumbrante brasa y la trajo a territorio sono en una concha. Los sono se pusieron furiosos y declararon la guerra a los hlengwe; pero los hlengwe, fortalecidos por la comida cocinada que acababan de tomar, obtuvieron la victoria. El hijo de Tshauke recibió entonces el nombre de Shioki-sha-humba, «el que trae fuego en una concha».[3] De esto se puede tal vez deducir la idea de que, para estas gentes, también fue el primer antepasado de la humanidad quien tomó o robó el fuego y lo trajo en una con-

cha; pero a quién se lo tomó o lo robó es algo que no queda claro.

Los ba-ila, tribu de Rodesia del norte (Zimbawe), cuentan · como la Avispa Albañil (*Mason-Wasp*) le arrebató a Dios el fuego. Dicen que en otro tiempo el Buitre, el Aguila Pescadora y el Cuervo carecían de fuego, porque no había fuego en la tierra. Faltos, pues, de fuego, todos los pájaros se reunieron en asamblea, y se preguntaron: «¿De dónde conseguiremos fuego?». Algunos de los pájaros dijeron: «Tal vez de Dios». Ante lo que la Avispa Albañil se ofreció voluntaria, y dijo: «¿Quién quiere venir conmigo hasta donde está Dios?». El Buitre respondió, y dijo: «Iremos contigo, yo, el Aguila Pescadora y el Cuervo».

Así pues, de mañana se despidieron de los restantes pájaros, diciendo: «Vamos a ver si podemos conseguir fuego de Dios». Y echaron a volar. Cuando habían pasado ya diez días de camino, cayeron a tierra unos cuantos huesos: era el Buitre; más tarde otros huesecillos cayeron también a tierra: era el Aguila Pescadora; la Avispa Albañil y el Cuervo se quedaron así solos. Cuando otros diez días hubieron transcurrido, un nuevo montón de huesecillos cayó a tierra: era el Cuervo. La Avispa Albañil se quedó sola. Pasaron entonces otros diez días, y la Avispa seguía sola su camino, parándose a reposar en las nubes. A pesar de lo cual no acababa de llegar nunca a la cúspide del cielo.

Tan pronto como Dios oyó hablar de ella, vino adonde la Avispa Albañil se hallaba, y respondiendo a sus preguntas la Avispa le dijo: «No, Jefe, no voy a ningún sitio en particular, he venido tan sólo a pedirte fuego. Todos mis compañeros se han quedado por el camino; yo, sin embargo, he podido llegar hasta aquí, ya que me había puesto como meta llegar hasta donde está el Jefe». A lo que Dios le respondió, diciendo: «Avispa Albañil, puesto que has llegado hasta mí, mandarás sobre todos los pájaros y reptiles de la tierra. Ahora te doy mi bendición. No tendrás que criar hijos. Cuando desees tener un hijo, no tendrás

más que buscar entre las espigas, y allí hallarás un insecto llamado *Ngongwa*. Cuando lo hayas encontrado, tómalo contigo y llévalo a una casa. Cuando llegues a la casa, busca el lugar del fuego donde los hombres cocinan, y construye allí una morada para tu hijo *Ngongwa*. Cuando hayas terminado de construir tu nido, pon dentro al insecto y déjalo allí dentro emparedado. Pasados unos días, vuelve a echarle una mirada; y un día te encontrarás con que se ha convertido en alguien idéntico a ti». Así son las cosas hoy día; la Avispa Albañil construye su nido en la chimenea del hogar, tal como Dios se lo ordenó.[4]

La explicación de esta historia, según los autores que la han recogido, es como sigue: «La Avispa Albañil, el Prometeo de los ba-ila, con sus alas de color azul índigo, su abdomen amarillo y negro, y sus patas de color naranja, es un animal común en el África Central. Construye su celda de barro no sólo en el lar de la casa, tal como el cuento establece, sino también (lo que es un gran estorbo) en las paredes, libros y cuadros de las casas. En dicha celda deposita sus huevos, junto con un escarabajo o un gusano, y la sella, construyendo a continuación otras celdas, hasta dejar sobre la pared toda una larga y fea protuberancia de barro. Cuando las jóvenes larvas salen del cascarón empiezan a devorar los insectos, que sólo han sido atontados, y no muertos, por el aguijón de la madre. Tenemos aquí un interesante ejemplo de cómo las observaciones de los nativos son correctas hasta cierto punto; pero que, no habiendo tomado en consideración todos los aspectos, porque no los han percibido, la conclusión a que llegan resulta errónea. Suponen que el *Ngongwa* se metamorfosea en Avispa Albañil; y el cuento intenta explicar el por qué de esto, así como dar cuenta del fuego doméstico».[5]

Los baluba son una tribu o nación que ocupa un amplio territorio de la cuenca meridional del río Congo. Consiguen fuego mediante el taladro de madera; y dicen que, cuando el Gran Espíritu, Kabezya Mpungu, creó al primer hombre, al que lla-

maban Kyomba, pegó las semillas de todas las plantas comestibles a su pelo, y colocando en sus manos madera y yesca, le enseñó la forma de extraer fuego de ellos, para poder cocinar su comida.[6]

Los bakuba o bushongo, tribu, o más bien, nación que ocupa un territorio situado entre los ríos Sankuru y Kasai, en la parte meridional del valle del Congo, tienen una tradición según la cual en los antiguos tiempos, sus antepasados obtenían el fuego de los incendios provocados por el rayo, pero no sabían fabricarlo por sí mismos. No obstante, durante el reinado de uno de sus reyes, llamado Muchu Mushanga, vivía un cierto hombre llamado Kerikeri, que había aprendido el arte de hacer fuego. Pues Bumba, que para los bushongo significa Dios, se le había aparecido una noche en sueños a Kerikeri y le había dicho que tomara un determinado camino, para cortar las ramas de cierto árbol, que debía guardar con todo cuidado. Así lo hizo el hombre, y cuando las ramas estuvieron ya bien secas, Bumba se le apareció de nuevo en sueños, lo felicitó por su obediencia y le enseñó cómo conseguir fuego por frotamiento. Kerikeri se guardó el secreto para sí, y cuando todos los fuegos de la aldea se hubieron consumido, empezó a vender el fuego a muy alto precio a sus vecinos. Todos los hombres, tanto los sabios como los locos, intentaron sonsacarle el secreto, pero fue en vano. Pero el rey, Muchu Mushanga, tenía una hija muy hermosa, llamada Katenge, y le dijo a ésta: «si eres capaz de descubrir el secreto de ese hombre, te colmaré de honores y te sentaré entre los ancianos, como a un hombre». La hermosa princesa, entonces, empezó a insinuarse a Kerikeri, quien quedó locamente prendado de ella. Cuando ella se dio cuenta de esto, ordenó que todos los fuegos de la aldea se apagaran, y envió recado a Kerikeri por un esclavo, de que la esperara aquella noche en su choza. Cuando todos se hubieron dormido, la princesa se deslizó cautelosamente hasta la choza de Kerikeri, y llamó a su

puerta. La noche era muy oscura. Kerikeri le abrió la puerta, y tras entrar, ella se quedó sentada en el suelo, en silencio. «¿Por qué tan silenciosa?», preguntó el enamorado. «¿Es que acaso no me amas?». «¿Cómo puedo pensar en el amor», respondió ella, «cuando me estoy helando de frío en tu casa? Ve y que yo te vea traer fuego, de modo que mi corazón pueda templarse». Kerikeri tuvo que volver a su choza sin traer nada. En vano la incitó a ceder a su pasión; ella insistía en que antes tenía que encender el fuego. Finalmente, el enamorado cedió, y cogiendo dos palos se puso a prender fuego con ellos en presencia de la princesa, que pudo ver todo el proceso con atención. Cuando hubo terminado, echándose a reír, le dijo: «¿Creías acaso que yo, la hija de un rey, iba a amarte sólo por ser quien eres? Era tu secreto lo que quería descubrir, y ahora que ya está encendido, puedes llamar a una esclava para que lo apague». Se levantó, entonces, y huyó de la casa, corriendo a revelar el secreto a toda la aldea, y diciéndole a su padre: «¡Lo que un poderoso rey no pudo lograr, una astuta mujer lo ha conseguido!». Tal fue el origen de la producción del fuego, y el origen también del cargo de Katenge entre los bushongo; ya que hasta el día de hoy existe entre los más altos ancianos del consejo una mujer, que es grande entre los grandes, y lleva el título de Katenge. En tiempos de paz porta una cuerda de arco enrollada al cuello; pero, si el país está en peligro, se quita esa cuerda y se la entrega al comandante del ejército, que sale entonces a dar batalla y derrota al enemigo.[7]

Una historia muy diferente sobre el origen del fuego se cuenta entre los basongo meno, un grupo de tribus cuyo territorio se extiende al norte de los ríos Sankuru y Kasai, y que han mantenido relaciones con los bushongo durante muchos años. Dicen que desde los tiempos más antiguos habían venido haciendo sus nasas (trampas para pescar) de rafia. Un día, un hombre que se hallaba construyendo este tipo de trampas, qui-

so hacer un agujero al final de una de dichas nervaduras, y empleó para hacerlo un palito aguzado. Mientras intentaba horadar la nervadura empezó a producirse fuego, y este método de procurarse fuego es el que ha venido empleándose desde entonces, cada vez que se necesita. De ahí que las plantaciones de palmeras de rafia sean cultivadas por los basongo para proveerse de taladros de fuego y materiales de cestería.[8]

Los boloki o bangala, tribu del curso alto del río Congo, hablan de un intento infructuoso de hacerse con el fuego en los primeros días del mundo. Dicen que hubo un tiempo en que todos los pájaros y animales vivían en el cielo. Un día muy lluvioso y tan frío que todos los pájaros y las bestias estaban temblando, los pájaros dijeron al perro: «vete allá abajo y consíguenos un poco de fuego con que calentarnos». El perro descendió a la tierra, pero descubriendo gran cantidad de huesos y trozos de pescado esparcidos por el suelo, se olvidó de coger el fuego para los temblorosos pájaros. Los pájaros y las bestias esperaron un tiempo, pero al ver que el perro no aparecía enviaron a un gallo a darle prisa. Pero, tan pronto el gallo pisó la tierra, encontró tal cantidad de nueces de palma, cacahuetes, maíz y otras delicias, que no se molestó en ir a buscar al moroso perro, ni tampoco en llevar él mismo el fuego que esperaban sus camaradas en el cielo. Esta es la razón de que por las noches pueda oírse a un pájaro que canta unas notas más o menos de este tenor: *Nsusu akende bombo ¡nsusu akende bombo!*. Que significa: «¡El gallo se ha hecho esclavo! ¡El gallo se ha hecho esclavo!». Y la garza a veces se posa en un árbol cercano a la aldea y grita: *¡Mbwa owa! ¡Mbwa owa!*, que significa: «¡Muérete, perro! ¡Muérete, perro!». La causa de que los pájaros insulten y se burlen del perro y el gallo es porque estas criaturas dejaron a los demás animales morirse de frío, mientras ellos gozaban del buen tiempo y la abundancia.[9]

Los bakongo, tribu del bajo Congo, dicen que el fuego llegó primero a la tierra por medio del rayo, que fulminó a un árbol y lo incendió. En lo que hace a la producción artificial del fuego, afirman que el fuego fue primero extraído por frotamiento de la madera, y luego por percusión del pedernal y el hierro. Cuentan también una leyenda sobre cómo al principio no había fuego en la tierra, y un hombre envió un chacal, animal que por entonces estaba domesticado y vivía en los poblados, al lugar donde se pone el sol para traer fuego de allí; pero el chacal halló tantas cosas buenas que comer, que nunca más volvió a la morada del hombre. Los bakongo dicen entre sí que, muy hacia el norte, hay tribus enteras que desconocen por completo el fuego y la comida cocinada, por lo que comen la carne cruda; pero nunca han llegado a ver a tales gentes, solo han oído hablar de ellas en sus charlas junto al fuego.[10]

Los loango dicen que en otro tiempo la araña tejió un hilo larguísimo, y que el viento se hizo con un extremo de este hilo y lo llevó hasta el cielo. El pájaro carpintero, entonces, escaló por ese hilo y picoteado la bóveda celeste hizo esos agujeros que llamamos estrellas. Tras el pájaro carpintero, fue el hombre el que subió hasta el cielo por el hilo de la araña, y se trajo el fuego. Pero, algunos dicen que el hombre encontró el fuego en el lugar donde habían caído del cielo unas ardientes gotas.[11]

Los ekoi del sur de Nigeria, en la frontera meridional del Camerún, dicen que al comienzo del mundo el Dios Cielo, Obassi Osaw, hizo todas las cosas, pero no dio el fuego a las gentes que estaban sobre la tierra. Etim'Ne dijo a Niño Lisiado: «¿Para qué nos ha enviado aquí Obassi Osaw sin fuego? Vete al cielo y pídele que nos dé algo». Y así fue como partió hacia el cielo Niño Lisiado.

Obassi Osaw montó en cólera al recibir semejante mensaje y mandó volver a toda prisa a Niño a la tierra, para reprender a Etim'Ne por lo que le había pedido. En aquellos días Niño Li-

siado aún no estaba impedido, sino que andaba como todo el mundo. Cuando Etim'Ne se enteró del enojo que había provocado a Obassi Osaw, partió hacia el poblado de Obassi y le dijo: «Por favor, perdóname por cuanto dije ayer. Fue por accidente». Pero Obassi no le perdonó, a pesar de pedirle perdón Etim'Ne durante tres días enteros. Luego, volvió a su casa.

Al llegar de nuevo a su aldea, Niño Lisiado se empezó a reír de él. «Eres el jefe», dijo, «¿y no eres capaz de conseguir fuego? Yo mismo iré y lo traeré. Y si no me lo dan por las buenas, lo robaré». Aquel mismo día partió el muchacho. Llegó a casa de Obassi al anochecer y halló a todo el mundo preparándose la comida. Los ayudó en esta tarea, y cuando Obassi empezó a comer, Niño se arrodilló humildemente ante él hasta que hubo terminado de comer.

El amo vio que el muchacho resultaba útil y no lo despachó. Después de haberlo servido durante varios días, Obassi lo hizo llamar y le dijo: «Vete a casa de mis esposas y diles que me envíen una lámpara». Niño fue a hacer lo que le mandaban con todo contento, ya que era en la casa de las mujeres donde se guardaba el fuego. No tocó nada, una vez allí, sino que esperó hasta que le fue entregada la lámpara, y entonces se la llevó a Obassi a toda prisa. En otra ocasión, cuando llevaba ya varios días entre los sirvientes, Obassi lo envió de nuevo a buscar lumbre, y esta vez una de las mujeres dijo: «Enciende tú mismo la lámpara en el fuego». Y, diciendo esto, se metió en el interior de la casa y lo dejó solo. Niño prendió la lámpara con un tizón encendido, y a continuación envolvió el tizón en unas hojas de llantén, guardándoselo entre su ropa, tras lo cual fue hasta su amo, y entregándole la lámpara, le dijo «Tengo que irme a hacer algo». Obassi le respondió: «Puedes irte». Niño fue hasta la espesura que rodeaba el poblado, donde había gran cantidad de madera seca. Puso el tizón en medio y sopló hasta que salió fuego. Luego lo tapó con ramas y hojas de llantén para ocultar

el humo, y se volvió a la casa. Obassi le preguntó: «¿Por qué has tardado tanto?». El muchacho respondió: «No me sentía bien».

Aquella noche, mientras todo el mundo dormía, el ladrón hizo un atadillo con toda su ropa y se deslizó hasta las afueras del poblado, donde tenía escondido el fuego. Lo halló ardiendo aún, y tomando un tizón encendido y un poco de madera, partió rumbo a su casa. Al llegar a la tierra de nuevo, fue a ver a Etimy le dijo: «Aquí está el fuego que prometí traerte. Manda a buscar madera, y yo te mostraré cómo hay hacerlo».

Así fue como se hizo el primer fuego en la tierra. Obassi miró hacia abajo desde su casa de los cielos y vio ascender humo. Y dijo a su hijo mayor Akpan Obassi: «Vete y pregunta a Niño si es él quien ha robado el fuego». Akpan bajó a la tierra y preguntó tal como su padre se lo había ordenado. El muchacho confesó: «Y o fui quien robó el fuego. Y la razón por la que lo oculté es porque tenía miedo». Akpan le respondió: «Te traigo un mensaje: hasta ahora has sido capaz de caminar normalmente, pero a partir de ahora ya no lo serás». Esta es la causa de que Niño Lisiado no pueda caminar. El fue el primero que trajo a la tierra el fuego que Obassi tenía en el cielo.[12]

Los lendu, tribu del África Central, situada al noroeste del Lago Alberto, tienen una tradición según la cual sus antepasados inmigraron a su actual territorio desde las planicies del norte, y a su llegada hallaron el país ocupado por pigmeos, que se retiraron ante los invasores. Los lendu traían fuego consigo desde su lugar de origen, pero los pigmeos no estaban familiarizados con su uso, y contemplaban con envidia a los recién llegados, que se calentaban ante las juguetonas llamas y podían cocinar su comida en vez de comerla cruda. Una noche, los pigmeos robaron parte del fuego y prendieron una hoguera en el interior de la jungla. Se lo transmitieron también a los wassongora (ndjali), que habían inmigrado al país desde el sur, y que igualmente desconocían el fuego.[13]

Los kikuyu del África Oriental Británica cuentan la siguiente historia sobre el origen del fuego. Dicen que hace mucho tiempo un hombre tomó prestada una lanza de su vecino para matar a un puercoespín que estaba destruyendo sus cultivos. Se mantuvo al acecho, hasta conseguir alancear al animal, pero este sólo había quedado herido, y echando a correr con la lanza clavada en su cuerpo desapareció en una madriguera. El hombre volvió junto al dueño de la lanza para decirle que esta se le había perdido, pero el propietario insistió en que quería que se la devolviera. El que la había perdido fue a ofrecerle una lanza nueva, pero el otro se negó a aceptarla, y pidió que le devolviera la misma lanza que le había prestado. Así pues, para poder recobrarla, el hombre tuvo que empezar a escarbar en la madriguera del puercoespín hasta encontrarse de pronto, para su sorpresa, en un lugar donde mucha gente se hallaba sentada cocinando su comida junto al fuego. Le preguntaron qué buscaba, y él les contó sus motivos. Tras lo cual lo invitaron a quedarse a comer con ellos: pero él sintió miedo, y dijo que debía volver con la lanza, que vio tendida en el suelo allí mismo. No hicieron ningún esfuerzo por que se quedara, sino que le dijeron que trepara por las raíces de un árbol *mugumu*, que penetraba en la caverna, y que por ellas alcanzaría pronto el mundo superior. Por otro lado, le dieron un poco de fuego para que lo llevara consigo de vuelta. Tomó pues la lanza y el fuego y empezó a escalar por las raíces como se le había dicho. Así es como se dice que el fuego fue traído a los hombres; antes de esta efemérides, los hombres comían su comida cruda. Cuando el hombre llegó a donde estaban sus amigos, devolvió la lanza a su dueño, diciendo: «me ha costado mucho trabajo recobrar tu lanza; de modo que si quieres algo de este fuego, que ya ves que se va convirtiendo en humo, tendrás que escalar por ese humo y traérmelo de nuevo». El propietario de la lanza intentó una y otra vez escalar el humo, pero no pudo conseguirlo. Vinieron

entonces los ancianos a mediar, y dijeron: «Haremos el siguiente arreglo: el fuego será de uso común, pero puesto que tú lo has traído, tú serás nuestro jefe». El Submundo al que hace referencia esta historia recibe el nombre de *Miri ya mikeongoi*.[14]

Los wachagga, que habitan el gran monte Kilimanjaro, en el África Oriental, dicen que en los antiguos tiempos los hombres no conocían el fuego. Así que tenían que comer cruda su comida, incluidas las bananas, como hacen los babuinos. Pero un día los muchachos llevaron el ganado como de costumbre a pastar y llevaron consigo su comida. Mientras cuidaban a los animales cortaron flechas y se pusieron a jugar. Uno de ellos lanzó una flecha que fue a clavarse en un tronco y le empezó a dar vueltas entre sus manos. El fuste de la flecha empezó a recalentarse y llamó a los otros: «¿Quién quiere que le dé un golpe?». Los otros se acercaron y les empezó a dar golpes con el extremo recalentado de la flecha; y ellos escaparon dando gritos. Tras esto, hizo girar la flecha con más fuerza que nunca, para recalentarla más y pegar de nuevo a sus compañeros con ella. Pero los otros se acercaron a ayudarle, diciendo: «Ahora sí que la recalentaremos». La hicieron girar con tremenda fuerza, y, oh maravilla, empezó a salir humo del extremo de la flecha, y un poco de hierba seca que había debajo, empezó a arder. Los muchachos trajeron más hierba para aumentar el fuego, y mientras contemplaban esto, saltaron las llamas. Pronto tuvieron ante sí un llameante fuego que quemaba la hierba y consumía los matojos, haciendo un ruido parecido a *wo-wo-wo-wo-wo*, como si un torbellino estuviera pasando por allí.

Las gentes de la vecindad se acercaron corriendo a ver, y exclamaron: «¿Quiénes son los que nos han traído esta magia?». Vieron a los muchachos y les gritaron: «¿De dónde habéis sacado esta magia?». Estaban muy enojados, y los muchachos tuvieron miedo. Con todo, cogieron sus palos y les mostraron a los hombres cómo los habían hecho girar, hasta que saltó la llama.

Los ancianos exclamaron: «¿Qué habéis hecho? ¡Nos habéis traído algo que está consumiendo toda nuestra hierba y nuestros árboles!».

No obstante, se dieron cuenta de lo bueno que era el fuego cuando los muchachos empezaron a rebuscar su comida entre las cenizas. Al principio dijeron: «Mirad, nuestra comida ha sido destruida por Wowo». Ya que llamaban *wowo* al fuego por el sonido que hacía. Pero, cuando hambrientos como estaban, empezaron a comer las bananas asadas, se dieron cuenta de que sabían mucho más dulces que antes. Encendieron pues el fuego de nuevo y asaron en él más bananas, viendo de nuevo que el fruto sabía más dulce que antes. Así la gente que allí se había congregado se llevaron *wowo* a sus casas, y en él asaron su comida.

Y, siempre que un extraño venía y comía su dulce comida, les preguntaba: «¿Cómo conseguís hacer algo como esto?». Y ellos le enseñaban el fuego, y el extranjero volvía a su casa y retornaba con bienes con los que comprar fuego. Y si alguien de camino le preguntaba: «¿Adonde vas con ese chivo?», le respondía: «Voy al mago Wowo a conseguir de él algo de *wowo*». Era, pues, mucha la gente que iba al poblado a comprar fuego, y la noticia del hecho se extendió a todas partes. Y al trozo de madera blanda lo llamaban *kipongoro*, y al palo que hacían girar sobre él, lo llamaban *ovito*. Estos dos palos solían tenerlos dispuestos en el suelo de sus chozas; ya que, decían: «Cuando llega la noche y la gente se encierra en sus casas, nadie puede pedir prestado fuego a su vecino».[15]

Los shilluk, tribu del Nilo Blanco, dicen que el fuego viene del Gran Espíritu (*pan jwok*). Hubo una época en que nadie conocía el fuego. Las gentes solían recalentar su comida al sol; la parte superior de las vituallas, así recocidas, era la aprovechada por los hombres; mientras que la parte inferior, no recocida, era reservada para las mujeres. Pero un día, un perro robó un

trozo de carne que había sido asado al fuego en la tierra del Gran Espíritu, y se lo trajo a los hombres. Los shilluk lo probaron y lo encontraron mucho más apetitoso que la carne cruda. Y, para poder procurarse el fuego, envolvieron con paja seca la cola del perro y lo enviaron de nuevo a la tierra del Gran Espíritu. Al llegar allí, el perro empezó a revolcarse, como suele, entre las cenizas de una hoguera, y la paja se prendió con algunas de las ascuas aún vivas. Aullando de dolor, el perro arrancó corriendo de nuevo hacia la tierra de los shilluk, donde para calmar su agonía empezó a revolcarse entre la hierba seca. Pero la hierba a su vez se prendió, y del incendio que siguió a esto sacaron los shilluk el fuego que siempre guardan ardiendo lentamente en sus hogares bajo una capa de cenizas.[16]

XI
EL ORIGEN DEL FUEGO EN SUDAMÉRICA

Los indios lengua del Chaco paraguayo cuentan la siguiente historia sobre el origen del fuego entre los hombres. Dicen que en los primeros tiempos, siendo incapaces de producir fuego, los hombres se vieron obligados a comer la comida cruda. Un día, un indio se había pasado el día cazando, pero no había tenido suerte en toda la mañana; así que, hacia el mediodía, para entretener las punzadas del hambre, se detuvo en las cercanías de un marjal para recoger algunos caracoles. Mientras los comía, llamó su atención un pájaro que salía de la charca con un caracol en el pico. Pareció ir a depositarlo al pie de un gran árbol a cierta distancia. Volvió a la charca, cogió otro caracol, e hizo la misma operación. Y así varias veces. El indio se dio cuenta también de que del lugar donde el pájaro iba depositando sus caracoles surgía, por así decirlo, una leve columna de humo. Se despertó su curiosidad, y la siguiente vez que vio al pájaro volar hacia la charca, avanzó con cautela hacia el sitio de donde surgía el humo. Observó allí un montón de palitos, dispuestos cónicamente, con las puntas enrojecidas, y que despedían calor. Acercándose más, vio que había algunos caracoles colocados cerca del montón de palos. Hambriento como estaba, se acercó a probar los caracoles asados, y encontrándolos deli-

ciosos se determinó a nunca más volver a comer caracoles crudos.

Cogió pues algunos palos encendidos, y corrió con ellos a su aldea, donde contó a sus amigos su descubrimiento. Inmediatamente, estos fueron a buscar provisión de madera a la jungla, para mantener viva tan valiosa adquisición, a la que dieron en adelante el nombre de *tathla*, o fuego. Aquella noche cocinaron su carne y sus verduras por primera vez, y poco a poco fueron encontrando nuevos usos para este descubrimiento.

Pero cuando el pájaro volvió al lugar donde había ido dejando sus caracoles y descubrió el robo de su fuego, montó en cólera y determinó vengarse del ladrón, estando tanto más irritado cuanto que no podía producir más fuego. Remontando el vuelo hacia el cielo, empezó a buscar en círculos al ladrón, y para su asombro descubrió a la gente de la aldea sentados junto a su tesoro robado, gozando de su calor y cocinándose con él su comida. Cavilando su venganza, se retiró a la espesura, donde formó una tormenta eléctrica, acompañada de gran aparato de rayos y truenos, que causó grandes destrozos y aterrorizó a la gente del poblado. Desde entonces, siempre que truena es señal de que el pájaro-trueno está enojado y pretende castigar a los indios con fuego caído del cielo; ya que desde entonces, habiendo perdido su fuego, dicho pájaro no tiene más remedio que comer su comida cruda. El misionero que recogió esta historia, añade: «Es curioso que los indios crean una fábula como ésta, puesto que ellos mismos producen el fuego por fricción; y no siempre se muestran muy cuidadosos en mantener encendido el fuego cuando no lo necesitan. Así como tampoco temen especialmente al trueno ni al rayo».[1]

Esta historia de los lengua recoge, en forma mítica, la creencia de que los hombres aprendieron por vez primera el uso del fuego a partir del incendio provocado por un rayo; ya que es creencia común entre los indios americanos que el trueno y el

rayo son causados *por el* batir de las alas y el centellear de los ojos de un pájaro gigante.[2]

Los indios choroti del Gran Chaco dicen que hace mucho tiempo todo el mundo por ellos conocido había sido devastado por un gran incendio, que había destruido a todos los choroti, con excepción de una mujer y un hombre, que se habían salvado refugiándose en un agujero excavado en tierra. Cuando el incendio hubo pasado, el hombre y la mujer se abrieron camino hasta el exterior de su agujero, pero se encontraron sin fuego. No obstante, el buitre negro había logrado llevarse un tizón encendido a su nido; el tizón había prendido fuego al nido, y el nido había a su vez incendiado un árbol próximo, de modo que el tronco empezó a arder lentamente. El buitre regaló un poco de fuego al varón choroti, y desde esa época los choroti han tenido fuego. Todos los choroti descienden de ese hombre y esa mujer.[3]

Los indios tapíete, otra tribu del Gran Chaco, dicen que el buitre negro obtuvo el fuego del cielo por medio de un rayo. En aquellos días, los tapíete no tenían fuego. No obstante, un pequeño pájaro (el *caca*) le robó el fuego para ellos (¿del buitre negro?), pero el fuego se le apagó, de modo que los tapíete carecían de fuego con el que asar la carne de caza que habían logrado matar. Tenían además mucho frío. Entonces la rana se apiadó de ellos y fue hasta el fuego del buitre negro y se sentó frente a él. Mientras el buitre se calentaba junto al fuego, la rana cogió dos chispas y se las guardó en la boca. A continuación, se marchó saltando y fue a entregarles el fuego a los tapíete. Desde entonces los tapíete disponen de fuego. Pero el fuego del buitre negro se consumió, porque la rana lo había robado todo. Así que el buitre negro se echó las alas a la cabeza y se puso a sollozar, y todos los pájaros se reunieron para impedir que nadie diera fuego al buitre negro.[4]

Los indios mataco del Gran Chaco dicen que el jaguar estaba en posesión del fuego y lo guardaba para sí, antes de que el hombre pudiera procurárselo. Un día en que los mataco se hallaban pescando, un cerdo de guinea fue a visitar al jaguar, llevándole pescado; pero, cuando intentó acercarse al fuego para coger un poco, el jaguar se lo impidió. No obstante, el cobaya hizo lo posible por conseguir robar un poco de fuego, y logró ocultárselo. El jaguar le preguntó qué era lo que se llevaba, pero el cerdo le dijo que no era nada. No obstante, el cerdo de guinea logró llevarse un poco de fuego, y con él prendió una gran hoguera, en la que asó el pescado en un abrir y cerrar de ojos. Y, cuando los pescadores se hubieron ido, el fuego prendió en la hierba y empezó a arder. Los jaguares vieron el incendio, y vinieron corriendo a intentar apagarlo con agua. Los pescadores, por su parte, al volver a su casa prendieron un gran fuego con los tizones que habían tomado consigo, y desde entonces el fuego nunca se ha apagado; ni un solo indio mataco carece de fuego.[5]

Los indios toba, del Gran Chaco boliviano, dicen que hace mucho tiempo un gran fuego arrasó toda la tierra, hasta no dejar nada. Por aquel tiempo aún no existían tobas. Los primeros toba surgieron de la tierra, cogieron un tizón del gran incendio y se lo llevaron. Así han obtenido el fuego los hombres, y lo han mantenido vivo mediante una raíz que los toba llaman *tannara*. Empezaron a pescar además peces en el río. Pero no existían aún mujeres toba.[6]

Los chiriguano, que fueron en otro tiempo una tribu poderosa del sureste de Bolivia, hablan de una gran inundación en la que resultó ahogada toda la tribu, con excepción de un niño y una niña, y en la que resultaron apagadas todas las hogueras de la tierra. ¿Como podían arreglárselas los niños para cocinar el pescado que cogían? En semejante tesitura un sapo vino en su ayuda. Antes de que la Gran Inundación cubriera toda la tierra,

esta prudente criatura había tomado la precaución de esconderse en un agujero, guardándose en la boca unas cuantas brasas encendidas, que consiguió mantener vivas durante todo el diluvio soplando sobre ellas con su aliento. Cuando vio que la superficie de la tierra estaba seca de nuevo, saltó de su agujero con los Carbones prendidos en la boca, y dirigiéndose derechamente a los niños les otorgó el regalo del fuego. Así pudieron cocinarse los peces que habían pescado y calentar sus ateridos cuerpos. Con el tiempo, crecieron y de su unión desciende toda la tribu de los chiriguano.[7]

En el siglo XVI, los indios tupinamba de los alrededores de Cabo Frío, Brasil, solían relatar de qué modo el cielo, la tierra, los pájaros y los animales habían sido creados por un gran ser al que daban el nombre de Monan y al que, según se nos dice, atribuían las mismas perfecciones que nosotros asignamos a Dios. Este Monan vivía familiarmente con los humanos hasta que, enojado por su malicia y su ingratitud, se apartó de ellos e hizo que el fuego del cielo, al que los tupinamba daban el nombre de *tatta*, lloviera sobre ellos y arrasara la superficie de la tierra. Sólo un hombre, llamado Irin-magé, se salvó de este incendio, por haberlo transportado Monan al cielo o a algún otro lugar, donde escapó a la furia de las llamas. Por sus insistentes súplicas, Monan hizo que lloviera tan torrencialmente que el incendio se apagó, y el agua que había caído en forma de lluvia, se convirtió en el mar, cuya salinidad se debe a las cenizas que en ella permanecen después del Gran Incendio. Según otra versión de esta historia, dos hermanos con sus esposas, se salvaron de la Gran Inundación. Con respecto al origen, o más bien la recuperación del fuego, después de la Gran Inundación, los indios decían que durante la catástrofe Monan había salvado el fuego colocándolo entre los hombros de una bestia grande y pesada (el perezoso), de la que los hermanos sacaron dicho elemento cuando las aguas se hubieron retirado. Hasta este día,

decían los indios, aún esta bestia conserva las marcas del fuego en sus hombros. En confirmación de lo cual, el escritor francés que esta historia refiere, observa que, «a decir verdad, si se contempla a esta bestia desde lejos, como en ocasiones he hecho cuando se me ha señalado, puede llegar a suponerse que toda ella está ardiendo, de tan brillante que es el color que muestra sobre todo en torno a los hombros; y ya más de cerca puede suponerse que recibió quemaduras en la parte antedicha. Tales marcas aparecen sólo en los machos. Hasta el día de hoy, los salvajes llaman a estas marcas del fuego de la citada bestia *tattaou pop*, que quiere decir, 'fuego y hoguera'».[8]

Así, los indios de Cabo Frío, como tantos otros salvajes, refieren su historia sobre el origen del fuego, en parte al menos, para dar cuenta del peculiar colorido de un animal que les parecía ser producto de la acción del fuego.

Los indios apapocuva, rama del tronco guaraní, al que pertenecían también los tupinamba, refieren cómo el gran héroe Nanderyquey robó el fuego al buitre con ayuda de un sapo. Dicen que, habiéndose asegurado la ayuda del sapo, el comedor de fuego, Nanderyquey se tumbó en el suelo como si estuviera muerto. De modo que los buitres, que eran entonces los Señores del Fuego, empezaron a sobrevolarlo en círculos, prometiéndose ya un festín de la supuesta carroña, con cuyo propósito prendieron un fuego con el que cocinar el cadáver. Pero un halcón, que se hallaba posado sobre un tronco vecino, estaba con ojo avizor y pudo percatarse de que el supuesto cadáver parpadeaba; avisó pues a los buitres de que tuvieran cuidado. Pero su aviso fue inútil, y los buitres sin preocuparse de más levantaron el cuerpo de Nanderyquey y lo arrojaron al fuego. Inmediatamente, el fornido héroe empezó a golpear a derecha y izquierda, lanzando brasas en todas direcciones. Los buitres huyeron aterrorizados, pero su jefe los instó a recoger las dispersas brasas aún encendidas. Nanderyquey le preguntó enton-

ces al sapo si había logrado tragarse el fuego. El sapo, al principio lo negó, pero Nanderyquey expeditivamente le administró una droga que lo obligó a vomitar las brasas que había tragado, con las que el héroe encendió un fuego.[9]

Los indios sipaia, tribu del Brasil Central, en la cuenca del río Xingú, refieren de manera similar cómo un gran héroe tribal, al que llaman Kumaphari el Joven, robó el fuego a un buitre haciéndose el muerto. Dicen que en cierta ocasión un buitre (*Gaviáo de Anta*) vino volando con un tizón encendido en sus patas y se burló de Kumaphari porque no tenía fuego. El héroe empezó a cavilar cómo podría hacerse con aquel fuego. Observó que el buitre, tras posarse en un árbol, caía en picado sobre la carroña y se hartaba de ella. Esto le sugirió un plan a Kumaphari. Se dejó caer en tierra, murió y se descompuso. Llegó entonces el buitre junto con otros pájaros de presa (*urubús*) a devorar la carne pútrida, pero dejó su fuego sobre un raigón alejado, para que Kumaphari no pudiera alcanzarlo. Los pájaros devoraron la carne sin dejar más que los huesos. Se transformó entonces Kumaphari en ciervo y murió de nuevo. Los otros pájaros de presa (*urubús*) fueron a devorar el ciervo muerto, pero el buitre entró en sospechas. «Ven», le dijeron los otros pájaros, «está muerto». «¡Vaya un muerto!», respondió el buitre, «aún está vivo. ¡Mucho me guardaré de ir a él!». Al cabo de un rato Kumaphari abrió un poco los ojos. El buitre lo notó, y gritó: «¡Veis! ¿No os dije que estaba vivo?». Y, diciendo esto, tomó su tizón y echó a volar con él. Nuevamente, Kumaphari se tumbó sobre una gran losa de piedra y murió otra vez. Extendió sus brazos, y estos penetraron como raíces en tierra, y crecieron en forma de dos arbustos, cada uno de ellos con cinco ramas que salían de un mismo tronco. Cuando el buitre vino a devorar la carroña, se dijo a sí mismo: «Esas ramas ahorquilladas son un bonito lugar para dejar mi fuego». Y, diciendo esto, puso el fuego en manos de Kumaphari. El héroe lo aferró con fuerza y se

puso en pie de un salto: el fuego estaba en su poder. Pero el buitre exclamó airado: «Tú dices ser hijo de Kumaphari el Viejo, y sin embargo no sabes hacer fuego. La forma de hacerlo es poner al sol palos de *urukus* y hacerlos girar uno contra otro». «¡Muy bien!», dijo Kumaphari, «ahora ya lo sé; pero prefiero quedarme con el tizón, y tú no lo volverás a tener».[10]

Los bakairi, tribu india del Brasil Central, refieren cómo en los primeros tiempos del mundo los dos grandes gemelos, Keri y Kami, consiguieron fuego a instancias de su tía Ewaki. En aquellos tiempos el Señor del Fuego era un animal al que los naturalistas llaman *Canis vetulus*. Este animal había puesto una trampa para pescados. Keri y Kami se llegaron a la trampa y hallaron en ella un pez *jejum* y un caracol *caramujo*, y se ocultaron en el interior de estas criaturas, asumiendo Keri la forma de pez, y Kami la de caracol. Al poco llegó cantando el Señor del Fuego (*Canis vetulus*) y prendió una hoguera. Miró entonces en el interior de la trampa, y viendo al pez y al caracol, los sacó de allí y los puso al fuego, con ánimo de asarlos. Pero los dos hermanos, disfrazados de pez y de caracol, echaron agua sobre el fuego. En un acceso de rabia, el animal (*Canis vetulus*) intentó atrapar al caracol, pero este de un salto se arrojó al río, tragó más agua, y arrojándola sobre el fuego casi lo apagó. El animal, entonces, atrapó al caracol y lo hubiera aplastado contra un madero, de no habérsele éste escabullido de entre sus garras y caído del otro lado. Esto era más de lo que el *Canis vetulus* podía soportar, por lo que echó a correr presa de un terrible malhumor. Keri y Kami, en cambio, avivaron el feneciente fuego y se lo llevaron a su tía Ewaki.[11]

Los tembes, tribu india del nordeste del Brasil, en la provincia de Grao Pará, dicen que el fuego se hallaba originalmente en poder del Rey Buitre; de ahí que los tembes tuvieran que secar al sol su carne cuando querían comer. Resolvieron, pues, robarle el fuego al buitre, y a este efecto mataron a un tapir. Lo

dejaron muerto durante tres días, hasta que *empezó* a pudrirse y a tener gusanos. El Rey Buitre descendió con todo su clan. Se quitaron sus atuendos de plumas y aparecieron en forma humana. Habían traído consigo un tizón encendido, con el que prendieron una gran hoguera. Reunieron los gusanos y, envolviéndolos en hojas, los pusieron al fuego. Los tembes, que se hallaban emboscados, se precipitaron sobre ellos, pero los buitres lograron alzar el vuelo y llevar el fuego a lugar seguro. Durante tres días los tembes hicieron vanos intentos. Por fin, construyeron una choza o refugio de cazadores junto a la carroña, y en ella se escondió el hechicero de la tribu. Los buitres llegaron de nuevo, y encendieron un gran fuego cerca de la choza. «Esta vez», se dijo el anciano, «si me arrojo sobre ellos con suficiente rapidez, obtendré el fuego». Así que, cuando los buitres se habían despojado ya de sus atuendos de plumas y se hallaban asando gusanos, el hechicero salió del refugio. Los buitres se abalanzaron sobre sus atuendos de plumas, lo que dio tiempo al anciano de hacerse con un tizón encendido; los pájaros recogieron él resto de la hoguera y echaron a volar. El viejo hechicero entonces, puso el fuego en los tres árboles de los que los tembes extraen hoy fuego por frotamiento.[12]

Los indios arekuna del norte del Brasil hablan de un cierto hombre llamado Makunaimá, que vivía con sus hermanos mucho tiempo antes de la Gran Inundación. No conocían aún el fuego y se veían obligados a comer toda su comida cruda. Empezaron a buscar, pues, fuego y hallaron un pajarito de color verde al que los nativos llaman *mutug* (*Priorities momota*), que se decía estaba en posesión del fuego. El pájaro se hallaba pescando, y Makunaimá le ató una cuerda a su cola sin que se diera cuenta. El pájaro, entonces, tuvo miedo y levantó el vuelo, arrastrando con él la cuerda. La cuerda era muy larga, y siguiéndola, los hermanos vinieron a dar con la casa del pajarito, de la que se llevaron el fuego. Vino luego la Gran Inundación, y

cierto roedor que los nativos llaman *akuli* (*Dasyprocta Aguti*) se salvó de las aguas escondiéndose en el agujero de un árbol y tapando la entrada. Allí, dentro del agujero, hizo fuego, pero el fuego chamuscó los cuartos traseros del animal y se los volvió de color rojo, de modo que el pelo rojo en esa parte del citado animal se conserva hasta nuestros días.[13] De este modo, tenemos que suponer, aunque no se nos dice expresamente en la historia, pudo preservarse el fuego de la extinción durante la Gran Inundación.

Los indios taulipang, otra tribu del norte del Brasil, dicen que en los tiempos antiguos, cuando aún los hombres en general no conocían el fuego, vivía una cierta mujer llamada Pelenosamo, que tenía fuego en el interior de su cuerpo y lo extraía cada vez que quería cocer sus pasteles de mandioca. La demás gente, en cambio, tenía que recocer sus pasteles al sol. Un día, una niña vio cómo la vieja extraía el fuego de su cuerpo, y se lo contó a todo el mundo. Fueron pues todos a la vieja y le rogaron que les diera un poco de fuego. Pero ella se negó, diciendo que no tenía. Ante lo cual, la cogieron y la ataron de pies y manos; y habiendo reunido en torno a ella gran cantidad de combustible, exprimieron el cuerpo de la vieja hasta que de ella surgió fuego. Pero el fuego se convirtió en unas piedras llamadas *wato*, que, cuando se las golpea, producen fuego.[14]

Los indios warrau, de la Guayana Británica, cuentan una historia en la que explican cómo es que el fuego existe en la madera y puede ser extraída de ella por frotamiento. Cuentan que dos hermanos gemelos, llamados Makunaimá y Pia, nacieron de una madre que murió antes de que el parto tuviera lugar. Los niños fueron tiernamente criados por una vieja llamada Nanyobo, que significa «Rana Grande». Cuando crecieron, los niños solían ir a la orilla del río para capturar peces y caza. Cada vez que atrapaban un pez, la vieja les decía: «Debéis secar vuestro pescado al sol, y nunca al fuego». Pero, cosa curiosa, les

mandaba invariablemente a buscar leña para el fuego, y cuando volvían de esta tarea, encontraban el pescado ricamente preparado para ellos. La verdad es que la vieja solía vomitar fuego de su boca, cocinaba con él las vituallas y lo hacía desaparecer antes de que los muchachos volvieran, de modo que nunca tenía un fuego que ellos pudieran ver. Como esto ocurría un día tras otro, los muchachos entraron en sospechas; no podían entender cómo prendía la vieja su fuego, y decidieron investigar. Así que, al día siguiente, cuando la vieja los envió a buscar leña, uno de los gemelos se transformó en lagarto, y subiéndose al techo, se puso a observar desde allí cuanto ocurría en la choza. Vio desde allí a la vieja vomitar fuego, usarlo y guardárselo de nuevo. Satisfecho con lo que había presenciado, bajó del techo y corrió a contárselo a su hermano. Discutieron cuidadosamente el asunto y decidieron matar a la vieja. Limpiaron pues un trozo de jungla, dejando en medio de él un árbol idóneo, donde ataron a su bondadosa vieja nodriza. Y rodeando el árbol y a la vieja de leña, lo prendieron todo. Y mientras la anciana ardía y se consumía gradualmente, el fuego que solía estar en su interior pasaba a los haces de leña circundantes. Estos haces de leña son de la madera que los indios llaman *hima-heru*, de la que aún hacen fuego frotando dos palos entre sí.[15]

Así, los indios warrau de la Guayana explican el fuego latente en la madera por medio de una mítica anciana que tenía fuego en el interior de su cuerpo, del mismo modo que los taulipang del norte del Brasil explican el fuego que está latente en las rocas valiéndose de una ficción similar.

Los taruma son una tribu arawak que habita en las junglas de la región sudoriental de la Guayana Británica. Viven hasta cierto punto del pescado que pescan en las aguas del río Essequibo, que atraviesa su *región*; practican más la caza y prestan menos atención a la agricultura que las restantes tribus arawak, aunque poseen también campos de cazabe y cultivan algo de maíz.

[16] Dicen que al principio sólo vivían en la tierra dos hermanos, Ajijeko, el mayor, y Duid, el más joven. No había más hombres ni mujeres. Pero los hermanos sospechaban que debía haber alguna mujer en alguna parte, puesto que en una roca próxima al río a menudo descubrían restos de espinas de pescado. Tras interrogar infructuosamente a una rana y a un búho, capturaron a una nutria y la obligaron a revelarles dónde habitaba la mujer. Supieron así que la mujer habitaba en cierta profunda poza del río, y que si querían dar con ella, tendrían que pescarla. Así lo hicieron, y durante varios días no pararon de pescar objetos femeninos de todo tipo, como una cesta y una hamaca. Finalmente, el mayor de los hermanos, Ajijeki, se sintió cansado y se durmió, y mientras dormía, su hermano menor, Duid, consiguió sacar a la mujer y la tomó por esposa, y de esa pareja desciende toda la humanidad.

Tras el matrimonio de Duid, los dos hermanos empezaron a vivir separados, en dos casas próximas situadas en el mismo calvero. Siempre hasta entonces habían tomado su comida cruda, pero se dieron cuenta de que la mujer no comía nada crudo salvo la fruta, y pensaron que debía tener algún secreto puesto que comía sola. Intentaron persuadirla de que les dijera de dónde provenía su fuego y cómo lo hacía, pero ella no quiso saciar su curiosidad. Muchos años después, cuando era ya una anciana y había tenido ya muchos hijos, el hermano mayor, Ajijeko, vino a hacerles una visita a ella y a su marido, y al caer la tarde se despidió de ellos y se fue a su casa. Pensaron que era extraño que se hubiera dejado su bolsa de amuletos. Pero al poco llamó a su cuñada para que se la llevara. Ella se la llevó, y parándose ante él a cierta distancia, le dijo: «aquí los tienes». Pero él dijo: «No, traémelos más cerca». Ella sintió temor, y dijo: «Te los voy a arrojar». El le dijo: «No lo hagas, porque se romperán. Tráemelos aquí a donde estoy». Ella así lo hizo, y al ir a acercarse a él, saltó sobre ella y la agarró. Le dijo entonces que abu-

saría de ella si no le revelaba el secreto del fuego. Tras varias evasivas, consintió en hacerlo. Se sentó en el suelo con las piernas muy abiertas, y aferrándose la parte superior del abdomen lo movió con fuerza, y una bola de fuego salió rodando de su vagina. No era éste el fuego que hoy conocemos; ni ardía ni hacía hervir las cosas. Tales propiedades se perdieron al rendirse la mujer. Ajijeko dijo, no obstante, que él remediaría aquello; reunió pues todo tipo de cortezas, frutos y pimientos picantes de los que queman el paladar, y con estos y el fuego de la mujer hizo el fuego que hoy conocemos y usamos. Y, una vez tuvieron el fuego los hermanos, toda la naturaleza lo quiso, y se le entregó al marido de la mujer, Duid, para que lo guardara y protegiera.

Un día se hallaba Duid sentado a la orilla del río con el fuego a su lado, cuando un aligator se apoderó de él y se lo llevó entre sus fauces. Vino entonces el hermano mayor y llamó al aligator, forzándole a vomitar el fuego robado. El fuego mismo apenas había sufrido daño, pero la lengua del aligator quedó seriamente dañada, y esa es la razón de que desde entonces los aligator no tengan lengua.

Otro día, poco después de esto, mientras Duid se hallaba cuidando el fuego, un marudí lo cogió y escapó volando con él. Cuando Ajijeko volvió a casa, Duid le contó lo que había pasado; el pájaro fue llamado al orden, y devolvió el fuego en tan buen estado como se lo había llevado, pero su cuello resultó quemado, y así permanece hasta nuestros días.

Otro día Duid se marchó y dejó solo el fuego en el camino. En su ausencia se acercó el jaguar, y pisando accidentalmente el fuego se quemó los pies tan gravemente que nunca más ha sido capaz de posarlos enteros sobre el suelo, teniendo que caminar sobre la punta de los dedos. También el tapir se acercó, y pisó el fuego, y es tan lento en sus movimientos que sus pies quedaron

gravemente quemados, y ha tenido que usar pezuñas desde entonces.[17]

No se nos dice de qué modo los taruma, que cuentan esta historia sobre el origen del fuego, lo producen en la actualidad; pero probablemente lo hacen por el método del taladro de madera, ya que tal método es el empleado por los wapisiana, tribu emparentada con ellos, y de la misma región. Entre ellos, un hombre hace girar el palo vertical entre las palmas de sus manos, mientras sostiene el palo horizontal por un extremo con sus pies, siendo mantenido en posición desde el otro extremo por un ayudante. A veces hacen girar el palo vertical por medio de un arco, en vez de utilizar las palmas de las manos.[18]

Los jíbaros, tribu india del Ecuador Oriental, dicen que en tiempos antiguos sus antepasados no conocían el uso del fuego, y aderezaban sus vituallas calentándolas bajo sus sobacos, recalentando la *yuca* (raíz comestible) entre sus mandíbulas, y cociendo los huevos bajo los rayos del sol. El único que disponía de fuego era un cierto jíbaro llamado Tacquea, que sabía cómo producir fuego frotando entre sí dos palos. Pero, estando enemistado con el resto de los jíbaros, ni les prestaba el fuego, ni tampoco les enseñaba como producirlo. Muchos jíbaros se acercaron volando (porque en aquellos tiempos parece que los jíbaros eran pájaros) e intentaron robarle el fuego a Tacquea, pero no lo consiguieron. Porque el astuto Tacquea mantenía su puerta un poco entornada, y cada vez que un pájaro intentaba penetrar, cerraba de golpe la hoja de la puerta y aplastaba al pájaro entre la hoja y el dintel.

Por fin, se alzó el colibrí y dijo a los restantes pájaros: «Yo iré a robar el fuego a casa de Tacquea». Se remojó las alas y se quedó tirado en medio del camino, simulando que no podía volar y temblando de frío. La mujer de Tacquea, al volver de su huerto, vio al pájaro y se lo llevó a su casa, para que pudiera secarse su mojado plumaje junto al fuego. Pero, como el colibrí era dema-

siado pequeño para poder coger en su pico un tizón entero, decidió introducir su cola entre las llamas, para que estas se prendieran, y con su cola llameante voló hasta un árbol muy alto, de corteza muy reseca, al que los jíbaros llaman *mukúna*. La corteza del árbol empezó a arder, y con un trozo de la corteza ardiendo el colibrí voló hasta su casa, gritándoles a los restantes pájaros: «¡Aquí tenéis fuego! Tomadlo rápidamente y llevároslo, todos. Ahora podéis cocinar adecuadamente vuestra comida; ya no necesitáis recalentarla bajo los sobacos».

Cuando Tacquea se dio cuenta de que el colibrí había logrado escapar con el fuego, se sintió humillado y se lo reprochó a su familia diciendo: «¿Cómo dejasteis que ese pájaro entrara a robar mi fuego? Ahora todo el mundo tendrá fuego. Vosotros sois los responsables de este robo». Desde entonces, los jíbaros han tenido fuego y han aprendido el arte de encenderlo mediante el frotamiento de dos trozos de madera de álamo (*algodón, urúchi númi*).[19]

XII
EL ORIGEN DEL FUEGO EN CENTROAMÉRICA Y EN MÉXICO

Los quichés de Guatemala hablan de una época en la que sus antepasados no tenían fuego y padecían frío. Pero el dios Tohil fue el creador del fuego y tenía un poco en su poder; así que los quichés, desde su situación de necesidad le rogaron que les proveyera fuego y él se lo dio. Pero, poco después, cayó una lluvia torrencial, mezclada con granizo, que apagó todos los fuegos de la tierra. No obstante, Tohil creó el fuego de nuevo golpeando en el suelo con su sandalia. Varias veces les faltó el fuego a los quichés, pero Tohil siempre se lo repuso.[1]

Los indios cora de México cuentan cómo en los primeros tiempos, la iguana, una especie de lagarto, se hallaba en posesión del fuego, y cómo, tras haberse peleado con su esposa y con su suegra, se retiró al cielo, llevándose el fuego con ella. No hubo, pues, ya fuego en la tierra, porque la iguana se lo había llevado y lo mantenía oculto lejos. Las gentes, por esto, echaban mucho de menos el fuego, y decidieron reunirse en asamblea para ver cómo podían conseguirlo. Jóvenes y ancianos se juntaron y deliberaron durante cinco días, sin comer, ni beber, ni dormir. Al fin, pasados los cinco días, averiguaron dónde estaba el fuego. «Es en el cielo», dijeron, «donde está el fuego. La iguana lo escondió. Ella está en el cielo. Luego está allí». For-

maron consejo, y se preguntaron: «¿Cómo nos será posible traer el fuego de allí?». Y dijeron: «Alguien debe subir allá para traerlo». Comisionaron entonces al cuervo para llevar a cabo esa misión, y le dijeron: «Ve, cuervo, e intenta ver si puedes subir hasta el cielo». Había un acantilado cerca de aquel lugar, y el cuervo fue y trepó por él. Empezó a subir, y ya estaba a la mitad, cuando resbaló y cayó al suelo. Allí quedó inconsciente y estalló. El cuervo quedó hecho trizas; el cuervo había fracasado.

Los hombres entonces llamaron a otro, llamaron al colibrí, y éste fue. Pero tampoco pudo hacerlo. Al llegar a la mitad del camino, se cayó. Se cayó, y se salvó con dificultad. También él volvió y descendió al llano. Cuando estuvo de vuelta, dijo a los ancianos: «Es imposible subir más arriba; hay allí una cascada; no hay paso». Entonces enviaron a otro. Comenzó la escalada, subió hasta donde los otros, pero no pudo ir más allá. También él volvió, retornó a la tierra. Cuando estuvo de vuelta, dijo a los ancianos: «Es imposible, no hay medio de subir más».

Todos los pájaros lo fueron intentando de la misma manera, pero ninguno de ellos consiguió subir hasta el cielo. Llamaron entonces al opposum. Al principio no quiso subir, pero cuando ya habían logrado convencerlo, les dijo: «Si me es posible subir, haced esto: si soy capaz de subir hasta allí, tened cuidado. Estad atentos al momento en que empiece a caer el fuego, que yo arrojaré. Preparad vuestras mantas para recogerlo y cuando llegue abajo, no dejéis que caiga el suelo, o la tierra quedará consumida por el fuego».

Empezó, entonces, el opposum a escalar el acantilado, y escaló, y escaló hasta llegar a la mitad. Había allí un árbol *texcallame*, y allí en él se puso el opposum a descansar. La subida era muy suave, y llegó al fin a la cascada, logró superar con dificultad este obstáculo, y después de sacudirse el agua, prosiguió su camino, totalmente empapado. Cuando llegó a la cima, miró en derredor y vio fuego. Se acercó hasta donde el fuego estaba y

junto al fuego había sentado un anciano. El opposum lo saludó: «¡Buenos días, abuelo! ¡buenos días, abuelo!». El anciano se levantó, y dijo: «¿Quién me está hablando?». El opposum respondió: «Y o, tu nieto». Y le pidió permiso para calentarse. Al principio el viejo se mostró reacio, pero el opposum insistió: «Tengo mucho frío, me gustaría poder calentarme». El viejo replicó: «Caliéntate, pero no vayas a llevarte el fuego». Así que el opposum se sentó junto a la hoguera, y al poco el anciano se tumbó y se quedó dormido. Mientras el opposum asió con su cola un tizón encendido y suavemente lo sacó de la hoguera. En ese momento, el viejo se despertó; «¡Tú te llevas el fuego, nieto!», dijo. «No, sólo estoy atizándolo», replicó el opposum. Nuevamente cayó dormido el viejo, y esta vez el sueño era profundo. Mientras dormía, el opposum se levantó con toda suavidad, y tomando el tizón empezó a alejarse lentamente. Cuando se había alejado ya un buen trecho, y estaba a punto de llegar al precipicio, el viejo se despertó y lo vio todo. Se levantó entonces e intentó darle alcance. Pero el opposum había llegado ya al borde del barranco y arrojó desde allí el fuego. Cuando el viejo llegó a su lado, empezó a golpearlo a placer con su palo, y luego lo arrojó a la tierra. Y, cuando hubo hecho esto, le dijo: «Eso, para que no me cojas el fuego, opposum».

La gente de la tierra se hallaba esperando el fuego, y así les vino. Esperaban poder recogerlo en sus mantas, pero no consiguió caer en ellas, y cayó al suelo. Tomaron el fuego, e inmediatamente la tierra empezó a arder. Mientras estaban recogiendo el fuego, el opposum cayó a plomo sobre el suelo, y quedó muerto. Los hombres lo cubrieron y lo envolvieron con sus mantas. Después de un rato, empezó a moverse debajo de las mantas, y volvió a la vida, se levantó con dificultad, y se sentó derecho. Cuando recobró el conocimiento, preguntó: «¿Ha llegado el fuego? Lo arrojé hacia aquí. Mi abuelo me mató a palos». «¡Valiente paliza me dio!». Le respondieron: «El fuego está

aquí. Nadie pudo cogerlo mientras caía. Cayó al suelo, y la tierra está ardiendo. ¿Cómo vamos a apagarlo? Nos es imposible apagarlo». Llamaron entonces a nuestra Madre, la Diosa Tierra, y fue ella quien apagó el fuego con su leche. Se llevaron entonces el fuego, y aquí permaneció.[2]

En este mito cora, la iguana, tras llevar el fuego de la tierra al cielo, desaparece de la historia y es sustituida por un anciano, el guardián del fuego celeste. Pero el viejo puede ser simplemente la iguana bajo su forma más o menos humana; ya que los salvajes no establecen una clara distinción entre animales y hombres. En una versión más breve del mito cora, el ser a quien el opposum le roba el fuego es descrito como «el viejo buitre».[3]

XIII
EL ORIGEN DEL FUEGO EN NORTEAMÉRICA

Los indios sia de Nuevo México dicen que la araña, a la que llaman Sussistinnako, fue la creadora de los hombres, los animales, los pájaros y todas las cosas vivientes. Vivía en una casa bajo tierra, y prendía allí su fuego frotando una piedra afilada contra otra redonda y plana. Pero, tras haber prendido el fuego, lo guardaba en su casa, haciendo que una serpiente, un puma y un oso guardaran la primera, segunda y tercera puertas de su morada, de modo que nadie pudiera entrar y ver el fuego. Así resultaba que la gente de la tierra no poseía el fuego; su secreto aún no había sido revelado al mundo de la superficie. Con el tiempo, los hombres empezaron a Cansarse de andar rebuscando entre la hierba como los venados y otros animales; así que decidieron enviar el coyote para que les robara el fuego del Mundo Inferior. El coyote consintió en emprender la tarea. Cuando llegó a la casa de la araña en medio de la noche, halló a la serpiente, que guardaba la primera puerta, dormida en su puesto, así que se deslizó a su lado y cruzó la puerta. El puma, que guardaba la segunda puerta, también se hallaba dormido, y lo mismo estaba el oso, que guardaba la tercera puerta. Después de cruzar las tres anteriores, llegó a la cuarta, cuyo guardián también estaba dormido; y pasando a su lado, el coyote entró

en el recinto, donde halló a la araña dormitando profundamente. Se apresuró, pues, hasta el fuego, encendió en él el leño de cedro que llevaba atado a su cola, y cuando se disponía a escapar a toda prisa, la araña se despertó, frotándose los ojos, justo a tiempo para darse cuenta de que alguien acababa de abandonar el recinto. «¿Quién está ahí?», gritó; «Alguien ha estado aquí». Pero, antes de que pudiera alertar a los somnolientos guardianes de las puertas para detener al ladrón, ya el coyote se hallaba muy adelantado en su camino de vuelta hacia el mundo de la superficie con el fuego.[1]

Los navaho, o navajo, tribu india de Nuevo México, dicen que sus primeros antepasados, seis hombres y seis mujeres, salieron a la superficie de la tierra en medio de un lago que se encuentra en el valle de Montezuma. En su ascenso hasta la superficie terrestre, se vieron precedidos por la langosta y por el tejón; en verdad, al llegar a la superficie, se encontraron con los mismos animales que ahora habitan esa tierra, con excepción del venado y el alce, que aún no habían sido creados. Sin embargo, en un aspecto los animales se hallaban en mejores condiciones que los humanos, ya que estaban en posesión del fuego, mientras que hombres y mujeres no lo estaban. Pero, entre los animales, el coyote, el murciélago y la ardilla mantenían una especial amistad con los navajo, y se pusieron de acuerdo para procurarles fuego. Así pues, mientras los restantes animales se hallaban jugando al juego del mocasín cerca del fuego, el coyote se acercó al terreno de juego con unas astillas de madera resinosa atadas al rabo; y mientras la atención de los animales se hallaba concentrada en el juego, éste atravesó corriendo el fuego, de modo que las astillas de madera de pino se prendieron. Echó a correr, perseguido por todos los animales; y cuando se hallaba ya agotado, el murciélago, como previamente habían acordado, lo relevó en el transporte del fuego y en la carrera. Volando de un lado a otro, volviéndose primero para aquí y

luego para allá, el murciélago escapó a sus perseguidores durante un tiempo, y cuando estaba a punto de desfallecer, le pasó el fuego a la ardilla quien, en virtud de su gran agilidad y resistencia, pudo llevar el fuego sano y salvo a los navajo.[2]

Los apaches jicarilla, del norte de Nuevo México, dicen que cuando sus antepasados emergieron por primera vez de su morada en el Mundo Inferior los árboles podían hablar, pero las gentes no podían quemarlos, porque no contenían fuego. No obstante, la humanidad pudo obtener fuego, finalmente, gracias a los esfuerzos del zorro. Ya que un día el zorro había ido a visitar a los gansos, con ánimo de imitar sus graznidos. Los gansos le prometieron enseñarle, pero le dijeron que si quería aprender de verdad a graznar debía acompañarles también a volar. A este efecto le dieron unas alas con las que volar, pero le advirtieron que durante el vuelo no debía abrir los ojos. Así que, cuando los gansos extendieron sus alas y emprendieron el vuelo, el zorro echó a volar con ellos. Cuando vino la noche, pasaron sobre los muros del recinto donde vivían las luciérnagas. Algunos resplandores de los llameantes fuegos consiguieron traspasar los cerrados párpados del zorro, y lo obligaron a abrir los ojos. Inmediatamente le fallaron las alas y fue a caer en el interior del espacio murado de las luciérnagas, cerca de donde éstas tenían sus tiendas. Dos de las luciérnagas fueron a ver al caído zorro, y este dio a cada una un collar de bayas de junípero para inducirlas a revelarle por dónde podía atravesar el muro que cerraba el recinto. Las luciérnagas le mostraron al zorro un cedro que podía doblarse a una voz de mando, y ayudar a quien esto hiciera a pasar por encima del muro. Por la noche, el zorro se acercó al manantial de donde las luciérnagas sacaban agua y allí halló tierras de colores aptas para hacer pinturas, y con una de ellas pudo darse una mano de pintura blanca. Vuelto al campamento de las luciérnagas, les dijo a éstas que deberían celebrar una fiesta; debían de danzar y alegrarse, y él a

cambio les regalaría un nuevo instrumento musical. Las luciérnagas se mostraron conformes con esta propuesta, y reunieron madera para un gran fuego de campamento, que prendieron con su propio resplandor. Antes de que dieran comienzo las ceremonias, el zorro se ató unas tiras de corteza de cedro a la cola, e hizo luego un tambor, el primero que se haya fabricado nunca, y al que batió un rato. Cansado de batir el tambor, se lo dio a una de las luciérnagas y se acercó al fuego, hasta introducir en él su cola, a pesar de que las luciérnagas le advirtieron que no lo hiciera, diciendo que podía quemársele. «Soy un hechicero», dijo el zorro, «y la cola no se me quemará». No obstante, la observaba con cuidado, y cuando vio que la corteza empezaba a arder, dijo: «Hace mucho calor aquí, quedaos aquí, mientras yo busco un lugar más fresco». Y, diciendo esto, echó a correr con la cola en llamas, seguido por las luciérnagas, que gritaban: «¡Para, no conoces el camino! ¡Vuelve!». Pero el zorro corrió derecho hasta el cedro, y le ordenó: «¡Dóblate hacia mí, árbol, dóblate!». El árbol lo levantó por encima del cercado, y allí echó a correr de nuevo, perseguido por las luciérnagas. Según iba corriendo, los matorrales y los árboles por cuyo lado pasaba se iban incendiando con las chispas que saltaban de la corteza de cedro encendida, y así se extendió el fuego por toda la tierra. Cansado de correr, el zorro le pasó el fuego al halcón, quien lo llevó un trecho, y se lo alcanzó a la grulla parda. La grulla voló hacia el sur con el fuego, pero tan rápido que hubo un árbol que no resultó alcanzado por el fuego, y que aún hoy sigue sin poder arder. Aunque el nombre de este árbol incombustible los jicarilla no lo conocen. Las luciérnagas persiguieron al zorro hasta su madriguera, y le informaron que en castigo por haberles robado el fuego y haberlo extendido por toda la tierra, nunca se le permitiría usarlo a él.[3]

Los ute uintah, del nordeste de Utah, cuentan una larga historia sobre el origen, o más bien, el robo del fuego. En forma

condensada la historia dice: Coyote vivía con la gente de la que era jefe. Esta gente no tenía fuego. Pero un día, mientras se hallaba tumbado en su tienda, Coyote vio algo que caía al suelo delante de él. Era un pequeño trozo de junco quemado que había volado junto con el humo y había sido transportado por el viento. Coyote lo cogió y lo guardó, y llamó luego a sus principales y les preguntó si sabían qué era aquello y de dónde venía. Pero nadie supo darle respuesta. Entonces, Coyote señaló a uno de sus hombres, el Búho: «Te elijo a ti», dijo; «tráeme a muchos búhos». Envió a otro a llamar a las gentes Aguila, y a otro a llamar a la tribu de las Perdices, de las Codornices y de los Colibris. También envió a llamar a los Milanos y a todas las restantes aves. Se enviaron corredores a todas las otras tribus, y todas vinieron a él rápidamente.

Entonces dijo a un hombre: «Amigo mío, vete al río y tráeme cañas. Tráemelas aquí». El hombre se las trajo, y Coyote tomó una vara y machacó las cañas hasta hacerlas trizas. Tuvo así un montón de corteza de caña machacada. Cuando se empezó a hacer de noche, tomó pintura de color azul oscuro y restregó la pintura con la corteza hasta que esta se fue poniendo negra. Era tan negra como el pelo humano. A la mañana siguiente, nada más salir el sol, llamó a sus amigos. Se puso la corteza machacada sobre la cabeza, y lucía como una larga melena que llegaba al suelo. Cuando sus amigos llegaron a verlo, no tenía el aspecto de Coyote, sino el de otra persona. No sabían qué hacer al respecto. Entonces él los despidió, y quitándose su pelo de corteza, lo envolvió y lo guardó.

Empezaron entonces a llegar las diversas tribus que había convocado. Venían todos los hombres útiles, pero no todas las tribus enteras. Fueron hasta su tienda, y se sentaron en círculos concéntricos para escuchar a Coyote. Les enseñó el junco carbonizado, y les preguntó a todos si sabían qué era, de dónde venía, y si venía del Cielo. Se lo fueron pasando de mano en ma-

no. Pero nadie sabía lo que era. Entonces Coyote dijo: «Tengo la intención de dar caza a esto. Averiguaré de dónde viene, de qué tribu procede, o si viene del cielo. Quiero que busquéis, investigando donde os parezca mejor. Para esto os he llamado. Empezaremos esta mañana».

Empezaron, pues, todos, encaminándose hacia Poniente; ya que el viento soplaba de allí, y Coyote pensaba que la misteriosa cosa no podía venir de otra región. Viajaron así, atravesando colinas sin parar, durante siete días. Un día, Coyote envió a un gran halcón de cola roja a explorar. El Halcón voló alto, pero volvió muy cansado, diciendo que nada había visto. Despachó luego Coyote al Aguila. El Aguila voló en círculos hasta perderse de vista, y se alejó mucho más que el Halcón. Pero también volvió cansada, diciendo que nada había visto, salvo que la tierra parecía un poco humeante. Pensaron entonces los otros que era mejor enviar al colibrí, y que era él a quien Coyote debía pedírselo. «Puede hacerlo mejor que el Aguila», dijeron. Así que Coyote envió al Colibrí. Se alejó volando éste, y estuvo lejos un largo rato, llegando más lejos de lo que habían llegado el Halcón y el Aguila. Cuando volvió, dijo: «En los límites de la Tierra y el Cielo, donde ambos se encuentran, vi alzarse algo. Era muy lejos. Era una cosa oscura, y su cima estaba inclinada. Es todo lo que vi». Coyote se puso muy contento de oír aquello. Y dijo: «Eso es lo que yo pensé que verías. Eso es lo que andamos buscando. Es de esa cosa lejana de donde procede lo que yo encontré».

Siguieron, pues, viajando, cruzando montaña tras montaña, y atravesando un valle tras otro. Cuando llegaron al pie de la última montaña, Coyote se revistió. Tomó la corteza que traía guardada y se la colocó sobre el pelo. Se la distribuyó en dos grandes coletas que le llegaban hasta los pies. Pero antes de terminar de ornamentarse, envió de nuevo al cielo al Aguila. El Aguila remontó el vuelo, y cuando descendió de nuevo, dijo:

«No estamos muy lejos ahora. He visto lo que el Colibrí dice que vio. Estamos ya cerca».

Llegaron así a una aldea situada en la cima de una colina llana, Coyote habló entonces a sus amigos: «Hasta ahora nada hemos quemado. Ahora hemos llegado al fuego. Es a por el fuego a por lo que hemos venido. Se lo arrebataremos a este pueblo. No les dejaremos nada. Este es el punto de origen del fuego, pero ellos se quedarán sin fuego. Nos lo llevaremos al lugar de donde venimos, y lo poseeremos en nuestra propia tierra. Emplearé este pelo mío para quitárselo a ellos. Engañaré a esta gente que tiene el fuego».

Todos, a continuación, penetraron en la aldea, y dirigiéndose a la primera tienda, preguntó Coyote dónde vivía el jefe. Le señalaron el lugar, y él fue a estrechar la mano al jefe. Le dijo que habían viajado de tan lejos sólo para verle, y que deseaba que el jefe pudiera preparar una danza, que él y su pueblo estarían muy. gustosos de contemplar. El jefe consintió y convocó a su gente para la danza; las mujeres y los niños asistieron también, y nadie permaneció en las tiendas. A propuesta de Coyote, todos los fuegos de las tiendas se apagaron, y sólo quedó ardiendo el gran fuego de la danza. Entonces, Coyote desenvolvió su tocado de corteza y se lo puso; todos pensaron que se estaba preparando para la danza. Y bailó toda la noche sin descanso.

Cuando empezó a aclarar el día, Coyote lanzó un grito de señal para su pueblo. Más tarde, cuando la luz fue ya más clara, se acercó próximo al fuego y lanzó un nuevo grito, sin dejar de bailar en torno al fuego. Su gente empezó entonces a distribuirse; estaban listos para comenzar. Coyote, entonces, se arrancó su tocado de corteza, y, tomándolo en su mano, lo arrojó contra el fuego y lo apagó. Pero la corteza machacada pronto se prendió, y tomándola consigo en llamas, Coyote echó a correr. Todas las gentes de Coyote lo siguieron. En cuanto a la gente de la aldea, no les quedó ningún fuego; todos se les ha-

bían apagado. Captaron entonces la torva intención con que los extranjeros habían venido a ellos y empezaron a perseguirlos, queriendo darles muerte. Mientras los fugitivos corrían, Coyote le pasó el fuego al Aguila, diciendo: «Tú puedes ir más deprisa; toma esto, amigo mío». El Aguila lo cogió y echó a correr, pero al poco se agotó, y le pasó el fuego al Colibrí; y cuando el Colibrí estaba a punto de agotarse, le pasó el fuego al Milano. Poco a poco los pájaros lentos fueron agotándose, y abandonando la carrera, se escondieron lo mejor que pudieron; sólo los pájaros más rápidos y resistentes persistieron. Pero Coyote vio que sus perseguidores se acercaban, y eligió al Azor como la más veloz de las aves y le entregó el fuego. Ulteriormente, el mismo Coyote volvió a tomar el fuego y siguió corriendo, diciéndole a su gente que lo siguieran tan rápido como pudieran. Nuevamente volvió el Colibrí a tomar el fuego de manos de Coyote, pero este le advirtió: «¡Párate! El fuego está a punto de apagarse». Esto enojó al Colibrí, que le devolvió el fuego a Coyote, y apartándose se escondió, porque se había enojado con Coyote.

De los fugitivos, sólo cuatro quedaban ya, y eran Coyote, el Aguila, el Azor y el Milano. Todos los demás se habían quedado atrás, diseminados por el camino. Por fin, hasta el Aguila, el Azor y el Milano se rindieron, y sólo Coyote siguió corriendo con el fuego. Los perseguidores se le acercaban cada vez más, e intentaban matarlo. Se refugió entonces en un agujero, cerrando la entrada con una piedra, y allí alimentó la última chispa del fuego. Al poco, salió de su escondite y, variando la dirección, atajó por una cañada, con sus perseguidores pisándole los talones. Hasta que estos desistieron de perseguirlo, y dijeron: «Dejémosle ir. Haremos que llueva, y luego nieve. Provocaremos tan grande tormenta, y helaremos tan mortalmente, que el fuego se apagará». Llovió, pues, hasta llenarse los agujeros, y los valles tenían agua hasta la altura de las rodillas. Coyote pen-

só que el fuego pronto iba a apagársele. Divisó entonces una pequeña colina con algunos cedros, y pensó que estaría más a salvo en ella y entre los cedros, mientras los valles se inundaban.

Pero, antes de alcanzar la cima de la colina, vio a un Conejo de rabo negro sentado en medio del agua. Coyote le dio a sostener el fuego, y el Conejo se lo puso debajo. «No hagas eso», dijo Coyote, «porque estás en el agua, y vas a apagarme el fuego». Entonces el Conejo le pasó el fuego a Coyote,[4] y le dijo que había una gruta allí cerca que podía servirle de refugio. Penetrando en la gruta, Coyote encontró ramas secas de salvia y de cedro allí diseminadas. Así que las prendió con el fuego que llevaba, e hizo con ellas una hoguera. Había estado temblando de frío hasta entonces, pero las llamas lo hicieron sentir mejor y le devolvieron el calor, aunque afuera estaba nevando y hacía un tremendo frío; ya que sus perseguidores intentaban matarlo de frío. A la mañana siguiente, el cielo estaba claro y despejado, y había hielo por todas partes. Pero empezó a soplar el viento del sur y todo el hielo se derritió. Saliendo de la gruta, Coyote vio al Conejo sentado en el mismo sitio donde lo había visto la noche anterior. Coyote lo cazó y lo mató. Volvió entonces a la gruta, y tomando un trozo de rama de salvia, hizo un agujero en ella. Llenó el agujero con brasas encendidas, y lo tapó. Pensó que así podría llevar mejor el fuego.

Colocándose el fuego, así protegido, en el cinto, Coyote se dirigió a su casa. Allí depositó la rama hueca de salvia, con las ascuas dentro. Reunió a los pocos hombres que se habían quedado en casa con las mujeres y los niños. Cuando estuvieron junto a él, tomó el fuego. Parecía un simple palo. Aguzando entonces una rama de cenizo (*greasewood*), les dijo: «Ahora mirad bien». Dijo a dos hombres que sujetaran firmemente en el suelo la rama de salvia. La horadó entonces con la rama de cenizo, sacó de allí las brasas encendidas, y las colocó sobre hierba se-

ca. Soplando sobre la hierba, pronto tuvieron un fuego. «Esta piña seca», dijo, «pronto arderá. También el cedro arderá pronto. Llevaos el fuego a vuestras tiendas. Habrá desde ahora fuego en cada casa». Así dijo Coyote. Fue entonces cuando todos los pájaros cansados, que se habían quedado escondidos a lo largo del camino, empezaron a hacer su aparición. Pero todos ellos volaron hacia los lugares de donde habían venido, y desde entonces siempre han sido pájaros.[5]

Esta historia está claramente orientada a explicar el proceso de producción del fuego mediante el horadamiento de una rama seca de blanda madera de salvia con una rama de dura madera de cenizo. Aquí, como en tantos otros mitos, los actores son considerados, en unas ocasiones como mujeres y hombres, y en otras como animales y pájaros. La línea entre ambos aparece trazada con mano ondulante e incierta, dado que en la cabeza del narrador ambas clases de seres están mezcladas.

En algunas de las leyendas que cuentan las tribus indias del sudeste de los Estados Unidos, el coyote es sustituido por el conejo como ladrón del fuego. Así, los indios creek dicen que en cierta ocasión todas las gentes se reunieron y dijeron: «¿Cómo podremos obtener fuego?». Acordaron que sería Conejo quien consiguiera el fuego. Atravesó éste la Gran Agua en dirección este. Al otro lado fue recibido con gran alegría, y se celebró una gran danza en su honor. Conejo, entonces, penetró en el círculo de la danza espléndidamente vestido y llevando como tocado un peculiar gorro en el que había escondido cuatro palos resinosos. Mientras bailaban, iban aproximándose cada vez más al sagrado fuego que ardía en el centro del círculo, y otro tanto hizo Conejo. Los danzantes empezaron a hacer inclinaciones ante el fuego sagrado, y también Conejo lo hizo, inclinándose cada vez más. De pronto, en una de sus muy pronunciadas inclinaciones, los palos resinosos que llevaba en su gorro se prendieron, y toda su cabeza empezó a despedir llamaradas. Todos

se quedaron asombrados ante el impío extranjero que se había atrevido a tocar el fuego sagrado. Echaron, pues, a correr detrás de él llenos de ira, y Conejo delante de ellos, con sus airados huéspedes pisándole los talones. Llegó a la orilla de la Gran Agua y se lanzó a ella, mientras sus perseguidores se detenían en la orilla. Conejo cruzó, pues, nadando la Gran Agua, con las llamas con sumiendo su tocado. Regresó entre sus gentes, que de este modo obtuvieron el fuego del este.[6]

En esta historia, al parecer, la «Gran Agua del este» es el Océano Atlántico. La identificación queda confirmada por una hasta cierto punto más completa versión de la misma historia que cuentan los indios koasati. Dicen que al principio no había fuego en el país; sólo se podía encontrar al otro lado del Gran Océano. Las gentes querían tener fuego, pero sus propietarios no se lo querían dar, por lo que los koasati tenía que pasar sin él. Entonces Conejo dijo: «Y o puedo traer algo de fuego». Un individuo que tenía varias hijas se sentó entre ellos y dijo: «A quienquiera que vaya y traiga algo de fuego le daré una de mis hijas». Pero Conejo dijo: «Una sola mujer no me basta». Gran Comedor de Hombres dijo: «Y o iré». Y el padre de las muchachas replicó: «Muy bien, vete y tráelo». Gran Comedor de Hombres, que quería una mujer, partió de este modo. Se lanzó al Océano, desapareció, y nunca más se supo de él.

Entonces, dijo Conejo: «Nadie más puede lograrlo. Y o sé cómo lograrlo». El padre de las muchachas mandó a buscarlo, y Conejo dijo: «Muy bien, iré a por el fuego y dormiré con todas tus hijas». El hombre dijo: «Muy bien». Partió entonces Conejo, y cuando estaba en el agua, se quitó la camisa, la extendió, le colocó madera encima, y subiéndose él arriba empezó a cruzar las aguas. Así fue como atravesó el Océano. Llegó a la otra orilla, y cuando dijo que quería fuego la gente de allá se negó a dárselo. Entonces él lo tomó y echó a correr, con todos detrás persiguiéndolo. Cruzó los bosques. Llegó a la orilla del mar, y

allí se detuvo. Se cubrió con brea la parte trasera de la cabeza y, cuando uno de sus perseguidores llegó a su lado, se arrojó al agua y empezó a nadar, sosteniendo el fuego con una mano sobre las olas. Pasado un tiempo, se sintió cansado y se acercó el fuego a la parte trasera de la cabeza. La brea se prendió al contacto con el fuego, y empezó a nadar con la cabeza en llamas. Así fue como cruzó el Océano y volvió hasta el hombre que lo había comisionado. El hombre le dijo: «Ahora todas estas mujeres son tuyas». Y Conejo fue muy feliz.[7]

Los indios hitchiti también cuentan cómo Conejo robó el fuego y lo distribuyó entre todas las gentes. Hablan de un tiempo en el que, de hecho, el fuego no era desconocido, pero la costumbre prohibía encenderlo fuera de las ocasiones ceremoniales y del terreno consagrado donde se celebraban los ritos sacros y las danzas solemnes. Supo entonces Conejo que iba a celebrarse una danza en el terreno ceremonial, y dijo para sí: «Echaré a correr con un poco de fuego». Pensó de nuevo el asunto e hizo un plan de cómo realizarlo. Se había puesto brea en la cabeza para que el pelo se mantuviera erizado, y de esta guisa se dirigió al terreno ceremonial. Cuando llegó allí, se había reunido una gran muchedumbre de gente. Todos estaban danzando, y Conejo se sentó en el suelo. Se acercaron entonces a él, y le dijeron que debía dirigir la danza. El se mostró de acuerdo y se levantó. Empezó a bailar en torno al fuego cantando, y todos le seguían. La danza era cada vez más rápida, y mientras Conejo daba vueltas en torno al fuego, inclinaba cada vez más la cabeza hacia las llamas, como si quisiera tocarlas. Pero todos decían: «Cuando Conejo dirige la danza, siempre baila de esta manera». Finalmente, introdujo su cabeza directamente entre las llamas, y echó a correr con toda la cabeza incendiada. Pero todos empezaron a perseguirlo con palos, gritando; «¡Ea, cogedlo y derribadlo!». Mucho fue lo que corrió, con toda la gente pisándole los talones, pero no pudieron atra-

parlo y acabó perdiéndose de vista. Hicieron entonces llover durante tres días seguidos, y al cuarto dijeron: «A estas alturas ya la lluvia debe haber apagado el fuego». Así que hicieron parar la lluvia, y el sol empezó a brillar de nuevo en el cielo, y el tiempo se hizo soportable. Pero Conejo había encendido un fuego en el hueco de un árbol, y allí se guareció mientras llovía, y cuando el sol empezó a lucir de nuevo, sacó fuera otra vez su fuego. Pero nuevamente volvió a caer la lluvia y apagó todos los fuegos, excepto el de Conejo que seguía ardiendo en el hueco del árbol. Esto ocurrió una y otra vez. Pero, aunque las lluvias eran torrenciales, nunca podían apagar los fuegos que Conejo prendía en los intervalos de buen tiempo, sacándolos del que tenía guardado en el árbol. Fue así como la gente se acercó a llevarse tizones encendidos. Y así como Conejo distribuyó el fuego a todo el mundo.[8]

Los indios alabama tienen un mito diferente sobre el origen del fuego. Dicen que al principio eran los osos quienes poseían el fuego y siempre lo llevaban consigo. En cierta ocasión, lo depositaron en tierra, y se alejaron de él para ir a comer bellotas. Dejaron pues solo el fuego, y éste en su desamparo empezó a gritar: «Alimentadme», exclamaba. Algunos seres humanos que oyeron sus gritos se acercaron a ayudarlo. Trajeron de la parte norte un palo y lo colocaron sobre el fuego. Trajeron del oeste otro palo, y lo colocaron sobre el fuego. Trajeron otro palo del sur, y también lo pusieron sobre el fuego. Trajeron un palo más del este, lo colocaron encima, y el fuego empezó a despedir llamas. Cuando los osos volvieron a donde habían dejado su fuego, éste les dijo: «Ya no os conozco». Así que los osos se quedaron sin el fuego, que ahora pertenece a los humanos.[9]

Los indios cheyenes tienen una tradición según la cual en las primeras épocas del mundo, uno de sus antepasados, llamado Raíz Dulce, fue enseñado por Trueno a encender fuego mediante un taladro de madera. Según esta tradición, Trueno ob-

tuvo del Búfalo un trozo (de madera), del que podía extraerse fuego. Entonces, dirigiéndose a Raíz Dulce, dijo: «Coge un palo, y yo te enseñaré algo con lo que tu pueblo puede calentarse, preparar su comida, y con lo que se pueden quemar cosas». Cuando Raíz Dulce le hubo llevado el palo, Trueno le dijo: «Coloca la punta en medio del trozo de madera, sosténlo entre tus manos, y gíralo con rapidez». Raíz Dulce así lo hizo varias veces y el trozo de madera se encendió. Así fue como por medio de trueno ayudó a los hombres contra Hõ-ĭm'-ă-hã, que suele traducirse habitualmente como el «hombre del invierno», o la «tormenta», el poder que envía el frío y las nieves; de este modo la gente obtuvo un medio para calentarse.[10]

Los sioux, menomoni, fox y varias otras tribus habitantes del valle del Mississipi, conservan una tradición referente a una gran inundación en la que todos los habitantes de la tierra, con excepción de un hombre y una mujer, perecieron ahogados. Los solitarios supervivientes escaparon a las suerte común refugiándose en una alta montaña. Viendo que en su desamparo tenían necesidad de fuego, el Amo de la Vida les envió un cuervo negro para que se lo llevara. Pero el cuervo se detuvo por el camino a devorar carroña y dejó que el fuego se le apagara. Volvió entonces al cielo a buscar más. Pero el Gran Espíritu lo apartó de sí y lo castigó, cambiándolo de blanco en negro. Envió entonces el Gran Espíritu a una *erbette*, un pequeño pájaro gris, como mensajero que llevar el fuego a la pareja. El pájaro hizo como le había sido ordenado, y volvió a informar de su gestión al Gran Espíritu, quien lo premió concediéndole dos pequeñas barras negras a cada lado de sus ojos. De ahí que los indios miren a este pájaro con gran respeto; nunca matan a uno de ellos y prohíben a sus hijos que les tiren piedras. Por otro lado, imitan a la *erbette* pintándose dos pequeñas barras negras sobre cada ojo.[11]

Los indios omaha dicen que en los tiempos antiguos sus antepasados no tenían fuego y padecían frío. Pensaron entonces: «¿Qué haremos?». Un hombre halló una raíz de olmo muy seca y practicó en ella un agujero, puso un palo dentro de ese agujero y comenzó a frotar uno contra otro. Empezó entonces a salir humo. El lo olió. Los demás también lo olieron; soplaron encima y pronto salió una llama, y fue así como apareció el fuego para calentar a la gente y cocinar su comida.[12]

Los indios chippewa, u ojibway, un amplio grupo de tribus pertenecientes al tronco algonquino central, dicen que al comienzo los hombres carecían de inteligencia; no tenían vestidos y se quedaban sentados sin saber hacer nada. El Espíritu del Creador les envió un hombre que les enseñara. Este hombre se llamaba *ockabewis*, esto es, el Mensajero. Algunos de estos pueblos remotos vivían en el sur, donde no necesitaban vestidos. Pero las gentes que vivían más al norte tenían frío y empezaron a preocuparse sobre qué podían hacer. El Mensajero vio a los del sur desnudos y sin casas, y los libró a su suerte. Fue entonces hacia el norte, donde la gente sufría y necesitaba ayuda. Les dijo: «¿Por qué estáis ahí sentados sin nada encima?». Ellos le respondieron: «Porque no sabemos qué hacer». Lo primero que les enseñó fue como prender fuego por medio de un arco, un palo y un poco de madera reseca; y este método de prender fuego es el que aún usan los chippewa, o al menos el que empleaban hasta la época moderna. Luego, el Mensajero les enseñó a cocinar la carne por medio del fuego.[13]

Los indios cherokee dicen que al comienzo no había fuego y el mundo estaba frío, hasta que los truenos enviaron sus rayos y prendieron fuego al pie de un sicomoro hueco que había en una isla. Los animales sabían que ese árbol estaba allí, porque veían salir fuego por su copa, pero no podían acercarse a él por culpa del agua. Así que celebraron un consejo para ver qué podían hacer.

Todos los animales que podían volar o nadar se mostraban ansiosos por llegar hasta el fuego. El cuervo se ofreció a ir, y puesto que era grande y fuerte, todo el mundo creyó que podría hacer bien el trabajo; así que fue enviado el primero. Voló alto y lejos cruzando el agua, hasta llegar al sicomoro, donde se posó; pero el fuego le chamuscó todas sus plumas hasta dejarlo negro, lo que le asustó tanto que volvió sin el fuego. La pequeña coruja se ofreció voluntaria a continuación para ir, y alcanzó la isla sana y salva; pero, cuando se hallaba mirando el interior del árbol hueco, una bocanada de aire levantó una llamarada que casi le quema los ojos. Volvió volando a casa, pero pasó bastante tiempo antes de que pudiera ver bien de nuevo, y sus ojos por eso están rojos aún hoy. Luego fueron el mochuelo y la lechuza, pero cuando llegaron a la isla el árbol estaba ardiendo con tal furia que el humo casi consiguió cegarlos, y las cenizas que el viento levantaba formaron anillos blancos en tomo a sus ojos. Tuvieron que volverse también sin el fuego, pero por más que se hayan intentado restregar nunca han podido quitarse ya los anillos blancos de los ojos.

No hubo más pájaros que se aventuraran a volar a la isla, así que fue luego la pequeña culebra *uksuhi*, la corredora negra, la que dijo que podría atravesar nadando el agua y traer el fuego. Nadó pues hasta la isla, y se arrastró entre la hierba hasta llegar al árbol, en el que penetró por un agujero situado en su base. No obstante, el humo y el calor eran demasiado fuertes, y tras andar de un lado para otro entre las cenizas, a ciegas, se felicitó de poder salir por el mismo agujero por donde había entrado; pero su cuerpo se había chamuscado hasta quedar negro, y desde entonces ha sido hábito propio suyo el avanzar rápidamente y volver luego sobre sus pasos, como si intentara escapar de algo que la amenaza de cerca. Tras ella fue la gran serpiente negra, a la que los indios llaman *gulegi*, «la trepadora», la que se ofreció a ir a por el fuego. Nadó hasta la isla, trepó al árbol por

fuera, como la serpiente negra de hoy suele hacer; pero cuando introdujo la cabeza en el árbol, el humo la ahogó y la hizo caer sobre las quemantes ascuas, y antes de que pudiera trepar de nuevo para salir de allí, estaba ya tan negra como la pequeña culebra *uksuhi*.

Después de esto, los animales celebraron un nuevo consejo, ya que aún seguían sin fuego, y el mundo seguía estando tan frío como antes; pero pájaros, reptiles y animales de patas estaban ahora llenos de miedo, y no se atrevían a acercarse al sicomoro. Finalmente, la araña de agua se ofreció a ir. No es ésta la araña de agua que semeja un mosquito, sino otra negra, peluda y con el cuerpo cruzado por unas estrías rojas. Puede correr sobre el agua, y también sumergirse; así que era bastante fácil para ella llegar hasta la isla, pero ¿cómo iba a traer de vuelta el fuego? Ahí estaba el quid. «Me las arreglaré», dijo la araña de agua; tejió un hilo, y lo enmadejó en forma de un cuenco *tusti*, que colocó sobre su lomo. Cruzó a continuación hasta la isla y se abrió paso entre la hierba hasta el árbol, donde el fuego seguía aún ardiendo. Puso una pequeña brasa en el interior de su madeja-cuenco, y volvió con él; desde entonces tenemos fuego, y la araña de agua aún conserva su cuenco *tusti*.[14]

Este mito parece estar primordialmente orientado a explicar la peculiar forma o el porte de determinados animales y pájaros; la explicación del origen del fuego es secundaria, y no manifiesta el menor intento de resolver el problema del fuego que se encuentra latente en la madera o las piedras.

Los indios karok, de California, hablan de un tiempo en las primeras edades del mundo en el que sus antepasados no tenían fuego. Ya que el creador, Kareya, que había hecho por igual a los animales y a los hombres, no les había concedido el fuego; por el contrario, lo había ocultado en un cofrecillo, que había dado a guardar a dos viejas arpías, por miedo a que los karok se lo robaran. No obstante, el coyote se hallaba en bue-

nas relaciones con los karok, y les prometió que les traería fuego. A este efecto convocó a todo tipo de animales, uno de cada especie, desde el león[15] a la rana. Estos se colocaron en hilera a lo largo del camino, desde el país de los karok hasta la distante región donde el fuego se hallaba escondido. Los animales quedaron ordenados de acuerdo con su fortaleza, estando los más débiles colocados cerca del territorio karok, y los más fuertes cerca de la región del fuego. Tomó luego a un indio consigo y lo escondió bajo una colina, dirigiéndose a continuación a la cabaña donde las brujas custodiaban el cofrecillo, cuya puerta arañó. Una de las viejas salió, y dijo: «Buenas noches». Ellas replicaron: «Buenas noches». El prosiguió: «Hace una noche bastante fría ¿no les importa dejarme aproximar al fuego?». Ellas dijeron: «No, puedes entrar». Entró, y se tendió delante del fuego, y estirando el hocico hacia las llamas, olisqueó el fuego, y lo sintió muy cálido y cómodo. Luego, estirando el hocico sobre sus patas delanteras, hizo como si fuera a dormir, aunque siguió con uno de sus ojos entreabierto, para observar lo que hacían las viejas. Pero estas nunca dormían, y se pasaban la noche entera vigilando y cavilando sin hacer otra cosa.

A la mañana siguiente, el coyote salió de la casa y fue a decir al indio al que había escondido debajo de la colina que debía dirigir un ataque contra la cabaña de las viejas, como si fuera a robarles el fuego, mientras él (el coyote) se hallaba dentro. Fue entonces de nuevo junto a las viejas, y les preguntó si le dejaban entrar otra vez. Lo que aquéllas hicieron, como si no pensaran que el coyote podía robarles el fuego. Se colocó este cerca del cofrecillo del fuego, y aprovechando el momento en que el indio irrumpía en la cabaña y las viejas se precipitaban tras él por una puerta, el coyote cogió un tizón encendido entre sus dientes y echó a correr por la otra puerta. Volaba casi en su carrera, pero las viejas vieron las chispas que despedía y empezaron a perseguirlo, alcanzándolo con facilidad. Pero cuando ya casi es-

taba exhausto, le pasó el tizón al león, quien lo tomó y corrió hasta el siguiente animal, y así fue pasando de animal en animal, casi sin darles tiempo por la proximidad de las viejas.

El penúltimo animal en la fila era la ardilla de tierra. Tomó ésta el tizón, y corrió tan rápido que su cola se quemó, curvándosele sobre la espalda, y dando lugar a la mancha negra que hoy puede vérsele en los antehombros. El último animal de la hilera era la rana, pero ésta no podía correr en absoluto; así que abrió su boca tan de par en par que la ardilla le tiró dentro el tizón, y ella se lo tragó en un abrir y cerrar de ojos. Se volvió entonces y dio un gran salto, pero las viejas se hallaban ya tan cerca que una de ellas la cogió por el rabo (pues era entonces un renacuajo) y se lo arrancó, y esa es la razón de que las ranas no tengan rabo hoy en día. Se arrojó al agua, y nadó por debajo de ella tanto como pudo contener la respiración; luego salió a la superficie y escupió el fuego sobre un trozo de madera que iba a la deriva, donde desde entonces está, de modo que cuando los indios frotan dos trozos de madera, sale de ellos el fuego.[16]

Los indios tolowa de California hablan de una Gran Inundación en la que todos los indios perecieron ahogados, con excepción de una única pareja, que logró salvarse retirándose a la cima de la más alta montaña. Pero, al retirarse las aguas, la pareja superviviente carecía de fuego, y aunque con el tiempo la tierra llegó a repoblarse gracias a ellos, los hombres seguían sin poder disponer de fuego, y miraban con envidia a la luna, creyendo que ella poseía el secreto que a ellos se les negaba. Puestos de acuerdo, los indios araña (*spider*) y los indios serpiente (*snake*) decidieron preparar un plan con el que robarle a la luna su fuego. Para poner en práctica su plan, los indios araña tejieron un globo de tela de araña, que ataron a la tierra mediante uña larga cuerda y que iban soltando según el globo ascendía hacia el orbe lunar. Al llegar a su destino, los indios de la luna empezaron a mirarlos con suspicacia, adivinando sus intenciones. Los ara-

ña, no obstante, intentaron convencer a los habitantes de la luna de que sólo habían ido a visitarlos para jugar y hacer apuestas. Ante esto, los indios de la Luna se mostraron muy complacidos, y propusieron ponerse a jugar de inmediato. Pero, mientras se hallaban jugando con los araña, un indio serpiente, que había trepado por la larga cuerda, llegó también a la Luna, y precipitándose sobre el fuego, logró escapar antes de que los indios de la Luna lograran reponerse de la sorpresa. A su vuelta a la tierra, él tuvo que viajar sobre todas las rocas, palos y árboles de la tierra; todo lo que tocó de entonces acá contiene fuego, por lo que los corazones de los indios saltaban de contento. Y, puesto que el fuego no ha dejado de existir desde entonces, los indios serpiente se felicitan por semejante éxito.[17]

Los indios paompomo de California creen que el rayo fue el origen del fuego sobre la tierra; piensan que el rayo primordial que cayó sobre la tierra depositó su chispa en la madera, de modo que aflora de nuevo cada vez que se frotan entre sí dos trozos de madera.[18]

Los indios gallinomero, de California, son de la opinión de que fue el coyote el primero que produjo fuego frotando dos trozos de madera entre sus patas, y que el sagaz animal ha conservado la sagrada chispa en el interior de los troncos de los árboles hasta nuestros días.[19]

Los indios achomawi, de California, piensan que nuestra tierra fue creada por el coyote y el águila, o más bien que el coyote la comenzó y el águila la terminó. Al final de todo, el coyote trajo el fuego al mundo, porque los indios se estaban congelando. Viajó, para ello, hacia el oeste, hasta un lugar donde había fuego, lo robó y lo trajo en sus orejas. Prendió *fuego* en las montañas y los indios vieron el humo; fueron hasta allí y se lo apropiaron; se encontraron calientes y cómodos con él, y desde entonces lo han conservado.[20]

Los indios nishinam, de California, dicen que tras haber creado el coyote el mundo y sus habitantes, faltaba aún una cosa, que era el fuego. En el país de Occidente había en cantidad, pero nadie podía conseguirlo, porque estaba lejos y estaba profundamente oculto. Así que el murciélago propuso al lagarto que fueran a robar un poco. Esto hizo el lagarto, y logró hacerse con una buena brasa, pero le resultó difícil llevársela a casa, porque todo el mundo quería robársela. Por fin pudo alcanzar la vertiente occidental del valle de Sacramento, y tuvo que tener mucho cuidado al cruzar el valle con el fuego, no fuera a ser que incendiara todo el país. Para evitar que la hierba seca se prendiera, y para que los ladrones no le robaran tan precioso bien, se vio forzado a viajar de noche. Una noche, cuando casi había alcanzado ya las colinas situadas en el lado occidental del valle, tuvo la mala suerte de topar con una bandada de garzas de las dunas, que se pasaban la noche entera jugando. Se deslizó temerosamente por detrás de un leño, sosteniendo el fuego en la mano, pero lo descubrieron y emprendieron su persecución. Las patas de las garzas eran tan largas que no había esperanza de escapar, así que se vio obligado a prender fuego a la hierba y dejar que ardiera hasta las montañas. Pronto se originó un tremendo incendio, y el lagarto tuvo que correr al máximo de su velocidad para evitar ser atrapado por él. Cuando el murciélago vio aproximarse el fuego, inhabituado como estaba a él, se quedó medio ciego y con agudos dolores en los ojos. Le gritó al lagarto que sus ojos estaban a punto de apagarse y que le pusiera brea en ellos. El lagarto hizo lo que le pedía, pero con tanto celo que el murciélago no pudo ver ya nunca más. Así cegado, el murciélago empezó a dar vueltas, saltos y volatines; voló en una dirección y en otra; se quemó la cabeza y también la cola. Luego, voló hacia el oeste y chilló: «¡Sopla viento, sopla!». El viento lo oyó y sopló sobre sus ojos, pero no pudo apagar toda la brea encendida, y esa es la razón de que el murciélago sea tan

cegato aún en nuestros días. Y debido a haber estado entre el fuego es aún tan negro, y parece como si lo hubieran chamuscado.[21]

Los indios maidu, de California, dicen que en cierta ocasión las gentes habían encontrado fuego y se disponían a emplearlo; pero Trueno quiso quitárselo, porque deseaba ser el único que pudiera disponer de él. Al cabo de un tiempo, lo consiguió, y se lo llevó a su casa, allá lejos en el sur. Puso a Woswosim (un pequeño pájaro) a custodiar el fuego y vigilar que nadie lo robara. Trueno pensó que la gente moriría tras haberles robado el fuego, porque no serían capaces de cocinar su comida; pero la gente logró seguir tirando de un modo u otro. Comían la mayor parte de su comida cruda, y a veces capturaban a Toyeskom (otro pequeño pájaro) para que mirara fijamente durante largo rato un pedazo de carne, porque tenía los ojos muy rojos, y quedándose largo rato mirando a la carne, conseguía cocerla casi tan bien como el fuego. Pero sólo los jefes solían cocer su comida de esa manera.

Todo el mundo vivía conjuntamente en una gran casa de sudar.[22] La casa era tan grande como una montaña. Allí estaban Lagarto y su hermano, que eran siempre los primeros en levantarse para salir a tomar el sol de la mañana sobre el techo de la casa de sudar. Una mañana, mientras se hallaban tendidos al sol, miraron hacia el oeste, hacia la Sierra Costera, y vieron humo. Llamaron a todo el mundo, diciendo que habían visto fuego, lejos hacia el oeste. Nadie, sin embargo, les creyó; y Coyote les echó encima un montón de polvo y mugre. Pero hubo quien, no gustándole este comportamiento del Coyote, le afeó su conducta. A los demás también les supo mal. Les preguntaron entonces a los dos lagartos qué era lo que habían visto, y les rogaron que les señalaran el punto de donde salía humo. Los lagartos así lo hicieron, y todo el mundo pudo ver una columna de humo ascender por el oeste. Uno dijo: «¿Cómo podemos

conseguir ese fuego? ¿Cómo se lo arrebataremos a Trueno? Porque es una mala persona. No sé si no será mejor dejarlo». El jefe, entonces, dijo: «El mejor de entre vosotros lo mejor que haría es intentarlo. Aunque Trueno sea una mala persona, debemos intentar conseguir el fuego». Ratón, Venado, Perro y Coyote lo intentaron, pero muchos otros fueron con ellos. Tomaron consigo una flauta, puesto que pretendían traer el fuego en ella.

Viajaron durante mucho tiempo, y al fin llegaron cerca de la casa de Trueno, que es donde estaba el fuego. Woswosin, que tenía encomendada la custodia del fuego, empezó a cantar: «Soy el hombre que nunca duerme. Soy el hombre que nunca duerme». Trueno le había pagado por este trabajo con cuentas, y Woswosin se las había colocado al cuello y en la cintura. Se hallaba posado en el techo de la casa de sudar, cerca del respiradero. Pasado un rato, Ratón fue enviado a ver si podía colarse. Se deslizó lentamente hasta llegar al lado de Woswosin, y vio entonces que sus ojos estaban cerrados. Se hallaba dormido, a pesar de la canción que estaba cantando. Cuando Ratón vio que el vigilante estaba dormido, se arrastró hasta el respiradero, y entró en la casa. Trueno tenía varias hijas, y todas estaban también dormidas. Ratón realizó su robo a placer, y desató el cíngulo del delantal de todas las hijas de Trueno, para que caso de ser dada la alarma, se les cayeran los delantales o faldas, y no pudieran salir en su persecución hasta habérselas atado de nuevo. Hecho esto, Ratón tomó la flauta, la llenó de fuego, y se deslizó nuevamente hasta el exterior, donde todos los demás lo esperaban. Una parte del fuego fue sacado de la flauta y colocado en la oreja del perro, mientras el resto junto con la flauta era entregado al más veloz corredor. No obstante, Venado cogió también un poco por su cuenta y se lo colocó en los jarretes, donde hoy día conserva aún la mancha roja.

Durante un rato todo fue bien, pero cuando se hallaban a mitad de camino, Trueno se despertó, y, sospechando que algo iba mal, preguntó: «¿Qué pasa con mi fuego?». Se levantó entonces con un rugido de trueno, y se levantaron también sus hijas; pero sus delantales se les desprendieron, por lo que tuvieron que sentarse de nuevo a atárselos. Cuando todo el mundo estuvo listo, salieron con Trueno a dar alcance a los ladrones. Llevaban consigo un fuerte viento, una lluvia torrencial y una tormenta eléctrica, con vistas a apagar el fuego que las gentes llevaban. Trueno y sus hijas se apresuraron, y pronto estuvieron a la vista de los fugitivos, pero Skunk disparó sobre Trueno y lo mató. A continuación de lo cual lanzó esta advertencia: «No debes nunca intentar perseguir y matar a las gentes. Debes quedarte en el cielo y ser trueno. Esto es lo que serás». Las hijas de Trueno no siguieron adelante; de modo que la gente pudo seguir tranquilamente su camino y llevarse el fuego a sus casas, donde desde entonces gozan de él.[23]

Las tribus indias que viven o solían vivir en la costa noroccidental del Estado de Washington, la costa adyacente de Columbia Británica y la punta sudoccidental de la isla de Vancouver, son o eran conocidas con el apelativo nacional de Whullemooch. Entre ellos, los viejos solían contar una historia de épocas pasadas, cuando sus antepasados no tenían aún fuego y se veían obligados a comer su comida cruda y a pasar la noche a oscuras. Un día, mientras se hallaban sentados en la hierba comiendo carne cruda, un precioso pájaro de brillante cola vino y empezó a remolonear en torno suyo. Tras admirar su hermoso plumaje, uno dijo: «Hermoso pájaro ¿qué es lo que quieres? ¿de dónde vienes?». «Vengo», replicó el pájaro, «de un hermoso país muy lejano, a traeros todas las bendiciones del fuego (*hieuc*). Lo que vosotros veis brillar en mi cola es fuego. Y lo he venido a traer a los hijos de Whullemooch con ciertas condiciones. Primera, que debéis, para valorarlo, merecerlo. Luego,

que nadie que sea culpable de malas acciones puede siquiera intentarlo. En el día de hoy tened preparada resina de pino (*chummuch*). Mañana estaré aquí con vosotros». Cuando el pájaro apareció de nuevo a la mañana siguiente, dijo: «¿Tenéis ya todos resina de pino?». «Sí», dijeron todos. «Saldré», dijo el pájaro, «y quienquiera que me coja y ponga resina de pino en mi cola obtendrá una bendición, algo con lo que conseguir calentarse, cocinar su comida, y le rendirá múltiples servicios para sí mismo y para los hijos de Whullemooch para siempre. Allá voy». Echó a volar; y todos los hombres, mujeres y niños de la tribu lo siguieron atropelladamente. Algunos, faltos de perseverancia, volvieron al poco a sus casas; ya se hallaban todos agotados y hambrientos, cuando uno de los hombres se aproximó al pájaro, y trató de atraparlo, pero el pájaro consiguió rehuirlo «Nunca podrás conseguir el premio. Eres demasiado egoísta», le dijo. Con estas palabras se escapó volando el pájaro, y otro hombre emprendió su persecución. Pero tampoco esta vez el pájaro se dejó atrapar, porque le había robado la mujer a su vecino. Entonces, pasando al lado de una mujer que se dedicaba a cuidar de un viejo enfermo, le dijo: «Buena mujer, tú siempre estás haciendo el bien, y pensando sólo en cumplir tu deber. Trae tu madera y acércala a mi cola, y coge fuego. Es tuyo con toda justicia». Al acercar la madera a la cola del pájaro, ésta se prendió. Todos los demás trajeron su madera resinosa de pino y obtuvieron fuego de ella. Desde entonces los indios nunca han carecido de fuego. Pero, en cuanto al pájaro que trajo el fuego, se fue volando, y nunca más se supo de él.[24]

Los indios de nootka, o aht, de la costa occidental de la isla de Vancouver, cuentan una historia sobre el origen del fuego, de la que al menos tres diferentes versiones han sido recogidas por distintos investigadores. Puede no resultar inútil referir y comparar las tres versiones. La más antigua de ellas es la publicada por el señor G. M. Sproat, que vivió entre estos indios, y

los llegó a conocer estrechamente. Su lugar de residencia era Alberni, en Barclay Sound, por entonces el único lugar civilizado de la costa occidental de la isla. Las zonas circundantes son rocosas, montañosas y cubiertas de bosques de pinos; la situación de los indios nativos, por la época de la llegada a este territorio del señor Sproat, era casi desconocida por completo. Su historia sobre el origen del fuego, tal como él la recogió, dice:

«*Cómo se obtuvo el fuego*. Quawteaht hizo la tierra, y también a todos los animales, pero no les dio fuego, que sólo ardía en la morada de la jibia (Telhoop), que podía vivir tanto en tierra como en el mar. Todas las bestias del bosque iban en grupo a buscar el tan necesario elemento (pues en aquellos días las bestias necesitaban el fuego, teniendo como tenían a los indios dentro de ellas), que fue finalmente descubierto, y robado de casa de Telhoop por el ciervo (Moouch), quien se lo llevó, tal como los nativos curiosamente lo describen, tanto por gestos como por palabras, en la juntura de sus patas traseras. Los narradores difieren levemente al relatar esta leyenda; unos aseguran que el fuego le fue robado a la jibia, y otros que fue Quawteaht el robado. Todos coinciden, no obstante, en que no fue graciosamente concedido, sino subrepticiamente obtenido».[25]

Otra versión de la historia nootka es la que nos refiere el eminente etnólogo americano, Franz Boas, como sigue:

Al comienzo, sólo los lobos poseían el fuego. Los demás animales y pájaros deseaban mucho tenerlo. Tras varios intentos en este sentido, el pájaro carpintero, que era el jefe, le dijo al Ciervo: «Vete a la casa del Lobo, y baila. Todos cantaremos para ti. Atate corteza de cedro al rabo, y cuando te acerques al fuego, la corteza se prenderá». Fue, pues, el Ciervo derecho a casa del Lobo, y bailó allí hasta que la corteza que llevaba atada a la cola se prendió. Hubiera querido salir de allí saltando, pero los Lobos lograron capturarlo y le arrancaron el fuego. El Pájaro Carpintero envió entonces al pájaro Tsatsiskums, y dijo: «Toda la

tribu cantará para ti, y tú conseguirás el fuego». Así fue como todos los animales fueron hasta la casa de los Lobos, conducidos por Pájaro Carpintero y por Kwotiath. Antes de entrar en la casa cantaron una canción, y una nueva canción una vez hubieron entrado. Dentro de la casa danzaron en corro, mientras los Lobos, tumbados junto al fuego, los vigilaban. Algunos pájaros danzaban volando sobre las vigas, pero los lobos ni se dieron cuenta de tan atentos como estaban observando la danza. Finalmente, los pájaros de las vigas vinieron a posarse sobre el aparato de prender fuego, que estaba guardado allá arriba. Lo tomaron, volvieron a bailar y se lo entregaron a Pájaro Carpintero y a Kwotiath, y los restantes pájaros y animales siguieron bailando dentro de la casa, mientras Pájaro Carpintero y Kwotiath se ponían a salvo. Cuando Kwotiath llegó a su casa, empezó a manipular el aparato de producir fuego por frotamiento hasta que saltaron chispas de él. Luego, se lo acercó a la mejilla y se la quemó. Desde entonces tiene un agujero en la mejilla. Cuando los danzantes de la casa de los Lobos supieron que Kwotiath ya había llegado a su casa, dando chillidos se precipitaron fuera de la casa de los Lobos. Así fue como los Lobos perdieron el fuego.[26]

Una versión más completa de este mito es la recogida por el señor George Hunt, que dice:

En tiempos pasados había un tal Pájaro Carpintero, jefe de los Lobos, que tenía un esclavo llamado Kwatiyat. Jira el único en el mundo que tenía fuego en su casa; ni siquiera su pueblo tenía fuego. El sabio jefe Ebewayak, jefe de la tribu Mowatcath, su rival, no sabía de qué modo conseguir fuego de Pájaro Carpintero, el jefe de los Lobos.

Un día, la tribu Mowatcath tuvo una reunión secreta, porque habían oído que iba a celebrarse una ceremonia de invierno en casa de Pájaro Carpintero. Decidieron que irían a casa de Pájaro Carpintero, donde estaba el fuego, cerca de la puerta, de mo-

do que la gente no pudiera escapar de allí sin lastimarse los pies. El jefe Ebewayak habló en la reunión, y dijo: «Pueblo mío ¿quién de entre vosotros quiere intentar robarle el fuego a Pájaro Carpintero?». El ciervo dijo: «Y o os conseguiré el fuego». El jefe cogió entonces un poco de aceite para el cabello de una botella de algas, y dijo: «Lleva esto contigo, y también este peine, y este trozo de piedra. Cuando cojas el fuego, debes echar a correr; y cuando los Lobos te persigan debes arrojar la piedra entre ellos y tú, y surgirá una inmensa montaña; y, cuando se acerquen de nuevo, debes lanzar el peine a tu espalda, y surgirá un espeso bosque; y, cuando nuevamente los sientas cerca, debes arrojar al suelo el aceite para el pelo, y se transformará en un gran lago. Entonces, debes echar a correr. Verás entonces al Bígaro en tu camino; deberás darle el fuego, y seguir corriendo luego para salvar tu vida. Déjame ahora revestirte de suave corteza de cedro», y le ató un manojo de ella en cada codo, diciéndole al Ciervo que debía detenerse y bailar en torno al fuego a todo lo largo de una canción. Y prosiguió: «Cuando la canción termine, pídeles que abran el respiradero, porque necesitas aire fresco; y cuando lo hayan abierto, nosotros cantaremos una segunda canción, y a mitad de ella debes acercar tus codos al fuego y saltar por la salida de humos. Ahora te colocaré estas piedras negras en los pies, de modo que no te lastimes con los afilados palos que hay en el suelo a la puerta del jefe». Y, diciendo esto, le colocó las piedras envolviendo los pies del Ciervo.

Cuando la reunión terminó ya era de noche; y las gentes de la tribu Mowatcath empezaron a cantar según avanzaban hacia la casa de danza de los Lobos. El Ciervo iba bailando delante de ellos. Antes de llegar a la puerta de la casa, Pájaro Carpintero, el jefe de los Lobos, dijo a su gente: «No dejaremos entrar a los mowatcath, porque pueden querer robarnos nuestro fuego». Pero su hija dijo: «Y o quiero ver la danza, porque me han dicho que los Ciervos bailan muy bien; nunca me dejas ver las

danzas». A lo que el padre respondió: «Abre la puerta, y déjalos que pasen; pero vigila bien al Ciervo y no le dejes bailar demasiado cerca del fuego. Cuando estén dentro, cierra la puerta y atráncala con una barra, de modo que no pueda escapar corriendo». Esto es lo que el jefe de los Lobos dijo a su pueblo.

Así pues, los Lobos abrieron la puerta e invitaron a entrar a los mowatcath. Estos entraron cantando; y una vez estuvieron dentro, el jefe de guerra de los Lobos cerró la puerta, la atrancó con una barra y se quedó frente a ella para guardarla. Los mowatcath empezaron a entonar la primera canción de danza del Ciervo; y este empezó a bailar lentamente en torno al fuego. Al terminar la primera canción, dijo: «Hace mucho calor aquí. ¿Queréis abrir por favor el respiradero para que entre aire fresco? Estoy sudando». Pájaro Carpintero, el jefe de los Lobos, dijo: «No es posible que salte tan alto. Abrid, pues, el respiradero, puesto que hace calor aquí». Uno de su gente abrió el respiradero. Entre tanto, los visitantes se estaban quietos y proporcionaban al Ciervo un buen reposo.

Una vez que el respiradero estuvo convenientemente abierto, el jefe de canto de los visitantes empezó a cantar de nuevo; y el Ciervo comenzó a bailar en torno al fuego. A veces se acercaba al fuego, y cada vez que el jefe de los Lobos lo veía hacer esto, le enviaba a un guerrero para decirle que se mantuviera alejado del fuego. Cuando la canción estaba a punto de llegar a la mitad, el Ciervo saltó por el respiradero y echó a correr hacia el interior del bosque, con todos los guerreros Lobos persiguiéndolo. Cuando había llegado al pie de una alta montaña, vio que los lobos venían pisándole los talones. Tomó, entonces, el trozo de piedra y lo arrojó hacia ellos, trasformándose la piedra de inmediato en una enorme montaña, que detuvo a los Lobos. Siguió el Ciervo corriendo un largo trecho. Y nuevamente vio que los lobos estaban a punto de alcanzarlo. Tiró, entonces, el peine hacia atrás, y este se transformó en un bosque de espinos,

que impidió el paso a los Lobos. Ganó con esto el Ciervo nueva ventaja a los Lobos. Pero, al cabo de un rato, estos pudieron abrirse paso entre los espinos, y empezaron a correr tras él de nuevo. Veían al Ciervo correr delante de ellos; y cuando ya casi lo alcanzaban nuevamente, el Ciervo arrojó al suelo el aceite para el pelo. Instantáneamente se extendió un lago de gran tamaño entre el Ciervo y sus perseguidores; y mientras él seguía corriendo, los Lobos tuvieron que cruzar a nado el lago. Se hallaba ya el Ciervo cerca de la costa, y fue entonces cuando vio al Bígaro, y le dijo: «Bígaro, abre tu boca, métete este fuego dentro, y escóndelo de los Lobos; porque lo he robado de casa del jefe Pájaro Carpintero. Y no les digas por qué rumbo he tomado». El Bígaro escondió el fuego en su boca; y el Ciervo siguió corriendo.

Pasado un rato, llegaron los lobos y vieron al Bígaro sentado al lado del camino. Le preguntaron si sabía por qué rumbo había tomado el Ciervo; pero él no les respondió, porque no podía abrir la boca. Lo único que dijo, con la boca cerrada fue: «¡Jo, jo, jo!», señalando a uno y otro lado; de modo que los Lobos perdieron la pista del Ciervo, y se tuvieron que volver a casa sin haberlo capturado. Desde entonces el fuego no ha dejado de difundirse por todo el mundo.[27]

En esta última versión, está implícito el hecho de que el fuego robado por el Ciervo había sido captado y transportado en los haces de corteza de cedro que su jefe le había atado a los codos para ese efecto. La versión del señor Hunt difiere de la de Boas en que representa a Pájaro Carpintero como dueño y no como ladrón del fuego; y el Kwatiyat de la historia es probablemente el mismo Kwotiath de la otra, aunque, en una, Kwatiyat es esclavo del poseedor del fuego, mientras que en la otra Kwotiath es cómplice en el robo del fuego. La versión del señor Hunt concuerda con la del señor Sproat en representar al Ciervo como ladrón del fuego; mientras que en la versión de Boas,

el Ciervo fracasa en su intento de robo, y el robo logrado lo llevan a cabo Pájaro Carpintero y su cómplice.

Los catloltq, tribu india de la isla de Vancouver, que habita al norte de los nootka, dicen que hace mucho tiempo los hombres carecían de fuego. Pero un viejo tenía una hija, que poseía un maravilloso arco con sus flechas, con los que podía disparar y derribar cualquier cosa. Pero era muy perezosa y se pasaba el día durmiendo. Su padre, por esto, se hallaba muy enfadado, y le decía: «No te pases la vida durmiendo. Coge tu arco y dispara al ombligo del Océano, para que podamos conseguir fuego». El ombligo del Océano era un gran torbellino, donde los palos para hacer fuego por frotamiento flotaban a la deriva. La muchacha cogió su arco y disparó al ombligo del Océano, lo que hizo que el instrumento de prender fuego por frotamiento saltara hasta la orilla. El viejo se puso muy contento. Encendió un gran fuego, y como quería guardárselo para sí solo, construyó una gran casa con una sola puerta, que abría y cerraba de golpe, como si de una boca se tratara, matando a cualquiera que quisiera entrar. Pero la gente se enteró de que tenía fuego, y el Ciervo resolvió robárselo. Tomó, pues, madera resinosa, la partió y se pegó las astillas al pelo. Ató entonces dos botes, construyó un puente sobre ellos, y empezó a bailar y cantar sobre el puente, mientras navegaba hacia casa del viejo. Cantaba: «Voy a ir a por el fuego». La hija del viejo oyó su canción y le dijo a su padre: «Oh, deja que el extranjero entre en nuestra casa, ya que canta y baila tan bien». Entre tanto, el Ciervo había ya pasado a tierra y se acercaba a la casa, sin dejar de cantar ni bailar. Se disponía a saltar hacia la puerta, cuando ésta se cerró de un portazo, y luego volvió a abrirse. El Ciervo pasó al interior de ella. Se sentó junto al fuego como si quisiera secarse, y siguió cantando. Al mismo tiempo agachaba su cabeza hacia el fuego, hasta cubrírsela de hollín, y las astillas de su pelo se prendieron.

Saltó entonces hacia el exterior de la casa, echó a correr, y les llevó el fuego a los hombres.[28]

Los tlatlasikoala, tribu kwakiutl que habitaba anteriormente al nordeste de la isla de Vancouver,[29] cuentan de manera similar que en los primeros tiempos el fuego fue robado por el Ciervo y llevado a los hombres. Dicen que anteriormente no había fuego porque Natlibikaq lo había escondido. Entonces Rutena (*Glaucionetla langula Americana*) envió a Lelekoista a buscarlo. El enviado tomó en su boca un tizón encendido, y ya se disponía a marcharse con él, cuando Natlibikaq lo vio y le preguntó: «¿Qué es lo que llevas en la boca?». Como el ladrón no podía responder el propietario del fuego le pegó en la boca, y el fuego se le cayó. Envió entonces Kutena al Ciervo a traer el fuego. El Ciervo se pegó unos trozos de madera seca en el pelo y corrió hasta la casa de Natlibikaq; y parándose ante su puerta, cantó: «He venido a buscar fuego. He venido a buscar fuego». Entró entonces en el interior de la casa, y tras danzar en círculo en torno al fuego, introdujo su cabeza en él, de modo que la madera que había escondido en el pelo se prendió. Seguidamente, echó a correr, y Natlibikaq empezó a perseguirlo para recuperar el fuego. Pero el Ciervo había previsto esta contingencia; y cuando Natlibikaq estaba ya a punto de alcanzarlo, tomó un poco de grasa y la arrojó tras de sí sobre el suelo. La grasa se transformó de inmediato en un gran lago, que obligó al perseguidor a dar un rodeo. Este, no obstante, perseveró en su persecución, y estaba de nuevo a punto de dar alcance al ladrón, cuando éste se arrancó unos cuantos pelos y los arrojó al suelo. Los pelos se convirtieron de inmediato en un denso bosque de matorrales, que Natlibikaq no podía atravesar, por lo que se vio obligado a dar otro rodeo, dando al Ciervo una nueva ventaja. Nuevamente estaba el perseguidor a punto de dar caza al perseguido, cuando el Ciervo arrojó tras de sí cuatro piedras, que se transformaron en cuatro altas montañas; y, an-

tes de que Natlibikaq pudiera atravesarlas, ya había el Ciervo llegado a casa de Rutena. Natlibikaq se colocó ante la casa de Rutena, y le rogó, diciendo: «Devuélveme, al menos, la mitad de mi fuego»; pero Rutena no quiso escucharlo, de modo que Natlibikaq tuvo que volverse sin nada. Entonces Rutena le dio el fuego a los hombres.[30]

Los indios kwakiutl que habitan en la costa nordoriental de la isla de Vancouver y la opuesta costa de la Columbia Británica, al otro lado de Queen Charlotte Sound, relatan de manera parecida el modo como el Ciervo, o un héroe que había adoptado la forma de ciervo, les procuró el fuego a los primeros hombres. Según la cuentan los miembros de la tribu que viven en la isla de Vancouver, la historia dice así: fue Kani-ke-laq quien robó el fuego y se lo entregó a los indios. El jefe que poseía el fuego vivía en «el borde del día», esto es, en el punto por donde sale el sol. Cuando los amigos de este jefe fueron a danzar en torno a su fuego, hizo su aparición Kani-ke-laq vestido de ciervo, y con un haz de madera resinosa entre sus cuernos. Se unió al resto de los danzantes, y a una señal de sus amigos que lo esperaban fuera, introdujo su cabeza en el fuego, y la madera se le prendió. Saltó sobre el fuego y corrió fuera de la casa, desparramando el fuego por todas partes. Empezaron a perseguirlo, pero sus amigos habían extendido grasa sobre su pista, lo que hizo resbalar a sus perseguidores. Esto explica la corta cola del ciervo, que se le quemó con el fuego.[31]

Otra versión del mito Kwakiutl representa, no al ciervo, sino al visón como el animal que procuró el fuego a los hombres. Dicen que el visón salió a luchar contra los espíritus (*lalenoq*). Se coló tranquilamente en casa del jefe de los Espíritus y se llevó a su hijo de su cuna. Cuando el jefe se dio cuenta del robo, empezó a perseguirlo, pero no dio con el fugitivo hasta que éste había conseguido llegar ya a su casa y cerrar la puerta. El jefe de los Espíritus le rogó: «Oh, devuélveme a mi hijo por favor»; pe-

ro el visón se negó, hasta que el jefe le dio fuego como recompensa. Así es como los hombres consiguieron el fuego.[32]

Los awikenoq, tribu india que habita la costa de la Columbia Británica, al norte de los kwakiutl, concuerdan con los nootka y los kwakiutl de la isla de Vancouver en atribuir el robo original del fuego al Ciervo. Dicen que, una vez que el Ciervo hubo liberado al sol prisionero, dos seres llamados Noakaua («el sabio») y Masamasalaniq bajaron del cielo a hacer todo lo que es bueno y hermoso en la tierra. Por deseo de Noakaua, su compañero Masamasalaniq separó la tierra de las aguas, y creó ese turgente pez que es el oolachan.[33] Así mismo, creó a los hombres y a las mujeres esculpiéndolos en madera de cedro. Luego, pensó Noakaua: «Oh, si Masamasalaniq pudiera ir a buscar el fuego». Pero Masamasalaniq no podía. Así que Noakaua envió primeramente al Armiño a la casa del hombre que guardaba el fuego. El Armiño se apoderó subrepticiamente de él con la boca, y ya se estaba yendo cuando el propietario del fuego le dijo: «¿Adonde vas tú?». Pero el Armiño no pudo responderle porque llevaba el fuego en la boca. Entonces el propietario del fuego le dio una bofetada que le hizo tirar el fuego. Como la misión del Armiño se demostró infructuosa, Noakaua despachó después de él al Ciervo. El Ciervo fue primero a ver a Masamasalaniq para que hiciera sus piernas esbeltas y ligeras. Noakaua pensó: «¡Oh, si Masamasalaniq pudiera atar leña en la cola del Ciervo!». Y Masamasalaniq ató leña en la cola del Ciervo. Y éste salió corriendo a toda prisa de allí. Llegó a la casa donde estaba el fuego, y bailó en torno al fuego, cantando: «¡Cómo me gustaría encontrar la luz!». De pronto se volvió de espaldas a las llamas, de modo que la madera que llevaba atada al rabo pudiera inflamarse. Seguidamente salió corriendo, y por dondequiera que el fuego que llevaba en la cola caía al suelo, los hombres lo recogían y conservaban. Y el Ciervo, según iba pasando

por los bosques les gritaba: «Guardad el fuego». Y la madera de los bosques recibió el fuego y desde entonces es combustible.[34]

Aquí, como en tantos otros mitos, la historia del robo se emplea tan sólo para explicar cómo es que el fuego puede surgir por fricción de la madera.

Entre los heiltsuk, otra tribu india de la costa de Columbia Británica, al norte de Awikenoq, se dice que al Ciervo, en su forma humana, le fue dado un nombre que significa «Portador de la antorcha», porque él robó el fuego mediante la leña que ató a su cola.[35]

Sustancialmente el mismo mito, para dar cuenta del origen del fuego entre los hombres, se cuenta entre los tsimshian, otra tribu de la costa de Columbia Británica, situada al norte de los heiltsuk. Dicen que en los primeros días del mundo había un cierto ser maravilloso llamado Txamsem, o Gigante, que hizo grandes prodigios, como por ejemplo procurar la luz del día cuando el mundo estaba aún sumido en tinieblas. De su padre había recibido una manta o piel de cuervo, y cada vez que se la ponía podía volar como un cuervo por los aires. En realidad, podemos concluir que Gigante no era otro que el mismo Cuervo, quien, como veremos, juega un gran papel en los mitos del fuego de los indios norteños. Sea como fuere, los tsimshian cuentan de qué modo, cuando la gente empezó a multiplicarse sobre la tierra, se sintieron desamparados porque no tenían fuego con que cocinar su comida o calentarse en invierno. A la vista de ello, Gigante recordó que los animales tenían fuego en su aldea, y decidió ir a cogerlo para los hombres. Se puso pues su manta de cuervo y fue a la aldea de los animales, pero éstos se negaron a darle fuego y lo echaron de su poblado. Intentó de todos los modos posibles conseguir fuego, pero fracasó una vez tras otra, ya que los animales no le dejaban obtenerlo.

Envió, finalmente, a uno de sus asistentes, la Gaviota, con un mensaje, que decía lo que sigue: «Un atractivo y joven jefe vendrá dentro de poco a celebrar una danza en la casa de vuestro jefe». Toda la tribu de los animales se preparó a recibir al joven jefe. Gigante, entonces, tomó a un ciervo y lo desolló. En aquellos tiempos los ciervos tenían una cola larga como la de los lobos. Gigante ató madera resinosa a la larga cola del ciervo. Le pidió prestada una canoa al gran Tiburón, y se dirigió al poblado, cuyo jefe había preparado un gran fuego en su casa. La canoa del gran Tiburón estaba llena de gaviotas y cornejas; y Gigante tomaba asiento en medio de la canoa, revestido con la piel del ciervo. Todo el mundo entró en la casa del jefe. Habían preparado un gran fuego, mayor que el que nunca se hubiera visto, y toda la tribu estaba en la gran casa del jefe. Los recién llegados tomaban asiento en un lado de la gran casa, dispuestos a comenzar su canto. Pronto el joven jefe empezó a bailar, y todos sus compañeros marcaban el ritmo con sus palos, teniendo uno de ellos además un tambor. Cantaban todos a coro una canción, y algunos de los pájaros batían palmas.

El Ciervo entró por la puerta. Miró en derredor e hizo su entrada, saltando y bailando, y dando vueltas en torno al fuego, y la madera resinosa que en ella llevaba se prendió. Echó a correr con la leña prendida en su cola y se lanzó al agua a nadar. Todos sus compañeros entonces salieron volando de la casa. También la canoa del gran Tiburón abandonó la aldea. Las gentes de la aldea intentaron capturar al Ciervo, con ánimo de matarlo. Pero él siguió saltando y nadando, mientras la madera resinosa de su cola seguía ardiendo. Al llegar a una de las islas, se dirigió rápidamente a la orilla, acercó su cola a un abeto, y le dijo: «Arderás mientras duren los años». Por esta razón el ciervo tiene ahora una cola corta y negra.[36]

En esta historia podemos, tal vez, detectar la fusión de dos diferentes versiones del mito del fuego, en una de las cuales el

fuego es robado por el Ciervo, y en otra por el Cuervo; ya que, si bien el narrador expresamente nos dice que el fuego fue robado por el Ciervo danzante, previamente ha dicho que el danzante era en realidad Gigante disfrazado de ciervo para la ocasión, aunque habitualmente solía llevar más bien una manta o piel de cuervo. Semejante fusión de dos versiones puede explicarse por la situación geográfica de los tsimshian; éstos ocupan un territorio costero intermedio entre los territorios de los indios meridionales (nootka, kwakiutl, etc.), y los de los indios norteños (haida, tlingit y tinneh); y, mientras los indios del sur tienen como héroe habitual al ciervo, los del norte suelen tener por héroe al cuervo. Así pues, la leyenda tsimshian muy bien puede ser el cruce de dos versiones distintas y un intento de armonizarlas.

Antes de pasar a considerar los mitos del fuego de los indios norteños, nos queda por relatar los mitos del fuego de los indios meridionales de la Columbia Británica, que en su mayor parte habitan en el interior del país y pertenecen al tronco salish. Empezaremos por esa rama del tronco salish habitualmente conocida con el nombre de indios thompson, porque habitan el valle del río Thompson.

Los indios thompson dicen que en los comienzos la gente no tenía fuego y tenía que depender por completo del sol para cocinar sus alimentos. En aquellos tiempos el sol era mucho más caliente que hoy, y la gente podía cocer su comida simplemente alzándola hacia el sol, o bien sometiéndola al efecto de los rayos solares. Esto, con todo, no era tan bueno como el fuego; y Castor y Aguila determinaron averiguar si había fuego en el mundo, y obtenerlo, si era posible, para dárselo a la gente. Se prepararon en las montañas hasta quedar cargados de «misterio», y con su magia podían ver todas las cosas, y alcanzar hasta los límites del mundo. Descubrieron así que había fuego en una cabaña situada en Lytton, e hicieron planes al respecto. Dejaron

su casa situada en la desembocadura del Fraser, y viajaron río arriba hasta llegar a Lytton.[37] Aguila echó a volar por los aires, y descubrió al fin la concha de una almeja de agua dulce, y la tomó para sí. El Castor vino a dar al lugar de donde la gente sacaba agua de una cañada. Vivían todos ellos en un habitáculo subterráneo. Algunas de las muchachas que habían ido a por agua aquella mañana volvieron corriendo, diciendo que había un castor en el lugar de donde sacaban agua. Algunos jóvenes corrieron hacia allí con arcos y flechas, lo flecharon y se lo llevaron a su casa. Empezaron entonces a desollarlo. Entretanto el Castor pensaba: «¡Oh, mi hermano mayor! ¡Cuánto tarda en llegar! Poco me queda ya de vida». Justo en aquel momento hizo su aparición el Aguila en lo alto de la escalera, atrayendo la atención de todos, que se olvidaron del castor, ansiosos como estaban por capturar al águila, a la que sin embargo no conseguían alcanzar, a pesar de la lluvia de flechas que le lanzaron. Entre tanto, el Castor hizo que la casa se inundara. En la confusión subsiguiente, el Aguila tiró la concha al fuego. El Castor inmediatamente la llenó de fuego, se la puso bajo el brazo, y se escapó por el agua. Difundió el fuego por todo el país. A partir de entonces, los indios pueden extraer fuego de los árboles. Algunos dicen que el Castor puso fuego en todos los árboles y bosques que crecen cerca de sus madrigueras, mientras que el Aguila lo puso en los árboles que crecen en las zonas distantes del país, lejos de los lagos y las corrientes de agua.[38]

Otra versión del mito thompson, que difiere sólo en detalles del primero, reza como sigue: la gente de Nicola y Spences Bridge no tenía fuego, ni medios de procurárselo, porque la madera no ardía en aquellos días. De entre todos los hombres, sólo los de Lytton tenían fuego. Castor, Comadreja y Aguila se pusieron de acuerdo para robar el fuego a la gente de Lytton, que vivían en un manantial cercano a la desembocadura del Thompson. Castor se acercó el primero, y empezó a construir

un dique, mientras Aguila y Comadreja iban a prepararse en las montañas. Al cuarto día, mientras tomaban un baño de sudor, el espíritu guardián de Comadreja se le apareció en forma de una comadreja, y penetró en la casa de sudar. Se abrió allí un canal, y Comadreja, penetrando en su cuerpo adquirió forma animal. El espíritu guardián de Aguila vino también a la casa de sudar bajo la forma de un águila. También él dejó entrar a Aguila en su cuerpo, de modo que éste adoptó la forma de pájaro.

Aguila dijo: «Volaré río arriba, y observaré lo que hace el hermano Castor». Y Comadreja dijo: «Correré montaña arriba, a ver lo que está haciendo el hermano Castor». Cuando ambos estuvieron a la vista de Lytton, vieron que no había tiempo que perder, porque Castor se hallaba ya prisionero en manos de la gente del lugar, que se aprestaban a abrirlo en canal. Aguila se lanzó en picado, y fue a posarse en lo alto de la escalera de la casa subterránea, mientras Comadreja se ocupaba en hacer un agujero en la base de la casa, de modo que el agua llegara a inundarla. La gente del lugar estaba tan ansiosa por cazar al águila que se olvidaron de Castor, y ni siquiera percibieron la existencia de Comadreja. No conseguían, sin embargo, acertarle a Aguila, y se enfadaron entre sí por errar los tiros. Entre tanto, el agua que Castor había represado empezó a penetrar por el agujero abierto por Comadreja, y, en medio de la confusión, Castor cogió un tizón encendido, lo puso en el interior de una concha de almeja y echó a correr con ella.

Cuando los tres hubieron vuelto a su casa, Castor hizo un fuego para la gente. Aguila les enseñó cómo cocinar y cómo asar la comida; y Comadreja les enseñó cómo hervir la comida con piedras al rojo. Arrojaron parte del fuego sobre los diferentes tipos de madera, y de entonces acá todas las maderas arden. [39]

En esta versión puede descubrirse un intento de racionalizar el mito, explicando que el Aguila y la Comadreja, que figuran en él, no son realmente el águila y la comadreja reales, sino simples hombres llamados Aguila y Comadreja, respectivamente, que temporalmente asumían las formas de los respectivos animales, con vistas a robar el fuego. Semejante interpretación de la historia revela un posterior estado de reflexión, en el que empieza a dudarse de la posibilidad de que los animales puedan usar fuego.

Los indios thompson tienen también una tradición, según la cual sus antepasados se habían procurado el fuego a partir del Sol. Dicen que hace mucho tiempo, antes de que Aguila y Castor robaran el fuego, y antes de que hubiera fuego en la madera, la gente no podía hacer fuego. Cuando empezaron a tener mucho frío, enviaron mensajeros al Sol para conseguir fuego. Los mensajeros tuvieron que recorrer un largo camino. Cuando el fuego que habían traído los mensajeros se gastó, y necesitaron más, enviaron a buscar más al Sol. Algunos dicen que los mensajeros habían traído el fuego en conchas, o encerrado de alguna otra manera. El fuego traído del Sol producía un gran calor. Algunos hombres se dice que tienen poder para bajar calor y fuego solares sin tener que ir hasta el Sol a por ellos. Lo extraen de los rayos solares.[40]

Así mismo, los thompson cuentan un mito sobre el fuego de diferente tipo, en el que el Coyote es representado como el primer ladrón de fuego. La historia es como sigue: desde la cima de una montaña Coyote vio lucir una luz lejana hacia el sur. Al principio no supo qué era, pero mediante un proceso de adivinación averiguó que era fuego. Se decidió, pues, a ir hasta allá a buscarlo. Muchos los acompañaron. Zorro, Lobo, Antílope y todos los buenos corredores fueron con él. Tras recorrer un largo camino, llegaron a la aldea de la gente del Fuego. Les dijeron entonces: «Hemos venido a visitaros, a danzar, a jugar y a

hacer apuestas». Prepararon pues una danza para aquella noche. Coyote se hizo un tocado de virutas resinosas de pino amarillo, con largas tiras de corteza de cedro que llegaban hasta el suelo. La gente del Fuego danzó primero. La hoguera tenía un fuego muy bajo. Coyote y los suyos empezaron luego a bailar en torno a ella. Se quejaron de que apenas podían ver. La gente del Fuego hicieron entonces una hoguera más grande. Cuatro veces se quejó de nuevo Coyote, hasta que los del Fuego hicieron una hoguera que despedía grandes llamaradas. La gente de Coyote simuló entonces que sentía mucho calor y que iban a alejarse para tomar un poco el fresco. Todos se colocaron en posición de partida para echar a correr. Sólo Coyote permaneció junto a la hoguera. Y, cuando se hallaba cerca de la puerta, lanzó los largos flecos de corteza de su tocado por encima del fuego, y con ellos prendidos echó a correr. La gente del Fuego lo persiguió. El le entregó su tocado a Antílope, que corrió con él un trecho y se lo entregó al siguiente corredor. Así lo fueron transportando por relevos. Las gentes del Fuego fueron cogiendo uno tras otro a los corredores, y los mataron. Sólo quedó Coyote. Ya estaban a punto de alcanzarlo, cuando corrió a esconderse tras un árbol y le entregó el fuego a éste. La gente del Fuego empezó a buscarlo, pero no pudieron hallarlo. Hicieron entonces que empezara a soplar el viento, y los ardientes fragmentos de corteza que habían quedado desperdigados prendieron fuego a la hierba. Los del Fuego dijeron entonces: «Coyote ahora se abrasará». Una espesa humareda se levantó por todo en derredor, y Coyote pudo escapar. El fuego se extendió por todo el país, y abrasó a mucha gente. Coyote entonces provocó una torrencial lluvia y una inundación, que apagó el fuego. Tras esto, el fuego quedó alojado en los árboles, y hierba y árboles pueden emplearse para hacer fuego. Por esta razón, la corteza de cedro es portadora de fuego y puede servir para encender fuegos lentos (*slow matches*). Por la misma razón

también la madera resinosa prende con facilidad y se usa para encender fuegos. Desde entonces ha habido humo y fuego en la tierra, y ambas cosas resultan inseparables.[41]

Esta historia claramente pertenece al mismo tipo de mitos de los que ya hemos encontrado ejemplos más al sur, entre los indios de Nuevo México, Utah y California. Los rasgos característicos de este tipo de mito son que el ladrón del fuego es el coyote, y que éste pasa el fuego a toda una serie de animales corredores, que se relevan uno a otro, transportando el fuego y corriendo, hasta quedar exhaustos.[42]

Los indios lillooet, cuyo territorio es fronterizo del de los thompson por el oeste, cuentan una historia sobre el origen del fuego que concuerda estrechamente con los mitos del fuego que cuentan los indios thompson.[43] Nada tiene de sorprendente este parecido, puesto que los lilloet no sólo son vecinos inmediatos de los thompson, sino que pertenecen también al tronco salish, y hablan una lengua estrechamente emparentada con la de los thompson.[44] Su versión del mito es la que sigue:

Castor y Aguila vivían con su hermana en el país lilloet. No tenían fuego y debían comer cruda su comida. La hermana no cesaba de llorar y quejarse, porque no tenía fuego con que asar sus pieles de salmón desecadas. Finalmente, los dos hermanos se apiadaron de ella porque lloraba tanto, y le dijeron: «¡No llores más! Te conseguiremos fuego. Nos prepararemos durante un largo tiempo, y mientras dure nuestra ausencia debes de tener cuidado de no llorar ni quejarte; ya que, si lo haces, fracasaremos en nuestro intento, y nuestra preparación habrá sido inútil».

Dejando sola a su hermana, ambos hermanos partieron hacia las montañas, donde pasaron cuatro años preparándose. Al fin de este plazo, volvieron junto a su hermana, que no había llorado ni una vez en toda su ausencia, y le dijeron que irían a bus-

car fuego, ya que ahora sabían que podían encontrarlo y sabían también cómo obtenerlo.

Tras cinco días de marcha, llegaron a la casa[45] de la gente que poseía el fuego. Uno de los hermanos se echó entonces encima un cuerpo de águila, y el otro un cuerpo de castor. El hermano que iba disfrazado de Castor represó una corriente de agua cerca de allí, y por la noche hizo un túnel que llegaba hasta la casa de los del fuego. A la mañana siguiente se hallaba nadando en la represa que había construido en el río, cuando un viejo lo vio y le cazó. Se llevó a Castor a su casa, y dejándolo junto al fuego, dijo a su gente que lo desollaran. Mientras lo desollaban, dieron con algo duro que llevaba en su sobaco. Se trataba de una concha de almeja, que Castor se había escondido allí. Fue en aquel preciso momento cuando vieron a una enorme y hermosa águila posada en un árbol cercano. Todos se abalanzaron ansiosos a cazarla, para obtener sus plumas; pero nadie le acertaba por más que tiraban. Cuando en éstas se hallaban, Castor, a quien habían dejado solo, puso un poco de fuego en su concha de almeja, y escapó a través del agujero que había abierto. Pronto estuvo en el agua, que ya casi llegaba a la casa, y escapó nadando con su trofeo.

Tan pronto como Aguila vio que su hermano estaba a salvo, echó a volar para juntársele. Continuaron su camino de vuelta a casa, y Aguila reposaba sobre el lomo de Castor cuando se agotaba. Así fue como llevaron el fuego a casa, y se lo entregaron a su hermana, que se puso muy feliz y contenta.[46]

Una historia diferente sobre el origen del fuego la cuentan los lillooet como sigue: dicen que el Cuervo y la Gaviota eran amigos y vivían en el país Lillooet. Cuervo tenía cuatro sirvientes, a saber, Gusano, Pulga, Piojo y Piojuelo. Todo el mundo estaba a oscuras en aquel tiempo, porque Gaviota poseía la luz en exclusiva y la guardaba en una caja, no dejando que nadie la sacara, salvo cuando ella la necesitaba para su uso particular. No

obstante, Cuervo consiguió romper la caja con maña, e hizo que la luz del día se extendiera por todo el mundo. Así consiguió Cuervo obtener la luz, pero no el fuego.

Un día, mientras miraba desde el techo de su casa, vio una columna de humo que se alzaba a lo lejos hacia el sur, a la orilla del mar. Se embarcó, pues, al día siguiente con sus sirvientes en la canoa de Piojuelo; pero, la canoa era muy pequeña y se les inundó. Al día siguiente lo intentó con la canoa de Piojo; pero también era demasiado pequeña. Lo intentó así con todas las canoas de sus sirvientes, con idéntico resultado. Le dijo entonces a su esposa que fuera a pedirle prestada su canoa a Gaviota, puesto que pretendía ir a buscar fuego. Al día siguiente, tras haber conseguido la canoa, se embarcó en ella con sus sirvientes, y se llegaron hasta las cercanías de la casa de donde salía el humo.

Cuervo preguntó entonces a sus sirvientes quién de ellos quería ir a robar la hija pequeña de aquellas gentes. Piojuelo se ofreció a ir; pero los otros le dijeron: «Tú harás mucho ruido, y despertarás a todo el mundo». Piojo se ofreció entonces, pero le plantearon idénticas objeciones. Entonces Pulga dijo: «Y o iré. De un salto me acercaré y cogeré al bebé, y de otro estaré aquí de vuelta». Pero los demás dijeron: «Harás ruido, y no queremos que la gente de dentro se entere». Habló entonces Gusano, y dijo: «Y o iré lenta y silenciosamente. Cavaré un agujero, e iré hasta debajo de donde está la niña colgada en su cuna, la raptaré, y volveré con ella sin que nadie me oiga». Todos pensaron que esta era la mejor propuesta, y asintieron al plan de Gusano. Así pues, aquella noche, Gusano cavó un túnel por debajo de la casa y raptó a la niña. Tan pronto como estuvo de vuelta, la metieron en la canoa y remaron rápidamente río arriba.

A la mañana siguiente, bien temprano, la gente del fuego echó de menos a la niña, y los más sabios supieron en seguida

lo que había pasado. Salieron en persecución de los raptores, pero no pudieron alcanzar ni prender a Cuervo y sus sirvientes. Esturión, Ballena y Morsa rebuscaron mucho y lejos, pero tuvieron que darse por vencidos y volver a casa. Sólo un pequeño pez[47] dio con el rastro de la canoa, y le dio alcance. Intentó retrasar su marcha pegándose a sus remos, pero terminó agotado, y tuvo que volverse a casa. La madre de la niña hizo que cayera una lluvia torrencial (unos dicen que con su llanto), pensando que con ello lograría detener a los ladrones, pero todo fue en vano. Cuervo llegó a su país con la niña raptada, y los parientes de ella, al enterarse de a donde había sido llevada, acudieron hasta casa de Cuervo con múltiples presentes; pero Cuervo dijo que no eran regalos lo que quería, de modo que los parientes de la niña tuvieron que volverse a casa sin ella.

Dos veces más visitaron a Cuervo con regalos, con idéntico resultado. A su cuarta visita, Cuervo volvió a rechazar sus regalos, a pesar de que cada vez se los llevaban más ricos y caros. Entonces le preguntaron qué quería, y dijo: «Fuego». Ellos le respondieron: «¿Por qué no lo dijiste antes?». Y se pusieron muy contentos, porque tenían mucho fuego y le concedían poco valor. Así que fueron, trajeron fuego, y se llevaron a cambio a la niña de vuelta. La gente Pescado enseñó a Cuervo a hacer fuego con raíces secas de álamo. Cuervo estaba feliz, y le dijo a Gaviota: «De no haberte robado la luz, nunca hubiera visto dónde se guardaba el fuego. Ahora tenemos luz y fuego, y ambos nos hemos beneficiado». Seguidamente, Cuervo vendió fuego a cuantas familias se lo pedían, y cada familia que lo quería se lo pagaba con una muchacha. De este modo, Cuervo llegó a poseer muchas esposas.[48]

Ya hemos visto que en una leyenda kwakiutl el visón obtuvo de manera similar el deseado fuego, mediante el rapto de una niña que luego rescató con fuego.[49]

Otra historia lillooet, recogida por el doctor Boas en la cuenca baja del río Fraser, refiere cómo el fuego llegó a conseguirse mediante idéntico tipo de regateo. La historia narra lo siguiente:

El Castor dio el fuego a los Espíritus. Los humanos no sabían cómo procurárselo y acabaron enviando a la Nutria Enana[50] a robarlo. La Nutria Enana tomó prestado el cuchillo de su abuela, que ésta guardaba bajo su piel, y partió hacia la casa de los Espíritus. Al llegar allí, los vio danzando. Cuando la danza hubo terminado, los Espíritus quisieron tomar un baño y lavarse. «Esperad», dijo la Nutria Enana, «yo os traeré agua». Tomó una jarra y fue hasta la orilla del río. Cuando volvió con la jarra llena y pasó al lado de uno de los fuegos que ardían en el interior de la casa, hizo como que tropezaba, y el agua se le cayó sobre el fuego, de modo que éste se apagó. «Oh», exclamó, «he tropezado». Y, diciendo esto, fue de nuevo a buscar agua al río. Al volver, nuevamente tiró agua sobre otro fuego al pasar, y lo apagó. Empezaba a haber cada vez menos luz en la casa. Entonces, la Nutria Enana, sacando su cuchillo, le cortó la cabeza al jefe de los Espíritus. Tras hacer esto, rebozó con polvo el corte de la cabeza para que no sangrara, y se marchó de allí con ella. Pero, antes incluso de que los Espíritus pudieran encender de nuevo los fuegos, el polvo se había empapado ya de sangre. La madre del jefe se dio cuenta de ello, y tan pronto como encendieron de nuevo los fuegos, se dieron cuenta de que a su jefe le había cortado la cabeza. Entonces, la madre del jefe muerto dijo: «Id mañana a ver a Nutria Enana, y rescatad la cabeza de sus manos». Así lo hicieron, y fueron a ver a Nutria Enana a su casa. Pero Nutria Enana se había construido diez casas, y había hecho que su abuela le fabricara diez ajuares completos de ropa. De modo que, cuando llegaron los Espíritus, Nutria Enana empezó a aparecer tan pronto en el techo de una casa como de otra, siempre con una ropa diferente; al punto que los visitan-

tes pensaron que había allí mucha gente. Cuando los Espíritus hubieron llegado, hablaron con la abuela de Nutria Enana, y le dijeron: «Te daremos vestidos a cambio de la cabeza de nuestro jefe». Pero ella respondió: «Mi nieta no quiere vestidos». Le ofrecieron entonces un arco y flechas, pero la abuela también rechazó esto. Los Espíritus, entonces, se echaron a llorar, y con ellos se pusieron a llorar también los árboles, de apenados que estaban; y el llanto de los árboles era lluvia. Finalmente, los Espíritus ofrecieron a Nutria Enana el taladro de fuego. La abuela aceptó, y les dio a cambio la cabeza de su jefe. Y desde entonces los hombres tienen fuego.[51]

Los snanaimuq o nanaimo, tribu del tronco salish que habita en la región que rodea Nanaimo Harbour y Nanaimo Lake, en la parte suroriental de la isla de Vancouver,[52] cuentan de modo semejante cómo el fuego fue conseguido a cambio de un niño. Dicen que hace mucho tiempo los hombres carecían de fuego. El Visón deseaba obtener el fuego, y con este fin partió junto con su abuela a visitar al jefe que guardaba el fuego. Desembarcaron sin ser vistos, y el Visón entró a hurtadillas y de noche en la casa del jefe, mientras éste y su mujer dormían. Pero el pájaro Tegya estaba acunando al niño de ambos. El Visón entreabrió la puerta. Y cuando el pájaro oyó el chirrido, exclamó: «¡Pq! ¡Pq!», para despertar al jefe. Pero Visón susurró: «¡Duerme! ¡Duerme!». Y el pájaro se quedó dormido. Entró, pues, Visón en la casa y sacó al niño de su cuna. Seguidamente se dirigió al bote, donde lo esperaba su abuela, y ambos salieron bogando o remando hacia su casa. Cada vez que pasaban por un poblado, la abuela pellizcaba al niño para hacerlo llorar. Por fin, llegaron a Tlaltq (Gabriola Island, enfrente de Nanaimo), donde Visón tema una gran casa, en la que él y su abuela vivían solos.

A la mañana siguiente el jefe echó de menos a su hijo, y se puso muy triste. Salió remando en su canoa a buscarlo, y cuando llegaba a un poblado, preguntaba: «¿Habéis visto a mi hijo?

Alguien me lo ha robado». La gente le respondía: «La pasada noche Visón pasó por aquí, y un niño lloraba en su canoa». Fue así como el jefe siguió la pista hasta Tlaltq. Visón lo estaba esperando, y cuando lo vio venir a lo lejos, se encasquetó uno de sus muchos tocados y salió a danzar delante de su casa, mientras su abuela batía el tambor y cantaba. Seguidamente penetró de nuevo en la casa, se colocó otro tocado y apareció por otra puerta con diferente aspecto. Finalmente, salió por la puerta central, llevando al hijo del jefe en sus brazos. El jefe no se atrevió a atacar a Visón porque creyó que había mucha gente en la casa. Le dijo, entonces: «Devuélveme a mi hijo, y yo te daré muchas bandejas de cobre».[53] Pero la abuela de Visón le advirtió: «No aceptes». Por fin el jefe le ofreció el taladro de fuego, y Visón aceptó por consejo de su abuela. El jefe recuperó a su hijo y se fue a casa, mientras Visón hacía una gran hoguera. Así fue como los hombres recibieron el don del fuego.[54]

Esta historia es sustancialmente idéntica a una recogida en forma más breve entre los kwakiutl.[55]

Los okanaken forman la rama más oriental del tronco salish en la Columbia Británica. Aunque no se hallan confinados a este estado, ya que penetran por el sur hasta territorio de los Estados Unidos, dividiéndolos la frontera que separa estos dos países en dos grupos casi idénticos.[56] Cuentan también la siguiente historia sobre el origen del fuego:

Hubo un tiempo en el que no había fuego, de modo que las gentes se reunían para discutir la forma de procurarse fuego. Se preguntaban por el mejor modo de subir al Mundo Superior. Por último, decidieron hacer una cadena de flechas. Para ello, lanzaron una flecha hacia el cielo, pero no se clavó bien. Todos, uno tras otro intentaron que sus flechas se clavaran bien, pero ninguno lo consiguió. Finalmente, un cierto pájaro (*tsiskakena*) acertó con sus flechas en el blanco, y lo hizo de manera tal que los otros pudieron clavar las suyas en la última de él. Por fin la

cadena de flechas quedó completa, y todos subieron por ella. Se preguntaron entonces sobre el mejor modo de conseguir el fuego. Se decidió que Castor entrara en el agua y se dejara capturar por la gente del Fuego, que se hallaban pescando por allí cerca; y que, cuando estuvieran a punto de despellejar a Castor, el Aguila hiciera su aparición para atraer sobre sí la atención de la gente del Fuego, distrayéndolos de Castor, que debía coger entonces una porción de fuego y escapar con ella. Según este plan, Castor penetró en el río donde la gente del fuego se hallaba pescando, y se dejó capturar por ellos. Lo llevaron de inmediato a su casa, y empezaron a desollarlo. Le habían abierto ya la piel por el pecho, cuando Aguila pasó volando sobre ellos y atrajo su atención. Todo el mundo echó mano de sus arcos y flechas, para intentar derribar al águila. Viendo llegada su oportunidad, Castor dio un salto, y colocando una porción de fuego en el interior de su piel, precisamente por el lugar por donde se la habían cortado, escapó a donde estaban sus restantes compañeros, viniendo el Aguila al poco a reunírseles. Se formó una gran confusión en lo alto de la escalera de flechas, para ver quién había de bajar el primero. Y con el tira y afloja, la cadena se rompió antes de que todos pudieran bajar, por lo que muchos tuvieron que saltar. Siluro cayó en un pozo y se hizo pedazos la mandíbula. Rémora se golpeó en la cabeza y se aplastó todos los huesos de la misma, a consecuencia de lo cual todos los demás animales tuvieron que aportar un hueso para hacerle una nueva cabeza. Esa es la razón de que el siluro tenga una boca tan particular, y la rémora una cabeza tan rara.[57]

La misma historia, con mínimas variantes, se cuenta también entre los indios sanpoil, que pertenecen asimismo al tronco salish, y viven entre los ríos San Poil y Columbia, por debajo de Big Bend, en el estado de Washington.[58] Dicen que en cierta ocasión llovió hasta que todos los fuegos de la tierra se extinguieron. Los animales celebraron un consejo y decidieron ha-

cer la guerra al cielo para poder traer de nuevo el fuego. En primavera, dieron comienzo sus hostilidades, y empezaron a arrojar flechas contra el cielo. Coyote fue el primero en disparar, pero no acertó. Por fin el pavo americano (*chickadee*) pudo disparar una flecha que fue a clavarse en el cielo. Continuó disparando hasta formar una cadena de flechas, por medio de la cual subieron al cielo todos los animales. El último en subir fue el Gran Oso Gris, bajo cuyo peso la cadena se rompió, por lo que no pudo juntarse con los demás animales en el cielo.

Cuando todos los animales, menos el Oso Gris, estuvieron en el cielo, se encontraron en un valle cercano a un lago, donde la gente del cielo se hallaba pescando. Coyote quiso hacer de explorador, pero fue capturado. Entonces Rata Almizclera empezó a excavar túneles por la orilla del lago, mientras Aguila y Castor se disponían a buscar el fuego. Castor se introdujo en una de las trampas para pescado y se hizo el muerto. Se lo llevaron a casa del jefe, donde empezaron a desollarlo. Fue en aquel preciso momento cuando Aguila se posó en un árbol cercano a la tienda. Cuando la gente del cielo vio a Aguila, echaron a correr tras ella, y en aquel mismo momento Castor llenó una concha de almeja con brasas encendidas y salió corriendo. Saltó al lago y la gente del cielo intentó capturarlo con sus redes; pero el agua empezó a escaparse por los túneles que había excavado Rata Almizclera. Los animales corrieron hacia la cadena de flechas, pero la hallaron rota. Entonces cada pájaro tomó sobre sí a un cuadrúpedo y lo bajó volando. Sólo Coyote y Rémora se quedaron sin transporte. Coyote se ató un trozo de piel de búfalo a cada pata y saltó. Voló sobre la piel y fue a aterrizar sobre un pino. A la mañana siguiente exhibió sus alas, pero no pudo ya quitárselas, y quedó transformado en murcié lago. Rémora tuvo que saltar sin ningún tipo de ayuda, y se partió en mil pedazos. Los animales recompusieron sus huesos; y, puesto

que había algunos que faltaban, le colocaron agujas de pino en la cola. Por esto la rémora tiene tantas espinas.[59]

Dejemos ahora las tribus del tronco salish, que habitan en la parte meridional de Columbia Británica, y vayamos a las tribus más septentrionales, que pertenecen a la gran familia athapascan. Entre ellas se cuentan los chilcotin o tsilcotin, que habitan el valle del río que les da nombre. Su territorio, pues, se extiende por el interior de la Columbia Británica, hacia una latitud de 52° norte.[60] Su historia sobre el origen del fuego es esta:

En los antiguos tiempos no había fuego, salvo en casa de un solo hombre, que no se lo quería dar a nadie. Así pues, un día Cuervo decidió robárselo, y para ello se reunió con sus amigos y hermanos y se dirigió a la casa del hombre del fuego. El fuego ardía en un lateral de la casa y su dueño se sentaba a su lado para guardarlo. Tan pronto como Cuervo y sus amigos hicieron su aparición, empezaron a bailar. Pero Cuervo se había atado virutas de madera resinosa en el pelo; y mientras bailaba se acercaba al fuego, para que las virutas se le prendieran; pero el amo del fuego vigilaba estrechamente que tal cosa no ocurriera. Así que bailaron y bailaron, hasta que uno tras otro fueron quedando agotados y tuvieron que retirarse, menos Cuervo que siguió. Y Cuervo bailó todo el día y toda la noche, y todo el día siguiente, hasta que el mismo amo del fuego se cansó de mirar y de vigilar, y cayó dormido. Tan pronto como Cuervo lo vio dormido, acercó su cabeza al fuego, de modo que las virutas de madera resinosa se prendieran, y despidiendo llamas salió de la casa, y recorrió todo el país, prendiendo fuegos en diversas partes. Cuando el amo del fuego se despertó, vio humo por todas partes, y se dio cuenta de lo que había ocurrido. Corrió por todas partes intentando recuperar el fuego, pero no pudo, porque ya éste ardía por muchas partes; y desde entonces las gentes han tenido siempre fuego. Ahora bien, cuando los bosques empezaron a arder, los animales echaron a correr; y todos pu-

dieron escapar, menos el conejo, que no corrió lo suficientemente deprisa, y fue alcanzado por el fuego que le quemó los pies. De ahí que los conejos tengan manchas negras en la planta de las patas hoy en día. Una vez que los árboles se incendiaron, el fuego permaneció en la madera; y por eso la madera arde hoy día, y puede extraerse fuego de ella por frotamiento.[61]

Los indios kaska, otra tribu de la familia athapascan, ocupan un territorio situado en la zona interior norte de la Columbia Británica, sobre la ladera ártica de las montañas, más al norte del territorio de los indios chilcotin.[62] Estos indios cuentan otra historia sobre el origen del fuego:

Hace mucho tiempo la gente no tenía fuego. De toda la gente, sólo Oso tenía fuego. Tenía una piedra de fuego con la que podía prender fuego en cualquier momento. Guardaba celosamente esta piedra, y siempre la llevaba atada a su cinturón. Un día que se hallaba tumbado junto al fuego en su cabaña, un pequeño pájaro vino y se acercó al fuego. Oso dijo: «¿Qué quieres tú?». El pájaro respondió: «Estoy casi helado, y he venido a calentarme». Oso le dijo que se acercara y empezara a despiojarlo. El pequeño pájaro aceptó, y empezó a saltar sobre Oso, picoteándole los piojos. Mientras esto hacía, vino a picar en la cuerda que sujetaba la piedra de fuego al cinturón de Oso. Y, cuando la cuerda ya estaba lo suficientemente picoteada, el pájaro arrebató súbitamente la piedra y echó a volar con ella. Resultaba que los animales se habían confabulado para este robo, y esperaban en hilera, uno detrás de otro. Oso empezó a perseguir al pájaro, y le dio alcance cuando apenas acababa de pasarle el fuego al siguiente animal en la hilera. Tan pronto el pájaro le pasó el fuego, el otro echó a correr con él; y, poco antes de que Oso lograra echarle el guante, ya se lo había pasado al siguiente, y así uno tras otro. En último lugar el fuego fue a parar al zorro, que echó a correr montaña arriba con él. Oso se hallaba ya para entonces tan exhausto que no podía seguir a zorro, y

se dio la vuelta. Zorro rompió la piedra en la cima de la montaña, y le arrojó un fragmento a cada tribu. Así fue como las diversas tribus de la tierra obtuvieron el fuego; y ésa es la razón de que haya actualmente fuego en todas las rocas y los árboles. [63]

Los indios babine, otra tribu del tronco athapascan, que habitan en el interior de Columbia Británica, tienen también una historia sobre el origen del fuego. Dicen que hace mucho tiempo el único fuego que había en el mundo estaba en poder de un viejo jefe, que lo guardaba para sí en su cabaña y no quería compartirlo con nadie. De modo que todos los hombres se helaban de frío, excepto este viejo jefe, que permanecía sordo a las súplicas que se le dirigían, por lo que decidieron quitárselo por medio de una estratagema. Según este plan, pidieron ayuda al Caribú y a la Rata Almizclera. Proporcionaron al Caribú un tocado de madera resinosa, con virutas de madera pegada a ella; y vistieron a la Rata Almizclera con un delantal de piel de marmota. Penetraron en la cabaña del dueño del fuego, y tan pronto entraron se pusieron a cantar. El Caribú y la Rata Almizclera tomaron posiciones a ambos lados del hogar, sobre el que el dueño del fuego mantenía una estrecha vigilancia. Ambos animales comenzaron entonces a danzar. Mientras danzaban, el Caribú, moviendo la cabeza hacia los lados, como suele hacer, logró prender su tocado de madera resinosa en las llamas del hogar; pero el avisado viejo, inmediatamente apagó el incipiente fuego. Un poco después, y en medio de las ruidosas canciones con que la asamblea acompañaba la danza, el Caribú logró prender fuego de nuevo a su tocado, y esta vez el viejo tuvo dificultades para apagarlo. Mientras se hallaba ocupado en esto, la astuta Rata Almizclera, que tenía una larga práctica en excavar túneles y sólo esperaba una ocasión, cogió furtivamente un montón de brasas ardiendo y desapareció con ellas bajo tierra. Poco tiempo después se vio ascender una columna de humo a

lo lejos sobre una montaña. El humo pronto se vio acompañado de leguas de fuego, y así los hombres supieron que la Rata Almizclera había conseguido hacerse con el fuego para ellos.[64]

La idea de que los hombres conocieran el don del fuego al observar el humo y las llamas que salían de una montaña es significativa. Sugiere que estos indios obtuvieron, o más bien creyeron haber obtenido, su primer fuego de alguno de los volcanes activos que existen en esta parte de Norteamérica.

Los indios haida de las islas de Queen Charlotte dicen que hace mucho tiempo hubo una gran inundación en la que todos los hombres y animales perecieron, con excepción de un cuervo. Esta criatura, sin embargo, no era un pájaro común y corriente, sino que, como los animales de las viejas historias indias, poseía amplios atributos humanos. Su capa de plumas, por ejemplo, podía ponérsela o quitársela a voluntad, como si de un atuendo se tratara. Hay incluso una versión de la historia en la que se dice que había nacido de una mujer sin marido, que le hacía arcos y flechas. Tras la destrucción de la humanidad en la Gran Inundación, este notable Cuervo se casó con una coquina, que le dio una hija; y tomando a esta hija por esposa repobló toda la tierra.

Pero sus descendientes seguían pasando muchas penurias, porque no tenían ni fuego, ni luz del día, ni agua fresca, ni pescado oolachan. Todas estas cosas estaban en posesión de un gran jefe o deidad llamada Setlin-ki-jash, que vivía donde actualmente se encuentra el río Nasse. Sin embargo, el astuto Cuervo logró arrebatar todas estas cosas buenas a su poseedor y otorgárselas a la humanidad. El modo como consiguió robar el fuego es éste: no se atrevió a aparecer en casa del jefe, sino que adoptando la forma de una aguja de abeto, se puso a flotar en el agua cerca de su casa. El jefe tenía una hija, y cuando fue a buscar agua al río, se llevó con ella en su vasija la hoja de abeto flotante, y al ir a beber agua se tragó la aguja sin notarlo. Poco

después concibió y dio a luz un hijo, que no era otro que el sutil Cuervo. De este modo Cuervo se hizo un lugar en la casa del jefe. Cuando vio llegada la ocasión, se hizo con un tizón encendido, y, poniéndose su traje de plumas, echó a volar por el respiradero de la cabaña, llevando consigo el fuego y diseminándolo por doquiera que pasó. Uno de los primeros lugares a donde llevó el fuego fue al extremo norte de Vancouver, y esa es la razón de que en aquella zona haya tantos árboles de corteza negra.[65]

Otra versión haida del mito, recogida en dialecto masset, dice lo que sigue:

En aquel tiempo, cuando el Cuervo se hallaba en uno de sus viajes, no había fuego a la vista, y la gente no sabía de él. Cuervo, entonces, enfiló hacia el norte sobre la superficie del mar. Y muy mar adentro vio surgir un gran alga. Y la cabeza del alga desapareció, saliendo de ella múltiples chispas. Fue ésta la primera vez que Cuervo vio el fuego. Y fue a por él al fondo del mar. Entonces, los grandes peces —la ballena negra, el pez diablo, el coto espinoso y otros— quisieron matarlo cuando descendía al fondo. Cuervo llegó hasta el Dueño del Fuego.

Y, al entrar en su casa, Dueño del Fuego le dijo: «Ven y siéntate aquí, jefe». Entonces Cuervo le dijo: «¿Querrá el jefe darme fuego?». Y el jefe se lo dio tal como se lo pedía. Y, cuando se lo dio, se lo entregó en una bandeja de piedra, con una tapadera encima. El Cuervo entonces se marchó de allí. Y, cuando hubo llegado a la orilla, puso una brasa ardiendo en un cedro, que allí crecía. Luego entró en la casa donde vivía su hermana. Mariposa estaba con ella. Encendió entonces un fuego en su casa. Y, porque puso ese trozo de fuego en el interior del cedro pueden los hombres hoy encender fuego mediante el taladro de madera, que saca el fuego de él.[66]

Los indios tlingit de Alaska hablan también de las fabulosas hazañas de Cuervo en los primeros días del mundo. Dicen que en aquel tiempo no existía fuego en la tierra, sino sólo en una isla en medio del mar. Cuervo voló hasta ella, y tomando un tizón encendido con su pico, volvió con raudo vuelo. Pero era tan grande la distancia que cuando llegó a tierra el tizón casi se había consumido, y el pico de Cuervo se hallaba medio quemado. Tan pronto como alcanzó la orilla, dejó caer las aún ardientes ascuas a tierra, y sus dispersas chispas cayeron sobre las piedras y los árboles. Y ésa, dicen los tlingit, es la razón de que tanto las piedras como la madera contengan fuego; ya que pueden sacarse chispas de las piedras golpeándolas con un hierro, y puede producirse fuego con la madera frotando entre sí dos palos.[67]

Otra versión tlingit del mito es como sigue:

Al principio los hombres no tenían fuego. Pero Cuervo (*Yetl*) sabía que Búho de las Nieves, que vivía muy lejos mar adentro, guardaba el fuego. Mandó a todos los hombres, que en aquellos tiempos tenían aún forma de animales, que fueran uno tras otro a intentar coger el fuego; pero ninguno consiguió traerlo. Por fin, Ciervo, que tenía entonces una larga cola, dijo: «Cogeré madera resinosa y me la ataré al rabo. Y con ella traeré el fuego». Y tal como lo dijo, lo hizo. Corrió a casa de Búho de las Nieves, danzó en torno al fuego, y terminó introduciendo su cola entre las llamas. La madera que llevaba en la cola, entonces, se prendió, y él echó a correr. Debido a esto la cola se le quemó, y por eso el ciervo tiene desde entonces un muñón por cola.[68]

En esta versión tlingit del mito no es el mismo Cuervo, sino Ciervo quien roba el fuego danzando en torno a la hoguera con un haz de madera combustible atado al rabo. Ya hemos visto que esta misma historia se la cuentan también los nootka, los

kwakiutl y otras tribus meridionales de la Columbia Británica.[69]

Existe una tercera versión del mito, en la que ni Cuervo ni Ciervo figuran como ladrones del fuego. Los tlingit dicen que en sus viajes Cuervo llegó a un lugar donde vio flotando algo no lejos de la orilla, que sin embargo nunca conseguía aproximarse. Reunió a toda clase de aves. Al caer la tarde miró de nuevo a la cosa y vio que parecía fuego. Así que le dijo a Halcón Niego (*chicken-hawk*), que tenía un largo pico, que volara hasta la cosa, diciéndole: «Sé valiente. Si coges algo de ese fuego, no lo dejes escapar». Halcón Niego llegó a donde estaba la cosa, cogió algo de fuego y se apresuró a volver, pero para cuando llegó al lado de Cuervo se había quemado ya todo el pico. De ahí que el pico del halcón niego sea hoy tan corto. A continuación, Cuervo tomó cedro rojo y algunas piedras blancas que encontró en la playa; y colocó fuego en ellos, para que siempre pudiera hallarse después en todo el mundo.[70]

Aún más al norte, entre los esquimales que habitan las heladas costas del estrecho de Bering, el Cuervo juega un gran papel en los mitos que hacen referencia al origen de todas las cosas.[71] Estos esquimales dicen que, tras la aparición de los primeros hombres sobre la tierra, el Cuervo les enseñó a hacer un taladro de fuego y un arco a partir de un trozo de madera seca y una cuerda, tomando la madera de los matorrales y arbustos que él, el Cuervo, había hecho crecer en los huecos y los lugares abrigados de las colmas. También les enseñó a hacer fuego con el taladro y a poner la yesca prendida sobre un montón de hierba seca, y a moverla hasta que eche llama y poner entonces leña seca sobre la hierba llameante.[72] El aparato de hacer fuego que el Cuervo se dice que reveló a los esquimales es evidentemente el taladro con arco, en el que la cuerda del arco va atada al taladro vertical, y enrollada en éste, hace que al soltarse gire mucho más rápidamente que cuando se emplea una simple cuerda,

movida con ambas manos, de uno y otro extremo, por el operador.[73] Esta forma perfeccionada del taladro de fuego es la que actualmente usan los esquimales del estrecho de Bering,[74] y en general toda la raza esquimal,[75] así como algunas tribus de indios americanos.[76]

XIV
EL ORIGEN DEL FUEGO EN EUROPA

La siguiente historia sobre el origen del fuego se cuenta en Normandía:

Hace mucho, mucho tiempo, no había fuego en la tierra, y la gente no sabía cómo conseguirlo. Todos estuvieron de acuerdo en que era necesario ir y pedírselo al buen Dios. Pero el buen Dios estaba muy lejos. ¿Quién podía hacer tan largo viaje? Se lo pidieron a los grandes pájaros, pero éstos rehusaron, y otro tanto hicieron los medianos, y hasta la alondra. Mientras se hallaban discutiendo, el pequeño reyezuelo (*rebette*) se hallaba escuchando. «Puesto que nadie quiere ir, iré yo». «¡Pero eres muy pequeño!», dijeron. «¡Tus alas son muy cortas! Morirás de cansancio antes de llegar allá». «Lo intentaré», dijo el reyezuelo; «si muero en el intento, tanto peor».

Así que se puso en marcha, y tan bien voló que llegó hasta el buen Dios. El buen Dios se mostró muy sorprendido de verlo. Y lo puso a reposar en sus rodillas. Pero vacilaba en darle el fuego. «Te quemarás», le dijo, «antes de que consigas llegar a la tierra». Pero el reyezuelo insistía. «Muy bien», dijo finalmente Dios. «Te daré lo que me pides. Pero llévalo con calma. Si vuelas demasiado deprisa, tus alas se incendiarán».

El reyezuelo prometió ser prudente, y echó a volar gozosamente rumbo a la tierra. Mientras estuvo lejos, iba conteniéndose, y no aceleró; pero, cuando ya iba acercándose y divisó que todos lo esperaban y lo animaban, involuntariamente aumentó su velocidad. Sucedió, entonces, como el buen Dios le había advertido. Consiguió llegar con el fuego, y la gente entró en posesión del mismo; pero el pobre reyezuelo se había quedado sin plumas ¡todas se le habían quemado! Los pájaros se reunieron apresuradamente en torno a él, y cada uno de ellos se arrancó una pluma para confeccionar sin dilación un atuendo para el reyezuelo. De entonces acá el plumaje del reyezuelo es moteado. Sólo hubo un pájaro avaro que no quiso darle nada, y ése fue la coruja. Todos los pájaros se abalanzaron sobre ella, para castigarla por su dureza de corazón, y se vio obligada a esconderse. Esa es la razón de que sólo salga de noche, y de que, cuando intenta salir de día, todos los pájaros se precipiten sobre ella y la obliguen a volver a su agujero.[1] Aún hoy, cualquier niño malo que se atreva a matar o robar el nido de un reyezuelo atraerá sobre su casa el fuego del cielo. Como castigo por semejante falta seguramente se quedará huérfano o sin casa.[2] En términos más generales, leemos que en Normandía el reyezuelo (*rebette*) «es muy respetado porque se dice que trajo el fuego del cielo, y la gente está convencida de que quienquiera que le haga algo malo atraerá sobre sí la desgracia».[3]

Idéntica historia sobre el reyezuelo se cuenta en la Alta Bretaña; también allí se dice que trajo el fuego del cielo y que recibió una pluma de cada pájaro a cambio, con excepción de la coruja, que declaró que sus plumas eran demasiado bonitas para que se las quemaran; de ahí que los restantes pájaros, y en especial la urraca, se dediquen a perseguirla. De ahí también, dicen en Bretaña, que no se debe hacer mal a los reyezuelos, porque fueron ellos los que trajeron el fuego del cielo. En la región de Dol se cree que quienquiera que robe un nido de reyezuelo, los

dedos de la mano que ha robado los huevos, o el muchacho como tal, quedarán paralizados. En Saint Donan dicen que si un niño pequeño toca los polluelos del reyezuelo, cogerá el fuego de Saint Lawrence (*erisipela*), esto es, se verá afectado de granos o pústulas en la cara, piernas, y otras partes del cuerpo.[4] En la región de Lorient hay una historia según la cual el reyezuelo trajo el fuego, no del cielo, sino del infierno, y por eso se quemó todas las plumas al pasar por el hueco de la cerradura.[5]

Pero en algunas partes de Bretaña se cuenta un mito sobre el fuego que hace referencia, no al reyezuelo, sino al petirrojo. Dicen que el petirrojo fue a buscar el fuego y que al hacerlo se quemó las plumas. Entonces los pájaros se apiadaron de él y resolvieron vestirlo de nuevo, dándole cada uno una pluma. Sólo la coruja, una orgullosa ave de duro corazón, se negó a darle sus plumas. Esta es la razón de que, cuando se muestra a la luz del día, todos los demás pájaros le chillan, especialmente el petirrojo, quien con sus notas reprocha a la coruja su avaricia.[6] No obstante, en Bretaña se ha hecho un intento de conciliar la vindicación de ambos pájaros al título de ser los portadores del fuego; ya que en una versión de la historia se dice que, si bien fue el petirrojo quien trajo el fuego, fue el reyezuelo quien lo prendió.[7]

En Guernsey, se dice que fue el petirrojo el primero que llevó el fuego a la isla; mientras cruzaba el mar, el fuego chamuscó sus plumas, de ahí que su pecho haya permanecido rojo para siempre. Una mujer nativa de la isla, que contaba el cuento, añadió: «Mi madre tenía gran veneración por el petirrojo, pues ¿qué hubiéramos hecho sin el fuego?».[8]

En Le Charme, departamento de Loiret, la leyenda dice que el reyezuelo robó el fuego del cielo, y descendía con él a la tierra cuando las plumas se le quemaron, viéndose obligado a entregar su preciosa carga al petirrojo; pero el petirrojo se quemó el pecho al acercarse demasiado el fuego, y tuvo a su vez que

renunciar a su condición de portador del fuego; tomó entonces la alondra el sagrado fuego, y trayéndolo sano y salvo a la tierra, entregó semejante tesoro a la humanidad.[9] Esta historia se asemeja a muchos de los mitos de fuego de los indios americanos, en los que el fuego robado se dice que pasó de uno a otro, a lo largo de una hilera de corredores de relevos.[10]

En Alemania, el mito del reyezuelo como primer portador del fuego parece ser desconocido.[11]

XV
EL ORIGEN DEL FUEGO EN LA GRECIA ANTIGUA

En la Grecia Antigua la leyenda común era que el gran dios de los cielos, Zeus, había escondido el fuego a los hombres, pero que el astuto héroe Prometeo, hijo del titán Jepeto, le robó el fuego a la deidad en el cielo y lo trajo a la tierra, entregándolo a los hombres, escondido en un tallo de hinojo. Por este robo, Zeus castigó a Prometeo, clavándolo o encadenándolo en una cumbre del Cáucaso, y enviando un águila que a lo largo del día devoraba el hígado o el corazón del héroe; por la noche el órgano recobraba lo que había perdido durante el día. Esta tortura padeció Prometeo durante treinta o treinta mil años, hasta que fue liberado por Hércules.[1]

No obstante, según Platón, no fue de Zeus, sino del taller de Hefestos, el dios del fuego, y de Atenea, diosa de las artes, de donde Prometeo robó el fuego que entregó a los hombres. El filósofo nos dice que los dioses habían modelado todas las criaturas mortales, incluidos los hombres, bajo tierra, formando sus cuerpos con tierra y fuego. Cuando llegó el momento de transportar a las recién modeladas criaturas a la superficie de la tierra, los dioses asignaron a Prometeo y a su hermano Epimeteo la tarea de equipar a hombres y animales, y asignar a cada especie sus funciones y poderes propios. Pero el loco de Epi-

meteo persuadió a su prudente hermano de que le dejara a él tan delicada tarea, que cumplió de la peor manera posible; ya que otorgó las mejores prendas a las bestias, dejando al hombre desnudo y sin defensas. Prometeo, el amigo de la raza humana, se preguntó de qué manera podía poner remedio a tal desafuero, especialmente cuando se aproximaba el día decretado por el hado en que los hombres debían ser sacados de las entrañas de la tierra. En su perplejidad, ideó conceder el fuego a sus favoritos, calculando que su empleo en las artes mecánicas podría compensar a la humanidad de la falta de dones preciosos que el atolondrado de su hermano había prodigado a los brutos. Pero Prometeo no podía penetrar en la ciudadela de Zeus para coger el fuego, porque estaba custodiada por formidables guardianes; así que penetró en secreto en el taller donde Hefestos y Atenea trabajaban juntos, y robando el fuego a Hefestos y la habilidad mecánica a Atenea, concedió estas dos estimables posesiones a la humanidad.[2] Esta versión platónica del mito fue conocida de Luciano, puesto que representa a Hefestos recriminando a Prometeo el haberle apagado su fuego y haber dejado enfriar su forja.[3] Cicerón habla del robo lemnio, por el que tan afrentosamente fue castigado Prometeo,[4] lo que implica que el fuego fue robado de la forja de Hefestos situada en Lemnos, la isla a la que Hefestos cayó cuando fue precipitado desde el cielo por Zeus.[5] Tal vez otro mito debió haber explicado el origen del fuego en la tierra por medio de esta caída de Hefestos, quien sin duda debe suponerse que trajo el fuego consigo en su caída desde el cielo, y debió emplearlo para prender el horno de su herrería en la isla.

Según un relato, Prometeo obtuvo el fuego celestial subiendo al cielo y encendiendo una antorcha en la radiante rueda del sol.[6] El historiador racionalista griego, Diodoro de Sicilia, explicaba el mito de Prometeo y su robo del fuego, suponiendo que Prometeo había inventado los palos de hacer fuego, por cu-

ya fricción se produce el fuego;[7] pero la tradición griega atribuye el invento de los palos de hacer fuego a Hermes.[8] Lucrecio conjeturó que los hombres podían haber aprendido a encender fuego observando cómo las ramas llegan a prenderse cuando el viento las hace frotarse unas contra otras; o incluso que nuestros rudos primeros padres pudieron haber obtenido su fuego del incendio subsiguiente a la caída de un rayo.[9]

La planta (*narthex*) en la que Prometeo transportó el fuego robado suele identificarse habitualmente con el hinojo gigante (*Ferula communis*),[10] que crece por todas partes en Grecia, y puede hallarse con especial abundancia en Phalerum, en las cercanías de Atenas.[11] El viajero francés Tournefort halló este hinojo arborescente en Skinosa, la antigua Skinussa, una pequeña isla desierta cercana a Naxos.[12] Describe el tallo como de cinco pies de alto y tres pulgadas de ancho, con nudos y ramas situados a intervalos de unas diez pulgadas, y todo ello cubierto de una corteza bastante dura. «Este tallo está relleno de una pulpa blanca que, cuando está muy seca, prende como la yesca; el fuego se mantiene prendido perfectamente, consumiendo la pulpa lentamente, sin llegar a dañar la corteza; de ahí que la gente emplee esta planta para transportar el fuego de un lado a otro; nuestros marineros cogieron una buena provisión de ella. Esta costumbre es de gran antigüedad, y puede servir para explicar el pasaje de Hesíodo en el que, hablando del fuego que Prometeo robó de los cielos, dice que lo transportó en una rama de hinojo».[13] En Naxos, el viajero inglés J. T. Bent vio huertos de naranjos divididos por vallas de altas cañas, y añade: «En Lesbos esta caña recibe el nombre de νάρθηκα (νάρθηξ), resto de la vieja palabra para designar la caña en que Prometeo bajó el fuego del cielo. Puede entenderse muy bien la idea: cualquier campesino que hoy quiera transportar fuego de una casa a otra, la pondrá en una de estas cañas para evitar que se le apa-

gue».[14] Aparentemente, el señor Bent confundió el hinojo gigante con una caña.

Los argivos negaban que Prometeo hubiera dado el fuego a los hombres; atribuían el honor de semejante hazaña a su antiguo rey Foroneos,[15] ante cuya tumba seguían ofreciendo sacrificios hasta al menos el s. II de nuestra era.[16] El gran santuario de Apolo Lobuno (*Lykios*) en Argos mantenía perpetuamente encendido un fuego, al que los argivos llamaban el fuego de Foroneos.[17] Sobre el personaje de Foroneos, había un viejo poema épico titulado *Foronis*, del que sólo se han conservado unos pocos versos.[18] En el poema seguramente se contaba con gran amplitud el descubrimiento del fuego por parte del héroe. Algunos eminentes filólogos han intentado derivar el nombre de Foroneos del verbo *ferein*, «llevar o traer»;[19] de tener razón, podríamos intentar interpretar el nombre de Foroneos como «El Portador» del fuego. Adalbert Kühn ha intentado identificar el nombre de Foroneos con el sánscrito *bhuranya*, epíteto habitual del dios védico del fuego, Agni, del que dice que deriva del verbo sánscrito *bhar*, correlato del verbo griego *ferein*, «traer o llevar».[20] Pero en mitología las comparaciones basadas en la etimología suelen ser precarias, y en general es mejor evitarlas.

Esta última observación se aplica también a una mucha más famosa etimología, propuesta por el mismo docto e ingenioso estudioso. Kühn ha sostenido que la palabra Prometeo deriva de *pramantha*, nombre sánscrito que designa el palo vertical del taladro de fuego; quiere así interpretar a Prometeo como la personificación de dicho implemento primitivo para la producción de fuego.[21] Pero son varias y fuertes las críticas que tal derivación ha provocado.[22] Ya que ni Prometeo, ni su contrapartida india, Mâtarisvan, aparecen habitualmente asociados con el taladro de fuego, cuya invención atribuye la mitología griega a Hermes, aunque Diodoro de Sicilia, como ya hemos visto,

atribuya su paternidad a Prometeo;[23] y no parece haber razón suficiente para abandonar el obvio sentido de «el que piensa antes» que los griegos mismos daban como significado de Prometeo, en contraposición de «el que piensa después», que sería la traducción de Epimeteo, contrastando así las características de ambos hermanos, el prudente y el loco, el sabio y el lerdo.

Basándose en la analogía de los mitos salvajes que, como hemos visto, refieren con mucha frecuencia que el fuego le fue procurado al hombre por un pájaro, Salomon Reinach ha intentado explicar a Prometeo como si originalmente hubiera sido un águila, que bajó el fuego del cielo, pero que, mediante una posterior malinterpretación del mito, habría quedado transformado en instrumento de venganza para la transgresión que él mismo había cometido. La teoría resulta más ingeniosa que probable; en verdad, su sabio ideador, al comparar su hipótesis con un castillo de naipes, ha confesado con toda candidez el débil fundamento de su apoyadura.[24]

XVI
EL ORIGEN DEL FUEGO EN LA INDIA ANTIGUA

En la mitología védica, se dice que el fuego fue traído del cielo a la tierra por Mâtarisvan, quien en esa medida se corresponde con el Prometeo griego. Era mensajero de Vivasvant, el primer sacrificador, y trajo el fuego con intención de que fuera usado en el sacrificio; ya que, en opinión de los poetas védicos, la utilidad primordial del fuego no es calentar al hombre y cocinar su comida, sino consumir el sacrificio ofrecido a los dioses.[1] Así, en el himno del *Rigveda* dedicado conjuntamente a Agni (el fuego divinizado) y a Soma (planta deificada, que es fuente de un licor embriagante), se dice:

> Oh, Agni y Soma, vosotros dos cooperando habéis encendido las luminarias del cielo.
>
> De la maldición y el reproche, oh Agni y Soma, liberad a los ríos que estaban encadenados.
>
> A uno de vosotros (a saber, Agni) trajo Mâtarisvan del cielo, y el Halcón bajó al otro (esto es, Soma), de los montes.[2]

Y nuevamente, en un himno dedicado en exclusiva a Agni, leemos:

> El que vaga a su entero antojo, Agni, está aquí oculto a nuestra vista.
>
> A él trajo Mâtarisvan de lejos, producido por fricción, por manos de los Dioses.[3]

Y en otro himno dirigido a Agni sólo, está escrito:

El Poderoso lo cogió en el seno de las olas: y el pueblo confió en el Rey que debía ser alabado.

Como enviado de Vivasvân, Mâtarisvan trajo a Agni Vaisavânara hasta aquí de lejos.[4]

Igualmente, en otro himno dirigido a Agni sólo, se dice:

Que Mâtarisvan, rico en riquezas y tesoros, y detentor de la luz, encuentre un camino para sus retoños.

Guardián de nuestro pueblo, Padre de tierra y cielo. Los dioses poseyeron a Agni el dador de riquezas.[5]

Así mismo, en otro himno dedicado sólo a Agni, leemos:

Tan grande como la presencia de la alada Mañana es para el que vive junto a nosotros, Mâtarisvan.

Es lo que el Brâhman hace cuando se acerca al sacrificio y se siente a los pies del Hotar.[6]

Y en un himno dirigido a Visvedevas, se dice:

Dos perfectas fuentes de calor colman la trinidad (Threefold), y descienden porque su deleite es Mâtarisvan.

Deseando vehementemente la leche del cielo, se hacen presentes los dioses: bien conocen ellos la canción de alabanza y el Sâman.[7]

En las referencias de los poetas védicos a Mâtarisvan su personalidad aparece mal definida; pero, como su contrapartida griega, Prometeo, parece haber sido concebido, no como un hombre sabio que revelara a los demás humanos el fuego, sino como un semidiós que bajó el fuego del cielo, aunque no hay el menor atisbo de que ello supusiera un robo a los dioses.[8] A veces, el *Rigveda* parece querer identificarlo con Agni, esto es, con el Fuego, del que en otras partes se lo distingue.[9] En el *Atharvaveda*, las *Brahmanas* y en toda la literatura india posterior, el nombre de Mâtarisvan, por un curioso cambio de significado,

viene a designar al viento (Vayu); pero en este sentido nunca aparece usado en el *Rigveda*.[10]

Si preguntamos a que fenómeno natural puede corresponder Mâtarisvan, la más probable respuesta parece ser que fuera en un principio la personificación del rayo que, descendiendo del cielo, prende fuego en la tierra. Semejante interpretación parece aceptada por algunos doctos estudiosos.[11] Tal vez la leyenda griega de Hefestos caído de los cielos[12] pueda haber sido una expresión mítica del mismo fenómeno natural y con frecuencia repetido. De ser así esto, podríamos esperar hallar a Hefestos figurando como el portador del fuego a los hombres en la mitología griega; pero ningún mito de este tipo, hasta donde puedo saber, ha llegado hasta nosotros, aunque, según Platón, como ya hemos visto, fue de la forja de Hefestos de donde Prometeo robó el fuego que luego concedió a los hombres.[13]

XVII
RESUMEN Y CONCLUSIÓN

1. *Las tres edades*

Los relatos a los que hemos pasado revista bastan para demostrar que el problema del descubrimiento del fuego y de los modos de encenderlo han excitado la curiosidad y ejercitado el ingenio de los hombres en las más diversas edades y partes del mundo. En su conjunto, parecen indicar la creencia general de que, con respecto al fuego, la humanidad ha pasado por tres estadios: en el primero de ellos, los hombres ignoraban el uso e incluso la existencia del fuego; en el segundo aparecen ya familiarizados con el fuego y lo emplean para calentarse y cocinar su comida, pero ignoran aún los modos de encenderlo; en el tercero, han descubierto ya, y emplean regularmente, los medios de encenderlo por medio de uno o más métodos que siguen siendo, o lo fueron hasta hace poco, los que aún utilizan las más atrasadas razas de la humanidad. Correlativamente a estas tres fases culturales, los relatos implícitamente suponen tres edades sucesivas, a las que podemos llamar Edad Sin Fuego, Edad del Uso del Fuego y Edad del Encendido del Fuego. Por más que pueda haberse llegado a tales conclusiones tanto por especulación como por reminiscencia actual oralmente transmitida, parece altamente probable que dichas edades sean en lo sustancial correctas; ya que si, como generalmente se

acepta, la humanidad ha evolucionado gradualmente desde formas mucho más bajas de vida animal, es cierto que nuestros antepasados animales deben haber sido tan ignorantes del uso del fuego como lo son todos los animales, con excepción del hombre, en nuestros días; e incluso cuando una raza llegó a alcanzar un estadio que mereciera ser llamado humano, es verosímil que los hombres permanecieran aún largo tiempo ignorantes del uso del fuego y de los métodos de encenderlo. Así, podemos concluir que los mitos sobre el origen del fuego que hemos revistado, a pesar de los extravagantes y fantasiosos rasgos que adornan o desfiguran a muchos de ellos, contienen un sustancial elemento de verdad. Puede, pues, merecer la pena examinarlos más detenidamente como documentos declaradamente históricos.

2. *La edad sin fuego*

Muchas razas de hombres creen, como hemos visto, que en otros tiempos sus antepasados, o incluso la humanidad entera, carecían por completo del uso del fuego, y sufrían en consecuencia las durezas del frío y de la falta de medios para cocinar sus alimentos, que se veían obligados a comer crudos. Así, los aborígenes de Victoria hablan de un tiempo en que sus primeros padres no tenían fuego y vivían sumidos en profundo desamparo, porque no tenían forma de cocinarse su comida, ni había fuego de campamento en el que calentarse al amor de la lumbre cuando el tiempo era frío.[1] Los masingara de Nueva Guinea Británica dicen que en los primeros tiempos carecían de fuego y que su único alimento consistía en bananas y pescado desecado al sol: llegaron a quedar hartos de tan insípida y monótona dieta.[2] Los nativos de Yap, una de las Carolinas, afirman que en los tiempos antiguos tenían ñames y taro, pero aún no disponían de fuego con que cocinarlos; así que recocían sus ñames y su taro al sol, extendiéndolos sobre la arena, pero esto les hacía padecer fuertes retortijones de tripas.[3] Los ka-

chin de Birmania tienen una tradición según la cual al comienzo los hombres carecían de fuego; de ahí que tuvieran que comer su comida cruda, y tenían frío y estaban flacos.[4] A este mismo respecto, los buriatos de Siberia dicen que en los primeros tiempos los hombres no conocían el fuego, y no podían por tanto aderezar sus vituallas, pasándose el día hambrientos y muertos de frío.[5] Otro tanto alegan los wachagga de África Oriental, según los cuales los hombres de los tiempos antiguos ignoraban el fuego y se veían forzados a comer cruda su comida, incluidas las bananas, del mismo modo que los babuinos.[6] Según los shilluk del Nilo Blanco, hubo un tiempo en que nadie conocía el fuego. En aquellos días la gente solía recalentar sus vituallas al sol, y la parte superior de la comida, que resultaba parcialmente cocinada de este modo, era consumida por los hombres, mientras las mujeres consumían la parte inferior, que permanecía cruda.[7] Los jíbaros del Ecuador, en Sudamérica, dicen que en los tiempos antiguos sus antepasados no conocían el uso del fuego y aderezaban su comida calentando la carne en sus sobacos y entibiando las raíces comestibles en su boca, así como escalfando los huevos bajo los abrasadores rayos del sol.[8] Los indios sia de Nuevo México afirman que al principio la gente en la tierra carecía de fuego y empezó a cansarse de andar rebuscando entre la hierba como el ciervo y otros animales.[9] Los indios ojibway dicen que los primeros hombres carecían de inteligencia; no tenían ni vestidos ni fuego, y mientras la gente del sur no echaba demasiado de menos el carecer de ropa, las gentes desnudas del norte padecían el frío.[10] Igualmente, entre los indios whullemooch del estado de Washington y de Columbia Británica, los ancianos solían hablar de una época en la que sus antepasados carecían de fuego, y se veían obligados a pasar las noches a oscuras.[11]

Algunos pueblos, sin detenerse a resaltar las demás penurias de la Edad Sin Fuego, singularizan la necesidad de calentar su

comida al sol como si fuese la peor de las privaciones que la falta de fuego implicaba para la comunidad.[12] La insistencia en esta particular privación sugiere que el deseo de comida caliente es un instinto natural del organismo humano, a lo que probablemente la ciencia podría atribuir causas fisiológicas.

3. *La edad del uso del fuego*

Si hemos de fiarnos de las tradiciones de algunos pueblos, a la Edad Sin Fuego sucedió otra edad en la que los hombres estaban ya familiarizados con el fuego, pero no sabían aún el modo de encenderlo. Así, algunas tribus de Queensland refieren el modo como una tribu de negros accidentalmente logró adquirir el fuego por primera vez a partir del incendio provocado por un rayo; cómo este fuego le fue entregado para su custodia a una anciana, intimándola con todo rigor a que no lo dejara apagarse; cómo la anciana lo mantuvo vivo durante años, pero acabó dejándolo morir en una noche lluviosa; y cómo se vio obligada a vagar en busca del fuego por la espesura, completamente en vano, hasta que un día, perdiendo la paciencia, partió dos palos de un árbol e intentó desahogar su rabia frotándolos violentamente entre sí, con la imprevista consecuencia de que se produjo fuego a partir de este frotamiento.[13]

Así mismo, los habitantes de Mangaia, en el Pacífico, cuentan que sus antepasados de manera similar obtuvieron el fuego a partir de un gran incendio, que emplearon para cocinar su comida; pero cuando éste se apagó, no supieron cómo encenderlo de nuevo.[14] Los toradja del centro de Célebes refieren que en los comienzos, el Creador entregó el fuego al primer hombre y a la primera mujer, pero no les enseñó cómo producirlo; de modo que en aquellos primeros días la gente se mostraba muy cuidadosa en no dejar que se extinguiera el fuego del hogar, y cuando éste por descuido se apagaba, se encontraban conque no sabían como hervir su arroz.[15] Igualmente, los bushongo, nación que habita en el valle del río Congo, tienen una

tradición según la cual, en los viejos tiempos sus antepasados obtenían fuego de los incendios provocados por los rayos, pero no sabían cómo encender fuego por sí mismos.[16]

A la pregunta ¿cómo obtuvieron los hombres fuego por primera vez? los siguientes relatos nos proporcionan la respuesta: lo consiguieron de los incendios provocados por los rayos. De manera similar, los bakongo, de la cuenca baja del río Congo, dicen que el fuego les llegó por primera vez de arriba, por medio de un rayo, que fulminó un árbol y lo incendió.[17] Puede muy bien ocurrir que esta respuesta sea cierta para muchas tribus y razas de hombres; ya que cuando pensamos en la gran cantidad de árboles, matorrales y herbazales que debieron ser fulminados en el inconmensurable pasado de la humanidad, difícilmente podemos evitar concluir que esa ha sido la fuente de donde los hombres extrajeron el fuego antes de que fueran capaces de encenderlo por sí mismos.

Aun cuando los hombres llevan largo tiempo en posesión del fuego, siguen viéndose inclinados a mirar con particular temor y veneración al fuego que ha sido encendido por los rayos. Así, los oraon de Chota Nagpur, en la India, aunque generalmente no consideran al fuego como algo sagrado, piensan que el «fuego del rayo» (*bajar khatarka chich*) es «enviado por el Cielo». No hace muchos años, en la aldea de Haril, un árbol en cuyas ramas un agricultor oraon almacenaba su paja, fue alcanzado por un rayo e incendiado. Como consecuencia de lo cual, los oaron del poblado celebraron una asamblea y decidieron que, puesto que Dios había enviado aquel «fuego del rayo», todos los fuegos existentes en la aldea debían ser apagados, y una parte del «fuego enviado por el Cielo» debía ser preservada en cada hogar y utilizada para todo tipo de fines. Y así se hizo.[18] A pesar de lo cual, los oraon llevan largo tiempo familiarizados con el fuego, y antes de la introducción de las cerillas solían emplear para encenderlo el taladro de fuego; en realidad, cuan-

do penetran en la jungla, siguen empleando aun hoy el taladro, que está compuesto de dos trozos de madera fácilmente inflamable; uno de los cuales se pone sobre el suelo y se sujeta con el pie, mientras el otro se coloca verticalmente sobre una muesca practicada en el horizontal, y se hace girar sobre este último hasta que el serrín así producido se inflama y prende la yesca hecha con hojas secas o estopa colocada debajo.[19]

Otra fuente natural de la que determinados pueblos afirman haber extraído su fuego es la casual fricción de las ramas de los árboles, por efecto del viento. Así, los nativos de Nukufetau, o Peyster Island, en el Pacífico, dicen que los hombres descubrieron el fuego viendo surgir fuego del frotamiento de dos ramas secas, movidas por el viento.[20] Los kiau dusun, de Borneo del norte dicen que, frotándose entre sí por la acción del viento, dos crecidos bambús se inflamaron y que un perro que pasaba por allí cogió una de las cañas encendida y la llevó a casa de su amo, la cual al poco se incendió, y que el fuego no sólo asó unas cuantas mazorcas de maíz que se hallaban en la casa, sino que hizo hervir unas patatas que habían sido dejadas en remojo. Así, de un solo golpe, los dusun aprendieron a la vez cómo prender fuego y cómo utilizarlo para cocinar su comida.[21]

Como ya hemos visto,[22] Lucrecio sugería que los hombres podían haber obtenido su primer fuego del incendio provocado por un rayo, y que pudieron haber aprendido cómo encender fuego observando la ignición de las ramas a las que el viento hacía frotarse unas contra otras. Ambas sugerencias del poeta parecen confirmadas por los salvajes. Hace algunos años, cuando tuve el privilegio de discutir la forma de hacer fuego de los primitivos con el señor Henry Balfour en el Pitt Rivers Museum de Oxford, éste me dijo que el fuego se produce sin lugar a dudas en ocasiones, y sin intervención humana, como consecuencia del frotamiento de dos ramas bajo la acción del viento; el hecho, me dijo, ha sido repetidamente observado y descrito.

Otras fuentes naturales de las que algunos pueblos suponen que el hombre pudo originalmente haberse procurado el fuego son el sol, la luna y las estrellas. Así, los nativos de Victoria refieren cómo en cierta ocasión un hombre arrojó su lanza, con una cuerda atada a ella, contra las nubes; la lanza se clavó en ellas, el hombre subió por la cuerda y bajó fuego del sol a la tierra.[23] Una tribu de Queensland contaba la obtención del fuego a partir del sol de manera diferente. Caminaron hacia el oeste hasta el lugar donde se pone el sol y, en el momento mismo en que el radiante globo se hundía en el horizonte, pudieron arrancarle un trozo, llevándose el ardiente fragmento a su campamento.[24] Los isleños de las Gilbert dicen que el fuego se consiguió gracias al rayo solar que un hombre o héroe tomó en su boca.[25] Los indios thompson, de la Columbia Británica, sostienen que hace mucho tiempo no sabían cómo hacer fuego y pasaban mucho frío. Enviaron, pues, mensajeros al sol para conseguir fuego, y cuando el primer fuego se apagó, mandaron nuevos mensajeros que recibieron más provisión de fuego. Los mensajeros tuvieron que recorrer un largo camino, y algunos dicen que trajeron el fuego en el interior de conchas.[26] Según un relato, Prometeo se procuró el fuego encendiendo una antorcha en la llameante rueda del carro solar.[27] Los indios tolowa de California afirman que, tras la Gran Inundación que apagó todos los fuegos de la tierra, obtuvieron fuego nuevamente de la luna, a la que ascendieron por medio de un globo de telaraña sujeto a la tierra por una larga cuerda.[28]

Otros mitos conectan el origen del fuego con las estrellas más que con la luna. Los tasmanios parecen haber identificado a los hacedores del primer fuego en la tierra con las estrellas gemelas, Cástor y Pólux.[29] La tribu bunarong del estado de Victoria hacía remontar su posesión del fuego a los buenos oficios de un hombre que vivía en el cielo, y que en recompensa por sus buenos servicios fue transformado en el planeta Marte.

[30] La tribu wurunjerri, de Victoria, pensaba que las mujeres que habían conseguido el fuego por primera vez fueron elevadas al cielo y convertidas en las Pléyades.[31] Los boorong, tribu del noroeste de Victoria, afirmaban que el fuego había sido traído por primera vez a los nativos por un cuervo, al que identificaban con la estrella Canopus.[32]

Esta última leyenda nos introduce en un amplio grupo de mitos en los que el primer fuego se dice que fue traído a los hombres por algún ave o bestia. Ya que, curiosamente, muchos salvajes parecen creer que el fuego estaba en posesión de los animales antes de ser descubierto y usado por el hombre. Así, los indios tsimshian, de la Columbia Británica, dicen que cuando los hombres empezaron a multiplicarse sobre la tierra se sintieron desamparados porque no tenían fuego con que cocinarse sus comidas ni calentarse durante el frío invierno, mientras los animales tenían fuego en su poblado.[33] Aún con mayor frecuencia, no obstante, el fuego parece haber estado en posesión, no de los animales en general, sino de una especie en concreto, o de un solo individuo de determinada especie. Así, algunos de los aborígenes de Victoria tenían una tradición según la cual en los antiguos tiempos el fuego pertenecía en exclusiva a los cuervos que habitaban las montañas Grampianas, y dichos pájaros no dejaba a ningún otro animal hacerse con lumbre.[34] En otra parte de Australia, los nativos contaban que mucho tiempo atrás un pequeño bandicoot era el único poseedor de un tizón encendido, que guardaba con el mayor celo, llevándolo consigo a todas partes donde iba, sin prestárselo nunca a nadie.[35] Algunas tribus de Nueva Gales del sur pensaban que la rata de agua y el bacalao habían sido los primeros poseedores del fuego, que celosamente guardaban en un claro entre los juncales del río Murray.[36] Según los kabi, tribu de Queensland, el áspid sordo tenía antaño en exclusiva la posesión del fuego, que guardaba en su interior.[37] Los booandik, tribu del sur de

Australia, tenían una tradición según la cual el fuego se había originado en la roja cresta de una cacatúa, y dicho pájaro, afortunado poseedor de tan valioso don, lo guardaba para su solo beneficio, sin comunicárselo siquiera a las restantes cacatúas, que se hallaban enfadadas con ella por su egoísmo.[38] Los arunta del desierto Central de Australia dicen que en tiempos muy lejanos, a los que dan el nombre de Alcheringa, un euro gigante llevaba el fuego en el interior de su cuerpo, mientras que el cazador que lo perseguía carecía por completo de fuego; no obstante, pudo matar al euro, y extraer el fuego de su cuerpo.[39] En la isla de Badu, en los estrechos de Torres, hablan de un cocodrilo que guardaba el fuego en un extremo de la isla, mientras un hombre que vivía en el extremo opuesto carecía por entero de él.[40]

Los tapíete, tribu sudamericana del Gran Chaco, dicen que en los primeros días sus antepasados no tenían fuego, pero el buitre negro sí lo tenía, habiendo obtenido tan preciado bien gracias al rayo.[41] Según los mataco, indios del Gran Chaco, el jaguar se hallaba en posesión del fuego y lo guardaba para que el hombre no pudiera hacerse con él.[42] Los indios bakairi del Brasil Central afirman que en los primeros días del mundo, el Señor del Fuego era el animal al que los naturalistas dan el nombre de *Canis vetulus*,[43] Los tembe, tribu india del nordeste del Brasil, dicen que el fuego estaba en los antiguos tiempos en posesión del rey de los buitres, y que por falta de él sus antepasados tenían que secar al sol la carne que querían comer.[44] Según los arekuna, indios del norte del Brasil, hubo un tiempo, antes de la Gran Inundación, en que sus antepasados carecían de fuego y se veían obligados a comer cruda toda su comida, si bien el fuego se hallaba en posesión de un pequeño pájaro al que los naturalistas llaman *Prionites momota*.[45] Los indios cora de México cuentan cómo en los antiguos tiempos la iguana, especie de lagarto, se hallaba en posesión del fuego, y cómo, tras

haberse peleado con su esposa y su suegra, se encastilló en el cielo, llevándose consigo el fuego, de modo que no quedó nada de dicho elemento en la tierra.[46] Los apache jicarilla de Nuevo México, dicen que cuando sus antepasados emergieron de su morada en el Mundo Inferior, se hallaban desprovistos de fuego, pero las luciérnagas disponían de él.[47] Los indios nootka o aht, de la isla de Vancouver, afirman, según una leyenda, que poco después de la creación el fuego ardía sólo en la morada de la jibia; pero según otra versión del mismo mito, eran los lobos los que poseían al comienzo el fuego.[48]

Pero mientras en algunos mitos el fuego es presentado como la única posesión de ciertos animales que la guardan celosamente para sí, en muchas otras historias es un animal o un pájaro el agente a quien los humanos deben el conocimiento y el uso del fuego, habiendo dicha criatura robado, o sustraído de algún otro modo, el fuego a su original poseedor, ya fuera bestia, pájaro o ser sobrenatural, para luego otorgársela a la humanidad, o en todo caso, para hacer de ella un uso que los hombres pudieran compartir. Así, según algunos aborígenes de Victoria, fue un pequeño pájaro, diversamente descrito como el reyezuelo cola de fuego o el pinzón cola de fuego, el que primero aportó el fuego a los hombres, bien fuera tras haberlo cogido del cielo, o habiéndoselo robado a los cuervos, que eran sus únicos poseedores; pero el pájaro conserva aún una mancha roja en su lomo, en el lugar donde el fuego lo quemó.[49] En algunos mitos australianos es el halcón el que, de una manera u otra, actúa como agente en la procuración del bien del fuego a la humanidad;[50] en otros, este mismo papel lo representa la cacatúa.[51] Según la tribu boorong, de Victoria, fue la corneja la que entregó por vez primera el fuego a los hombres;[52] y estos mismos pájaros figuran en otras historias australianas sobre el origen del fuego.[53]

En la isla de Kiwai, frente a la costa de Nueva Guinea, los nativos dicen que el primer fuego les fue llevado por una cacatúa negra, y que el ribete rojo que rodea su pico muestra aún el lugar donde se quemó al transportar en su pico el tizón encendido.[54] No obstante, en otras partes de Nueva Guinea Británica es al parecer el perro el que aparece en la mayor parte de las leyendas como portador del fuego a los hombres.[55] Los habitantes de Wagifa, una pequeña isla del archipiélago de Entrecastaux, declaran que el fuego les fue traído por un perro, que cruzó el estrecho con un tizón encendido atado al rabo.[56] En un mito que cuentan los isleños de Andamán, el martín pescador se dice que robó el fuego a un ser mítico llamado Bilik, y se lo trajo a la humanidad; pero Bilik le arrojó una brasa al ladrón que fue a acertarle en la parte trasera del cuello, y la mancha de brillantes plumas rojas que aún muestra en tal lugar marca el sitio donde la brasa lo quemó.[57] Pero en otro mito andamanés es la paloma de alas de bronce la que aparece robando el fuego a Biliku (*sic*), y se lo entrega luego a la gente.[58]

Los menri de la península Malaya dicen que el primer fuego les fue llevado por un pájaro carpintero; de ahí que nunca maten a los pájaros carpinteros, porque gracias a esta ave pueden calentarse y cocinar su comida.[59] Algunos de los semang de la península Malaya creen que el mono de los cocoteros robó el fuego a su Ser Supremo que vive en el cielo y fabrica el trueno; con este fuego robado, el mono incendió la sabana, poniendo así el fuego al alcance de la humanidad, si bien al huir del incendio los antepasados de las tribus pigmeas fueron alcanzados por las llamas, que les chamuscaron el pelo, y ésa es la razón de que los pigmeos tengan el pelo rizado hasta este día.[60] Según los buriatos de Siberia, una golondrina robó el fuego a Tengri, que es el Cielo, y se lo trajo a los hombres. Pero Tengri montó en cólera y disparó al pájaro con su arco; la flecha partió en dos la cola del ave, de ahí que aun hoy la golondrina tenga la cola

partida.[61] En Ceilán la leyenda cuenta que el cazamoscas negro-azulado de cola de golondrina trajo el fuego del cielo para beneficio del hombre.[62]

Los bakongo del África occidental dicen que, cuando aún no había fuego en la tierra, un hombre envió a un chacal a traer fuego del sol poniente, pero el animal nunca más volvió.[63] Los shilluk del Nilo Blanco refieren cómo, en los días en que la tierra aún no tenía fuego, envolvieron en paja la cola de un perro y lo enviaron a traer fuego de la tierra del Gran Espíritu; el perro volvió con la cola en llamas, y desde entonces los shilluk han tenido siempre fuego.[64]

Los chiriguano de Bolivia afirman que, tras la Gran Inundación, cuando todos los fuegos de la tierra se habían extinguido, los hombres consiguieron lumbre gracias al sapo, que antes de subir las aguas se había escondido en un agujero, llevando consigo algunas brasas encendidas, que mantuvo vivas todo lo que duró la inundación soplando sobre ellas.[65] Los indios choroti del Gran Chaco dicen que, cuando se hallaban en similar tesitura tras la Gran Inundación, consiguieron fuego de un buitre negro que había preservado el elemento en su nido por encima del nivel de las aguas.[66] Los indios tapíete, otra tribu del Gran Chaco, profesan que cuando el buitre negro tenía fuego y ellos no lo tenían, una rana se apiadó de ellos, robó un poco del fuego con que el buitre se calentaba y se lo llevó a los indios en la boca.[67] Los indios matako, otra tribu del Gran Chaco, dicen que deben la posesión del fuego al cobaya, que le robó el fuego al jaguar, quien lo poseía y usaba antes que los hombres; no es que el cobaya les transmitiera a los hombres tan preciado bien, sino que, al usarlo para cocinar su propia comida, inadvertidamente prendió fuego a la hierba, y del incendio que esto provocó accidentalmente consiguieron los mataco su primer fuego.[68] Los bakairi del Brasil Central afirman que el primer fuego le fue procurado a la humanidad por un pez y un caracol, o más

bien, por dos grandes hermanos gemelos que habían adoptado temporalmente la forma de dichos animales, y bajo tal disfraz se lo habían robado al animal (*Canis vetulus*) que era el Señor del Fuego en los primeros días del mundo.[69] Según los jíbaros del Ecuador, el primer fuego les fue aportado por el colibrí, quien se lo había robado al único hombre que lo poseía, y que se lo guardaba para sí.[70]

Los indios sia de Nuevo México dicen que fue el coyote quien les procuró el fuego, robándoselo para ellos a la araña, quien vivía en una morada bajo tierra y había puesto a la serpiente, al puma y al oso a guardar el fuego contra todo advenedizo; pero el coyote halló a los centinelas, y a la misma araña, profundamente dormidos; antes de que los durmientes pudieran darse cuenta, ya el coyote se había escapado con el fuego.[71] En algunos de los mitos que cuentan las tribus indias del sureste de los Estados Unidos, el conejo es el animal que procuró a los hombres su primer fuego.[72] Los siux y otras tribus indias del Mississipi tienen una tradición según la cual, tras la Gran Inundación, la única pareja que sobrevivió a la catástrofe recibió el fuego de un pequeño pájaro gris que misericordiosamente les había sido enviado por el Gran Espíritu con el precioso don. De ahí que los indios respeten a esa especie de pájaro y nunca lo maten, y que incluso se pinten dos pequeñas barras a cada lado de los ojos a imitación de las barras que el pájaro luce en torno a los suyos.[73] Según los indios nootka o aht, de la isla de Vancouver, el primer fuego fue robado por el venado a la jibia o a los lobos, que eran los únicos que lo poseían en los primeros días del mundo.[74] En otras leyendas indias de la América noroccidental, el ciervo figura igualmente como la criatura que robó el fuego para los hombres y se lo trajo; y, así mismo, el ciervo muestra un rabo corto y negro debido a que el fuego se lo quemó.[75] Entre los indios que cuentan esta historia acerca del ciervo están los kwakiutl de la isla de Vancouver, pero en

otra versión del mismo mito afirman que fue el visón quien les procuró el fuego a los humanos, robándole su hijo al jefe de los Espíritus, y obligando al jefe a darle fuego en rescate por el niño.[76] Un cuento similar cuentan los nanaimo de la isla de Vancouver.[77] Entre algunos de los indios de la Columbia Británica y Alaska, el primer portador del fuego es el cuervo, pájaro que juega un gran papel en la mitología de estas tribus norteñas, y el modo como se las ingenió para sustraer el precioso elemento es tema de más de un cuento maravilloso.[78] Los esquimales del Estrecho de Bering profesan igualmente haber aprendido el arte de encender fuego del cuervo.[79]

En Francia es el reyezuelo o el petirrojo quien se dice que bajó el fuego del cielo, y las rojas plumas del pecho del petirrojo se explican como la marca de la quemadura que el fuego produjo en su plumaje.[80]

Pero en muchos de los mitos se dice que el fuego fue bajado del cielo, no por un simple pájaro o bestia, sino por los esfuerzos conjuntos de toda una serie de animales, que colocándose en fila fueron pasándose el fuego de uno a otro, según cada uno iba quedando agotado en la carrera. O igualmente se nos cuenta que una serie de animales intentaron realizar la ardua tarea, consiguiendo concluirla sólo uno. Así, para ilustrar estos mitos de transporte cooperativo del fuego, en un mito australiano vemos al halcón y a la paloma cooperar en el robo del fuego al bandicoot.[81] En un mito que cuentan los isleños de los estrechos de Torres, la serpiente, la rana y varios tipos de lagartos intentan robar el fuego, y es finalmente el lagarto de cuello largo el que lo logra y nada con el fuego en su boca hasta la isla, capacitándolo su largo cuello para poder sacar la cabeza por encima de las olas.[82] Una leyenda similar cuentan los masingara de Nueva Guinea Británica.[83] En Kiwai, isla situada frente a la costa de Nueva Guinea, los nativos cuentan cómo los animales, uno tras otro, intentaron traer el fuego de la isla-continen-

te; el cocodrilo, el casuario y el perro, todos fracasaron; tocó entonces el turno a los pájaros, hasta que finalmente fue la cacatúa negra la que lo logró, si bien hasta estos días conserva un ribete rojo en la zona de la boca donde el fuego la quemó.[84] En un mito que, a este mismo Respecto, cuentan los motu de Nueva Guinea, la serpiente, el bandicoot, el canguro y un pájaro fracasan en el intento, y el perro lo consigue.[85] Los tsuwo, tribu montañesa de Formosa, cuentan una historia similar para explicar cómo sus antepasados obtuvieron el fuego tras la Gran Inundación: el chivo se ahogó, en un grande intento de llevarles el fuego, pero el *taoron* se lo llevó sano y salvo a tierra, y en su alegría la gente empezó a acariciarlo, razón por la que dicho animal tiene en nuestros días una piel tan sedosa y un tamaño tan reducido.[86] Los thai de Siam refieren que tras la Gran Inundación sus antepasados se hallaban en las habituales dificultades para conseguir recuperar el fuego, y cómo despacharon al búho y a la culebra para traérselos; pero dichos animales se entretuvieron por el camino, y nunca consiguieron alcanzar su destino. Tras esto, el tábano voló hasta el cielo y pudo traer, no ciertamente el fuego mismo, sino el secreto de cómo encenderlo, tras haber astutamente espiado al Señor de los Cielos en el acto de hacer fuego con sus propias y divinas manos.[87]

Los nativos de las islas del Almirantazgo cuentan una historia según la cual, cuando aún no había fuego en la tierra, una mujer envió al águila marina y al estornino a traer fuego del cielo. Ambos pájaros volaron hasta el cielo y fue el águila marina la que cogió el fuego; pero, al volver a la tierra el águila le pasó el fuego al estornino, quien se lo puso en la parte trasera de su cuello, quemando el fuego esta parte del pájaro.[88]

Los ba-ila de Rodesia del norte cuentan cómo, cuando no había aún fuego en la tierra, el buitre, el águila pescadora, la corneja y la avispa albañil determinaron sustraerle el fuego a Dios, quien entonces residía en alguna parte del Cielo. Hasta

allá remontaron el vuelo, pero algunos días después sólo los huesos mondos del buitre, el águila y la corneja cayeron a tierra, mientras la avispa albañil proseguía su peligroso camino sola. Llegada que fue al cielo tuvo una amistosa entrevista con la Divinidad, quien le otorgó su bendición, y presumiblemente, el fuego.[89]

Los indios cora de México refieren que el fuego estaba originalmente en poder de la iguana, y que, como consecuencia de una penosa pelea con su mujer y su suegra, el animal se trasladó al cielo, de modo que la gente de la tierra quedó privada de un elemento tan necesario. En tal emergencia, los humanos apelaron a los pájaros y a los animales para intentar recuperar el fuego y bajarlo del cielo. El heroico cuervo sacrificó su vida en vano; el colibrí falló, y lo mismo ocurrió con los restantes pájaros, uno tras otro. Finalmente, el opposum consiguió subir al cielo y robar el fuego al anciano mientras dormía.[90] Los navajos de Nuevo México dicen que en los tiempos en que los animales tenían fuego y los hombres no, el coyote, el murciélago y la ardilla se pusieron de acuerdo para procurarles fuego a sus amigos, los indios. Así, mientras los demás animales jugaban en torno al fuego, el coyote consiguió robar unas cuantas brasas llameantes y se escabulló con ellas, perseguido de cerca por los demás animales. Cuando estaba a punto de caer exhausto, le pasó el fuego al murciélago, y cuando éste estaba a punto de fenecer, se lo pasó a la ardilla, quien en razón de su gran agilidad y resistencia, se las arregló para llevarles el fuego sano y salvo a los navajos.[91] Este mito del fuego transportado por animales que se relevan en la carrera se halla ampliamente difundido entre los indios de Norteamérica; lo volvemos a encontrar, con variaciones de detalle, entre los ute de Utah,[92] entre los karok de California,[93] entre los thompson de Columbia Británica,[94] y más al norte entre los kaska, también de Columbia Británica, pero ya en las laderas árticas de las montañas.[95]

Este tipo de mito tiene un análogo en la leyenda francesa que nos cuenta cómo el reyezuelo, tras haber robado el fuego del cielo, se vio obligado a pasar su preciosa carga al petirrojo, quien a su vez tuvo que entregarlo a la alondra, la cual lo trajo sano y salvo a la tierra.[96]

Un mito, también de tipo cooperativo, pero sin relevo, se cuenta entre los indios cherokee. Dicen que en los comienzos el único fuego que había en la tierra se hallaba depositado en el interior de un sicomoro hueco, que crecía en medio de una isla. De modo que los animales, que en aquellos tiempos necesitaban el fuego tanto como los hombres, se juntaron a deliberar cómo podrían conseguirlo. El cuervo voló sobre el agua hasta el árbol, pero según estaba revoloteando sobre él, el fuego le chamuscó las plumas hasta volvérselas negras. La pequeña coruja fue la que seguidamente intentó la empresa, pero cuando se hallaba observando el árbol, una bocanada de aire abrasador por poco le quema los ojos, que desde entonces le han quedado de color rojo. Los siguientes en el intento fueron la lechuza y el cárabo, pero tampoco consiguieron mucho más, ya que el humo del árbol casi los priva de la vista, y dejó en torno a sus ojos unos círculos de ceniza blancos que no han sido capaces de quitarse desde entonces, a pesar de lo mucho que se los frotan. Cuando los pájaros habían fallado en sus sucesivos intentos, la pequeña culebra negra y la gran serpiente negra, una tras otra, penetraron en el hueco del sicomoro; pero el humo las ahogó y las llamas les chamuscaron la piel, dejándosela negra hasta nuestros días. Finalmente, la araña de agua, corriendo sobre la superficie del lago, llegó hasta la isla y trajo el fuego en un cuenco tejido con su hilo, que colocó sobre su propio cuerpo.[97]

Los indios nishinam de California cuentan que, cuando el fuego se hallaba escondido en algún sitio lejano del oeste, el murciélago propuso al lagarto ir a robarlo. El lagarto aceptó la propuesta y robó el fuego, pero cuando escapaba con él pren-

dió accidentalmente la hierba de la pradera y tuvo que correr delante del incendio para salvar su vida; y el murciélago tuvo a su vez un merecido castigo, como instigador del robo, ya que el fuego casi llegó a dejarlo ciego, y aunque el lagarto le aplicó un emplasto de brea sobre los ojos, el remedio tuvo poco efecto, por lo que el murciélago sigue casi ciego hoy en día, y está tan negro que no hay más que mirarlo para darse cuenta de que fue chamuscado por el fuego.[98] Los indios maidu de California refieren que el ratón, el ciervo, el perro y el coyote fueron a robarle el fuego al Trueno, que lo guardaba en algún lejano lugar del oeste. El robo fue exitosamente perpetrado; el perro escondió un poco del fuego en su oreja, mientras el ciervo transportó otro poco en sus jarretes, en el sitio donde aún hoy puede vérsele una mancha roja, sin duda el mismo lugar donde el fuego lo quemó.[99]

Si preguntamos por qué en estos mitos la procuración del primer fuego es atribuida con tanta frecuencia a animales o pájaros, a los que incluso los salvajes pueden ver absolutamente desprovistos de dicho elemento en la actualidad, la respuesta más probable parece ser que estas historias están primordialmente destinadas a explicar determinadas coloraciones u otras características de los animales, que el hombre primitivo atribuye a la acción del fuego, y que sólo secundariamente tienen como fin explicar el origen o el descubrimiento del fuego. Si esta forma de ver el problema resulta correcta, los mitos en cuestión resultan ser más zoológicos que físicos. Y con respecto a ellos no debemos olvidar que el salvaje, a cuya cruda filosofía hay que referir *estos* mitos, está muy lejos de poder discriminar de manera tajante al hombre de los animales inferiores; por el contrario, claramente atribuye a estos últimos una vida y una inteligencia estrechamente semejante a la suya; de ahí que no vea incongruencia alguna en atribuir a los animales la posesión y el uso del fuego, ni tampoco en la idea de que los poseyeran

antes que el hombre, y fueran en verdad los agentes instrumentales por los que el hombre llegó a adquirirlo.

Podríamos naturalmente suponer que entre las fuentes de las que el hombre primitivo obtuvo su fuego antes de conseguir producirlo por sí mismo están los volcanes, si bien en los mitos sobre el origen del fuego pocas veces aparecen los volcanes mencionados o aludidos como fuentes o agencias. La principal excepción a esta regla general nos la proporciona probablemente un mito polinesio, que regularmente representa al fuego como traído por algún gran héroe del Mundo Inferior, donde ha tenido un encuentro con un ser formidable, que suele ser el dios o la diosa del fuego; en la versión samoana del mito, como ya hemos visto, este dios del fuego es así mismo el dios de los terremotos, y el relato de cómo repentinamente hizo volar su horno y desparramó sus piedras todo en derredor, bien puede ser la descripción mítica de una erupción volcánica.[100] En conexión con esto, debemos recordar que Hawai es la sede de uno de los más temibles volcanes del mundo; no hay pues que asombrarse de que la gente que vive bajo su sombra y ha venido presenciando sus tremendas erupciones, asocie sus mitos sobre el origen del fuego con la montaña ardiente y su gran caldera de llameante lava.

Igualmente, en un mito sobre el origen del fuego de los indios babine, que habitan en el interior del territorio norte de la Columbia Británica, se hace mención de una columna de fuego que se vio salir de una montaña, seguida de lenguas de fuego.[101] Esto, como ya antes he sugerido, puede bien ser una reminiscencia del humo y las llamas arrojadas por alguno de los volcanes que existen en esa zona de Norteamérica.

La curiosa idea de que el fuego vino originalmente del mar, que encontramos en dos mitos paralelos, procedentes de Ontong Java y de las islas Gilbert,[102] puede haber sido sugerida por el maravilloso e impresionante espectáculo del llameante

mar tropical con sus destellos de luz fosforescente, visto de lejos; y, puesto que el espectáculo no se halla sólo limitado a la zona del trópico, también puede ser fuente tanto del mito mootka según el cual el fuego ardía tan sólo al principio en el hogar de la jibia,[103] como del mito haida que cuenta como el cuervo llevó a tierra el fuego desde el fondo del mar, donde había estado expuesto a los ataques de peligrosos peces.[104]

4. *La edad del encendido del fuego*

Los mitos de origen del fuego relatan, como ya hemos visto, el modo como los hombres, tras obtener y usar el fuego, probablemente durante largo tiempo, sin saber cómo producirlo, descubrieron finalmente uno o más métodos de los que aún hoy los salvajes emplean para encenderlo, o al menos de los que empleaban hasta que los más refinados procesos introducidos por la civilización empezaron a relegarlos. De los modos primitivos de encender fuego, los dos más comunes son la fricción de maderas y la percusión con piedra, y ambos aparecen mencionados en los mitos sobre el origen del fuego. De ambos procesos el frotamiento con maderas es con mucho el más empleado, y también el más mencionado en los mitos. Consecuentemente, debemos considerarlo el más antiguo.

La fricción con madera se aplica a la obtención del fuego de las más variadas formas, de las cuales tres son las más comunes, a saber, el taladro de fuego, la sierra de fuego y el enchufe de fuego (o el palo con ranura). De los tres, el más ampliamente usado entre las razas más atrasadas de la humanidad es el taladro; no hay pues que asombrarse de que sea éste, por tanto, el más mencionado en los mitos.[105]

En su forma más simple, el taladro de fuego está formado por dos palos, uno de los cuales está afilado y es sostenido verticalmente, presionando con su punta sobre otro que suele estar tumbado sobre el suelo; el palo vertical, o taladro propia-

mente dicho, se hace girar perpendicularmente sobre el otro rápidamente, entre las palmas de las manos, hasta que llega a perforar un agujero en el palo tumbado, y por su continua fricción llega a generar, primeramente humo, y luego fuego, que es alimentado y convertido en llama mediante yescas de diverso tipo.

En esta forma simple, o mejorada con varios artilugios mecánicos, tales como una cuerda o correa atada en tomo al taladro, que incrementa la rotación tirando de ambos extremos, el taladro de fuego alcanzó una inmensa difusión entre todos los pueblos del mundo, habiendo sido usado no sólo por las tribus salvajes o bárbaras de Tasmania, Australia, Nueva Guinea, África, América y Asia, sino también por las razas civilizadas de la antigüedad, e incluso en los tiempos modernos, por los habitantes de Egipto, la India, Japón y Europa.[106]

Si preguntamos de qué modo la humanidad pudo descubrir el modo de producir fuego mediante el taladro de madera, la respuesta más simple y probable nos la proporciona uno de los mitos de origen. Como ya hemos visto, los basongo meno, grupo de tribus africanas del valle del Congo, dicen que desde los tiempos más antiguos construían sus trampas para peces con nervaduras de palma. Un día, un hombre que se hallaba construyendo una de esas trampas, quiso perforar un agujero en una de las nervaduras, y usó para ello un palo aguzado. Durante el perforado, salió fuego, y así descubrió el modo de producirlo.[107] Si tomamos en cuenta la frecuencia con que, antes del descubrimiento de los metales, el hombre debió de usar trozos de madera para abrir agujeros en otras maderas, probablemente nos veremos obligados a admitir que de este modo pudo fácilmente llegarse a descubrir, de forma accidental, el taladro para producir fuego, no una, sino muchas veces en la historia de la humanidad, como consecuencia de lo cual habrá que admitir también que muchos pueblos pudieron dar con dicho

método de forma independiente; de modo que no necesitamos recurrir a la hipó tesis de un descubrimiento único, un Prometeo solitario, del que la entera humanidad recibió tan inapreciable bien.

Es posible que el uso del taladro de fuego pueda explicar ciertos rasgos peculiares de algunos mitos sobre el origen del fuego. Así, en algunos de ellos se dice que el fuego fue extraído, según el caso, o bien del sexto dedo de la mano derecha de una mujer,[108] o de entre el índice y el pulgar de la mano derecha de una mujer,[109] o de entre el pulgar y el índice de la mano izquierda,[110] o de entre el pulgar y el índice de la mano derecha de una mujer,[111] o de entre el pulgar y el índice de la mano derecha de un hombre,[112] o de la punta del índice de la mano derecha de un niño,[113] o de las uñas de los dedos de las manos y los pies de una diosa del fuego,[114] o de los dedos de una deidad del fuego.[115] Tal vez la idea de que el fuego pueda extraerse de una mano fue sugerida por el girar del taladro entre las palmas de un operador, de modo que el palo vertical llegara a ser interpretado como un dedo llameante; mientras que la idea del fuego surgiendo del espacio situado entre el índice y el pulgar puede haber surgido de la observación del taladro girando en una posición que, sin forzar demasiado la imaginación, podía describirse como situada entre dichos dos dedos.

Por otro lado, la idea de que el fuego pudiera surgir del cuerpo de una mujer, y concretamente de sus órganos genitales,[116] encuentra fácil explicación en la analogía que, como ya hemos visto,[117] muchos salvajes establecen entre el taladro de fuego, por un lado, y el intercurso de los sexos, por otro. En tales casos, el palo horizontal, al que el taladro perfora, es considerado como femenino, mientras que el palo perpendicularmente tieso, o taladro propiamente dicho, se considera masculino; de modo que sobre tal analogía puede decirse que el fuego producido por el taladro surge de un cuerpo femenino, y concreta-

mente de su zona genital, que en el taladro de fuego se representa por el agujero que el palo vertical perfora. La analogía es claramente reconocible, y en la práctica se lleva a cabo aun hoy en el ritual mediante el cual el brahmán sacerdote del fuego (*agnihotra*) y su esposa encienden el fuego mediante un taladro de fuego. La noche antes de hacer el fuego, el perforador o parte superior del taladro (*arani*) queda a cargo del sacerdote, mientras que la parte inferior se encomienda a la mujer, y ambos duermen con dichas partes esa noche, «simbolizando el proceso de encender el fuego al coito». A la mañana siguiente, encienden juntos el fuego sagrado; el sacerdote sostiene con firmeza el perforador, de modo que la punta no pueda salirse del agujero practicado en la tabla de base, mientras su mujer hace que gire tirando de la cuerda enrollada en él hasta que se produce llama y ésta se comunica a la yesca. Ambos, marido y mujer están sometidos a tabús especiales, mientras realizan este sagrado deber.[118]

La misma analogía puede servir también para explicar por qué en los mitos las mujeres aparecen representadas a veces como propietarias del fuego antes que los hombres.[119] Ya que el fuego que se extrae del palo yacente mediante el girar del taladro es interpretado de manera natural por el salvaje como existente en dicha madera antes de ser extraído por el taladro, o, en lenguaje mítico, como inherente a la mujer, antes de ser extraído por el macho; del mismo modo que el salvaje se imagina que el fuego se halla almacenado en el interior de los árboles de los que se extrae fuego por frotamiento. De modo que el primitivo consideraba perfectamente natural concluir que el fuego había sido poseído por las mujeres antes de llegar a ser poseído por los hombres.

Pero el taladro de fuego, aunque es el más común, no es el único instrumento usado por los salvajes para producir fuego por frotamiento. Otro instrumento es la sierra de fuego, de la

que existen dos tipos, la rígida y la flexible. La sierra de fuego rígida consiste en una pieza de madera o bambú que se frota hacia adelante y hacia atrás, pasándola a través de otro trozo de madera o bambú, hasta que surge fuego. En este aparato el material más empleado es el bambú, cuya capa silícea permite una rápida obtención del fuego por frotamiento. Un trozo aguzado de bambú se introduce de través en otro trozo de bambú convexo, haciéndolo pasar de lado a lado y dándole un movimiento de sierra, mientras el serrín así obtenido va cayendo sobre una yesca situada debajo. El señor Henry Balfour me ha informado que es éste el más sencillo de todos los métodos de hacer fuego; él mismo ha podido producirlo en cuarenta segundos. El instrumento es, o ha sido, empleado por los nativos de varias partes del archipiélago Malayo, las islas Filipinas, las islas Nicobar, Birmania, la India, y algunas regiones de Europa.[120] El difunto William Crooke sugería que «la producción de fuego por frotamiento se les ocurre de manera natural a las razas selváticas, que deben haber observado con frecuencia la inflamación de las cañas de bambú al frotarse unas contra otras bajo el calor del verano. A partir de esto debe haberse desarrollado el muy primitivo taladro de fuego o *asgara* que usan aún en nuestros días los cheros, korwas, bhuiyas y otros habitantes dravidianos de la jungla. Estos pueblos aún en estos días siguen produciendo fuego de este modo. Se practica una pequeña cavidad redonda en un trozo seco de bambú, en el que dos hombres alternativamente hacen girar con las palmas abiertas un segundo trozo de madera del mismo árbol afilado. Humo, y al muy poco tiempo, fuego, surgen de este modo, y las chispas vienen a caer sobre una hoja seca o algún otro tipo de yesca disponible».[121]

La sierra de fuego flexible está formada por un trozo lábil de caña, liana u otro material similar, que se pasa con movimiento de sierra por el agujero practicado en una caña de bambú o un trozo de madera, produciéndose durante el proceso serrín y ca-

lor suficiente como para que éste se inflame y llegue a arder. A partir del serrín inflamado, es fácil hacer saltar la llama con ayuda de hojas secas o algún otro tipo de yesca disponible. La difusión geográfica de este modo de encender fuego ha sido cuidadosamente estudiada por el señor Henry Balfour. La rastrea desde las colinas Naga, en Assam, pasando por las colinas Chittagong, en Annam, y la Península Malaya, hasta Borneo y Nueva Guinea, y subraya su empleo en Europa, particularmente en Suecia, Alemania y Rusia, para la producción ceremonial de un fuego nuevo conocido habitualmente como «fuego indispensable».[122]

Tanto la sierra de fuego flexible como la rígida son mencionadas en diversos mitos sobre el origen del fuego. Así, nos encontramos con la sierra flexible en una leyenda kiwai que relata cómo un espíritu enseñó en sueños a un hombre a hacer fuego, serrando un trozo de madera con la cuerda de su arco;[123] y otra historia kiwai refiere el modo como de manera accidental un niño descubrió el modo de producir fuego, serrando una plancha de madera en dos con una cuerda de bambú.[124] Por otro lado, la sierra de fuego rígida aparece en una leyenda de los toradja del centro de Célebes, que cuenta cómo el Señor del Cielo hizo fuego frotando entre sí dos trozos de bambú;[125] y una historia similar se cuenta habitualmente entre los thay o tai de Siam.[126] Igualmente, los kachin de Birmania dicen que en los primeros días del mundo, un espíritu enseñó a los hombres a producir fuego, haciendo que un hombre y una mujer frotaran dos trozos de bambú.[127] Según los kiau dusun de Borneo del norte, el primer fuego se produjo espontáneamente como consecuencia del frotamiento de dos altas cañas de bambú, movidas por el viento,[128] fenómeno que, como hemos visto, parece ser bastante frecuente en la jungla.[129] De ahí que resulte perfectamente posible que en muchos casos ésta haya podido ser realmente la fuente de donde los salvajes han conseguido su

primer fuego y aprendido el modo de encenderlo. Si esto fue así, el área donde el fuego se obtuvo así por primera vez debe haber sido el del hábitat del bambú, y por tanto probablemente los trópicos.

Otro modo como los salvajes consiguen fuego por fricción de maderas es el conocido como enchufe de fuego o método del «palo y la ranura». Consiste en frotar la punta de un palo contra la ranura practicada en otra hasta que se produce por fricción, primero calor y luego llama. Este simple aparato se encuentra con mayor frecuencia entre los isleños del Pacífico, especialmente en Polinesia, aunque también en Melanesia, Nueva Guinea y Borneo.[130] Más raramente se lo encuentra en África[131] y América.[132] Sin duda se hace implícita referencia a él en algunos de los mitos recogidos en este volumen, aunque los compiladores de mitos parecen haberlo escondido bajo expresiones tan vagas como «frotamiento de maderas», «fricción de dos palos entre sí» y frases por el estilo, que podrían aplicarse igualmente al taladro de fuego, aparato bien distinto.

Al extraer su fuego de forma habitual del frotamiento del bambú o la madera, el hombre primitivo llegó a concluir de manera natural que el fuego es algo que está almacenado en el interior de los árboles, o al menos en aquellos árboles cuya madera emplean habitualmente para ese menester; de ahí que muchos de los mitos sobre el origen del fuego intenten explicar de qué modo el elemento ígneo fue depositado en los árboles. A veces se dice que fue depositado en ellos por un rayo que los fulminó y posteriormente incendió.[133]

En muchos de los mitos se dice que el fuego fue depositado en árboles de una especie particular o extraído de ellos por frotamiento. Entre los árboles mencionados en relación con una u otras de estas posibilidades, se menciona la xanthorrea,[134] el bambú,[135] el hibisco,[136] la *Eugenia*,[137] el cocotero,[138] el árbol del pan,[139] la *Cordia*,[140] la *Urtica argentea*,[141] el banyan (*Ficus*

Indicus),[142] el álamo[143] y el cedro.[144] De estos árboles, el más frecuentemente mencionado es el hibisco, y según Darwin el *Hibiscus tiliaceus* era el único usado para encender fuego por el método del palo y la ranura en Tahiti.[145] Los thonga del África suroriental consideran que una especie de hibisco, al que llaman *bulolo*, es la mejor madera para encender fuego.[146]

Pero los salvajes a veces consiguen su fuego no mediante frotamiento de maderas, sino por percusión de piedras, o incluso en estadios más avanzados, de piedras y hierro. Este método de producir fuego resulta ser mucho más raro y está menos extendido en el mundo que el método del frotamiento de maderas. Las piedras usadas con este fin son las piritas de hierro («piedra de fuego»), o piritas y pedernal. Este modo de procurarse fuego ha sido el habitualmente utilizado por los esquimales y algunas tribus indias del Canadá, así como también por los habitantes de Tierra de Fuego, si bien en las regiones intermedias entre estos dos puntos de América parece haber sido desconocido.[147]

En los mitos sobre el origen del fuego a los que hemos pasado revista, hay alusiones que bastan para probar que los fabricantes de mitos estaban familiarizados con el proceso de producción del fuego, o al menos de chispas, a partir de la percusión de piedras. Así, los indios taulipang del norte del Brasil dicen que en los antiguos tiempos el fuego había sido transferido del cuerpo de una mujer a las piedras llamadas *wato*, las cuales, al ser golpeadas, producen fuego.[148] Igualmente, los indios sia de Nuevo México dicen que la araña, creadora de hombres y animales, solía hacer fuego en su morada subterránea frotando una piedra afilada contra una piedra lisa y redonda.[149] Estos dos mitos parecen demostrar que los indios taulipang y sia estaban familiarizados con el método de sacar fuego de las piedras, tanto si lo practicaban como si no. Igualmente, los indios kaska de la Columbia Británica dicen que hace mucho tiempo,

antes de que los hombres tuvieran fuego, el oso se hallaba en posesión de una piedra de hacer fuego con la que podía producir fuego cuando quería. Pero un pájaro le robó tan preciosa piedra, que, tras pasar por varias manos, o más bien patas, cayó en poder del zorro, quien la hizo pedazos en la cima de una montaña, dándole un fragmento a cada tribu de indios; así obtuvieron el fuego los hombres, y hay fuego en todas partes en la actualidad.[150]

Así mismo, los moriori de las islas Chatnam refieren que el dios del fuego, Mauhika, lanzó fuego contra las piedras, de forma que ahora puede extraerse de ellas.[151]

Entre los pueblos de un estadio cultural más avanzado, o en mayor contacto con la civilización, los mitos contienen alusiones a la producción de fuego por medio de pedernal y hierro, o, en todo caso, de piedra y hierro. Así, los toradja del centro de Célebes refieren cómo un astuto insecto consiguió espiar al Creador en el acto de producir fuego, golpeando un pedernal contra su machete.[152] Así mismo, una tribu tártara del sur de Siberia tiene una tradición según la cual, poco después de la creación del hombre, tres mujeres que actuaban inducidas por la divinidad, consiguieron sacar fuego golpeando una piedra contra un hierro.[153] Los sakalava y los tsimihety de Madagascar cuentan que, derrotadas en una gran batalla contra el Trueno, las llamas tuvieron que esconderse en el interior de varias cosas, tales como la madera, el hierro y las piedras; y esa es la razón, dicen, de que hoy pueda extraerse fuego frotando dos palos entre sí o golpeando un pedernal contra un trozo de hierro.[154] Según los indios tlingit de Alaska, en los primeros días del mundo, cuando aún no había fuego en la tierra, excepto en una isla situada en medio del mar, el cuervo voló hasta ella y cogió una brasa encendida con su pico; pero el fuego le quemó la mitad del pico, y al llegar a la orilla soltó la ígnea ascua, que derramó sus chispas sobre piedras y bosques. Esa es, dicen los

tlingit, la razón de que tanto las piedras como la madera contengan aún fuego; ya que pueden sacarse chispas de las piedras con sólo golpearlas contra un hierro, y se puede extraer fuego de la madera frotando entre sí dos leños.[155]

Cuando tomamos en cuenta la frecuencia con que, durante el largo período que precedió al descubrimiento de los metales, los hombres paleolíticos y neolíticos golpeaban unas piedras contra otras para facetar los rudos instrumentos que aún encontramos a millares dispersos por todo el mundo, difícilmente podemos evitar concluir que el modo de encender el fuego mediante la percusión de piedras tiene que haber sido descubierto independientemente, una y otra vez, a lo largo y lo ancho del mundo; y tan poca necesidad tenemos en este caso de recurrir a la hipótesis de un descubridor único, un Prometeo solitario, cuyo afortunado invento hubiera pasado de mano en mano de un confín a otro de la tierra, como en el caso del taladro de fuego. Los yakut de Siberia cuentan que el fuego fue originalmente descubierto, de forma casual, por un viejo que, no teniendo nada mejor que hacer, se divertía golpeando una piedra contra otra, hasta que de las piedras saltaron algunas chispas que prendieron fuego a la hierba seca.[156] No es preciso aceptar este cuento como histórico, pero resulta probablemente típico de lo que casi con certeza ha tenido que ocurrir una y otra vez en los tiempos prehistóricos.

Así, a pesar de los rasgos fantasiosos que distorsionan a muchos de ellos, los mitos sobre el origen del fuego probablemente contienen un sustancial elemento de verdad y proporcionan una clave que nos permite abrirnos camino en medio de las tinieblas del pasado humano, en las incontables edades que precedieron al surgimiento de la historia.

Notas

[1] (Sir) E. B. Tylor, *Researches into the Early History of Mankind*[3], Londres, 1878, pp. 229 ss. <<

[2] Los relatos sobre el origen del fuego fueron estudiados por Adalbert Kuhn en un famoso ensayo (*Die Herabkunft des Feuers und Göttertranks*, 2.ª ed., Güttersloh, 1886), notorio por su gran erudición e ingeniosidad; no obstante, Kuhn se limitó a la recogida de mitos arios, principalmente indios y griegos. Andrew Lang tuvo el mérito de llamar la atención sobre la amplia difusión de los relatos sobre el robo del fuego entre los salvajes, y nos cuenta que hizo una «pequeña selección» de los mismos en su obra *La Mythologie* (pp. 185-95), que no he tenido ocasión de leer. Cfr. su artículo «Mythology», en *The Encyclopaedia Britannica*, 9.ª ed., XIX, pp. 807 ss; *Modern Mythology*, Londres, 1897, pp. 195 y ss. Comparar con A. Bastian, *Die Vorstellungen von Wasser und Feuer*, en «Zeitschrift für Ethnologie», I, 1869, pp. 379 ss.; S. Reinach, *Cultes, Mythes et Religions*, III, París, 1908, "Aethos Prometheus", pp. 83 ss.; E. F. Sykes, «The Fire-Bringer», antepuesto a modo de prólogo de su edición del *Prometheus Vinctus*, de Esquilo, Londres, 1912, pp. IX-XV; Walter Hough, *Fire as an Agent in Human Culture*, Washington, 1926, pp. 156-65 («Smithsonian Institution, United States National Museum», boletín n.º 139). <<

[3] *Novum Organum*, II, 20. <<

[1] Cástor y Pólux. <<

[2] Joseph Milligan, en «Proceedings of the Royal Society of Tasmania», vol. III, p. 274, citado por James Bonwick, *Daily Life and Origin of the Tasmanians*, Londres, 1870, pp. 202 ss.; R. Brough Smyth, *The Aborigines of Victoria*, Melbourne & Londres, 1878, I, 461 ss.; H. Ling Roth, *The Aborigines of Tasmania*, Londres, 1890, pp. 97 ss. <<

[1] James Dawson, *Australian Aborigines*, Melbourne, Sidney & Adelaida, 1881, p. 54. <<

[2] R. Brough Smyth, *The Aborigines of Victoria*, Melbourne & Londres, 1878, I, 458. <<

[3] E. M. Curr, *The Australian Race*, Melbourne & Londres, 1886-87, III, 548. <<

[4] Walter E. Roth, *Superstition, Magic and Medicine*, «North Queensland Ethnography», n.º 5, Brisbane, 1903, p. 11. <<

[5] Alfred Newton y H. Gadow, *A Dictionary of Birds*, Londres, 1893-96, p. 822. <<

[6] Roedor marsupial de gran tamaño, bautizado en términos zoológicos como *Perameles nasuta* (*N. del T.*). <<

[7] James Browne, en «The Canadian Journal», vol. I, p. 509. Citado de Wilson por R. Brough Smyth, *The Aborigines of Victoria*, I, 460. No se nos dice el nombre de la tribu concreta que refiere esta historia. <<

[8] A. I. P. Cameron, *Notes on Some Tribes of New South Wales*, «Journal of the Anthropological Institute», XIV, 1885, p. 368. <<

[9] A. L. P. Cameron, *op, cit.*, pp. 368 y ss. <<

[10] John Mathew, *Two Representative Tribes of Queensland*, Londres, 1910, p. 186. <<

[11] Sir Baldwin Spencer, *Wanderings in Wild Australia*, Londres, 1928, II, 470 ss. Comparar Baldwin con F. H. Gillen, *Acro-*

ss Australia, Londres, 1912, II, 410. <<

[12] Baldwin Spencer y F. J. Gillen, *The Northern Tribes of Central Australia*, Londres, 1904, pp. 628 ss. <<

[13] Mrs. James Smith, *The Booandik Tribe*, Adelaida, 1880, pp. 21 ss. <<

[14] Mrs. James Smith, *op. cit.*, pp. 19-21. <<

[15] Mrs. James Smith, *op. cit.*, p. 20. En la p. 21 nos cuenta que han pasado más de diez años desde que por última vez escuchó la historia, y que los indígenas que podían relatarla de nuevo habían desaparecido hacía ya bastante tiempo. <<

[16] Mrs. James Smith, *op. cit.*, pp. 18 ss. <<

[17] H. E. A. Meyer, *Manners and Customs of the Aborigines of the Encounter Bay Tribe*, en J. D. Woods, *The Native Tribes of South Australia*, Adelaida, 1879, pp. 203 ss. <<

[18] B. Spencer y F. J. Gillen, *Native Tribes of Central Australia*, Londres, 1899, pp. 26 ss. <<

[19] R. Brough Smyth, *The Aborigines of Victoria*, I, 459. <<

[20] R. Brough Smyth, *op. cit.*, I, 459 ss. <<

[21] A. W. Howitt, *The Native Tribes of South-East Australia*, Londres, 1904, pp. 71 ss. <<

[22] A. W. Howitt, *op. cit.*, p. 430. Para esta historia, que parece transmitir de forma abreviada, el doctor Howitt remite a la obra manuscrita de su hija, Mary E. B. Howitt, *Legends and Folklore (of Some Tribes)*. Es muy de deplorar que tan valiosa obra no haya sido aún publicada. Hace bastantes años tuve el privilegio de consultarla y sacar de ella unos cuantos extractos, pero desgraciadamente entre dichos extractos no se encuentra la leyenda sobre el origen del fuego. <<

[23] Rev. Robert Hamilton, Melbourne, *Australian Traditions*, «The Scoottish Geographical Magazine», I, Edimburgo, 1885, pp. 284 ss. <<

[24] Rev. William Ridley, *Report on Australian Languages and Traditions*, «Journal of the Anthropological Institute», II, 1873, p. 278; compárese con *id.*, *Kamilaroi and other Australian Languages*, Sidney, 1875, p. 137. Esta tradición la extrae, al parecer, el señor Ridley de *Remarks on the Probable Origin and Antiquity of the Aboriginal Natives of New South Wales*, obra escrita por un magistrado colonial de Melbourne, y que no he podido consultar. El magistrado probablemente escribió su libro antes de la separación de Victoria y Nueva Gales del Sur, ocurrida en 1851. <<

[25] Tipo de estepa arenosa propia de Australia, y más concretamente de la cuenca y aledaños del río Murray, cuya vegetación está formada principalmente por eucaliptos enanos, del tipo *E. dumoso, E. oleosa*, etc. *(N. del T.)*. <<

[26] W. Stanbridge, *Some Particulars of the General Characteristics, Astronomy, and Mythology of the Tribes in the Central Part of Victoria, Southern Australia*, «Transactions of the Ethnological Society of London», New Series, I, 1861, p. 303. <<

[27] R. Brough Smyth, *op. cit.*, I, 462. <<

[28] A. W. Howitt, *op. cit.*, p. 432. <<

[29] F. C. Urquhart, *Legends of the Australian Aborigines*, «Journal of the Anthropological Institute», XIV, 1885, pp. 87 ss. <<

[30] B. Spencer y F. J. Gillen, *op. cit.*, pp. 446 ss. <<

[31] G. Horne & G. Alston, *Savage Life in Central Australia*, Londres, 1924, pp. 139 ss. <<

[32] G. Horne & G. Alston, *op. cit.*, pp. 140-41. <<

[33] (Sir) Baldwin Spencer, *Native Tribes of the Northern Territory of Australia*, Londres, 1914, pp. 305-08. <<

[1] *Reports of the Cambridge Anthropological Expedition to the Torres Straits*, VI, Cambridge, 1908, pp. 29 ss. <<

[2] Rev. A. E. Hunt, *Ethnographical Notes on the Murray Islands, Torres Straits*, «Journal of the Anthropological Institute», XVIII (1899), p. 18. La historia aparece también citada en *Reports of the Cambridge Anthropological Expedition to Torres Straits*, VI, p. 30. Siguiendo al doctor A. C. Haddon, en *Reports*, he traducido algunos de los nombres de animales y plantas que el señor Hunt ha dejado sin traducir. <<

[3] E. Beardmore, *The Natives of Mowat, Daudai, New Guinea*, «Journal of the Anthropological Institute», XIX, 1890, p. 462. La leyenda aparece también citada en *Reports of the Cambridge Anthropological Expedition to Torres Straits*, V, Cambridge, 1904, p. 17. <<

[4] W. N. Beaver, *Unexplored New Guinea*, Londres, 1920, p. 69. <<

[5] Rev. James Chalmers, *Note on the Natives of Kiwai Islands, Fly River, Br. New Guinea*, «Journal of the Anthropological Institute», XXXIII, 1903, p. 118. Cfr. *Reports of the Cambridge Anthropological Expedition to Torres Straits*, V, 17, donde se dice que la cacatúa negra «lleva la marca de ese accidente hasta hoy, expresada en la cicatriz roja que rodea su pico». <<

[6] Alfred Newton y Hans Gadow, *Dictionary of Birds*, Londres, 1893-96, p. 93. <<

[7] W. N. Beaver, *Unexplored New Guinea*, Londres, 1920, p. 175. <<

[8] (Sir) E. B. Tylor, *Researches into the Early History of Mankind*[3], Londres, 1878, pp. 237 ss. <<

[9] Gunnar Landtman, *The Folktales of Kiwai Papuans*, Helsingfors, 1917, pp. 331 ss. («Acta Societatis Scientiarum Fennicae», vol. XLVIII); *id.*, *The Kiwai Papuans of British New Guinea*, Londres, 1927, p. 36. El doctor Landtman recoge (*The Folk-tales of the Kiwai Papuans*, pp. 64, 68 ss., 332) una serie de versiones ligeramente distintas. <<

[10] Cfr. *supra*, cap. IV. <<

[11] G. Landtman, *op. cit.*, pp. 333 ss. Esta historia le fue contada al doctor Landtman por un hombre de Mawata. Otro hombre de Mawata proporcionó al doctor Landtman una versión más breve y ligeramente distinta de esta misma historia (p. 334). <<

[12] Cfr. *supra*, cap. IV. <<

[13] G. Landtman, *Folk-tales of the Kiwai Papuans*, pp. 134 ss. <<

[14] G. Landtman, *op. cit.*, p. 157. <<

[15] Cfr. *supra*, cap. IV. <<

[16] G. Landtman, *op. cit.*, p. 335. <<

[17] G. Landtman, *op. cit.*, p. 333. <<

[18] G. Landtman, *op. cit.*, p. 147. <<

[19] G. Landtman, *op. cit.*,pp. 334 ss. Comparar con *id. The Kiwai Papuans of New Guinea*, pp. 37. <<

[20] G. Landtman, *Folktales of the Kiwai Papuans*, pp. 82 ss.; *id.*, *The Kiwai Papuans of New Guinea*, pp. 37, 100. Este Yavagi nació, como Erictonio, de la tierra. Tenía un padre canguro, pero no tenía madre. La cangura que le informó sobre el verdadero valor del fuego no era en realidad su madre, sino su madre de leche. <<

[21] Rev. James Chalmers, *Pioneering in New Guinea*, Londres, 1887, pp. 76 ss. <<

[22] Rev. James Chalmers, *op. cit.*, pp. 174 ss. <<

[23] Rev. W. G. Lawe, *Ethnological Notes on the Motu, Koitapu and Koiari Tribes of New Guinea*, «Journal of the Anthropological Institute», VIII, 1879, p. 369. <<

[24] Rev. James Chalmers, *op. cit.*, pp. 174 ss. <<

[25] *The Fire and the Dog*, «The Papuan Villager», vol. I, n.º 1 (Port Moresby, 15 de febrero de 1929), p. 2. <<

[26] *The Fire and the Dog, cit*. La referencia que se da para esta historia es la del señor Tomlinson, un misionero. <<

[27] *The Fire and the Dog, cit*. en n. 25. <<

[28] F. E. Williams, *The Natives of Purari Delta*, PortMoresby, 1924, pp. 255-59 (*Territory of Papua, Anthropology, Report n.º 5*). <<

[29] F. E. Williams, *op. cit.*, pp. 25 ss. <<

[30] *Goga* es el término usado por estas gentes para dirigirse a cualquier hombre o mujer de la generación anterior, cuando la persona a la que se habla no pertenece ni al clan del hablante ni al del padre del hablante. <<

[31] C. G. Seligman, *The Melanesian of British New Guinea*, Cambridge, 1910, pp. 379 ss. <<

[32] Rev. W. E. Bromilow, *Dobuan (Papuan) Beliefs and Folklore*, en *Report of the Thirteenth Meeting of the Australian Association for the Advancement of Science, held at Sydney, 1911*, Sydney, 1912, pp. 425 ss. <<

[33] P. Wirtz, *Die Marind-Anim von Holländischen- Süd-Neu-Guinea*, Marburgo, 1922-25, vol. I, parte II, pp. 80-83. <<

[34] Para otros ejemplos de estas designaciones, cfr. *The Golden Bough*, parte I, *The Magic Art and the Origin of Kings*, vol. II, 208 ss. ; y mi comentario de los *Fasti* de Ovidio, vol. IV, pp. 208 ss. <<

[35] P. Wirtz, *op. cit.*, parte I, p. 85. <<

[36] P. Wirtz, *op. cit.*, vol. I, parte II, pp. 83 ss.; vol. II, parte III, pp. 3, 31-33. <<

[37] J. B. van Hasslt, *Die Nveforezen*, «Zeitschrift für Ethnologie», VIII, 187 pp. 134 ss. <<

[1] Josef Meyer, *Mythen und Sagen der Admiralitätsinsulaner*, «Anthropos», II, 1907, pp. 659 ss. <<

[2] Esta historia trobriandesa sobre los orígenes del fuego la debo a la amabilidad de mi amigo, el profesor B. Malinowski, que pasó varios años en la isla de Trobriand, investigando las costumbres, creencias y lengua de los nativos. Cfr. B. Malinowski, *The Sexual Life of Savages*, Nueva York y Londres, 1929, II, 427. La historia coincide sustancialmente con las historias recogidas en Wagawaga y Dobu. Cfr. *supra*, pp. 43 ss. <<

[3] D. Jennes y A. Ballantyne, *The Northern D'Entrecasteaux*, Oxford, 1920, pp. 156 ss. <<

[4] Thurnwald, *Forschungen auf den Salomo-Inseln und dem Bismarck Archipel*, Berlín, 1912, I, 394. <<

[5] C. E. Fox, *The Threshold of the Pacific*, Londres, 1924, pp. 83 ss. <<

[6] T. Watt Legatt, *Malekula, New Hebrides*, en *Report of the Forth Meeting of the Australian Association for the Advancement of Science, held at Hobart, Tasmania, in January 1892*, p. 708. <<

[7] A. Kleintitschen, *Mythen und Erzählungen eines melanesierstammes*, St. Gabriel, Mödling bei Wien, 1924, pp. 502-04. <<

[8] Cfr. *infra*, pp. 88 ss. <<

[1] Sir Georges Grey, *Polynesian Mythology*, Londres, 1855, pp. 45-49. Para las versiones más breves del mismo mito maorí, ver R. Taylor, *The Ika A Maui or New Zealand and its inhabitants*, Londres, 1870, pp. 130 ss.; John White, *The Ancient History of the Maori*, II, Londres y Wellington, 1889, pp. 108-10. Taylor habla de Mauika (Mahu-Ika) como de un abuelo varón, y no de una abuela de Maui. Hay sobre el sexo de este personaje, en la mitología polinesia, las más variadas opiniones. Ver *infra*. Cfr. E. Tregear, *Maori-Polynesian Comparative Dictionary*, Wellington, N. Z., 1891, p. 191, entrada «Mahuika». <<

[2] R. Taylor, *op. cit.*, p. 131. <<

[3] John White, *op. cit.*, p. 110. <<

[4] «No parece muy claro, según los moriori, si Mauhika fue varón o hembra; el peso de la evidencia parece indicar que era varón». <<

[5] «Esto explica los árboles de donde puede extraerse fuego por frotamiento». <<

[6] Alexander Shand, *The Moriori People of the Chatham Islands*, Washington & New Plymouth, 1911, p. 20 («Memoirs of the Polynesian Society», vol. II). <<

[7] Ch. Wilkes, *Narrative of the United States Exploring Expedition*, Nueva York, 1851, III, 23. <<

[8] Sarah S. Farmer, *Tonga and the Friendly Islands*, Londres, 1855, pp. 134-37. La autoridad que avala la historia parece haber sido el rev. John Thomas (p. 125). <<

[9] En la mitología tonga, Bulotu era el lugar donde vivían los espíritus de los jefes y otros grandes personajes. Se dice que está situado hacia el oeste, pudiendo llegarse allí por tierra o por mar. Cfr. Sarah Farmer, *op. cit.*, pp. 126, 132. <<

[10] Con el «el Modua» indudablemente quiere darse a entender Maui Motua, abuelo de Kiyikiyi, y poseedor del fuego en Bulotu, o el Submundo, cap. VI. <<

[11] El P. Reiter, *Traditions Tonguiennes*, «Anthropos», XII-XIII, 1917-18, pp. 1026-40. He abreviado la historia. <<

[12] E. E. Collcott, *Legends from Tonga*, «Folk-lore», XXXII, 1921, pp. 45-48. <<

[13] Vavau es el más septentrional de los tres grupos de islas que componen el archipiélago de Tonga. <<

[14] G. Turner, *Samoa*, Londres, 1884, pp. 211 ss. <<

[15] (Sir) Basil Thomson, *Savage Island*, Londres, 1902, pp. 86 ss. <<

[16] G. Turner, *Samoa*, pp. 209-11. La historia nos la relata sustancialmente de la misma forma el rev. J. B. Stair, *Old Samoa*,

Londres, 1897, pp. 238 ss., aunque éste menciona el descenso de sólo un hombre, al que da el nombre de Ti'iti-a-Talanga. Y concluye así la historia: «Tras esto, Talanga dejó las regiones inferiores, y al llegar al sitio de donde había partido, golpeó varios tipos de madera con su tizón encendido, lo que los hizo arder. Esta última afirmación parece hacer referencia a los tipos de madera de los que habitualmente se obtiene el fuego por frotamiento». La historia nos la cuenta de forma sumaria George Brown, *Melanesians and Polynesians*, Londres, 1910, pp. 364 ss. Cfr. también W. T. Pritchard, *Polynesian Reminiscences*, Londres, 1866, pp. 114-16. <<

[17] G. Turner, *Samoa*, p. 270. <<

[18] (Sir) Basil Thomson, *Savage Island*, p. 87. <<

[19] W. W. Gill, *Myths and Songs from the South Pacific*, Londres, 1876, pp. 51-58. <<

[20] W. W. Gill, *op. cit.*, pp. 63-69. <<

[21] Es éste el único árbol de Nukuhiva (la mayor de las Marquesas), cuya madera no se enciende por frotamiento. <<

[22] E. Tregear, *Polynesian Folklore: II, The Origin of Fire*, «Transactions and Proceedings of the New Zealand Institute», XX, 1887, pp. 385-87. <<

[23] Max Radiguet, *Les derniers Sauvages*, nueva edición, París, 1882, pp. 223 ss. En esta versión, el guardián del fuego (Mahoike) parece ser del sexo masculino, mientras que en la versión de Tregear, ella (Mahuike), es una diosa. <<

[24] Adolf Bastian, *Inselgruppen in Oceanien*, Berlín, 1883, pp. 278 ss.; *id.*, *Allerei aus Volks- und Menschenkunde*, Berlín, 1888, I, 120 ss. <<

[25] Jules Rémy, *Ka Movolelo Hawaii. Histoire de l'Archipel Havaiien*, París y Leipzig, 1862, pp. 85, 87. <<

[26] G. Turner, *Samoa*, pp. 285 ss. <<

[27] G. Turner, *Samoa*, p. 297. <<

[28] Arthur Grimble, *Myths from the Gilbert Islands*, «Folklore», XXXIV, 1923, pp. 372-374. <<

[29] F. W. Christian, *The Caroline Islands*, Londres, 1899, pp. 320-ss. <<

[30] W. Müller, *Yap*, Hamburgo, 1917-18, pp. 604-07 (*Ergebnisse der Südsee Expedition*, 1908-09, G. Thilenius (ed.), II, *Ethnographie*, vol, Mikronesien, 2, vol. doble). <<

[31] W. H. Furness, *The Island of Stone Money, Uap of the Carolines*, Filadelfia y Londres, 1910, p. 151. <<

[32] J. A. Cantova, en *Lettres Édifiantes et Curieuses*, nueva ed., XV, París, 1781, p. 306. <<

[1] A. C. Kruijt, *De legenden der Poso-Alfoeren aangaande de eerste meschen*, «Madedeelingen van wege het Nederlandsche Zedelinggenootschap», XXXVIII, 1894, pp. 340 ss.; N. Adriani en Alb. C. Kruijt, *De Bare'e-sprekende Toradja's van Midden-Celebes*, Batavia, 1912-14, II, 186 ss. El nombre nativo del insecto, según la grafía holandesa, es *tamboeja*, que se pronuncia *tambuya*. No conozco el nombre científico del insecto. <<

[2] Alb. C. Kruyt, *De Troadja's van de Sa'dan-, —Masoepoe— en Mamasa Rivieren*, «Tijdschrift voor Indische Taal-, Land- en Volkenkunde», LXIII, 1923, pp. 278 ss. <<

[3] Rev. J. Perham, *Sea-Dyak Tradition of the Deluge and Consequent events*, «Journal of the Straits Branch of the Royal Asiatic Society», n.º 6 (dic. 1880), p. 289; H. Ling Roth, *The Natives of Sarawak and British North Borneo*, Londres, 1896, I, 301. <<

[4] Owen Rutter, *The Pagans of North Borneo*, Londres, 1929, pp. 248, ss., 252 ss. <<

[5] Owen Rutter, *op. cit.*, p. 253. <<

[6] L. N. H. A. Chatelin, *Godsdients en Bijgeloof der Niassers*, «Tijdschrift voor Indische Taal-, Land- en Volkenkunde», XVI,

1880, p. 132; E. Modigliani, *Un Viaggio à Nias*, Milán, 1890, pp. 629 ss. Cfr. H. Sundermann, *Die Insel Nias*, Barmen, 1905, p. 70. <<

[7] Debo esta historia tsuwo a la amabilidad del señor Shinji Ishii, un caballero japonés que residió varios años en Formosa con el propósito de estudiar a los nativos. Ya he referido esta historia en *Folk-lore in the Old Testament*, I, 230 ss. [Trad, castellana: *El folklore en el Antiguo Testamento*, México, FCE, 1982]. <<

[8] E. H. Man, *On the Aboriginal Inhabitants of the Andaman Islands*, Londres, s. f.), pp. 98 ss. El nombre nativo del martin pescador es luratut. Cfr. *Census of India*, 1901, vol. III. *The Andaman and Nicobar Islands*, por Sir Richard S. C. Temple, Calcuta, 1903, p. 63. Versiones abreviadas de los mitos sobre el fuego en cada una de las cinco lenguas de las tribus de Andamán han sido publicadas con sus respectivas traducciones por el señor M. V. Portman, *The Andaman Fire-Legend*, «The Indian Antiquary», XXVI, 1897, pp. 14-18. <<

[9] A. R. Brown, *The Andaman Islanders*, Cambridge, 1922, pp. 203 ss. [Trad, castellana: *Los isleños de Andamán*, de próxima aparición en la editorial Siglo XXI], <<

[10] A. R. Brown, *op. cit.*, p. 189 ss. <<

[11] En las versiones del mito recogidas por el profesor A. R. Brown, el ser mítico Bilika o Biliku es femenino; en las recogidas por el señor E. H. Man, la figura correlativa de Puluga es masculina. <<

[12] A. R. Brown, *op. cit.*, pp. 202 ss. <<

[13] A. R. Brown, *op. cit.*, pp. 201. <<

[14] M. V. Portman, *The Andaman Fire-Legend*, «The Indian Antiquary», XXVI, 1897, p. 14. <<

[15] A. R. Brown, *op. cit.*, pp. 201 ss. <<

[16] A. R. Brown, *op. cit.*, p. 204. Esta versión fue obtenida por el profesor Brown en la tribu Akar-Bale. <<

[1] Paul Schebesta, *Among the Forest dwarfs of Malaya*, Londres, s. f., pp. 247 ss.; cfr. *Religiöse Anschauungen der Semang*, «Archiv für Religionswissenchaft», XXV, 1927, p. 16. <<

[2] P. Schebesta, *op. cit.*, p. 89. En lo que hace al dios del trueno, Karei, el Supremo Ser de los semang, ver pp. 47, 88, 163, ss., 184 ss., 198 ss., 276, 280. <<

[3] Paul Schebesta, *op. cit.*, pp. 216 ss. <<

[4] Paul Schebesta, *op. cit.*, p. 239. <<

[5] Bourlet, *Les Thay*, «Anthropos», II, 1907, pp. 921-24. <<

[6] Cfr. *supra*, cap. VII. <<

[7] Ch. Gilhodes, *Mythologie et Religion des Katchins (Birmanie)*, «Anthropos», III, 1908, pp. 689, ss. <<

[8] (Sir) E. B. Tylor, *Researches in the Early History of Mankind*[3], Londres, 1878, p. 254. <<

[9] W. Radloff, *Proben der Volkslitteratur der türkischen Stämme Süd-Sibiriens*, I, S. Petersburgo, 1866, pp. 285 ss. <<

[10] C. Filligham Coxwell, *Siberian and other Folk-tales*, Londres, s. f., p. 285, haciendo referencia a *The Living Past*, 1891, p. 70 (periódico de la Imperial Sociedad Geográfica Rusa). <<

[11] Garma Sandschejew, *Weltanschauung und Schamanismus der AlarenBurjaten*, «Anthropos», XXIII, 1928, p. 970. <<

[12] J. H. Hutton, *The Sema Nagas*, Londres, 1921, p. 43. <<

[13] J. H. Hutton, *op. cit.*, p. 42. <<

[14] J. H. Hutton, *op. cit.*, p. 43, nota 1. <<

[15] J. P. Mills, *The Ao Nagas*, Londres, 1926, pp. 100-01. <<

[16] Cfr. *supra*, caps. VI y VII. <<

[17] Cfr. *infra*, cap. IX. <<

[18] Denys Bray, *Ethnographie Survey of Baluchistan*, Bombay, 1913, I, 139. <<

[19] *The Folklore of Ceylon Birds*, «Nature», XXXIV, 1887, p. 381. <<

[*] El señor John Still, en una carta dirigida a mí, y fechada en Pondtail Rd., el 15 de abril de 1930, escribe: «Hay otro pájaro, un verdadero cazamoscas, al que los cingaleses dan el nombre de *gini-hora*, "ladrón del fuego". Durante sus dos primeros años muestra un pecho de color rojo brillante, con la cabeza negra y una larga cola roja. Luego, sufre una metamorfosis, y se convierte en *redihora*, "ladrón del algodón", y con excepción de la negra cabeza, todo el resto del cuerpo se vuelve blanco. Los europeos lo conocen con el nombre de "cazamoscas del paraíso". Pero nunca he oído la historia que usted proporciona sobre la enemistad entre el cuervo y el cazamoscas, que es muy real. Si bien en *Sinhalese Folklore Notes*, un admirable librito escrito por un cingalés, A. A. Perera, impreso en la India en 1917, se cuenta una historia muy distinta de su enemistad». <<

[1] A. Dandouau, *Contes populaires des Sakalava et des Tsimihety*, Argel, 1922, pp. 110-12. Los sakalava encienden su fuego mediante un taladro de fuego consistente en dos trozos de *Urena Lobata* (Linneo): el taladro, o parte superior, recibe el nombre de macho, y la parte inferior o tabla, recibe el nombre de hembra. Cfr. A. Dandouau, *op. cit.*, p. 136, nota 1. <<

[1] H. Vedder, *Die Bergdama*, Hamburgo, 1923, I, 20-22. <<

[2] H. Junod, *The Life of a South African Tribe*, 2.ª ed., Londres, 1927, I, 21. Los thonga prenden fuego por medio del taladro de fuego, usando al parecer a este efecto madera de *bulolo*, un tipo de hibisco. El modo de operar es el siguiente: «se procuran una rama de dicho árbol, de entre media pulgada y una pulgada de grueso, y la cortan en dos, cada mitad de unas 18 pulgadas de largo; uno de los trozos recibe el nombre de esposa (*nsati*), y el

otro el de marido (*nuna*). El primero de los trozos, el femenino, es colocado sobre el suelo y se le practica una muesca con el cuchillo; la muesca se forma de dos golpes; el primero en la parte superior de la madera, el segundo en un lateral. El macho, redondeado hasta cierto punto, se inserta perpendicularmente en la muesca, sosteniéndoselo con firmeza entre las palmas de las manos, y sometiéndolo a un movimiento de giro rápido, que va desde la parte superior hasta la inferior del palo. El operador, una vez ha llegado con este movimiento de giro a la parte inferior, recomienza de nuevo por arriba; y así continúa la fricción ininterrumpidamente. El movimiento giratorio va ensanchando la muesca del palo hembra, hasta el punto de que el macho lo penetra y empieza a quemarlo: el serrín que se forma encuentra una vía de salida por la muesca lateral; suele colocarse un poco de hierba seca por este lado, y pronto empieza a arder. Un operador experto obtiene fuego tras seis o siete movimientos de fricción sucesivos, sobre todo cuando emplea madera de *bulolo*» (H. Junod, *op. cit.*, II, 34 ss.). <<

[3] H. Junod, *op. cit.*, I, 24. <<

[4] Edwin W. Smith & Andrew Murray Dale, *The Ila-speaking peoples of Northern Rodhesia*, Londres, 1920, II, 345 ss. <<

[5] E. W. Smith & A. M. Dale, *op. cit.*, II, 346 ss. <<

[6] Colle, *Les Baluba*, Bruselas, 1913, p. 102. <<

[7] E. Torday & T. A. Joyce, *Les Bushongo*, Bruselas, 1910, pp. 236 ss.; E. Torday, *Camp and Tramp in African Wilds*, Londres, 1913, pp. 292-97. <<

[8] E. Torday & T. A. Joyce, *op. cit.*, pp. 275 ss. <<

[9] John H. Weeks, *Among Congo Cannibals*, Londres, 1913, p. 209. <<

[10] John H. Weeks, *Notes on some Customs of the Lower Congo People*, «Folklore», XX, 1909, pp. 475, 476; *id.*, *Among the Primitive Bakongo*, Londres, 1914, pp. 292 ss. <<

[11] *Die Loango-Expedition*, III, 2, von E. Pechuël-Loesche, Stuttgart, 1907, p. 135. <<

[12] P. Amaury Talbot, *In the Shadow of the bush*, Londres, 1912, pp. 370. <<

[13] Franz Stuhmann, *Mit Emin Pascha ins Herz von Afrika*, Berlín, 1894, pp. 464 ss. <<

[14] C. W. Hobley, *Bantu Beliefs and Magic*, Londres, 1922, pp. 264 ss. <<

[15] Bruno Gutmann, *Volksbuch der Wadschagga*, Leipzig, 1914, pp. 159 ss. <<

[16] W. Hofmayr, *Die Schilluk*, St. Gabriel, Mödling bei Wien, 1925, p. 366. <<

[1] W. B. Grubb, *An Unknown People in an Unknown Land*, Londres, 1911, pp. 97-99. Compárese con G. Kùrze, *Sitten und Gebräuche der Lengua-Indianer*, «Mitteilungen der geographischen Gesellschaft zu Jena», XXIII, 1905, p. 17. <<

[2] J. G. Müller, *Geschichte der amerikanischen Urreligionen*[2], Basilea, 1867, pp. 120 ss. Las referencias podrían multiplicarse a placer. <<

[3] E. Nordenskiold, *Indianerleben. El Gran Chaco*, Leipzig, 1912, pp. 21 ss. <<

[4] E. Nordenskiöld, *op. cit.*, p. 313. <<

[5] E. Nordenskiöld, *op. cit.*, pp. 110 ss. <<

[6] R. Karsten, *The Toba Indians of the Bolivian Gran Chaco*, Abo, 1923, p. 104, («Acta Academiae Aboensis. Humaniora» IV). <<

[7] Bernardino de Nino, *Etnografía Chiriguana*, La Paz, Bolivia, 1912, pp. 131-33. He citado esta historia en *Folk-lore in the Old Testament*, I, 272 ss. <<

[8] André Thévet, *La Cosmographie Universelle*, París, 1575, II, 913 [947] ss., 915 (949]. Las páginas están mal numeradas en

esta parte del libro. He añadido, por ello, los números correctos entre corchetes. El pasaje ha sido citado por A. Métraux en su libro *La Réligion des Tupinambo*, París, 1928, p. 230, por donde (p. 48) he podido saber que la bestia a que Thévet se refiere es el perezoso. <<

[9] Nimuendajú, *Die Sagen von der Erschaffung und Vernichtung der Welt als Grundlage der Religion der Apapocúva-Guarani*, «Zeitschrift für Ethnologie», XLVI, 1914, pp. 326 ss. <<

[10] Curt Nimuendajú, *Bruchstücke aus Religion und Überlieferung der Sipáia-Indianer*, «Anthropos», XIV-XV, 1919-20, p. 1050. Cfr. A. Métraux, *La Réligion des Tupinambo*, pp. 48 ss., por donde sé que el Gaviao de Anta es una especie de buitre. <<

[11] K. von den Steinen, *Unter den Naturvölkern Zentral-Brasiliens*, Berlín, 1894, p. 377. El nombre alemán del *Canis vetulus* es *Kampfuchs*. El autor remite a Brehm, *Säugertiere*, II, 57, *«fängt Krebbse und Krabben»*. <<

[12] C. Nimuendajú, *Sagen der Tembé-Indianer*, «Zeitschrift für Ethnologie», XLVII, 1915, p. 289; Th. Koch-Grünberg, *Indianermarchen aus Südamerika*, Jena, 1920, n.º 65, pp. 186 ss. Las palabras (*«aus deren Holz man heute Feuer bohrt»*) parecen implicar que estos indios emplean el taladro de madera para encender fuego. <<

[13] Theodor Koch-Grünberg, *Vom Roroima zum Orinoco*, Berlín, 1916-17, n, 33-36. <<

[14] Th. Koch-Grünberg, *op. cit.*, II, 76. <<

[15] W. E. Roth, *An Enquiry into the Animism and Folk-lore of the Guiana Indians*, en *Thirteen Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, Washington, 1915, p. 133. <<

[16] W. C. Farabee, *The Central Arawaks*, Filadelfia, 1918, p. 136 (*University of Pennsylvania, Anthropological Publications*, vol. IX). <<

[17] W. C. Farabee, *op. cit.*, pp. 143-47. <<

[18] W. C. Farabee, *op. cit.*, pp. 42 ss. con la tabla VII. <<

[19] Rafael Karsten, *Mitos de los indios jíbaros (shuará) del Oriente de Ecuador*, «Boletín de la sociedad ecuatoriana de Estudios históricos americanos», II, 1919, pp. 333 ss. <<

[1] H. H. Bancroft, *Native Races of the Pacific States*, Londres, 1875-76, III, 50 (según el *Popol Vuh*). <<

[2] K. Th. Preuss, *Die Nayarit Expedition*, I, Leipzig, 1912, pp. 177-81. <<

[3] K. Th. Preuss, *op. cit.*, I, 271 ss. <<

[1] Mathilda Coxe Stevenson, *The Sia*, en *Eleventh Annual Report of the Bureau of Ethnology*, Washington, 1894, pp. 26 ss., 70, 72 ss. <<

[2] Major E. Backus, *An Account on the Navajoes of New Mexico*, en H. R. Schooleraft's, *Indian Tribes in the United States*, Filadelfia, 1853-56, IV, 218 ss. <<

[3] Frank Russell, *Myths of the Jicarilla Apaches*, «Journal of American Folklore», XI, 1898, pp. 261 ss. <<

[4] Este incidente probablemente intenta explicar el color negro del rabo del conejo, que se quemó hasta quedar negro como consecuencia de haberse sentado sobre el fuego. Pero la explicación no aparece en el cuento, tal como fue recogido. <<

[5] A. L. Kroeber, *Ute Tales*, «Journal of American Folk-lore», XIV, 1901, pp. 252-60. <<

[6] John R. Swanton, *Myths and Tales of Southeastern Indians*, Washington, 1929, p. 46 («Bureau of American Ethnology», boletín 88). <<

[7] J. R. Swanton, *op. cit.*, pp. 203 ss. <<

[8] J. R. Swanton, *op. cit.*, pp. 10.2 ss. <<

[9] J. R. Swanton, *op. cit.*, p. 122. <<

[10] G. B. Grinnell, *Some Early Cheyenne Tales*, «Journal of American Folklore», XX, 1907, p. 171. <<

[11] François-Vincent Badin, en *Annales de l'Association de la Propagation de la Foi*, IV, Lyon y París, 1830, pp. 537 ss. <<

[12] Alice C. Fletcher y Francis la Flèsche, *The Omaha Tribe*, en *Twentyseventh Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, Washington, 1911, p. 70. <<

[13] Frances Densmore, *Chippewa Customs*, Washington, 1929, p. 98, y en cuanto al modo de encender el fuego, *ibid*. p. 142 («Bureau of American Ethnology», boletín 86). El modo de encender el fuego en cuestión se conoce con el nombre de taladro de arco; se hace girar rápidamente un palo vertical sobre un trozo de madera más blanda, por medio de una cuerda enrollada en él y atada a un arco. Cfr. Walter Hough, *Fire as an agent in Human Culture*, Washington, 1926, pp. 96-98 («United States National Museum», boletín 139). <<

[14] James Mooney, *Myths of the Cherokee*, en *Nineteenth Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, parte I, Washington, 1900, pp. 240-42. <<

[15] No cabe duda de que se refiere al puma. <<

[16] Stephen Powers, *Tribes of California*, Washington, 1877, pp. 38 ss. (*Contributions to North American Ethnology*, vol. III). <<

[17] S. Powers, *op. cit.*, pp. 70 ss. <<

[18] S. Powers, *op. cit.*, p. 161. <<

[19] S. Powers, *op. cit.*, p. 182. <<

[20] S. Powers, *op. cit.*, p. 273. <<

[21] S. Powers, *op. cit.*, pp. 343 ss. <<

[22] Traduzco «casa de sudar» en vez de «baño de vapor», para distinguir el baño de vapor americano, cuya máxima sofisticación se alcanza con el *temascal* azteca, del baño de vapor del Viejo Mundo, cuya más ilustre expresión es el *hammam* árabe. La «casa de sudar» americana no sólo tiene un sistema distinto de producir el vapor (agua arrojada sobre piedras al rojo) y tie-

ne lugar dentro de un edificio mucho más perecedero (generalmente una choza o tipi *ad hoc*), sino que además está asociada con determinadas virtudes místicas (visiones, p. e.) o curativas, de las que el baño de vapor del Viejo Mundo, de virtudes puramente relajantes e higiénicas, carece *(N. del T.)*. <<

[23] Roland B. Dixon, *Maidu Myths*, «Bulletin of the American Museum of Natural History», XVII, parte II, Nueva York, 1902, pp. 65-67. <<

[24] James Deans, *How the Whull-e-mooch got fire*, «The American Antiquarian and Oriental Journal», Chicago, 1886, pp. 41-43. La misma historia, en forma abreviada, la cuenta al parecer la tribu Songhie. Ver M. Macfie, *Vancouver Island and British Columbia*, Londres, 1865, p. 456. El señor Macfie parece haber extraído la historia del señor James Deans, a quien expresa su agradecimiento (p. 455). <<

[25] G. M. Sproat, *Scenes and Studies of Savage Life*, Londres, 1868, pp. 178 ss. El señor Sproat fue el primer europeo que fundó un establecimiento en Barclay Sound, desplazando a un campamento indio del lugar que él se proponía ocupar. Para una descripción del aspecto salvaje y áspero del paisaje, cfr. su libro, pp. I ss. y II ss. Los mitos del fuego recogidos entre las tribus indias del noroeste americano han sido brevemente analizados y comparados por el doctor Franz Boas. Este enumera veinte versiones del mito. Ver Franz Boas, *Tsimshian Mithology*, en *Thirty-first Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, Washington, 1916, pp. 660-63. <<

[26] Franz Boas, *Indianische Sagen von der Nord-Pacifischen Küste Amerikas*, Berlín, 1895, p. 102. Kwotiath parece ser un pájaro o una bestia, aunque el doctor Boas no explica sus características. El nombre colectivo con que se designan los pájaros y las bestias en el relato es *Kyaimimit*, término que se aplica a los

pájaros y otros animales en los comienzos, antes de verse transformados en seres humanos. Cfr. Boas, *op. cit.*, p. 98. <<

[27] George Hunt, *Myths of the Nootka*, en Tsimshian Mythology, de Franz Boas, *cit.*, pp. 894-96. <<

[28] Franz Boas, *Indianische Sagen*, *cit.*, pp. 80 ss. <<

[29] F. W. Hodge, *Handbook of American Indians of North of Mexico*, Washington, 1907-10, II, 763. <<

[30] Franz Boas, *Indianische Sagen*, *cit.*, p. 187. <<

[31] George M. Dawson, *Notes and Observations on the Kawkiool People of Vancouver Island*, «Transactions of the Royal Society of Canada», vol. V, sección II, 1887, p. 22. <<

[32] Franz Boas, *Indianische Sagen*, *citl.*, p. 158. <<

[33] El oolachan o oulachan es el pez vela (*Thaleichtys pacificus*) de la América Nordoccidental. <<

[34] Franz Boas, *Indianische Sagen*, *cit.*, pp. 213 ss. <<

[35] Franz Boas, *Indianische Sagen*, *cit.*, p. 241. <<

[36] Franz Boas, *Tsimshian Mithology*, *cit.*, p. 63. En lo que hace a Gigante, su capa o piel de cuervo, y su creación de la luz del día, cfr. *ibid.*, pp. 58 ss. <<

[37] James Teit, *Mythology of the Thompson Indians, The Jesup North Pacific Expedition*, vol. VIII, parte II. Leyden & Nueva York, 1912, pp. 229 ss. (*Memoir of the American Museum of Natural History*). <<

[38] James Teit, *Traditions of the Thompson River Indians of British Columbia*, Boston & Nueva York, 1898, pp. 56 ss., con la nota 181 en la página 112. <<

[39] J. Teit, *Mythology of the Thompson Indians*, *cit.*, vol. VIII, parte II, pp. 338 ss. <<

[40] James A, Teit, *Thompson Tales*, en *Folk-tales of Salishan and Sahaptin Tribes*, edición de F. Boas, Lancaster, Pa. & Nueva Yo-

rk, 1917, pp. 20 ss. («Memoirs of the American Folk-lore Society», vol. XI). <<

[41] James A. Teit, *Thompson Tales, cit.*, p. 2. <<

[42] Cfr, *supra*, pp. 139 ss. y 142 ss. y 153 ss. <<

[43] Cfr. *supra*, pp. 170-72. <<

[44] James A. Teit, *The Lillooet Indians, The Jesup North Pacific Expedition*, vol. II, parte V, Leyden & N. Y., 1906, p. 195 (*Memoir of the American Museum of Natural History*). <<

[45] La mayor parte de los informantes indios concuerdan en que la casa se hallaba situada bajo tierra, y según algunos se hallaba próxima al mar. <<

[46] James Teit, *Traditions of the Lillooet Indians of British Columbia*, «Journal of the American Folklore», XXV, 1912, pp. 299 ss. <<

[47] Al parecer se trata de un pez muy pequeño y espinoso que habita en el mar. <<

[48] James Teit, *Traditions of the Lillooet Indians of B. C., cit.*, pp. 300-03. <<

[49] Cfr. *supra*, p. 167. <<

[50] *Kaig*, en lillooet; en alemán, *Nerz*. <<

[51] F. Boas, *Indianische Sagen, cit.*, pp. 43 ss. <<

[52] F. W. Hodge, *Handbook of American Indians*, II, 23. <<

[53] Las bandejas de cobre son, o solían ser, altamente apreciadas por los indios de la América Nordoccidental. <<

[54] Franz Boas, *Indianische Sagen, cit.*, p. 54. El doctor Boas recoge una segunda y casi idéntica versión del mito (pp. 54 ss.). <<

[55] Cfr. *supra*. <<

[56] C. Hill Tout, *Report on the Ethnology of the Okanaken of British Columbia*, «Journal of the Royal Anthropological Institute», XLI, 1911, p. 130. <<

[57] C. Hill Tout, *Report on the Ethnology of the Okanaken of British Columbia*, Journal of the Royal Anthropological Institute, XLI, 1911, p. 146. <<

[58] F. W. Hodge, *Handbook, cit.*, II, 451. <<

[59] Marian K. Gould, *Sanpoil Tales*, en *Folk-tales of Salishan and Sahaptin Tribes*, ed. por F. Boas, *cit.*, pp. 107 ss. <<

[60] Livingston Farrand, *Traditions of the Chilcotin Indians*, en *The Jesup North Pacific Expedition*, vol. II, parte I, N. Y., 1900, p. 3 (*Memoir of the American Museum of Natural History*); F. W. Hodge, *Handbook of American Indians*, I, 109. <<

[61] Livingston Farrand, *op. cit.*, p. 15. <<

[62] James A. Teit, *Kaska Tales*, «Journal of the American Folk-lore», XXX, 1917, pp. 427 ss. <<

[63] James A. Teit, *Kaska Tales*, «Journal of American Folk-lore», XXX, 1917, p. 443. <<

[64] Rvdo. P. Morice, *Au Pays de l'Ours noir, chez les sauvages de la Colombie Britannique*, París & Lyon, 1897, pp. 151-53. Según el autor (p. 150), el mismo mito puede hallarse entre los carrier o takulli, tribu athapaskan de la que los babine son una rama. Cfr. F. W. Hodge, *Handbook, cit.*, I, 123, y II, 675. <<

[65] Georges M. Dawson, *Report on the Queen Charlotte Islands*, 1878, Montreal, 1880, pp. 149b-151b (*Geological Survey of Canada*). <<

[66] J. R. Swanton, *Haida Texts-Masset Dialect*, en *The Jesup North Pacific Expedition*, vol. X, parte II, *cit.*, pp. 315 ss. <<

[67] H. J. Holmberg, *Über die Völker des Russischen Amerika*, «Acta Societatis Scientiarum Fennicae», IV, Helsingfors, 1856, pp. 339; Alph Pinart, *Notes sur les Koloches*, «Bulletins de la Société d'Anthropologie de Paris», 2.ª serie, VII, 1872, pp. 798 ss.; Aurel Krause, *Die Tlinkit-Indianer*, Jena, 1885, p. 263. La autoridad de quien procede el mito parece ser un viejo misionero ruso, Veniaminov, a quien Krause cita. <<

[68] F. Boas, *Indianische Sagen, cit.*, p. 314. <<

[69] Cfr. *supra*, pp. 161-170. <<

[70] J. R. Swanton, *Tlingit Myths and Texts*, Washington, 1909, p. 11, («Bureau of American Ethnology», boletín n.º 39). <<

[71] E. W. Nelson, *The Eskimo about Bering Strait*, en *Eighteenth Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, parte I, Washington, 1899, pp. 452 ss. <<

[72] E. W. Nelson, *op. cit.*, p. 456. <<

[73] E. B. Tylor, *Researches into the Early History of Mankind*, p. 246. <<

[74] E. W. Nelson, *op. cit.*, pp. 75 ss., con plancha XXXIV, fig. 2. <<

[75] W. Hough, *Fire-making Apparatus in the United States National Museum*, en *Report of the National Museum, 1887-88*, Washington, 1890, pp. 555 ss.; *id.*, *Fire as an Agent in Human Culture*, pp. 96 ss. <<

[76] E. B. Tylor, *op. cit.*, p. 246; W. Hough, *Fire as an Agent in Human Culture*, pp. 97 ss. <<

[1] Jean Fleury, *Littérature orale de la Basse Normandie*, París, 1883, pp. 108 ss. La historia la refiere de forma sustancialmente idéntica Amélie Bosquet, *La Normandie romanesque et merveilleuse*, París & Ruán, 1845, pp. 220 ss. <<

[2] Amélie Bosquet, *op. cit.*, p. 221. <<

[3] Alfred de Nore, *Coutumes, Mythes et Traditions des Provinces de France*, París y Lyon, 1846, p. 271. <<

[4] P. Sébillot, *Traditions et superstitions de la Haute-Bretagne*, París, 1882, II, 214 ss. <<

[5] E. Rolland, *Faune Populaire de la France*, II, París, 1879, p. 294; P. Sébillot, *Traditions et superstitions de la Haute-Bretagne*, París, 1882, II, 214 ss.; P. Sébillot, *Le folklore de France*, París, 1904-07, III, 157. <<

[6] P. Sébillot, *Traditions et superstitions de la Haute Bretagne, cit.*, II, 209 ss. <<

[7] Sébillot, *op. cit.*, II, 214. <<

[8] Charles Swainson, *The Folk-lore and Provincial Names of the British Birds*, Londres, 1886, p. 16. <<

[9] E. Rolland, *Faune Populate de la France*, II, 294; P. Sébillot, *Le Folklore de France*, III, 156. <<

[10] Cfr. *supra*, cap. XIII. <<

[11] J.W. Wolf, *Beiträge zur deutschen Mythologie*, Gotinga, 1852-57, II, 438. <<

[1] Hesiodo, *Los trabajos y los días*, 47 ss.; *Teogonía*, 561 ss.; Esquilo, *Prometheus Vinctus*, 107 ss.; Higinio, *Fab.* 144, *Astronomia*, II, 15; Horacio, *Odas*, I, 3. 25 ss.; Juvenal, XV, 84-86; Servio, sobre Virgilio, *Ecl.*, VI, 42. En un pasaje (*Fab.* 144) Higinio pone el período de torturas de Prometeo en 30 años, en otro (*Astronom.* II, 15), lo pone en 30.000, citando a Esquilo como autoridad para el período más largo de condena. <<

[2] Platón, *Protágoras*, II, pp. 320 D-321 E. <<

[3] Luciano, *Prometeo*, 5. <<

[4] Cicerón, *Tusculanas*, II, 10, 23. <<

[5] Homero, *Ilíada*, I, 590 ss. Apolodoro, I, 3.5; Luciano, *De sacrificiis*, 6. <<

[6] Servio, sobre Virgilio, *Ecl.*, VI, 42. <<

[7] Diodoro de Sicilia, V, 67, 2. <<

[8] *Himnos Homéricos*, IV. *A Hermes*, III. <<

[9] Lucrecio, *De rerum natura*, V, 1091-1101. <<

[10] L. Whibley, *Companion to Greek Studies*[3], Cambridge, 1916, p. 67. <<

[11] W. G. Clark, *Peloponnesus*, Londres, 1858, p. 111; J. Murr. *Die Pftanzenweltin die griechischen Mythologie*, Innsbruck, 1890, p. 231. <<

[12] Plinio, *Historia Natural*, IV, 68. <<

[13] P. de Tournefort, *Rélation d'un voyage de Levant*, Amsterdam, 1718,1, 93. <<

[14] J. Theodore Bent, *The Cyclades*, Londres, 1885, p. 365. <<

[15] Pausanias, II, 19, 5. <<

[16] Pausanias, II, 20, 3. <<

[17] Pausanias, II, 19, 5. <<

[18] *Epicorum Graecorum Fragmenta*, ed. de G. Kinkel, Leipzig, 1887, pp. 209-12. <<

[19] Adalbert Kuhn, *Die Herabkunft des Feuers und des Gottertranks*[2], (Gütersloh, 1886, p. 27. <<

[20] Adalbert Kuhn, *op. cit.*, pp. 27 ss. <<

[21] Adalbert Kuhn, *op. cit.*, pp. 14-20, 35. <<

[22] K. Bapp, *s. v.* «Prometheus», en W. H. Roscher, *Lexikon der griechischen un romischen Mythologie*, III, Leipzig, 1897-1909, cols. 3033-3034; E. E. Sikes, *The Fire-Bringer*, en su edición de Esquilo, *Prometheus Vinctus*, Londres, 1912, pp. XIII-XIV. <<

[23] Cfr. *supra*. <<

[24] Salomon Reinach, *Aetos Prometheus*, en *Cultes, Mythes et Religions*, III, París, 1908, pp. 68-91. <<

[1] H. Oldenberg, *Die Religion des Veda*, Berlín, 1894, pp. 122 ss. <<

[2] *Hymns of the Rigveda*, traducidos y comentados por Ralph T. H. Griffith, 2.ª ed., Benarés, 1896-97, vol. I, p. 120, himno, I, 93. 5-6. <<

[3] *Rigveda*, himno, III, 9, 5 (traducción de Griffith, vol. I, pág. 329). <<

[4] *Rigveda*, himno VI, 8, 4 (trad, de Griffith, vol. I, pág. 563). <<

[5] *Rigveda*, himno, I, 96, 4 (traducción de Griffith, vol. I, pág. 156). Sobre e pasaje, el señor Griffith comenta en una nota: «Mâtarisvan; habitualmente, el nombre del ser divino que trajo a Agni del cielo, y que según Sâyana significa en este lugar Agni mismo». <<

[6] *Rigveda*, X, 88, 19 (trad, de Griffith, vol. II, pág., 515). El Hotar es aquí el sacerdote que recitaba o cantaba los himnos; en los antiguos tiempos también era él quién los componía. Ver H. Oldenberg, *Die Religion des Veda*, pp. 129 ss.; H. D. Griswold, *The Religion of the Rigveda*, Oxford University Press, 1923, p. 48. <<

[7] *Rigveda*, himno X, 114,1. Trad, de Griffith, vol. II, p. 557. <<

[8] J. Muir, *Original Sanskrit Texts collected, translated and illustrated*, vol. V, Londres, 1872, pp. 204 ss. <<

[9] A. A. Macdonell, *Vedic Mythology*, Estrasburgo, 1897, p. 71; Roth citado por Muir, *Original Sanskrit Texts*, V, 205; H. Oldenberg, *Die Religion des Veda*, p. 122, nota (donde rechaza la teoría de la identidad entre Mâtarisvan y Agni). <<

[10] J. Muir, *op. cit.*, vol. V, pp. 204 ss.; H. Oldenberg, *Die Religion des Veda*, p. 122 nota 1; A. A. Macdonell, *Vedic Mythology*, p. 72; H. D. Griswold, *op. cit.*, p. 163. <<

[11] A. A. Macdonell, *op. cit.*, p. 72; H. D. Griswold, *op. cit.*, pp. 163 ss. En lo que respecta a Mâtarisvan, cfr, A. Kuhn, *Die Herabkunft des Feuers*[2], Gütersloh, 1886, pp. 8 ss., quien sostiene que Mâtarisvan fue originalmente el fuego. <<

[12] Cfr. *supra*, cap. XV. <<

[13] Cfr. *supra*, cap. XV. <<

[1] *Supra*, cap. III. <<

[2] *Supra*, cap. IV. <<

[3] *Supra*, cap. VI. <<

[4] *Supra*, cap. VIII. <<

[5] *Supra*, cap. VIII. <<

[6] *Supra*, cap. IX. <<

[7] *Supra*, cap. X. <<

[8] *Supra*, cap. XI. <<

[9] *Supra*, cap. XIII. <<

[10] *Supra*, cap. XIII. <<

[11] *Supra*, cap. XIII. <<

[12] Caps. IV (Kiwai, Badu Island, motu de Nueva Guinea Británica y waga waga de la Nueva Guinea Británica), XI (tembes del Brasil) y XIII (indios thompson de la Columbia Británica). <<

[13] *Supra*, cap. III. <<

[14] *Supra*, cap. VI. <<

[15] *Supra*, cap. VII. <<

[16] *Supra*, cap. X. <<

[17] *Supra*, cap. X. <<

[18] Sarat Chandra Roy, *The Oraons of Chôta-Nâgpur*, Ranchi, 1915, pp. 170 ss. <<

[19] Sarat Chandra Roy, op. cit., p. 472. <<

[20] *Supra*, cap. VI. <<

[21] *Supra*, cap. VII. <<

[22] *Supra*, cap. XV. <<

[23] *Supra*, cap. III. <<

[24] *Supra*, cap. III. <<

[25] *Supra*, cap. VI. <<

[26] *Supra*, cap. XIII. <<

[27] *Supra*, cap. XV. <<

[28] *Supra*, cap. XIII. <<

[29] *Supra*, cap. II. <<

[30] *Supra*, cap. III. <<

[31] *Supra*, cap. III. <<

[32] *Supra*, cap. IV. <<

[33] *Supra*, cap. XIII. <<

[34] *Supra*, cap. III. <<

[35] *Supra*, cap. III. <<

[36] *Supra*, cap. III. <<

[37] *Supra*, cap. III. <<

[38] *Supra*, cap. III. <<

[39] *Supra*, cap. III. <<

[40] *Supra*, cap. IV. <<

[41] *Supra*, cap. XI. <<

[42] *Supra*, cap. XI. <<

[43] *Supra*, cap. XI. <<

[44] *Supra*, cap. XI. <<

[45] *Supra*, cap. XI. <<

[46] *Supra*, cap. XI. <<

[47] *Supra*, cap. XIII. <<

[48] *Supra*, cap. XIII. <<

[49] *Supra*, cap. III. <<

[50] *Supra*, cap. III. <<

[51] *Supra*, cap. III. <<

[52] *Supra*, cap. III. <<

[53] *Supra*, cap. III. <<

[54] *Supra*, cap. IV. <<

[55] *Supra*, cap. IV. <<

[56] *Supra*, cap. V. <<

[57] *Supra*, cap. VII. <<

[58] *Supra*, cap. VII. <<

[59] *Supra*, cap. VIII. <<

[60] *Supra*, cap. VIII. <<

[61] *Supra*, cap. VIII. <<

[62] *Supra*, cap. VIII. <<

[63] *Supra*, cap. X. <<

[64] *Supra*, cap. X. <<

[65] *Supra*, cap. XI. <<

[66] *Supra*, cap. XI. <<

[67] *Supra*, cap. XI. <<

[68] *Supra*, cap. XI. <<

[69] *Supra*, cap. XI. <<

[70] *Supra*, cap. XI. <<

[71] *Supra*, cap. XIII. <<

[72] *Supra*, cap. XIII. <<

[73] *Supra*, cap. XIII. <<

[74] *Supra*, cap. XIII. <<

[75] *Supra*, cap, XIII. <<

[76] *Supra*, cap. XIII. <<

[77] *Supra*, cap. XIII. <<

[78] *Supra*, cap. XIII. <<

[79] *Supra*, cap. XIII. <<

[80] *Supra*, cap. XIV. <<

[81] *Supra*, cap. III. <<

[82] *Supra*, cap. IV. <<

[83] *Supra*, cap. IV. <<

[84] *Supra*, cap. IV. <<

[85] *Supra*, cap. IV. <<

[86] *Supra*, cap. VII. No sé qué suerte de criatura pueda ser el *taoron*. <<

[87] *Supra*, cap. VIII. <<

[88] *Supra*, cap. V. <<

[89] *Supra*, cap. X. <<

[90] *Supra*, cap. XII. <<

[91] *Supra*, cap. XIII. <<

[92] *Supra*, cap. XIII. <<

[93] *Supra*, cap. XIII. <<

[94] *Supra*, cap. XIII. <<

[95] *Supra*, cap. XIII. <<

[96] *Supra*, cap. XIV. <<

[97] *Supra*, cap. XIII. <<

[98] *Supra*, cap. XIII. <<

[99] *Supra*, cap. XIII. <<

[100] *Supra*, cap. VI. <<

[101] *Supra*, cap. XIII. <<

[102] *Supra*, cap. VI. <<

[103] *Supra*, cap. XIII. <<

[104] *Supra*, cap. XIII. <<

[105] Sobre los primitivos modos de producir fuego en general, cfr. E. B. Tylor, *Researches into the Early History of the Mankind*[2], Londres, 1870, pp. 238 ss.; W. Hough, *Fire-making Apparatus in the United States National Museum*, Smithonian Institution Report 1887-1888, Washington, 1890, pp. 531-87; id., *Fire as am Agent in Human Culture*, Washington, 1926, pp. 84 ss.; E. A. Crawley, *s. v.*, «Fire, Fire-Gods», en J. Hastings, *Encyclopaedia of Religion and Ethics*, vol. vi, Edimburgo, 1913, pp. 26-27. He podido recoger un buen número de datos sobre el tema, pero la mayor parte deben quedar en reserva para otra ocasión. <<

[106] E. B. Tylor, *Researches into the Early History of the Mankind*[2], pp. 240-ss.; W. Hough, *Fire Making Apparatus..., cit.*, pp. 531 ss.: *id., Fire as an agent..., cit.*, pp. 84-103. Un taladro de fuego tasmanio se exhibe en el Pitt-Rivers Museum de Oxford, donde me fue señalado por el señor Hemy Balfour (19 de agosto de 1921); me dijo que el difunto Lord Avebury poseía otro ejemplar de Tasmania. Por lo que hace al taladro de fuego en Nueva Guinea, cfr. R. Neuhauss, *Deutsch Neu-Guinea*, Berlín, 1911, I, 257, III, 24; A. F. R. Wollaston, *Pygmies and Papuans*, Londres, 1912, pp. 200-202; W. N. Beaver, *Unexplored New Guinea*, Londres, 1920, pp. 68 ss. Para datos sobre la difusión del uso del taladro de fuego en África, cfr. F. Fülleborn, *Das deutsche Njassaund Ruwuna Gebiet*, Berlín, 1906, p. 91; H. Rehse, *Kiziba, Land und Leute*, Stuttgart, 1910, pp. 19 ss.; G. St. J. Orde Brown, Londres, 1925, pp. 120, ss.; C. K. Meek, *The Northern Tribes of Nigeria*, Oxford Un. Press, 1925, pp. 116 ss.; E. W. Smithy A. M. Dale, *The Ilaspeaking Peoples of Northern Rhodesia*, Londres, 1920,1, 143; F. H. Melland, *In Witch-bound Africa*, Londres, 1923, p. 159; J. A. Massam, *The Cliff-Dwellers of Kenya*, Londres, 1927, pp. 96 ss.; Henri A. Junod, *The Life of a South African Tribe*, 2.ª ed., Londres, 1927, II, 34 ss. Mi amigo el profesor Alexandre Moret, del Collège de France, me informó en París que los antiguos egipcios empleaban para hacer fuego el taladro de fuego. El proceso concreto no aparece mencionado en ningún texto egipcio, pero se han encontrado taladros, mostrando el palo inferior huellas de carbonización en el hueco, Cfr. A. Erman, *Ägypten und ägyptisches Leben in Altertum*, Tubinga, 1923, p. 217. Para el taladro de fuego en la India antigua, cfr. Adalbert Kuhn, *Die Herabkunft des Feuers und des Gottestranks*[2], Gütersloh, 1886, pp. 14 ss. y 64 ss. El mismo antiguo instrumento sigue siendo hoy usado por los brahmanes para encender el fuego sagrado. Cfr. W. Crooke, *Religion and Folklore in Northern India*, Oxford Un. Press, 1926, pp. 335 ss. Con respec-

to al taladro de fuego en la antigua Grecia y Roma, cfr. Kuhn, op. cit., pp. 35-39; M. H. Morgan, *De ignis eliciendi modos apud antiquos*, «Harvard Studies in Classical Philology», I, 1890, pp. 13-34. En cuanto al taladro de fuego en la moderna Europa, cfr. J. Loewenthal y B. Mattlatzki, *Die europäische Feuerbohrer*, «Zeitschrift für Ethnologie», XLVIII, 1916, pp. 349-69; J. Loewenthal, *Über einige altertümliche Feuerbohrer aus Schweden*, «Zeitschrift für Ethnologie», I, 1918, pp. 198-203. <<

[107] *Supra*, cap. X. <<

[108] *Supra*, cap. IV. <<

[109] *Supra*, cap. IV. <<

[110] *Supra*, cap. IV. <<

[111] *Supra*, cap. IV. <<

[112] *Supra*, cap. IV. <<

[113] *Supra*, cap. IV. <<

[114] *Supra*, cap. VI. <<

[115] *Supra*, cap. VI. <<

[116] *Supra*, caps, IV, V, VI y XI. <<

[117] *Supra*, cap. IV. <<

[118] W. Crooke, *Religion and Folklore..., cit.*, p. 336. <<

[119] *Supra*, caps, III, IV, V, VI y XI. <<

[120] E. B. Tylor, *Researches..., cit.*, p. 240; W. Hough, *Fire as an Agent..., cit.*, pp. 104-06; H. Balfour, *Frictional Fire-making with flexible sawing-thong*, «Journal of the Royal Anthropological Institute», XLIV, 1914, p. 32. <<

[121] W. Crooke, *Popular Religion and Folklore of Northern India*, Westminster, 1896, II, 194. No obstante, el instrumento descrito por Crooke en este pasaje es el taladro de fuego, y no la sierra de fuego. <<

[122] H. Balfour, *Frictional Fire-making..., cit.*, pp. 32-64. El señor Balfour ha publicado igualmente una valiosa memoria so-

bre el modo de hacer fuego por medio de aire comprimido en un émbolo, que algunos pueblos atrasados de Birmania, la península Malaya, Sumatra, Borneo, Java y las Filipinas, emplean; pero, en la medida en que no parece estar mencionado en ninguno de los mitos sobre el origen del fuego, no nos concierne aquí. Cfr. H. Balfour, *The Fire-piston*, en *Anthropological Essays presented to Edward Burnett Tylor*, Oxford, 1907, pp. 17-49. <<

[123] *Supra*, cap. IV. <<

[124] *Supra*, cap. IV. <<

[125] *Supra*, cap. VII. <<

[126] *Supra*, cap. VIII. <<

[127] *Supra*, cap. VIII. <<

[128] *Supra*, cap. VII. <<

[129] *Supra*. <<

[130] E. B. Tylor, *Researches..., cit.*, pp. 239 ss,; W. Hough, *Fire as an Agent..., cit.*, pp. 107-09; W. Marsden, *History of Sumatra*, Londres, 1811, pp. 60 ss.; A. R. Wallace, *The Malay Archipelago*, Londres, 1869, n, 34. <<

[131] W. Hough, op. cit., p. 109. <<

[132] W. C. Farabee, *The Central Caribs*, Filadelfia, 1924, p. 38 (entre los caribes de la Guayana Británica). <<

[133] *Supra*, caps, VII y XIII. <<

[134] *Supra*, cap. III. <<

[135] *Supra*, caps. IV y VII. <<

[136] *Supra*, caps, IV y VI. <<

[137] *Supra*, cap. IV. <<

[138] *Supra*, cap. VI. <<

[139] *Supra*, cap. VI. <<

[140] *Supra*, cap. VI. <<

[141] *Supra*, cap. VI. <<

[142] *Supra*, cap. VI. <<

[143] *Supra*, caps, VI, VII y XI. <<

[144] *Supra*, cap. XIII. <<

[145] Ch. Darwin, Journal of Researches, Londres, 1870, p. 409. <<

[146] H. A. Junod, *The Life of a South African Tribe*, *cit.*, II, 33. <<

[147] E. B. Tylor, *Researches...*, *cit.*, pp. 249 ss.; W. Hough, *Fire as an Agent...*, pp. 111-13. <<

[148] *Supra*, cap. XI. <<

[149] *Supra*, cap. XIII. <<

[150] *Supra*, cap. XIII. <<

[151] *Supra*, cap. VI. <<

[152] *Supra*, cap. VII. <<

[153] *Supra*, cap. IX. <<

[154] *Supra*, cap. VIII. <<

[155] *Supra*, cap. XIII. <<

[156] *Supra*, cap. VIII. <<

ÍNDICE

Mitos sobre el origen del fuego	2
Prefacio	5
I INTRODUCCION	7
II EL ORIGEN DEL FUEGO EN TASMANIA	9
III EL ORIGEN DEL FUEGO EN AUSTRALIA	11
IV EL ORIGEN DEL FUEGO EN LAS ISLAS DE LOS ESTRECHOS DE TORRES Y NUEVA GUINEA	35
V EL ORIGEN DEL FUEGO EN MELANESIA	61
VI EL ORIGEN DEL FUEGO EN POLINESIA Y MICRONESIA	69
VII EL ORIGEN DEL FUEGO EN INDONESIA	113
VIII EL ORIGEN DEL FUEGO EN ASIA	121
IX EL ORIGEN DEL FUEGO EN MADAGASCAR	130
X EL ORIGEN DEL FUEGO EN ÁFRICA	133
XI EL ORIGEN DEL FUEGO EN SUDAMÉRICA	147
XII EL ORIGEN DEL FUEGO EN CENTROAMÉRICA Y EN MÉXICO	162
XIII EL ORIGEN DEL FUEGO EN NORTEAMÉRICA	166
XIV EL ORIGEN DEL FUEGO EN EUROPA	224

XV EL ORIGEN DEL FUEGO EN LA GRECIA ANTIGUA 228
XVI EL ORIGEN DEL FUEGO EN LA INDIA ANTIGUA 233
XVII RESUMEN Y CONCLUSIÓN 236
Notas 265